



**UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
COMISIÓN DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
PROGRAMA DE DOCTORADO EN HUMANIDADES**

**LA URSS DE STALIN EN LA *NOVELA DEL TOTALITARISMO*.
ESTUDIO DE UN SUBGÉNERO INÉDITO**

**TRABAJO DE INVESTIGACIÓN PARA OPTAR AL
TÍTULO DE *DOCTOR EN HUMANIDADES***

AUTOR: MG. S. ADOLFO JOSÉ CALERO ABADÍA

TUTORA: DRA. MARÍA DEL PILAR PUIG MARES



VEREDICTO

Quienes suscriben, miembros del jurado designado por el Consejo de la Facultad de Humanidades y Educación y el Consejo de Estudios de Postgrado de la Universidad Central de Venezuela para examinar la **Tesis Doctoral** presentada por **Adolfo José Calero Abadía**, Cédula de identidad N° 14.533.095, titulada **La URSS de Stalin en la Novela del Totalitarismo. Estudio de un subgénero inédito**, a fin de cumplir con el requisito legal para optar al grado académico de **DOCTOR EN HUMANIDADES**, dejan constancia de lo siguiente:

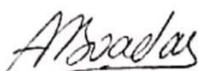
1.- Leído como fue dicho trabajo por cada uno de los miembros del jurado, se fijó el día 21 de noviembre de 2022 a las 08:00 AM. (hora de Venezuela) para que el autor lo defendiera en forma pública, lo que este hizo de forma virtual, a través de la plataforma Google Meet, mediante un resumen oral de su contenido, luego de lo cual respondió satisfactoriamente a las preguntas que le fueron formuladas por el jurado, todo ello conforme con lo dispuesto en el Reglamento de Estudios de Postgrado.

2.- Finalizada la defensa del trabajo, el jurado decidió **aprobarlo** por considerar, sin hacerse solidario con las ideas expuestas por el autor, que se ajusta a lo dispuesto y exigido en el Reglamento de Estudios de Postgrado

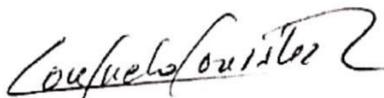
Para dar este veredicto, el jurado estimó que el trabajo examinado representa un aporte original para el estudio de una temática no tratada por la crítica venezolana. Asimismo, muestra la madurez intelectual de su autor en el manejo del género de la "Novela del Totalitarismo", término que acuña como clave de estudio.

3.- El jurado por unanimidad decidió otorgar la calificación de **EXCELENTE y recomendar la publicación** del presente trabajo por considerarlo de excepcional calidad, debido a la propuesta sobre la existencia de un género novelístico denominado por el autor como "Novela del Totalitarismo", el cual, a su vez, contiene una variedad de subgéneros, como el aquí estudiado modélicamente, y denominado "Novela del Estalinismo". Igualmente, el jurado reconoce el empleo de un lenguaje y estilo claro y preciso, la pertinencia de la metodología utilizada para el análisis de un corpus de novelas ejemplares que presentan una pluralidad de afinidades ideológicas y poéticas, la profundidad de análisis y, muy especialmente, sus aportes a la teoría literaria.

En fe de lo cual se levanta la presente ACTA, a los 21 días del mes de noviembre del año 2022. Conforme a lo dispuesto en el Reglamento de Estudios de Postgrado, actuó como Coordinadora del jurado la Dra. María del Pilar Puig Mares.



Dra. Aura Marina Boadas Herrera
C.I. 5.452.636
Universidad Central de Venezuela
Jurado designado por el Consejo
de la Facultad



Dra. Consuelo González Díaz
C.I. 6.880.102
Universidad Central de Venezuela
Jurado designado por el Consejo
de la Facultad



Dr. Rafael Clemente Arraiz Lucca
C.I. 5.018.692
Universidad Metropolitana
Jurado designado por el Consejo
de Estudios de Postgrado



Dr. Ramón Escovar León
C.I. 3.187.551
Universidad Católica Andrés Bello
Jurado designado por el Consejo
de Estudios de Postgrado



Dra. María del Pilar Puig Mares
C.I. 4.283.513
Universidad Central de Venezuela
Tutora - Coordinadora



Dr. Vidal Sáez Sáez
C.I. 6.082.712
Decano de la Facultad de Humanidades y Educación
Universidad Central de Venezuela

Siglas de firmante transcriptor y fecha de elaboración.

A mis padres, María Elena y Adolfo, que me criaron en libertad.

A Andrés Ignacio L. N., porque siempre será libre.

A Juan Francisco Sans Moreira (1960—2022), maestro y amigo.

ÍNDICE GENERAL

RESUMEN.....	6
INTRODUCCIÓN: UN SUBGÉNERO INÉDITO.....	7
I. MOTIVOS Y ANTECEDENTES.....	7
II. <i>GENERICIDAD Y CONSCIENCIA POLÍTICA</i>	10
III. <i>LA NOVELA DEL TOTALITARISMO</i>	16
IV. <i>ESTA INVESTIGACIÓN: LA NOVELA DEL ESTALINISMO</i>	32
CAPÍTULO UNO	
EL ESTALINISMO FUE UN TOTALITARISMO.....	38
1.1 ALBORADA DE UN NUEVO ORDEN.....	39
1.2 “DÍGANLE AL CAMARADA STALIN LO QUE ESTÁ OCURRIENDO AQUÍ...”	56
CAPÍTULO DOS	
AUTORES Y NOVELAS DEL ESTALINISMO.....	87
2.1 JIŘÍ WEIL: <i>MOSCÚ-FRONTERA</i>	91
2.2 VICTOR SERGE: <i>MEDIANOCHE EN EL SIGLO Y EL CASO TULÁYEV</i>	98
2.3 ARTHUR KOESTLER: <i>EL CERO Y EL INFINITO</i>	112
2.4 LYDIA CHUKÓVSKAIA: <i>SOFIA PETROVNA, UNA CIUDADANA EJEMPLAR</i>	124
CAPÍTULO TRES	
FORMA Y SENTIDO DEL SUBGÉNERO <i>NOVELA DEL ESTALINISMO</i>	134
3.1 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN <i>LA NE</i>	135
3.2 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN <i>MOSCÚ-FRONTERA</i>	141
3.3 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN <i>MEDIANOCHE EN EL SIGLO</i>	155
3.4 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN <i>EL CASO TULÁYEV</i>	167
3.5 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN <i>EL CERO Y EL INFINITO</i>	182
3.6 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN <i>SOFIA PETROVNA</i>	196
COROLARIO: <i>LA NOVELA DEL ESTALINISMO DESPUÉS DE STALIN</i>	212
I. CONTEXTO: LAS ESPERANZAS PERDIDAS.....	214
II. <i>NOVELAS DEL ESTALINISMO EN EL DESHIELO</i>	223
UNA CONCLUSIÓN: EL CORRELATO DEL TOTALITARISMO.....	234
REFERENCIAS.....	241
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES.....	247

RESUMEN

El presente trabajo plantea la existencia de un subgénero novelístico hasta ahora no estudiado y que hemos denominado *Novela del Totalitarismo*, el cual se fundamenta teóricamente en la noción de *genericidad* que propone el crítico Jean—Marie Schaeffer. Este subgénero aglutina un corpus integrado por novelas cuyos ejes ideológicos, poéticos, temáticos y textuales recrean aspectos relativos a la incidencia del totalitarismo como fenómeno sociopolítico y moral del siglo XX en diferentes contextos, estableciendo así insoslayables semejanzas literarias e intelectuales a través de una *consciencia política* que determina el ineludible carácter político de dichas obras. La investigación se centra especialmente en el desarrollo de ese subgénero en las décadas de 1930 y 1940, periodo en que se escribió un conjunto de *Novelas del Totalitarismo* que abordó diferentes aspectos del régimen totalitario impuesto por Iósif Stalin en la Unión Soviética durante la década de 1930, originando así una variante genérica que hemos denominado *Novela del Estalinismo*.

PALABRAS CLAVE: Totalitarismo, Stalin, estalinismo, Gran Terror, Gran Purga, Jiří Weil, Victor Serge, Arthur Koestler, Lydia Chukóvskaia, Unión Soviética, URSS, novela política, novela tesis, Moscú-Frontera, Medianoche en el siglo, El caso Tuláyev, El cero y el infinito, Sofia Petrovna

INTRODUCCIÓN: UN SUBGÉNERO INÉDITO

Los géneros son manifestaciones de las posibilidades creadoras del hombre, pero también de la temporalidad de todo quehacer humano.

Miguel Ángel Garrido en *Géneros Literarios*, 2000.

I. MOTIVOS Y ANTECEDENTES

Al estudiar la producción novelística del siglo XX, resulta insoslayable el gran interés que los autores del género mayor de la narrativa han dirigido hacia los diferentes aspectos integrantes de lo que, habitualmente, denominamos *la política*. Podemos hallar ejemplos emblemáticos de ello en los subgéneros de la *Novela Distópica* y la *Novela de Dictador* latinoamericana, por no mencionar el amplísimo espectro de la novela histórica. De una parte, la *Novela Distópica* constituye una tipología que proyecta su crítica sociopolítica hacia contextos espacio-temporales lejanos y deliberadamente ambiguos, donde se desarrollan ideologías utópicas degeneradas en sistemas totalitarios — distópicos— mediante un esquema temático-narrativo característico que se diversifica gracias a las variantes poéticas de cada obra. Así, se considera a *Nosotros* (*Мы*, 1924), de Evgueni Zamiatin, como el primer texto ejemplar del subgénero (Cf. Galdón, 2011: 29), seguido por *Un mundo feliz* (*A Brave New World*. Aldous Huxley, 1932), *1984* (*Nineteen eighty-four*. George Orwell, 1949) y *Fahrenheit 451* (Ray Bradbury, 1953). A pesar de que estas novelas no se originan en movimientos o corrientes narrativas específicos, entre ellas se evidencia una relación sustentada en cuatro ejes constantes: la ya mencionada

ubicación de los hechos en un futuro lejano; el control total del Estado sobre el individuo desde su nacimiento; la disidencia de un personaje proveniente del engranaje estatal y la revelación que un personaje clave del régimen hace respecto a los mecanismos totalitarios implementados. De otra parte, las *Novelas de Dictadores* o *Novela del Dictador* son las denominaciones con las cuales se conoce un tipo narrativo desarrollado a lo largo del siglo XX en América latina, cuyos núcleos temático, argumental y poético giran en torno a la figura de un dictador o caudillo (a menudo formada con rasgos de varios autócratas latinoamericanos) y su impacto psicológico y moral sobre la sociedad que gobierna¹. Aunque encuentra sus antecedentes en novelas como *Amalia* (José Mármol, 1851), *Tirano Banderas* (Ramón de Valle-Inclán, 1926) y *El Señor Presidente* (Miguel Ángel Asturias, 1946), el auge de la *Novela del Dictador* llegó con el llamado *Boom*, en cuyo marco estético-ideológico adquirió notoria dimensión; de hecho, se ha fijado el origen de este subgénero en una *mítica reunión* descrita así por Carlos Fuentes:

Entre el otoño de 1967, coincidí en Londres con Mario Vargas Llosa. Ambos habíamos leído, recientemente, y con admiración, la colección de retratos de la guerra de secesión norteamericana *Patriotic Gore*, por Edmund Wilson. Sentados en un pub de Hampstead, se nos ocurrió que no estaría mal un libro comparable sobre la América Latina: una galería imaginaria de retratos. En ese instante, varios espectros entraron al pub londinense reclamando el derecho a encarnar. Eran los dictadores latinoamericanos ... (2008: 9).

Este tipo narrativo se incorporó a la amplia revisión crítica que la llamada *izquierda* latinoamericana emprendió sobre la historia y la sociología continental entre las décadas de 1960 y 1970, estimulada por el sugestivo influjo de la Revolución Cubana. En tal sentido, tres novelas van a ejemplificar dicha corriente: *El recurso del método* (Alejo

¹ Para un estudio profundo de la *Novela del Dictador* latinoamericano, recomendamos el excelente estudio crítico de Carlos Pacheco titulado *Narrativa de la dictadura y crítica literaria* (Caracas: Celarg, 1987).

Carpentier, 1974), *Yo el supremo* (Augusto Roa Bastos, 1974) y *El otoño del patriarca* (Gabriel García Márquez, 1975). En los tiempos del *post-boom*, otras obras también fueron *incluidas* a la *Novela del Dictador*; entre ellas destacan *En el tiempo de las mariposas* (Julia Álvarez, 1994) y *La fiesta del chivo* (Mario Vargas Llosa, 2000), ambas relativas a la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana.

Paralelamente, desde el siglo XIX se viene empleando la denominación *novela política* para designar una narrativa enfocada casi exclusivamente en conflictos socio—políticos. Este tipo de novela se interesa, sobre todo, por las tensiones que padeció Europa cuando eclosionaron la sociedad de masas, el socialismo y el liberalismo. Así planteado, resulta obvia la ambigua vastedad de una categoría literaria en la que, de hecho, caben muy diversas épocas, aconteceres y figuras históricas; sin embargo, de entre ese universo de posibilidades inagotables y más o menos caótico, distinguimos un corpus de novelas escritas durante el siglo XX cuyos conflictos, personajes y temas conforman el correlato de sociedades inmersas en la experiencia política del totalitarismo. Son obras donde lo *político* y, específicamente, lo *totalitario*, configuran todos los aspectos estéticos y semióticos del texto, logrando que lo *específicamente político-totalitario* pase de ser *contexto* a convertirse en *motivo* central.

Con el paso de las décadas y la paulatina disipación de la niebla que cubría algunas de las más sórdidas realidades totalitarias, aquellas novelas vieron reverdecer su importancia; si, en su día, sirvieron como llamados de atención sobre la realidad ocultada deliberadamente por el poder omnímodo y generaron importantes controversias entre quienes defendían a ultranza las ideologías utópicas y quienes ya percibían en ellas los genes de la tiranía (la mayoría de estos, antiguos adláteres de esas mismas ideologías) después, con el arribo de sistemas políticos plurales y liberales, se presentaron como importantes documentos socio-históricos; esto fue posible porque estas obras *de* y *contra*

el totalitarismo sobrepasaban en mucho simples propósitos literarios y apuntaban a diseccionar las modalidades de dominio que el totalitarismo había ejercido sobre sus súbditos². En otros casos, la importancia de estos textos consistió en su aporte a la memoria histórica, pues fueron escritas con suficiente distancia temporal por autores que vivieron el infierno totalitario y usaban sus cuentos y novelas como testimonios postraumáticos de vidas incautadas y luego recuperadas. Así, estas obras — específicamente, las novelas— se estructuran a través de una *conciencia política* permanente que les otorga forma y sentido, lo cual se concreta en la ficción mediante un *multienfoque* psicológico, sociológico y cultural de lo totalitario, esto es, la manera en que piensan, actúan, sienten e imaginan las personas que viven en una sociedad totalitaria.

II. GENERICIDAD Y CONSCIENCIA POLÍTICA

Lo ya dicho nos coloca frente a una tesis central: estas *novelas del totalitarismo*³ logran constituir un *subgénero* novelístico gracias a vínculos y semejanzas entre elementos literarios (poéticos, formales, temáticos) que recrean aspectos característicos de las sociedades totalitarias, conformando así un tipo narrativo hasta ahora inexplorado como corpus que sintetiza y representa ficcionalmente la *realidad totalitaria*. En tal sentido, consideramos a la *NT* un *subgénero* según la noción de *genericidad* que propone el teórico Jean-Marie Schaeffer, la cual se desmarca del sentido prescriptivo, totalizante

² En este sentido, quizá el único escritor que vio reconocida su obra de esta manera fue Aleksandr Solzhenitzyn quien, execrado de la URSS por sus frontales ataques literarios al totalitarismo soviético, volvió a Rusia justo después del desplome comunista en 1991. A partir de entonces, y hasta su muerte, Solzhenitzyn se convirtió en un personaje admirado y reconocido en toda Rusia como sabio y consejero de la nueva sociedad; a su casa peregrinaban políticos, escritores y toda clase de personas influyentes en busca de consejo e información esclarecedora sobre el pasado soviético.

³ En adelante, *NT*.

y excluyente que, por lo general, ha caracterizado al concepto de género. Esto señala nuestro desinterés respecto a las discusiones de orden epistemológico, ontológico o metateórico habituales en la búsqueda de una definición general de *género* por parte de los teóricos; en cambio, nuestra investigación emplea una noción aplicable de género — la *genericidad*— útil para estudiar la filiación de un conjunto de obras cuyo surgimiento responde a las necesidades de un contexto sociopolítico singular. Entonces, la *genericidad* plantea el estudio de los géneros desde una perspectiva aproximativa, identificando los vínculos entre obras afines como tejidos de similitudes no coercitivas ni deterministas, pero sin anclarse en el simple empirismo de las semejanzas textuales:

Si nos quedamos en el nivel de la fenomenalidad empírica, la teoría genérica estaría considerada solo como el dar cuenta de un conjunto de similitudes textuales, formales y, sobre todo, temáticas: por tanto, esas similitudes pueden ser perfectamente explicadas definiendo la genericidad como un componente textual, o lo que es igual, las relaciones genéricas como un conjunto de reinvestiduras (más o menos transformadoras), de ese mismo componente textual. Siendo la literatura institucional por definición, la genericidad puede explicarse perfectamente como un juego de repeticiones, imitaciones, préstamos, etc., de un texto con respecto a otro, o a otros ... (Schaeffer, 1988: 161-162).

De esta manera, la *genericidad* según Schaeffer se fundamenta en que el género supera su etiqueta de *sistema clasificatorio prescriptivo* para convertirse en la “dimensión esencialmente dinámica” de relaciones entre elementos (“componentes”) de un conjunto de textos reales, los cuales constituyen una clase textual —es decir, un *género*— al confrontarse con su contexto literario y cultural. En tal sentido, Emil Staiger afirma que “(...) la pregunta por la esencia de los conceptos genéricos conduce [...] a la pregunta por la esencia del hombre. Así, la poética fundamental se convierte en contribución de la ciencia de la literatura a la antropología filosófica ...” (en Spang, 1996: 24). Consecuentemente, se depondría la idea de un *texto ideal* en favor de un “juego de

repeticiones, imitaciones y préstamos de un texto con respecto a otros”, por lo que todo texto estaría en condiciones de modificar a su género⁴:

El recurrir a un postulado tan “contundente” como el de una estructura o modelo de competencia [texto ideal], resulta totalmente superfluo, ya que no aclara muchas más cosas que una concepción transtextual de la genericidad. Además, este postulado es inadecuado en la medida en que es incapaz de tomar en consideración la dimensión esencialmente dinámica de la genericidad e impone una perspectiva únicamente clasificatoria que ignora la especificidad de la relación genérica ... (Schaeffer, *Op. Cit.*: 162).

Así, la *genericidad* propone la existencia de los géneros a partir de estudios empiristas que consideran de manera más directa, igualitaria y singular los diferentes rasgos coincidentes entre un grupo de textos. Directa, en cuanto que dichos rasgos similares se establecen *directamente* desde la textualidad de las obras, y no desde la elucubración teórica *a priori*; igualitaria, puesto que no consagra un *texto ideal* como referente, sino que considera *referentes* a todas las obras; y singular, porque admite las similitudes genéricas contemplando la peculiaridad poética y significativa de cada texto. De esta manera el género, lejos de entenderse como un conjunto de normativas poético—estilísticas que preconditionan la pertenencia de determinadas obras, se configura según una red dinámica de similitudes filiatorias que van construyéndose gracias a las semejanzas y singularidades de los textos que conforman el corpus analizado. Por tanto, la *genericidad* constituye más una *tendencia* que una norma, y siempre depende de las concreciones y realidades que presenten los textos y sus contextos de producción lo cual,

⁴ “(...) En el caso del componente genérico, debemos decir que todo texto modifica ‘su’ género: el componente genérico de un texto no es nunca (salvo rarísimas excepciones) la simple reduplicación del modelo genérico constituido por la clase de textos (supuestamente anteriores.) en cuya casta se sitúa. Al contrario, para todo texto en gestación, el modelo genérico es un ‘material’, entre otros, sobre el que ‘trabajar’ ...” (Schaeffer, *Op. Cit.*: 172).

según Schaeffer, es posible si se considera ampliamente la coexistencia de elementos afines en las obras que conformarían el género, pues

(...) cuando establecemos una clasificación genérica o cuando se estudia la productividad genérica de un texto dado, se plantea entonces el problema de los rasgos de similitud que se tendrán que seleccionar como pertinentes para la especificidad genérica [...] Pienso que uno de los criterios esenciales que hay que considerar es el de la copresencia de similitudes en niveles textuales diferentes; por ejemplo, en el nivel modal, formal y temático a la vez. Por el contrario, no me parece necesario exigir del conjunto de esos rasgos que puedan integrarse para formar una especie de texto ideal determinado en su unidad: éste es sin duda el caso de la reduplicación genérica (así, cuando se leen muchas novelas policíacas, se llega a tener la impresión de que siempre se trata de la misma), pero en el momento de la transformación genérica, los rasgos seleccionados (por la transformación) están a menudo menos integrados ... (Schaeffer, *Op. Cit.*: 178).

Según lo anterior, Schaeffer propone la posibilidad de indagar la *genericidad* en un conjunto de obras analizándolas desde tres niveles textuales: el *modal*, referido al estilo y la expresión; el *formal*, relativo a la composición y la poética; y el *temático*, enfocado en los tópicos. Así, podría determinarse el grado de *genericidad* mediante la apreciación de las similitudes y afinidades de dichos niveles entre las obras consideradas. Esto coincide en buena medida con los cuatro aspectos que sugiere Tzvetan Todorov para aproximarse al estudio de un género: *enunciativo* (punto de vista), *sintáctico* (compositivo), *semántico* (temas) y *verbal* (estilo y registros textuales). Al respecto, el teórico búlgaro explica que

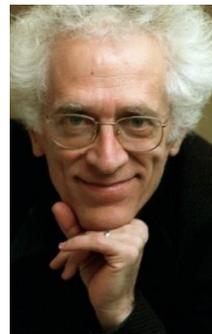
(...) el aspecto verbal reside en las frases concretas que constituyen el texto. Se pueden señalar aquí dos grupos de problemas. El primero se relaciona con las propiedades del enunciado (en otra oportunidad, hablé de los “registros del habla”; puede también emplearse el término “estilo”, dando a esta palabra un sentido estricto). El otro grupo de problemas se relaciona con la enunciación: con el que emite el texto y con el que lo recibe (se trata, en cada caso, de una imagen implícita al texto, y no de un autor o un lector reales); hasta ahora, estos problemas fueron estudiados con el nombre de “visiones” o “puntos de vista” [...] El aspecto sintáctico permite dar cuenta de las relaciones que mantienen entre sí las partes de

la obra (antes se hablaba de “composición”) [...] Queda por examinar el aspecto semántico o, si se prefiere, los “temas” del libro ... (1981: 15).

En síntesis, y considerando lo expuesto por Schaeffer y Todorov, establecemos que una metodología analítica útil para aproximarse a la *genericidad* de un corpus puede fundamentarse en cuatro *dimensiones* analíticas: *enunciativa*, concentrada en los puntos de vista ideológicos que asumen los autores y desde los cuales escriben sus obras; *sintáctica*, enfocada en los aspectos compositivos y poéticos de los textos derivados del posicionamiento ideológico del autor y de la propia obra; *semántica*, que explica el desarrollo de los temas y motivos recurrentes en los diferentes textos; y *verbal*, que contempla la expresividad discursiva del texto en sus diferentes posibilidades (voz narrativa, voces de los personajes, instancias retóricas, modismos y giros del lenguaje, entre otros). Así, empleando estas cuatro *dimensiones*, podremos dilucidar la *genericidad* de la *NT* y, consecuentemente, su concreción como subgénero novelístico.



Jean—Marie Schaeffer 1



Tzvetan Todorov 2

Ahora bien, el componente que amalgama la *genericidad* de la *NT* es la *conciencia política*, al fungir esta como perspectiva ética, ideológica y poética que establece el sentido simbólico de un determinado texto literario desarrollado desde una visión manifiestamente política, entendiendo por tal el abordaje de todos aquellos elementos

relativos a sistemas de gobierno, debate de los asuntos públicos, corrientes ideológicas y relación del sujeto con el poder. La *conciencia política* configura el sentido poético de la *NT* como tipología narrativa, desde el modo en que el texto se concibe y enuncia hasta los aspectos propios de la recepción, definiendo así la *clave* y el *tono* del texto, sus conflictos, tramas, caracteres y relaciones entre personajes. Dicho en otras palabras: la *NT* se centra en el conflicto político —lo totalitario y sus estrategias de dominación— y lo *textualiza* para convertirlo no en el marco donde se desarrolla la ficción, sino en su factor *movilizador*. Con ello, la materia literaria adquiere identidad y sustancia definidas, ya que todos sus elementos mantienen un dinamismo dramático concentrado en elucidar lo político, que a su vez se encuentra implícito y latente en el interior del texto. De esto se colige que, en la gnosis de quien lee una *NT*, se fija la esencialidad política del texto como una presencia constante e implícita (al igual que ocurre en la *Novela Distópica* y en las *Novelas de Dictadores*) pues, según proponemos, la *NT*, al construirse desde *lo político* como necesidad y propósito de la enunciación, busca indagar en los factores claves de la opresión política, el control social y el atraso cultural. Así, dentro del plan poético de cada *NT*, la *consciencia política* posibilita que todos los temas y subtemas, argumentos, estructuras y personajes partan de una preocupación por *lo político* y, consecuentemente, intenten explicar o interpretar la realidad social, económica, jurídica, psicológica, moral... política.

III. LA NOVELA DEL TOTALITARISMO

La autenticidad ética y poética de la *NT* queda determinada por la vigencia histórica de los sistemas totalitarios, y solo puede surgir de ese tipo de orden político. La *NT* brota *espontáneamente* como resultado de la experiencia totalitaria del autor pues, según explicamos, no se trata de un subgénero planificado que responda a un programa estético preestablecido, sino que su existencia se *origina* en el fenómeno sociopolítico del totalitarismo. Considerando esto, la *NT* constituye un subgénero que integra todos los aspectos característicos de las sociedades totalitarias, es decir, sintetiza ficcionalmente una *realidad totalitaria* y lo manifiesta a través de los diferentes elementos de cohesión externos (contextos de producción y recepción, situación del autor y de la obra) e internos (formas y problemas propios de la poética) que consolidan su *genericidad*.

En primer lugar —y como factor clave para la interpretación política de estas obras— se encuentra que la *NT* recrea la ficción en contextos totalitarios reales e históricos, y no en lugares imaginarios, ahistóricos o deliberadamente ambiguos, como sucede con las novelas *distópicas* o *de dictadores*; así, en la *NT* se contextualiza el conflicto para que, mediante la *conciencia política*, quede perfectamente definido el sentido crítico y filosófico de la obra. Esto abre la puerta al segundo factor externo: la experiencia totalitaria de los autores que escribieron las *NT*. Aquí se genera otra diferencia fundamental respecto a las novelas *distópicas* y *de dictadores* —e incluso, con la *novela histórica*— ya que el texto ficcional se amalgama como una síntesis de experiencias vitales del autor, quien debe esforzarse por establecer un distanciamiento objetivo respecto a su propia historia personal para lograr poetizarla. Esto no fuerza a considerar rigurosamente *autobiográfica* a la *NT*, puesto que en sus textos ejemplares no está *volcada* la vida de los autores; en cambio, sí se vislumbra en ellos la esencialidad vital,

psicológica, moral, individual y colectiva que les tocó vivir dentro de una sociedad totalitaria.

Los dos factores mencionados producen un tercero: la censura y el repudio que los regímenes totalitarios infligieron a las obras y sus autores. Los escritores de las *NT* pagaron personalmente el precio de componer obras críticas contra el sistema, ya fuera con la cárcel, el ostracismo o el exilio. Cada texto fue considerado por el régimen de turno un ataque a la nación y una traición al pueblo que decía representar de manera *total*. Esto se comprende mejor al apreciar cómo las tensiones y dilemas políticos, éticos y morales que se han planteado habitualmente en el estudio politológico y filosófico del fenómeno totalitario se convirtieron a su vez en los temas y tópicos recurrentes de la *NT*. El primero de ellos es la *traición al ideario original y a los militantes*, situación clásica en la que el movimiento totalitario, una vez en el poder, traiciona su idealismo inicial y a los militantes de la primera hora que posibilitaron su encumbramiento. En general, ello ocurre porque dentro de los partidos fascistas y comunistas suele haber luchas internas entre diferentes facciones que ambicionan dominarlo; cuando una de ellas logra erguirse victoriosa, emprende contra la facción derrotada una purga aniquiladora previa a la promulgación de un programa muy poco relacionado con los objetivos fundacionales del movimiento, y cuyo objetivo es el establecimiento de una férrea dictadura totalitaria. En este caso, la frase de Danton “la revolución devora a sus hijos” se aplica cruelmente: el Partido necesita eliminar el debate interno para estructurar un sistema jerárquico vertical que configure, a su vez, una sociedad sin disidencias ni contradicciones, la cual comprenda la realidad remitiéndose sin interferencias a los parámetros establecidos por el Partido. El segundo tema, la *pedagogía del padecimiento*, plantea que el Estado totalitario proyecta la construcción de una sociedad nueva mediante una reeducación poblacional basada en el maltrato físico, psicológico, moral y jurídico calculado. Así, la

escasez material y el miedo-reflejo al castigo moldearían en la población hábitos apropiados para perpetuar principios colectivistas de raigambre totalitaria⁵. Sin embargo, la *imperfección* de esta pedagogía suele producir una sociedad corrompida y cómplice, donde los escrúpulos y límites morales ceden frente al principio de *sálvese quien pueda* redundando en conductas arribistas, delatorias, mezquinas y crueles de una población maltratada y abandonada a los dictámenes del poder. El tercer tema, la *disolución de la individualidad*, recrea cómo se activan los mecanismos de coerción social necesarios para diluir al máximo la singularidad psicológica, identitaria y moral del individuo en favor de su adhesión al cuerpo social moldeado ideológicamente. Los regímenes fascistas y comunistas perpetrarán esto imponiendo una ética ideologizada que se articula en principios rectores de la individualidad, la familia y la colectividad. El resultado se traduce en, por una parte, la disolución de la vida privada, ya que al equivaler la ética a la ideología, el sujeto imbuido en la doctrina *revelada* no debe separar su existencia política (es decir, pública) de su actuación en ámbitos privados, pues constituiría un acto de extrañamiento o *cosificación* de la ética ideológica que debería configurarlo de manera totalizante⁶; por otra, la concreción del *hombre superfluo*, que según lo explica Hannah Arendt, representa la forma última en que el régimen totalitario considera al individuo: un simple medio para obtener sus fines supremacistas, resultando de ello un sujeto desarraigado, sin derecho a una identidad o personalidad *individual*. Finalmente, hallamos el cuarto gran tema de las *NT*, la *condena inexorable*, cuya profunda dimensión comprende a todos los demás temas hasta aquí descritos. Este tópico se fundamenta en la

⁵ Tanto la *pedagogía del padecimiento* como la *reingeniería social* han tenido importantes desarrollos literarios con la *Novelas distópica*, en particular con *Nosotros* de Zamiatin y *1984* de Orwell. En ambas obras, el condicionamiento físico—psíquico infligido a la población, basado en la escasez y el castigo, se justifica con la promesa de un futuro luminoso que *algún día* habrá de llegar gracias a los sacrificios del presente.

⁶ Este es el fundamento de la noción *doublethink* (“doblepensar”) que propone George Orwell en su novela *1984*.

arbitrariedad inherente a un poder totalitario que ya enjuició y condenó a todos sus súbditos sin necesidad de someterlos a ningún proceso judicial. Así se reedita uno de los principios ideológicos de la poética kafkiana: *ya fuimos juzgados; solo aguardamos la sentencia*. En el totalitarismo, cada persona es culpable de ser sospechosa y no cuenta con ningún auxilio jurídico o moral que pueda auxiliarlo cuando se le acuse de conspirar contra el Estado o traicionar al pueblo. A su vez, los temas mencionados posibilitan la evolución de otras dos características formales de la *NT*. La primera consiste en la *recreación preponderante de los sistemas totalitarios en detrimento de las figuras de sus líderes*, cuya presencia es a menudo referencial y tácita, mas no protagónica. El interés de prácticamente todos los autores de las *NT* se enfoca en describir la naturaleza de estos sistemas, cuyo proceder pragmático, despiadado e inhumano trasciende la individualidad de sus líderes para proyectarse como un verdadero estadio general de la sociedad. La segunda característica es el *protagonismo del hombre común como víctima del totalitarismo*, lo que genera galerías de personajes *típicos* de las sociedades totalitarias: desde políticos, militares o *cabezas* de Partido hasta campesinos, reos de campos de concentración, estudiantes, obreros o pequeños burgueses perseguidos por las más diversas razones.

Todas las características hasta aquí expuestas permiten aglutinar las *NT* en un corpus definido alrededor de cierto factor cohesionador: una *experiencia totalitaria* que gravita desde el propio centro del texto como conflicto nuclear para irradiar hacia todos los elementos de la ficción, convirtiendo cada novela en un aparato que reinterpreta las formas de existencia pública y privada en sociedades totalitarias específicas. Esto es posible gracias al indisoluble nexo vivencial entre las *NT* y sus autores, el cual acaba convirtiéndose en una misma experiencia político-literaria y determinando, a su vez, la forma interior de las diferentes novelas del subgénero. Al mismo tiempo, aunque entre

las *NT* existen temas, tópicos y rasgos similares que establecen su *genericidad*, cada novela presenta características poéticas y dramáticas particulares que la singularizan dentro de un rango bastante amplio de similitudes. Esta heterogeneidad en la forma interior de las *NT*, lejos de distanciarlas estética o temáticamente, reafirma el carácter general y diacrónico del fenómeno totalitario y sus manifestaciones discursivas, las cuales suelen variar en cuanto al tratamiento poético de la materia totalitaria pero no en lo relativo al fondo de la cuestión: exponer y denunciar ficcionalmente la opresión política que han ejercido los diferentes regímenes totalitarios a lo largo del pasado siglo.

A tenor de esto, consideramos un conjunto de obras como textos ejemplares del subgénero *NT*. En Alemania, la ascensión al poder del Nacionalsocialismo inició políticas culturales basadas en una comunidad artística encargada de renovar y exaltar los supuestos valores esenciales de la germanidad hasta convertirlos en canon estético: así, la predestinación racial, el valor bélico, la supremacía del más fuerte, la lealtad a la patria hasta la muerte, la abnegación de la individualidad hacia el cuerpo social o el innegable liderazgo del *guía* providencial se establecieron como directrices de la vida social y también artística (Cf. Shirer, 1962: 273). Esto significó un punto de quiebre para muchos escritores alemanes que se sabían *marcados* por sus tendencias políticas o su origen racial: algunos decidieron amoldarse a la situación y proclamar su fidelidad al Führer; otros optaron por quedarse en Alemania a enfrentar al régimen, escribiendo y militando clandestinamente con la expectativa de que la situación política diera un vuelco; y, finalmente, otro grupo de escritores, enfrentado sin remedio al nazismo pero convencido de que su sombra se alargaría sin oposición, hizo maletas para no regresar a Alemania (Cf. Stephan, 1991: 414). Este último contingente —donde hallamos a Klaus Mann— intentó formar en el exilio un movimiento literario *antifascista*, cuyo propósito era el de

(...) advertir al mundo del peligro que suponía el Tercer Reich, abriéndole los ojos al verdadero carácter del régimen, pero al mismo tiempo se trataba de mantener contactos con la “otra” Alemania “mejor”, es decir, con la ilegal que hacía una oposición secreta, suministrando material literario al movimiento de resistencia en casa; por otra parte era cuestión de mantener viva, en el extranjero, la gran tradición del espíritu y el idioma alemán [...] y fomentarla mediante la propia aportación creativa ... (*Ibidem*: 444).

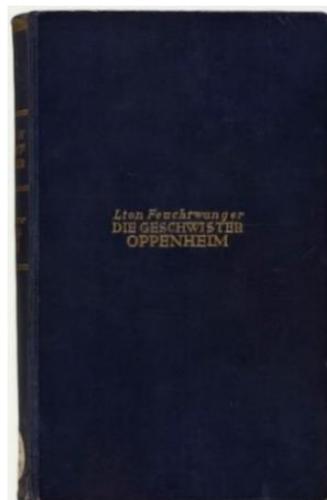
De la actividad de los escritores alemanes emigrados, resultaron dos *NT* que ilustran lo que sería la política racial nazi aplicada contra todos los judíos alemanes desde los primeros meses de gobierno hitleriano y el fortalecimiento de dicho régimen totalitario mediante la ambición y el arribismo de muchos que parecían oponérsele pero que, más pronto de lo imaginado, se le plegaron fatalmente. De hecho, nuestra primera novela, *Los hermanos Oppermann* (*Die Geschwister Oppermann*) publicada en 1933 por el judío Lion Feuchtwanger (Múnich, 1884 - Los Ángeles, 1948), aborda el origen social de la segregación antisemita en Alemania a raíz del nombramiento de Hitler como Canciller de la moribunda República de Weimar. Cosmopolita y antimilitarista, rápidamente se granjeó la enemistad de los nazis, quienes lo tacharon de “enemigo número uno del Estado”, quemaron sus libros, allanaron su casa y le retiraron la nacionalidad alemana mientras Feuchtwanger se encontraba en Washington dictando conferencias. El autor no volvería a Alemania; se exilió en Francia entre 1933 y 1940 y, un año después, en los EE.UU., a donde llegó superando una rocambolesca huida desde varios campos de detención franceses y cruzando España y Portugal. Feuchtwanger escribió *Los hermanos Oppermann* durante su exilio en Francia como el segundo volumen de la trilogía *Sala de espera* (*Wartesaal*). Las otras dos obras son *Éxito* (*Erfolg. Drei Jahre Geschichte einer Provinz*, 1930), que plantea cómo el violento oportunismo del nacionalsocialismo impulsa su ascenso y también (se supone) su caída, y *Exilio* (*Exil*, 1940), que aborda la forzosa emigración de los judíos alemanes hacia Francia y su situación en el exilio. En

Los hermanos Oppermann se plantea, premonitoriamente, lo que sería la indetenible pérdida de derechos civiles y humanos por parte de los judíos alemanes y europeos desde 1935⁷ a través de los cuatro hermanos Oppermann, una familia judeoburguesa de Berlín autoafirmada en la *asimilación* cultural alemana. Así, Gustav, amante de la literatura; Martin, empresario y director del negocio familiar; Edgar, eminente médico; y Klara, esposa de un rico judío estadounidense, son despojados de sus derechos como ciudadanos alemanes por un Estado racial que no los admite en la comunidad de la Nueva Alemania. Entonces, los Oppermann no serían más *alemanes*; sino simplemente *unos judíos*.



Lion Feuchtwanger

3



4

Primera edición de *Los hermanos Oppermann*, publicada con el título *Die Geschwister Oppenheim*. Ámsterdam, 1933.⁸

Con un enfoque diferente se presenta la otra NT alemana, *Mefisto* (*Mephisto. Roman einer Karriere*), publicada en 1936 por el también muniqués Klaus Mann (1906-1949)⁹, autor que siempre estuvo en la mira de los nazis debido a su homosexualidad,

⁷ Gracias a la promulgación de las Leyes de Núremberg.

⁸ La primera edición, publicada en Ámsterdam, debió usar el nombre *Oppenheim* debido a que un editor de Hannover llamado Oppermann amenazó con represalias al hermano de Feuchtwanger, quien entonces aún vivía en Alemania, si el autor conservaba el título original de la novela.

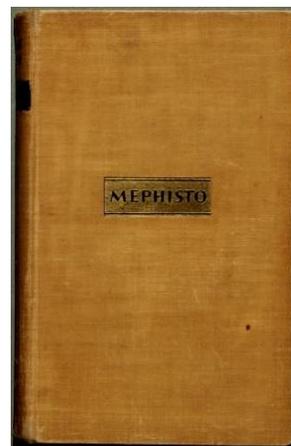
⁹ Segundo hijo de Thomas Mann.

cosmopolitismo y satírico fustigamiento al nacionalismo prusianista. Escrita también en el exilio (K. Mann integraba la primera lista negra de autores y pronto sería despojado de su nacionalidad alemana), *Mefisto* se sintetiza en su subtítulo, *Historia de un ascenso*, pues relata el arribismo novelado de un personaje real, Gustaf Gründgens, cuñado del autor, quien se *ficcionaliza* en el destacado actor teatral de provincias Hendrik Höfgen — comunista, liberal y antinazi declarado— que por casualidad logra ascender durante el nacionalsocialismo gracias a la admiración que genera en el poderoso Jefe de Provisiones del régimen¹⁰ su interpretación de Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe; a partir de entonces Höfgen, ambicioso y pragmático, se ve dotado de autoridad profesional y bienestar material, lo cual le lleva a traicionar sus ideales y a trabajar por y para sus viejos enemigos, firmando con ellos un *pacto demoníaco* que alude metafóricamente a la alianza arquetipal entre Fausto y Mefistófeles.



Klaus Mann

5



Primera edición de *Mefisto*.
Ámsterdam, 1936.

6

¹⁰ En la novela no se nos revela el nombre de este poderoso funcionario, a quien solo se le identifica como *el Gordo*. Sin embargo, es sabido que K. Mann estaba parodiando a Hermann Goering.

Fuera del ámbito alemán, mención especial merece la novela *Los que vivimos* (*We the living*), escrita por Ayn Rand (San Petersburgo, 1905 — Nueva York, 1982) entre 1931 y 1934 y publicada en los Estados Unidos en 1936. Rand, cuyo verdadero nombre era Alisa Zinóvievna Rosenbaum, fue una judía burguesa que detestaba la ideología bolchevique entronizada en su país, lo cual la impulsó a emigrar de Rusia superando todos los obstáculos; lo consiguió en 1926, cuando el Estado le concedió un permiso de viaje por seis meses que Rand convirtió en un pasaje sin retorno. Ya en EE.UU., Rand escribió *Los que vivimos* en respuesta a lo que ella percibía como una inaceptable simpatía de trabajadores y círculos intelectuales estadounidenses hacia la URSS, cuya propaganda de bienestar y progreso durante la crisis económica capitalista de los años 30 ocultaba una vocación totalitaria que Rand había experimentado de primera mano, lo cual explica la inspiración autobiográfica de la novela. *Los que vivimos* recrea el sometimiento político e ideológico de toda la sociedad rusa por parte del régimen soviético: colectivización forzosa, draconianos racionamientos alimentarios, discriminación social, persecución policial, propaganda incesante y violación discrecional de la vida privada. En este contexto, Kira Argounova, hija de propietarios y estudiante de ingeniería, se enamora de Leo Kovalenski, hijo de un militar aristócrata del zarismo; ambos comparten un carácter independiente y antiolecolectivista con el cual se oponen a un Estado obsesionado con el sacrificio individual en favor del colectivismo. Así, la pareja sufre los embates del nuevo orden: ella es expulsada de la universidad debido a su “individualismo burgués” y él queda desempleado merced a sus antecedentes familiares. Kovalenski cae gravemente enfermo y Kira, desesperadamente, solicita la ayuda de Andréi Tagánov, un fanático chequista¹¹ que, al enamorarse de ella, descubre el valor de los deseos personales en

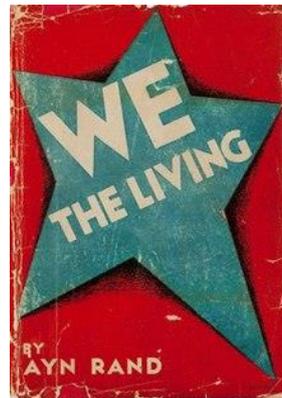
¹¹ *Chequista*, dicese de un agente de la Cheká (en ruso transliterado: *Vserossíyskaya Chrezvycháinaya Komíssiya*): “Comisión Extraordinaria Panrusa”. Fue la primera policía política bolchevique, creada en

contraposición al colectivismo socialista. A pesar de todos los obstáculos, Kira lucha hasta el final por su preciado sueño de abandonar la pesadilla soviética, logrando llegar de forma clandestina hasta la frontera con Lituania; no obstante, cuando está cerca de cruzarla, un guardia fronterizo le dispara mortalmente. *Los que vivimos* puede considerarse la primera novela que aborda de manera directa el totalitarismo soviético, siguiendo un camino que quizás se iniciara con *Nosotros* de Zamiatin y que continuaría con una notable serie de novelas escritas durante las décadas siguientes fuera y dentro de la URSS.



Ayn Rand

7



Primera edición de *Los que vivimos*.
Londres, 1936.

8

Después de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética ejerció el tutelaje militar y político sobre varios países de Europa Central y Oriental (Alemania del Este, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Rumanía, Bulgaria, Albania). Según explica Anne Applebaum, los dirigentes soviéticos “(...) hicieron grandes esfuerzos para imponer un sistema totalitario de gobierno en los países europeos que ocupaban en ese momento, igual que habían intentado imponer un sistema totalitario en las distintas regiones de la

1917 y dirigida por Felix Dzerzhinski. Estuvo vigente hasta 1922, cuando se refundó como OGPU (por sus siglas en ruso transliterado: *Obyediniónnoye Gosudárstvennoye Politícheskoye Upravléniye*): “Directorio Político Unificado del Estado”. Hasta su fallecimiento en 1926, Dzerzhinski también dirigió este comisariado policial.

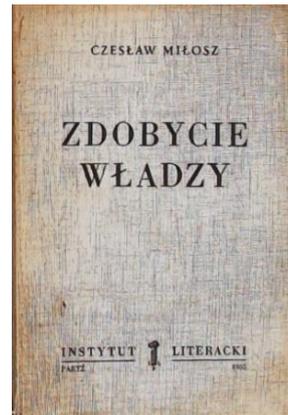
propia URSS...” (2014: 27). Este bloque político e ideológico, al cual Winston Churchill denominó “Telón de Acero” y que duraría entre 1945 y 1989, produjo al menos tres *NT* ejemplares que ofrecen un testimonio literario e histórico sobre las diversas formas de dominación que ejercieron esos Estados totalitarios. La lectura de dichas obras lleva a concluir que el totalitarismo soviético poseía una misma esencia, capaz de trascender a las décadas, los dirigentes y las generaciones tanto en la URSS como en sus satélites.

La primera de estas tres *NT* es *El poder cambia de manos* (*Zdobycie władzy*) del poeta, ensayista y novelista polaco Czesław Miłosz (Šeteniai, Lituania, 1911 - Cracovia, Polonia, 2004), escrita y publicada en 1953, cuando el autor iniciaba su exilio en Francia luego de trabajar como diplomático entre 1945 y 1951 para el gobierno comunista polaco impuesto por la URSS, experiencia que le permitió conocer las entrañas del Estado totalitario y, en consecuencia, comprender profundamente al nuevo imperialismo soviético y sus pragmáticos métodos enfocados en apoderarse de Polonia cuando la guerra aún no había concluido. Así, *El poder cambia de manos* recrea dos situaciones verídicas que decidieron el destino polaco: la primera fue la no intervención de las tropas soviéticas durante el levantamiento de Varsovia en 1944 contra la ocupación nazi (lo cual permitió una gran mortandad, a pesar de la “liberación final”) y la segunda, quizá la más grave, se centra en la imposición de una tutela político-militar de la URSS sobre Polonia desde 1945, cuando los comisarios soviéticos someten y reprimen con dureza mediante estrictas “leyes revolucionarias” a todas las facciones políticas de ese país (nacionalistas, socialdemócratas, comunistas) que habían luchado contra los invasores alemanes. Finalmente —y esta es la cruel conclusión a la cual arriba la novela— Polonia quedaba a merced de un nuevo conquistador que se mostraba tan despiadado como el anterior.



Czesław Miłosz

9



10

El poder cambia de manos, primera edición en polaco. París, 1955.

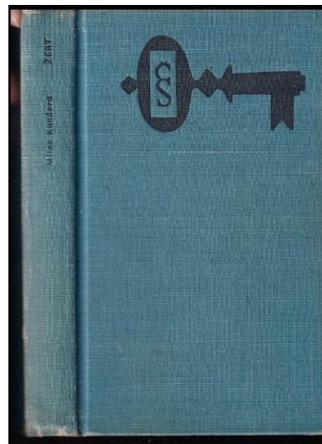
La segunda *NT* proveniente del Telón de Acero es *La broma* (*Žert*), escrita por Milan Kundera (Brno, Checoslovaquia, 1929) y publicada en 1967. De formación netamente académica y humanista, Kundera se afilió al Partido Comunista checo recién concluida la Segunda Guerra Mundial, aunque sería expulsado en 1950 tras ser acusado de indisciplina y actitudes *desviacionistas*. Readmitido en 1956, la militancia de Kundera se quebrantó definitivamente cuando en 1968 acaeció la *Primavera de Praga*¹²; invadida Checoslovaquia por la URSS y reestablecido el orden comunista, el autor pasó a una lista negra de *reformistas* que, en 1969, ocasionó su despido como profesor de Historia del Cine en el Instituto de Estudios Cinematográficos de Praga y, peor aún, la censura de sus obras publicadas, entre ellas *La broma*. Esta novela, basada parcialmente en las circunstancias que rodearon su primera expulsión del Partido Comunista, narra la historia de Ludvik Jahn, un joven militante quien a finales de los años 40 es expulsado del Partido

¹² Movimiento encabezado por el entonces recién electo Primer Secretario del Partido Comunista Checoslovaco Alexander Dubček, quien pretendía reformar el socialismo en su país flexibilizando ámbitos hasta entonces muy restringidos. Como explica Robert Service, el objetivo fundamental de la Primavera de Praga fue desarrollar "... un nuevo modelo de sociedad socialista, profundamente democrático y adaptado a las circunstancias checoslovacas...". Para ello, "(...) Dubček abolió la censura. Permitió la formación de asociaciones sin interferencia oficial. Las reformas económicas de Ota Šik [Encargado de Economía] permitían el cierre de las fábricas improductivas y el crecimiento de la actividad económica privada..." (2009: 534-535). Las manifestaciones populares de la *Primavera de Praga* se extendieron desde el 5 de enero de 1968 hasta el 21 de agosto de ese año, cuando la URSS decidió invadir Checoslovaquia para poner fin al movimiento.

y la universidad al hallársele culpable de conductas antirrevolucionarias. La causa: una carta juguetona que le había enviado a su novia donde escribió: “el optimismo es el opio del pueblo” y “Viva Trotski”, en una época donde solo pronunciar el nombre del Gran Traidor se consideraba pecado de heterodoxia. Desde entonces, Ludvik vive una vida marcada por el rencor hacia quienes lo expulsaron del Partido condenándolo a una sempiterna proscripción. Esa amargura lo lleva a concebir un plan de venganza contra Zemanek, el dirigente estudiantil que decidió su expulsión, consistente en seducir a su mujer para que le fuera infiel; sin embargo, su proyecto fracasa porque la relación entre Zemanek y su mujer Helena ya tenía tiempo rota. Así, gracias a una *broma* del destino, Helena termina enamorándose perdidamente de Ludvik, quien no sabe qué hacer ante este paradójico fracaso.



Milan Kundera en 1968.



Primera edición de *La broma*.
Praga, 1967.

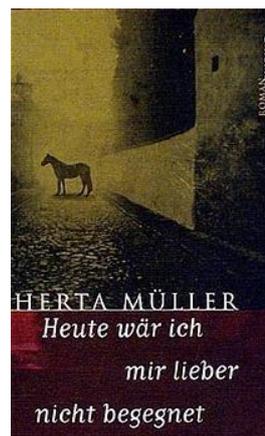
La tercera *NT* procedente de un satélite soviético es *Hoy hubiera preferido no encontrarme a mí misma* (*Heute wär ich mir lieber nicht begegnet*), de la autora rumano-alemana Herta Müller (Timiș, Rumanía, 1953) y publicada en 1997. Con esta novela y otras como *El hombre es un gran faisán en el mundo* (*Der Mensch ist ein großer Fasan*

auf der Welt, 1986) o *La bestia del corazón* (*Herztier*, 1994), Müller se propuso recordar lo que significó moralmente para los rumanos la opresión sufrida durante la dictadura comunista de Nicolae Ceaușescu. Esta obra, de marcados rasgos autobiográficos y ambientada en la década de 1970, se desarrolla mediante el flujo de conciencia que experimenta una joven obrera de una fábrica de ropa mientras se dirige en tranvía a un interrogatorio de la policía política, la temible *Securitate*; sabiendo que el régimen nunca la dejará en paz, ella decide emprender una acción peligrosa y desesperada: empieza a coser letreros con la frase “¿quieres casarte conmigo?” en los forros de los abrigos que su fábrica produce para exportar a Italia. Todo el relato transcurre en el tranvía, durante el viaje hacia la comisaría, recurso que le permite a la voz narrativa —la propia protagonista— referirse a su vida sórdida en medio de aquella sociedad pétreo, fría y sin margen para la individualidad (su matrimonio fallido, el acoso sexual del jefe en el trabajo o la delación política entre las obreras).



Herta Müller

13



14

Primera edición de *Hoy hubiera preferido no encontrarme a mí misma*, 1997.

Fuera del ámbito europeo, también pueden hallarse buenos ejemplos de novelas que han denunciado y rememorado la experiencia totalitaria. En tal sentido, distinguimos dos obras; la primera es *El libro de un hombre solo* (*Yige ren de shengjing*) escrita por el ganador del Nobel Gao Xingjian (Ganzhou, 1940) y publicada en 1999. Después de haber pertenecido a las guardias rojas durante la Gran Revolución Cultural Proletaria (1966-1976) y de desarrollar una carrera como poeta y dramaturgo, Gao decidió emigrar a Francia debido al hostigamiento que padeció durante la campaña “contra la contaminación intelectual” que emprendió el Partido comunista durante la década de 1980. En el exilio, el autor chino escribió esta novela eminentemente autobiográfica en la cual relata su vivencia durante los años previos a la Revolución Cultural y cómo esta transformó —y destruyó— la vida de millones de chinos. *El libro de un hombre solo* narra la andadura de un famoso escritor chino *sin nombre* por diversas ciudades del mundo intentando compaginar, sin éxito, su actual vida de prestigio y libertad con la experiencia de anonimato, sometimiento y brutalidad que enfrentó durante su juventud en China. Esta búsqueda entrelaza su presente con un torrente de recuerdos y sinestesias que le hacen remontarse vívidamente a los estremecimientos de la persecución, el hambre y la violencia de la que fue víctima y victimario. La voz narrativa —*él*— relata aleatoriamente la muerte de su madre en un campo de reeducación ideológica; su vida como miembro forzoso de la Guardia Roja; la experiencia de ver a antiguos maestros y compañeros —ahora “enemigos de clase”— martirizados durante las reiteradas purgas y la obligada renuncia a cualquier opción de libertad y consciencia. Así, según el crítico Liu Zaifu,

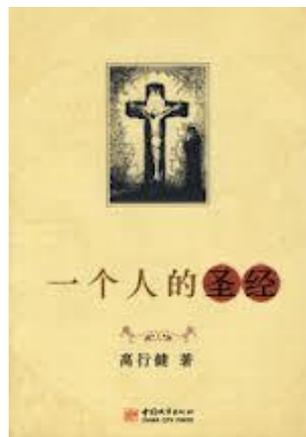
(...) el protagonista de la novela [...] era una persona muy sensible y dotada de un pensamiento sumamente complejo, pero en aquella época de terror, lo obligaron a hacerse idiota, tuvo que vaciar su cerebro para poder sobrevivir. Pero no lo hizo por

su propia voluntad, ni tampoco quiso dejar de pensar. Por lo tanto, por una parte, trataba de disimular sus miradas, y por la otra, intentaba mantener su equilibrio interior a través de los monólogos ... (2003: 538).



Gao Xingjian.

15



Primera edición de *El libro de un hombre solo*, 1999.

16

La otra *NT* ejemplar fuera de Europa es *Nuestros años verde olivo*, del periodista, diplomático y escritor chileno Roberto Ampuero (Valparaíso, 1953), quien con esta novela autobiográfica publicada en 1999 recrea su sórdida experiencia en la Cuba comunista de los años 70, la cual le llevó a romper con la ideología en la que había militado desde su adolescencia. El protagonista es un chileno miembro de las Juventudes Comunistas que se exilia en Leipzig (Alemania Oriental) tras el golpe de Estado ejecutado por Augusto Pinochet en 1973. Estudiando en la universidad, entabla una relación amorosa con la hija del comandante Ulises Cienfuegos, fiscal del gobierno fidelista y más conocido como “Charco de Sangre”¹³, quien le exige a la pareja residir en La Habana para poder continuar con su relación. El protagonista acepta encantado, pues para él la Revolución Cubana representa un verdadero sueño hecho realidad. No obstante, su cotidianidad en la capital antillana le hace descubrir que “el mar de la felicidad”

¹³ Este personaje ficcionaliza a Fernando Flores Ibarra (1930-2012), responsable de centenares de ejecuciones contra supuestos disidentes del régimen comunista cubano.

proclamado por la propaganda fidelista ocultaba una realidad distópica y opresiva, basada en la delación y el hostigamiento político, el chantaje sustentado en la satisfacción discrecional de las necesidades básicas y en la censura a cualquier clase de opinión, publicación o actividad política e intelectual que no se compaginase con la ortodoxia oficial. Singularmente cruel resulta para el protagonista constatar que los exiliados comunistas chilenos, agrupados como una organización activista para derrocar la dictadura de Pinochet, cumplían labores de espionaje reportando a la policía política cubana las actividades de sus compatriotas. Dicho estado de cosas terminó desencantando al hasta entonces joven entusiasta de la Revolución, quien se despertó del sueño y emprendió una aventurada huida de la isla.



Roberto Ampuero.

17



Primera edición de *Nuestros años verde olivo*, 1999.

18

IV. Esta investigación: la *Novela del Estalinismo*

Sin embargo, ningún régimen totalitario inspiró tantas *NT* como lo hizo el de Iósif Stalin, quien transformó el experimento de la primera República de Obreros y Campesinos en un potente Estado burocrático, industrial y policial que hizo de la Unión

Soviética una superpotencia mundial. El estalinismo conmocionó al mundo socialista y lo dividió al eliminar la heterogeneidad de tendencias dentro del PCUS¹⁴ y así crear una *línea oficial* controlada por un solo hombre, lo cual no estaba previsto luego de morir Lenin.

En 1928, Stalin logra el pleno control del Partido, gracias a su triunfo sobre la facción opositora o ala *izquierdista* liderada por Trotski, Zinóviev y Kámenev en el XV Congreso del Partido celebrado en diciembre de 1927. Dicho Congreso, que Stalin controlaba mediante intrigas y negociaciones, declaró que la posición de los opositores (revolución permanente y mundial) era incompatible con la línea del Partido, fijada bajo la doctrina “socialismo en un solo país”. Finalmente, el nuevo Jefe consolidaría su supremacía expulsando a los *izquierdistas*, empezando por el *traidor* Trotski. Estos hechos conmocionaron al socialismo internacional, dubitativo respecto a la legitimidad tanto de las personalidades defenestradas (los *izquierdistas* y nuevos *enemigos del pueblo* Trotski, Bujarin, Zinóviev, Kámenev o Rádek, entre otros) como del propio Stalin, autoerigido heredero único de Lenin. Así, la ambición estalinista produjo dos apasionadas corrientes de opinión fuera de la URSS: una, que veía en el georgiano al guía indiscutible para alcanzar el comunismo; y otra, que lo acusaba de traicionar los ideales revolucionarios originales.

Debido a la represión policial dentro de la Unión Soviética, el debate respecto a lo que representaba el estalinismo para el devenir de la Revolución generó sus mayores ardores en los círculos comunistas alrededor de Europa occidental, donde diversos autores pertenecientes a la *intelligentsia* socialista, veteranos revolucionarios y militantes trotskistas adheridos a la revolución mundial permanente —como Jiří Weil y Victor

¹⁴ Partido Comunista de la Unión Soviética.

Serge— habían tomado conciencia del peligroso rumbo que emprendía el socialismo soviético en manos de cierta camarilla ávida por imponer una autocracia totalitaria disfrazada de vanguardia comunista mediante una reingeniería social sin precedentes. Escapados de la NKVD¹⁵, dichos autores decidieron comunicar la naturaleza totalitaria del estalinismo por diversos medios, uno de ellos —quizás, el principal— fue la novela, género cuya capacidad de fascinación resultaba muy efectiva para tales fines. Esta narrativa, producida durante e inmediatamente después del llamado Gran Terror (1936-1938), exhibía un carácter *urgente* al escribirse y publicarse casi en simultáneo con los acontecimientos que denunciaba, determinando con ello su naturaleza temática, estructural y argumental; esto permitió que, hacia mediados de 1940, existiera todo un *corpus* de novelas consustanciadas en una *genericidad* no adscrita a corrientes estéticas predeterminadas, un corpus que, aunque susceptible de considerarse perfectamente parte de la *NT* merced a su evidente compatibilidad literaria con dicho subgénero, también puede apreciarse como otro subgénero en sí mismo¹⁶ al desarrollar argumentos, temas, motivos y personajes que, emanados de la misma intencionalidad y *contexto de inspiración*, establecen entre sí vínculos notorios. Por ello, siendo *NT*, estas obras conformarían a su vez el subgénero *Novela del Estalinismo*¹⁷: *Moscú-Frontera* (*Moskva-Hranice*) escrita por el checoslovaco Jiří Weil en 1936 y publicada en Praga en 1937; *Medianoche en el siglo* (*S'il est minuit dans le siècle*) escrita entre 1936 y 1938 por ruso-belga Victor Serge y publicada en París en 1941; *El caso Tuláyev* (*L'affaire Touláev*), también de Serge, escrita entre 1940 y 1942 y publicada en París en 1947; y finalmente,

¹⁵ NKVD (por sus siglas en ruso transliterado: *Naródný Komissariat Vnútrennij Del*): “Comisariado Nacional para Asuntos Internos”. Órgano sucesor de la OGPU encargado del orden y la seguridad dentro del territorio soviético. Al dirigir los sistemas de inteligencia y la policía política, tuvo un papel estelar durante el Gran Terror estalinista.

¹⁶ Y al igual que el género de la *NT*, no considerado o estudiado como tal hasta ahora.

¹⁷ En adelante *NE*.

El cero y el infinito (Darkness at Noon), escrita por el húngaro Arthur Koestler en 1938 y publicada en Londres en 1940. Este corpus también incluye la novela *Sofia Petrovna, una ciudadana ejemplar (Sofya Petrovna)* de la autora rusa Lydia Chukóvskaia, escrita entre 1939 y 1940 y publicada en la URSS apenas en 1989 gracias a la política del *glásnost*.¹⁸ Es necesario aclarar que esta novela quebranta la tendencia de las obras antes mencionadas, al no escribirla un militante socialista extranjero sino una intelectual rusa que sufrió en primera persona la tragedia del Gran Terror cuando la NKVD arrestó y ejecutó sumariamente a su esposo, el físico cuántico Matvéi Bronstein. Chukóvskaia escribió *Sofia Petrovna* para registrar el sórdido contexto de aquella tragedia personal.

Aunque las obras pertenecientes a las *NT* y *NE* siempre han sido consideradas de gran importancia literaria, política e histórica, nunca fueron estudiadas desde una perspectiva vinculante más allá de ciertas coincidencias parciales y superficiales. Con el tiempo, esto ha generado una percepción ambigua respecto a lo que realmente era la literatura sobre el totalitarismo, cuya máxima exponente según la recurrente opinión general es *1984*, una novela inspirada en el régimen estalinista pero que prescinde de marcos histórico-políticos concretos según el modelo clásico de la ya comentada *Novela Distópica*. Por su parte, la *NT* y la *NE* contemplan ficciones relacionadas directamente con contextos políticos referenciales del siglo XX, marcando así el punto inicial de su *genericidad*. De este modo, la perspectiva descriptivo-analítica que proponemos nos permite apreciar dichas novelas con nuevos matices, al trasluz de un esplendor ético y estético que evidencia una posición literaria inconfundible frente a la opresión totalitaria

¹⁸ *Glásnost* (en ruso transliterado): “transparencia” o “apertura”. Fue una reforma emprendida por Mijaíl Gorbachov entre 1985 y 1991 que se proponía liberalizar sustancialmente la opinión pública dentro de la URSS despenalizando la crítica al Estado comunista.

extendida por décadas y continentes; sin duda, contemplar estas novelas como un *subgénero* les confiere toda la relevancia y visibilidad contemporánea que merecen.

Considerando lo anterior, la presente investigación se centrará en un análisis de la *Novela del Estalinismo* como subgénero, mientras que el estudio del subgénero *Novela del Totalitarismo* se está desarrollando actualmente en una investigación paralela. Para ello, proponemos tres niveles de aproximación correspondiente a sendos capítulos. En el primero, exponemos los fundamentos teóricos sobre el totalitarismo formulados desde la ciencia y la filosofía políticas, lo cual allana el camino para comprender la naturaleza totalitaria del periodo estalinista durante la década de 1930, materia que centra nuestra atención en la segunda parte de dicho capítulo. En el segundo capítulo, daremos más detalles sobre la *vida privada* de las *NE*: la situación de sus autores al momento de escribirlas, las circunstancias de sus correspondientes gestaciones y los avatares editoriales y políticos que debieron transitar hasta publicarse; a esto, seguirán las sinopsis analíticas de cada novela, útiles como referencias del estudio posterior. En el tercer capítulo, analizaremos cada obra buscando dilucidar cómo se vinculan —individualmente y en conjunto— con la *genericidad* que constituye a la *NE*, para lo cual emplearemos las cuatro dimensiones del género ya explicadas y que derivan de lo propuesto por Jean-Marie Schaeffer y Tzvetan Todorov: las dimensiones *enunciativa*, *sintáctica*, *semántica* y *verbal*, con esta última enfocada en abordar la presencia de tres *instancias discursivas*: *acusatoria* (o *denuncia*), *informativa* y *reflexiva*¹⁹. Finalmente, la investigación concluye con un Corolario donde nos aproximamos panorámicamente a la situación del subgénero

¹⁹ Respecto a la dimensión *verbal*, es necesario aclarar que nuestra investigación se ha realizado utilizando traducciones de las obras incluidas en el corpus. Evidentemente, esto constituye un factor limitante para la exacta interpretación de las *instancias discursivas* (*acusatoria*, *informativa* y *reflexiva*), puesto que la traducción difícilmente permite apreciar ciertos usos retóricos y sutiles propios de cada lengua. No obstante dicha circunstancia, consideramos que las traducciones utilizadas nos permiten analizar los aspectos netamente textuales de las novelas del corpus en una medida satisfactoria para los propósitos que nos hemos marcado con esta investigación.

NE durante la era postestalinista entre las décadas de 1950 y 1960, cuando los escritores soviéticos manifestaron un encendido interés por recrear literariamente el polémico periodo recién concluido, lo que perpetuó al subgénero *NE* desde una nueva perspectiva.

CAPÍTULO UNO

EL ESTALINISMO FUE UN TOTALITARISMO

*Vivimos sin sentir el país a nuestros pies,
nuestras palabras no se escuchan a diez pasos.
La más breve de las pláticas
gravita, quejosa, al montañés del Kremlin.
Sus dedos gruesos como gusanos, grasientos,
y sus palabras como pesados martillos, certeras.
Sus bigotes de cucaracha parecen reír
y relumbran las cañas de sus botas.*

Epigrama contra Stalin. Ósip Mandelshtam, 1933.

Aunque los regímenes políticos opresivos han existido desde siempre, resulta insoslayable la singularidad del fenómeno conocido como *totalitarismo*. La sofisticada metodología que han aplicado los sistemas totalitarios para controlar la mente y el cuerpo no posee parangón en la historia, ni siquiera con las más férreas teocracias antiguas, medievales ni postrenacentistas pues, como su nombre lo indica, el *totalitarismo* aspira a un dominio *total* del factor humano mediante dispositivos institucionales, sensoriales y represivos que convezan al sujeto de su insignificancia frente a un poder colectivista carente de remordimientos. Desde una perspectiva más amplia, el totalitarismo representa el *negativo* de un proyecto utópico (racial, ético, económico) que, una vez corrompido, transgrede la comprensión moral de la naturaleza humana. En tal sentido, la literatura del siglo XX ha enfocado asertivamente este fenómeno: ya sea *novela distópica* o *novela del totalitarismo*, el punto crítico siempre estuvo en la subversión flagrante a los valores humanos modelados durante siglos a través de la experiencia civilizatoria. El totalitarismo pudre los sueños y corrompe los ideales construyendo una realidad artificial que se desarrolla en *bucle*, un efecto del cual nos han hablado, entre otros, George Orwell, Ray

Bradbury, Lion Feuchtwanger, Victor Serge, Lydia Chukóvskaia y Aleksandr Solzhenitsyn; ellos nos han transmitido documental y literariamente la evidencia de los contextos totalitarios como inmensos laboratorios donde se experimentó hasta el límite con la capacidad humana para resistir opresiones, carencias y castigos, todo ello en nombre de una forzosa utopía redentora que amaba a la Humanidad pero despreciaba al individuo.

1.1 ALBORADA DE UN NUEVO ORDEN

Como dijimos, el totalitarismo no fue tan solo una práctica política más, sino que se constituyó en manto que cubrió todos los aspectos de la vida psicosocial allá donde se produjo. El término *totalitarismo* empezó a surgir en la década de 1920 a raíz del triunfo bolchevique en la Guerra Civil rusa (1917-1922) contra la coalición del Movimiento Blanco que conformaban zaristas, socialdemócratas, liberales y conservadores. El radicalismo ideológico marxista-leninista, los postulados económicos anticapitalistas y la estructura unitaria de la *dictadura del proletariado* produjeron casi de manera espontánea la idea de un gobierno *total*. Sincrónicamente surgía el Fascismo italiano, que guiado por Benito Mussolini alcanzó el poder en noviembre de 1922; fue el año de la *Marcha sobre Roma*, cuando las legiones fascistas, obedeciendo a su Duce, intentaron una toma forzada del gobierno italiano que desembocó en la instauración de un nuevo régimen: ante la perspectiva de una guerra civil en ciernes, el rey Vittorio Emanuele III decidió *llamar a gobierno* a Mussolini, lo que derivó en una ley habilitante plenipotenciaria con la cual el nuevo líder impuso el orden y, finalmente, también una dictadura *total* apoyada en escuadras fanáticas y disciplinadas, los Camisas Negras. No obstante, aunque la

revolución fascista italiana representó una avasallante novedad política, la intelectualidad politóloga consideró dichos acontecimientos “(...) como un proceso transitorio y peculiar de Italia más que el prototipo de una corriente de pensamiento y acción de alcances mundiales que habría de desafiar los sistemas políticos y económicos tradicionales ...” (Ebenstein, 1965: 13).

Por su parte, la opinión pública italiana poseía una perspectiva empírica del fascismo que le permitía apreciarlo a otro nivel, lo cual posibilitó el progresivo perfilamiento de la noción totalitarismo. El término totalitario ya circulaba entre los opositores al régimen fascista (liberales, demócratas, socialistas, católicos), siendo probablemente el periodista Giovanni Amendola quien por primera vez lo acuñara de manera pública para criticar la política de Mussolini y sus adláteres (Cf. Forti, 2008: 36)²⁰. De esta forma, mientras los liberales italianos observaban con preocupante indignación el abuso de poder conducente a un gobierno *totalitario*, el filósofo político Giovanni Gentile celebraba el salutífero advenimiento de *lo totalitario* como síntesis de una concepción política, social y espiritual que renovarían las estructuras nacionales italianas y las transfiguraría en un *Estado ético*²¹. Luego, en 1933, el *totalitarismo* y *lo totalitario* como conceptos y praxis política dejaron de ser un problema exclusivamente italiano para

²⁰ Explica Simona Forti que, “(...) en los artículos que Amendola publica en *Il Mondo*, el 12 de mayo y el 28 de junio de 1923, se denuncia el escándalo de las elecciones administrativas: el partido de Mussolini había presentado tanto la lista de mayoría como la de minoría, tras haber impedido antes por la fuerza la formación de una lista de oposición. Estos hechos son interpretados como signos de algo que Amendola llama ‘sistema totalitario’, es decir, como ‘promesa del dominio absoluto y del mangoneo completo e incontrolado en el campo de la vida política y administrativa’. El término alude, por tanto, al desprecio por los derechos de la minoría y a la eliminación de la regla de la mayoría, fundamentos de toda democracia ... (Forti, *Op. Cit.*: 36).

²¹ En tal sentido, Gentile expone en su artículo *Qué cosa es el fascismo* (1925) que “(...) siendo antiindividualista, la concepción fascista se pronuncia a favor del estado [...] El fascismo reafirma el estado como la auténtica realidad del individuo [...] Para el fascista todo está en el estado y no hay nada humano y espiritual que tenga valor fuera del estado. En este sentido, el fascismo es totalitario, y el estado fascista, síntesis y unidad de todos los valores, interpreta, potencia y desarrolla toda la vida del pueblo [...] El fascismo es la forma más genuina de democracia si el pueblo se concibe, como ha de ser, cualitativamente y no cuantitativamente, como la idea más poderosa porque es la más moral, más coherente, más verdadera, que en el pueblo se concreta como conciencia y voluntad de pocos, hasta de Uno, y como ideal tiende a concretarse en la conciencia y la voluntad de todos ...” (en Forti, *Op. Cit.*: 56).

tomar peligrosas dimensiones continentales. En Alemania, la rancia aristocracia militar y la poderosa burguesía industrial presionaron al mariscal Hindenburg para que nombrara canciller a Adolf Hitler frente a lo que para ellos era un *inquietante* avance social y electoral del bolchevismo. En ese contexto de caos político y económico, buena parte de la sociedad alemana pedía a gritos un *hombre fuerte*, y Hindenburg se vio obligado a poner en el centro del poder al ex cabo golpista y ultranacionalista, cuyo ascenso junto a sus nacionalsocialistas constituyó un verdadero hito en la historia política alemana, no solo por lo que significaba otorgarle las riendas del gobierno a un partido de militantes fanáticos ávidos de instaurar un régimen *total*, sino sobre todo por la sincera receptividad hallada en gran parte de la clase media alemana²². Aún en 1933, el Ministro de la Propaganda del nuevo gobierno, Joseph Goebbels, definía la llegada del nacionalsocialismo como una “revolución total”, que tenía como objetivo “... un Estado totalitario que abarque todas las esferas de la vida pública y las transforme desde la base...”, a fin de “(...) modificar por completo las relaciones de los hombres entre sí, con el Estado y con los problemas de la existencia ...” (en Forti, *Op. Cit.*: 48-49). El furor de aquel ascenso y el impacto de su proyecto político fue tal, que “(...) muchos especialistas en ciencias políticas y publicistas alemanes proclamaron abiertamente que el estado totalitario (*der Totale Stat*) era la forma más elevada de evolución política y la única adecuada para el pueblo alemán...” (Ebenstein, *Op. Cit.*: 14).

²² Así lo explica Erich Fromm: “(...) La respuesta a la pregunta referente a los motivos de la profunda influencia ejercida por la ideología nazi ha de buscarse en la estructura del carácter social de la baja clase media. Este era marcadamente distinto del de la clase obrera, de las capas superiores de la burguesía y de la nobleza anterior a 1914. En realidad, hay ciertos rasgos que pueden considerarse característicos de esa clase a lo largo de su historia: su amor al fuerte, su odio al débil, su mezquindad, su hostilidad, su avaricia, no solo con respecto al dinero, sino también a los sentimientos, y, sobre todo, su ascetismo. Su concepción de la vida era estrecha, sospechaban del extranjero y lo odiaban; llenos de curiosidad acerca de sus amistades, sentían envidia hacia ellas y racionalizaban su sentimiento bajo la forma de indignación moral: toda su vida estaba fundada en el principio de la escasez, desde el punto de vista económico y psicológico ...” (1981: 223).

Mientras, al Este, la muerte de Vladimir Lenin en 1924 abría un período de lucha por el poder dentro del Partido Comunista ruso, pugna que ganó Josef Stalin gracias a su habilidad para medrar en la cúpula soviética; con León Trotski fuera de su camino, Iósif Stalin tenía vía libre para instaurar una hegemonía de corte personalista amparada en el aparataje ideológico del marxismo-leninismo. Las consecuencias de dicha autocracia *total* provocaron que Victor Serge, anarquista ganado a la causa bolchevique, catalogara por primera vez al *nuevo* régimen estaliniano como “castocrático, burocrático y, sobre todo, totalitario”. En sus *Memorias*, explica:

A decir verdad, [para 1922] estábamos ya medio triturados por el nacimiento del totalitarismo. La palabra ‘totalitarismo’ no existía todavía. La cosa se nos imponía duramente sin que tuviésemos conciencia de ella. Yo pertenecía a la irrisoria minoría que se daba cuenta. La mayoría de los dirigentes y de los militantes del Partido, revisando sus ideas sobre el comunismo de guerra, llegaban a considerarlo como un expediente económico análogo a los regímenes centralizados que se habían creado durante la [primera] guerra [mundial] en Alemania, en Francia, en Inglaterra, y que eran llamados ‘capitalismo de guerra’. Esperaban que, una vez llegada la pacificación, el estado de sitio desaparecería por sí mismo y que regresaríamos a cierta democracia soviética sobre la que nadie tenía ya ideas claras. Las grandes ideas de 1917 que habían permitido al Partido bolchevique arrastrar a la masa campesina, al ejército, a la clase obrera y a la *intelligentsia* marxista, estaban evidentemente muertas. ¿No proponía Lenin una libertad soviética de prensa, tal que cada agrupación sostenida por diez mil voces pudiese editar su órgano a cargo de la comunidad? (1917). Había escrito que en el seno de los sóviets los desplazamientos de poder de partido a partido podrían realizarse sin conflictos agudos. Su doctrina del Estado soviético prometía un Estado totalmente diferente de los antiguos estados burgueses, “sin funcionarios ni policía distintos del pueblo”, en el cual los trabajadores ejercerían directamente el poder por sus consejos elegidos y mantendrían ellos mismos el orden gracias a un sistema de milicias. El monopolio del poder, la Cheká, el Ejército Rojo no dejaban ya subsistir del “Estado—comuna” soñado sino un mito teórico. La guerra, la defensa interior contra la contrarrevolución, y el hambre creadora de un aparato burocrático de racionamiento habían matado a la democracia soviética. ¿Cómo renacería? ¿Cuándo? El Partido vivía con el sentimiento justificado de que el más mínimo abandono del poder daría ventajas a la reacción ... (2011: 170).

Así expone Serge por qué el soviético se convirtió en un Estado “embriagado de su poder, para el que el hombre no cuenta” y en cuya estructura la pretensión de que el

hombre lograra un control racional sobre su destino entrañaba la posibilidad de doblegar al propio ser humano de una manera nunca antes experimentada (Cf. Forti, *Op. Cit.*: 53-54). Así, en un contexto políticamente radicalizado, la propaganda comunista rusa halló en los fascismos italiano y alemán un antagonista de sustancial similitud al capitalismo: el régimen estalinista se avocó a sacar el mayor provecho propagandístico a las informaciones que denunciaban las políticas discriminatorias y antidemocráticas del gobierno nacionalsocialista alemán, mientras la izquierda internacional, bastante ganada para la causa de Stalin debido a sus proyectos industrializadores (Planes Quinquenales²³), se empeñaba en recalcar la profunda diferencia ética entre el fascismo y el comunismo; según este esquema, al tiempo que los fascistas deseaban imponer un régimen opresor y supremacista los comunistas, guiados sabiamente por Stalin, el *Timonel de los Pueblos*, intentaban establecer un sistema social de justicia y solidaridad. Sin embargo, William Ebenstein explica que

(...) las depuraciones en masa en la Unión Soviética junto a las primeras informaciones sobre los campos de trabajo esclavo, llevaron pronto al ánimo de todos que tanto el nazismo como el comunismo eran fundamentalmente totalitarios y que esta similitud entre ambos era más importante que sus diferencias ... (*Op. Cit.*: 14).

²³ Planes Quinquenales: Serie de planes macroeconómicos *maestros* con los que Stalin pretendió industrializar el país a marchas forzadas mientras colectivizaba radicalmente la tierra creando los *koljoses* o granjas colectivas y despojando a miles de pequeños propietarios, los *kulaks*, quienes tanto habían ayudado a levantar la economía rusa durante el periodo NEP y cuyo destino final sería la deportación perpetua o la muerte. El Primer Plan Quinquenal (1928-1932) fue traumático en todos los aspectos, pues cientos de miles de personas asentadas tradicionalmente en las zonas rurales fueron desplazadas de sus regiones por los sóviets y forzadas a trabajar en lejanas tierras colectivizadas, mientras que al resto del campesinado se le confiscó toda su producción de grano para distribuirla a lo largo de la Unión Soviética. Paralelamente, en las ciudades, la ineficiencia de esta planificación económica centralizada produjo una gran escasez de bienes y alimentos, provocando el regreso al trueque, al mercado negro y al robo de artículos en las oficinas, prácticas implementadas en los años 20 después de la Guerra Civil (Cf. Service, 2009: 228).

Adicionalmente, crímenes de Estado como la hambruna programada en Ucrania entre 1932-1933²⁴ o las purgas al Partido comunista y el Ejército Rojo (1935-1938), entre otros, facilitaron que gran parte de la opinión pública occidental considerara tan *totalitario* al régimen estaliniano como al nacionalsocialista. De otra parte, la transgresión alemana del pacto Ribbentrop-Mólotov (que forzaría la alianza de la URSS con las potencias occidentales) y la destrucción final del nazismo a manos del Ejército Rojo en 1945, renovó la antigua creencia de que tan solo el fascismo era totalitario mientras que, por el contrario, el comunismo se enrubaba hacia la verdadera democracia popular. Así, se acostumbró “(...) juzgar al fascismo por sus procedimientos del momento, mientras que al comunismo se le examinaba a la luz de sus confesados objetivos a largo plazo” (Ebenstein, *Op. Cit.*: 14-15). De hecho, unos años antes, en 1940, el *Diccionario de la Academia Soviética* incluyó el término *totalitarismo* aplicándolo solo a los regímenes de Italia y Alemania. Obviamente, los autores soviéticos nunca osaron emplear el vocablo con su propio régimen, y acusaron a quienes lo hicieron en el extranjero de promover propaganda antisoviética (*Cf.* Schapiro, 1981: 23).

Después de la guerra, y ya desaparecidos los fascismos europeos, el *totalitarismo* se convirtió en objeto de interés para las ciencias y la filosofía políticas, debido sobre todo a la impactante revelación de los crímenes nazis y al reinicio de las purgas estalinistas en 1948. Las purgas anteriores, aplicadas contra el Partido y el conjunto de la sociedad soviética, se habían practicado en dos fases: la primera, entre 1928 y 1932,

²⁴ Conocida como *Holodomor* (en ucraniano transliterado: “matar de hambre”), ocurrida entre el otoño de 1932 y el verano de 1933 cuando, según se presume, Stalin ordenó un cerco alimentario alrededor del campo ucraniano como represalia contra la resistencia de los campesinos a entregar la producción de grano y al fuerte nacionalismo anticomunista que representaba la ruralidad ucraniana. Según Bernard Bruneteau, hacia la primavera de 1933 “(...) habían muerto ya millones de personas, se propagaban las epidemias y aparecían casos de canibalismo [...] Cerca de la mitad de las víctimas eran niños, pues muchos de los que se habían refugiado en las ciudades habían sido encerrados en vagones, hangares o rediles hasta morir ...” (2009: 157). Dependiendo de las fuentes, se estima que durante el Holodomor pudieron morir entre cinco y ocho millones de personas.

cuando Stalin se propuso eliminar definitivamente del Partido a la oposición *izquierdista* encabezada por Trotski; la segunda, entre 1935 y 1938, conocida como el Gran Terror, que se había desarrollado con el supuesto objetivo de desarticular células subversivas trotskistas en todos los ámbitos de la URSS. No obstante, después de la Segunda Guerra Mundial, Stalin consideró necesario reinstaurar la amenaza sistemática contra diferentes estamentos sociales: judíos, artistas, científicos y médicos fueron hostigados, perseguidos y arrestados desde 1948 hasta la muerte del dictador en 1953. Particularmente atacado se vio el judaísmo soviético, víctima del antisemitismo visceral de Stalin; a dicho grupo social, heterogéneo y disgregado socialmente, se le imputó falta de celo comunista y colaboracionismo con el capitalismo judeoburgués de los EE.UU., resultando de ello que muchos judíos miembros del Partido y de distintas profesiones fueran cruelmente purgados siguiendo los procedimientos del Terror de los años 30 (*Cf. Service, 2000: 298-301 y Rayfield, 2005: 493-508*).

Así, con la extensión del dominio comunista sobre casi todos los países europeos del Centro y el Este (Hungría, Rumanía, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Bulgaria, Albania) y otras naciones como China (desde 1949), Corea del Norte (1953) o Cuba (1959), se podía arribar a la estable conclusión de que “(...) el totalitarismo nos pone frente a un fenómeno general de nuestra época, no a una desviación peculiar de tal o cual nación ...” (Ebenstein, *Op. Cit.*: 17)²⁵. Dicha perspectiva abrió el debate relativo a si era posible formular un concepto general de totalitarismo, siendo el principal obstáculo para

²⁵ En *Medianoche en el siglo*, el joven revolucionario Rodión va pensando: “(...) Stalin ha contribuido a cimentar el poder de Hitler alejando a las clases medias del comunismo con La pesadilla de la colectivización forzosa, del hambre, del terror dirigido contra los técnicos. Hitler, al contribuir a que Europa desespere del socialismo, fomenta el poderío de Stalin... ambos sepultureros parecen haber nacido el uno para el otro. Hermanos enemistados. Uno entierra una democracia abortada en Alemania mientras que, en Rusia, el otro sepulta a una revolución victoriosa, nacida de un proletariado excesivamente débil y abandonado a sus propias fuerzas por el resto del mundo; ambos llevan a aquellos a quienes sirven —la burguesía en Alemania, la burocracia entre nosotros— al cataclismo ...” (Serge, 2016: 92—93).

ello conseguir una singularización asertiva del fenómeno totalitario respecto a otros tipos de regímenes no pluralistas: castocracias, autocracias, dictaduras militares o monarquías absolutistas. El segundo obstáculo, no menos problemático, se centró en la diversidad de las naciones que pueden considerarse inmersas en regímenes totalitarios. Aquí subyacen dos preguntas, ¿existe la posibilidad de configurar un marco general que caracterice al totalitarismo y lo diferencie de otras prácticas dictatoriales? Y, de ser así, ¿dicha caracterización puede difuminar y, aun, trascender, las particularidades e idiosincrasias culturales, étnicas o religiosas? En tal sentido, Simona Forti explica que

(...) nunca ha acabado de errarse el debate sobre si el fascismo italiano puede considerarse un totalitarismo o si corresponde más bien a una forma de autoritarismo; sobre si el Portugal de Salazar o la España de Franco son comparables al fascismo y, por tanto, si deben incluirse en la categoría de regímenes autoritarios o en la de regímenes totalitarios. E incluso se sigue discutiendo si la Alemania hitleriana es uno de los pocos ejemplos puros de totalitarismo, y, si es así, ¿desde cuándo? ¿Desde 1938 o desde 1933? Quedan pendientes otras cuestiones que se refieren a la segunda mitad del siglo XX: si el final de la Segunda Guerra Mundial marca también el final del totalitarismo, o si por el contrario los países del bloque soviético siguen girando en torno a una órbita totalitaria, si algunos regímenes de América Latina son tan sólo formas de autoritarismo o si dan vida a dinámicas totalitarias. No hay todavía respuesta para la pregunta sobre qué experiencia asiática corresponde mejor al ideal totalitario: si la China de la Revolución Cultural o el gobierno de Pol Pot. Por no hablar de la cuestión por antonomasia: si es sólo el régimen de Stalin el que presenta los rasgos característicos del totalitarismo o si ya debe considerarse totalitaria la sociedad nacida de la revolución bolchevique ... (*Op. Cit.:* 30).

Paulatinamente, la conceptualización del totalitarismo fue evolucionando hacia una aplicación *general*, a medida que se hacía apreciable la comunión de ciertas características que permitieron moldear la noción a través de la fenomenología política del siglo XX. Al respecto, Forti señala que

(...) el término “totalitarismo” no solo puede indicar un tipo de régimen que se opone a las formas democráticas, parlamentarias y pluralistas, como significa en la

ciencia política, sino que también puede distinguir, en aquello que tienen en común, por ejemplo, nazismo y estalinismo, algo que no afecta únicamente a la intensidad y a la organización de la opresión política, sino que afecta, además, a la raíz de las intrincadas relaciones que vinculan vida humana y poder ... (*Op. Cit.*: 11).

Una definición de *totalitarismo* bastante general —y no por ello menos efectiva— lo establece como aquel sistema en el cual “(...) un único partido ha conquistado el monopolio del poder del Estado y ha sometido a toda la sociedad, recurriendo a un uso total y terrorista de la violencia y otorgando un papel central a la ideología ...” (Forti, *Op. Cit.*: 29). Dicho sistema impone el predominio de un movimiento victorioso a cuya cabeza se encuentra un líder que procura el control total del Estado, la sociedad y el individuo gracias a una élite subordinada y fanáticamente ideologizada (*Cf. Schapiro, Op. Cit.*: 205). El régimen totalitario aspira al “(...) dominio de todos los aspectos de la vida, los apolíticos no menos que los políticos ...”, diferenciándose así de los sistemas autoritarios en los que “(...) el ciudadano común goza relativamente de libertad para ejercer sus actividades religiosas, familiares y comerciales, a condición de que no se mezcle en política ...” (Ebenstein, *Op. Cit.*: 36-37). En los gobiernos totalitarios, el Partido y sus diferentes órganos de fiscalización “(...) penetran de forma sutil en la sociedad para conseguir la movilización constante de los ciudadanos, a fin de que se adhieran totalmente a la visión del mundo adoptada por el régimen ...” (Forti, *Op. Cit.*: 103). Por su parte, Anne Applebaum define al régimen totalitario como

(...) aquel que prohíbe todas las instituciones excepto las que han sido aprobadas de manera oficial. Así pues, un régimen totalitario consta de un partido político, un sistema educativo, un credo artístico, una economía de planificación central, unos medios de difusión unificados y un código moral. En un Estado totalitario no hay escuelas independientes, negocios privados, organizaciones de base ni pensamiento crítico ... (*Op. Cit.*: 23).

Visto lo anterior, caracterizar al totalitarismo emana una serie de claves que exponen su naturaleza y desarrollo. Todo se inicia con la fijación de una ideología oficial de obligatoria adherencia para todos los súbditos (otrora ciudadanos) con el objetivo de transitar hacia un Estado final perfecto de la humanidad²⁶. Sin embargo, para Claude Lefort, este

(...) sueño racionalista de una sociedad reconciliada consigo misma y libre del conflicto es, en el mejor de los casos, una utopía inconsistente y, en el peor, un proyecto de muerte, cuya ejecución implica la necesaria destrucción de la sociedad en su conjunto ... (en Forti, *Op. Cit.*: 160).

Esta concreción utópica se realizaría mediante un único partido de masas, conducido de ordinario por un líder o una pequeña cúpula de poder que supera jerárquicamente la estructura burocrática del Estado. Respecto a la importancia del Partido como sustento de la ideología totalitaria (en este caso, comunista), Victor Serge explica que el Partido

(...) detenta sencillamente la verdad; todo pensamiento diferente del suyo es error pernicioso o retrógrado. Tal es la fuente espiritual de su intolerancia. La convicción absoluta de su alta misión le asegura una energía moral asombrosa —y al mismo tiempo una mentalidad clerical pronta a hacerse inquisitorial. El “jacobinismo proletario” de Lenin, con su desinterés, su disciplina de pensamiento y de acción, viene a injertarse en la psicología de cuadros formados por el antiguo régimen, es decir por la lucha contra el despotismo; me parece indudable que selecciona los temperamentos autoritarios ... (2011: 171).

De lo anterior se colige que la vocación totalitaria del Partido lo conduce a un dominio absoluto de los aspectos psicológicos, morales y también físicos, incluyendo el

²⁶ Hans Buchheim señala que “(...) el rasgo característico del gobierno totalitario es el sometimiento del Estado y de la sociedad bajo una pretensión utópica, no política, de ejercicio del poder”, que pretende eliminar las contradicciones y heterogeneidades sociopolíticas y económicas propias de la modernidad liberal ... (en Schapiro, *Op. Cit.*: 180).

completo monopolio social sobre las armas y los medios de comunicación masivos que, en adelante, funcionarán como transmisores efectivos de la ideología partidista. El factor diferencial de dicha hegemonía radica en la activación de un implacable aparato represivo que disuada de cualquier posible actividad reñida con la ortodoxia política y que, paralelamente, aplique el terror físico y psicológico sobre la población, facilitando con ello el comandar —y aun, manipular— todas las organizaciones e instituciones, desde las más grandes y generales como las educativas, económicas y administrativas hasta las más pequeñas y particulares, como agrupaciones culturales y sociales, entes productores de bienes simbólicos o confesiones y religiones (Cf. Friedrich y Brzezinski en Schapiro, *Op. Cit.*: 27-29)²⁷. El terror se reconoce fundamental para la viabilidad de un sistema totalitario. Su radicalismo revolucionario señala al adversario político como *enemigo* y *objetivo de guerra* e, incluso, lo consideran más peligroso que al delincuente común. De hecho, se ha sabido que en los campos de concentración fascistas y comunistas se implementó la deliberada cohabitación de *enemigos políticos* con criminales de derecho común, esto con el doble propósito de humillar e intimidar al preso de conciencia (Cf. Aron, 1968: 198).

La forma del *gobierno total* puede considerarse unánimemente consustancial a un tipo de terror que pretende sobrepasar la simple sumisión, difiriendo de otros modelos hegemónicos tendentes a ejercer una violencia política *regular* menos sistemática. *Desde fuera* del sistema, el sometimiento absoluto que pretende el totalitarismo puede parecer absurdo y delirante porque, a simple vista, no parece responder a necesidades políticas o

²⁷ Juan Linz define tres elementos esenciales para la formación y funcionamiento de un régimen totalitario: “(...) una ideología suficientemente elaborada para permitir una legitimación que sirva sobre todo de motor a los engranajes del régimen; un partido único de masas que consiga condicionar, integrar y movilizar a gran parte de la población; la concentración del poder en manos de un único individuo o de un círculo restringido de dirigentes que no se sienten responsables ante el electorado y que son inamovibles, a no ser que se recurra a métodos extralegales ...” (en Forti, *Op. Cit.*: 96).

sociales racionales, “(...) sino a la voluntad de convertir en superfluas categorías enteras de personas que, con su simple presencia, perturban la ejecución del proyecto totalitario ...” (Forti, *Op. Cit.*: 96), lo cual permite concluir que el factor nuclear que sustenta “(...) todo el edificio totalitario ...” resulta de combinar fuerza y coacción (Cf. Rodríguez de Yurre, 1962: 776)²⁸. La aspiración última del sistema totalitario será, pues, la conquista y el control del poder ilimitado mediante la dominación efectiva de cada individuo, sin excepción, en todos los aspectos de su vida, algo posible (al menos, en teoría) si se persiguen y censuran las manifestaciones de espontánea individualidad. Para estos sistemas, no existen las actitudes inocuas y, menos aún, las apolíticas (Cf. Arendt, 2004: 553). Dicha forma total de dominación individual y colectiva solo se haría efectiva mediante una reingeniería social resultante de la *acción revolucionaria*, cuyo triunfo le permitiría al Partido imponer empíricamente los fundamentos teóricos-científicos de su programa ideológico, el cual

(...) se plantea como objetivo la desestructuración radical del presente y su reconstrucción dirigida a la edificación de una nueva historia, de una nueva sociedad y de un nuevo hombre [...] Si el objetivo es revolucionar lo existente, eso implica un esfuerzo ingente dirigido a un fin temporal aplazado constantemente. De ello deriva la primacía del partido único sobre el aparato estatal, como intérprete de la ideología y de las leyes históricas, primacía reivindicada en nombre de la legitimidad otorgada por las masas ... (Forti, *Op. Cit.*: 97-98).

²⁸ No obstante, Rodríguez de Yurre puntualiza que, en el proyecto totalitario, la propaganda complementa la conquista de ámbitos que el terror no pudo sojuzgar; así, al analizar el contenido de la propaganda, “... encontramos al terror y a la fuerza como ingredientes esenciales de la misma”, pues la propaganda totalitaria “(...) consiste en dar sensación de fuerza y poder, en extender la amenaza sobre la cabeza del adversario con palabras y con hechos. Por eso, la amenaza forma parte del discurso político. El mismo fin tratan de conseguir los desfiles y manifestaciones callejeras, destinados a advertir al público, especialmente al enemigo político, la existencia de un poder vigilante, omnipotente, omnipresente ...” (*Op. Cit.*: 777).

Dicho programa busca validarse a través de un orden científico que, en realidad, solo es *cientificista*, es decir, pseudocientífico, con el propósito de explicar, según Victor Serge, “(...) la dirección de la historia y los fines últimos de la humanidad...”:

[El marxismo] ha variado algunas veces, según las épocas. Surge de la ciencia, de la filosofía burguesa y de las aspiraciones revolucionarias del proletariado, en el momento en que la sociedad capitalista se acerca a su apogeo. Se presenta como heredero natural de esa sociedad de la que es producto. Así como la sociedad capitalista-industrial tiende a abarcar al mundo entero modelando en él a su capricho todos los aspectos de la vida, así el marxismo de principios del siglo XX aspira a tomarlo todo, a transformarlo todo, desde el régimen de la propiedad, la organización del trabajo y el mapa de los continentes (por medio de la abolición de las fronteras), hasta la vida interior del hombre (por medio del final de la religiosidad). Aspirando a una transformación total, era, en el sentido etimológico, totalitario. Ofrecía los dos rostros de la sociedad en ascenso: democrática y autoritaria ... (Serge, 2011: 170-171).

Investida de explicación última y eficiente de la Historia, el trasfondo de esta ideología realmente entraña “(...) objetivos, legitimaciones y medios represivos” que conducirían a la instauración de un régimen (totalitario) justificado en la necesaria unificación de la sociedad para suprimir “(...) las diferencias entre lo público y lo privado, y por lo tanto la libertad de los individuos”, a la vez que someter “... todas las formas de vida social, y sobre todo económica, al poder del Estado ...” (Todorov, 2010: 20). Según Leonard Schapiro, la preponderancia que los Estados totalitarios (fascistas y comunistas) le asignan a la ideología a través del Partido, socavó las nociones básicas del “(...) juicio moral privado, individual [pues] las ideologías fascista, nacionalsocialista y soviética, por igual, afirmaban que el individuo solo encuentra su realización real en la identificación con el Estado, o con el Partido ...” (*Op. Cit.*: 58). Por su parte, William Ebenstein afirma que la ideología totalitaria aspira a dominar completamente la vida y la mente de los súbditos traspasando los límites razonables del control político y económico. El autor explica que, debido a su carácter monopolista, la ideología totalitaria “(...) no permite

que se compita con ella en ninguna esfera de la vida. No debe sorprender, entonces, que tanto el fascismo como el comunismo hayan entrado en conflicto con las tradiciones y los sentimientos más hondos del mundo libre ...” (Cf. *Op. Cit.*: 99-102).

Otro aspecto problemático del totalitarismo es el del carácter *universal* de los regímenes totalitarios del siglo XX, el cual supera las particularidades culturales, geográficas y temporales. Los acontecimientos acaecidos en la Unión Soviética y en los países del Centro y Este de Europa adheridos a su *órbita* dictaron nuevas pautas sobre la condición *general* del totalitarismo como fenómeno no limitado a avatares nacionales o locales, demostrando así la amenaza potencial que representa este fenómeno político para “(...) la civilización democrática en cualquier parte del mundo” al revelar “(...) aspectos y dimensiones [...] de la conducta humana que, por su carácter, son más universales que nacionales ...” (Ebenstein, *Op. Cit.*: 17). Así, las dos grandes ideologías totalitarias evidenciarían, con su similitud filosófica y ética, la *universalidad* del totalitarismo, pues ambas

(...) comprenden todas las fases del pensamiento, la acción y los sentimientos humanos [...] No admiten ningún conjunto de creencias o valores que rivalicen con ellas [...] Simplifican al máximo los problemas humanos y su solución, reduciéndolos de conformidad con un principio único, monolítico: el de la ‘raza’ en el nazismo, y el de la ‘clase’ en el comunismo [...] Son fanáticas, pues exigen la adhesión total, incondicional y sin reservas de sus súbditos, y justifican el empleo de cualquier medio para asegurar su prevailecimiento, hasta el asesinato en masa y la esclavización de naciones o núcleos sociales enteros ... (*Ibidem*: 100).

Esto se enmarca en una dimensión más amplia que podríamos denominar *mentalidad totalitaria*, cuya influencia irradia a toda la vida social y psicológica de las sociedades inmersas en ese sistema. Entonces el totalitarismo, según Ebenstein, “(...) como forma de gobierno y como forma de vida [se basa en] el control total del hombre

por el Estado [reclamándolo] en su totalidad, en cuerpo y alma, [sin que exista] ninguna actividad humana —política, económica, social, religiosa o educacional que se exceptúe del control y el dominio del gobierno ...” (*Op. Cit.:* 20). El gobierno totalitario no se conforma con que el individuo desempeñe los roles que el Estado le ha asignado, sino que quiere poseerlo “... en su totalidad, en cuerpo y alma, y más que nada su alma” (*Ibidem:* 40). Tal aspiración se cristaliza desplegando recursos que van “(...) desde la propaganda y el encarcelamiento, el terror, el trabajo esclavo, los campos de concentración y los lavajes mentales, hasta la solución final [...] del genocidio y la destrucción de un pueblo entero ...” (*Ibid.:* 21). Para un régimen totalitario, incluso el silencio debe encontrarse sujeto a control, pues “(...) libertad de palabra no implica libertad de silencio”. Los estados fascistas y comunistas entienden que el *silencio* también representa una manera de opinar, por lo que un ciudadano excesivamente parco o taciturno puede considerarse sospechoso de no estar de acuerdo o feliz con el gobierno. De esa forma, quienes desean escalar posiciones o “(...) solo quieren continuar con vida, se ven obligados a elogiar a los dirigentes y la política gubernamental, a fin de no despertar sospechas de que su silencio es sinónimo de crítica u hostilidad ...” (*Ibid.:* 24). Esto deriva en una participación social y política viciada, carente de criterios e ideas originales cuya consecuencia directa sería la obligatoria y generalizada militancia partidista de toda la sociedad. El poder totalitario elige a sus *subordinados* obviando criterios de cualificación personal, ética o intelectual considerados necesarios (al menos, teóricamente) en sociedades liberales; por ello, como afirma Gregorio Rodríguez de Yurre, “(...) los individuos con personalidad fuerte, con criterio personal para ver los problemas nacionales, son eliminados sin piedad [ya que] las puertas están [...] abiertas para los aduladores, los acomodaticios, incluso si personalmente son medianías o nulidades ...” (*Op. Cit.:* 779-780).

Lo anterior expone la inhibición social y política del súbdito totalitario. El funcionamiento eficiente de un sistema totalitario depende, en gran medida, de que dicho súbdito acabe pensando que los objetivos revolucionarios y colectivistas impuestos por el partido gobernante también le pertenecen. Al no haber disidencia, crítica o ideas *individualistas*, la *res publica* se rellena con una serie de metas e ideales teledirigidos desde la cúpula del poder. Como tampoco existe conflicto ni argumentación (a diferencia de los Estados liberales), el sujeto totalitario acaba adoptando dichos ideales como propios porque, al fin y al cabo, la vida debe continuar y los referentes sociales, económicos y políticos resultan imprescindibles. En el contexto encriptado de las sociedades totalitarias, este proceso de *adopción* ideológica se refuerza mediante el terror coercitivo y dosis variadas pero constantes de propaganda oficial, lo cual ocasiona que, por ejemplo, los habitantes de países totalitarios se consideren menos *oprimidos* de lo que podrían pensar sobre ellos ciudadanos de naciones liberales: finalmente, la dictadura totalitaria habría logrado que sus súbditos piensen como ella desea que lo hagan (Cf. Hayek, 2010: 237). Sin embargo, el encriptamiento y la asimilación ideológica llegarán a un término después del cual se instauraría en esa sociedad una especie de inercia totalitaria institucional, que transmutaría al régimen totalitario de *ideocracia* (“gobierno de la idea”) a *estatocracia* (“gobierno del Estado”). Así, como explica Simona Forti apoyándose en Cornelius Castoriadis,

(...) de la voluntad de convertir en realidad la nueva sociedad y el hombre nuevo se habría pasado a una imagen del mundo puramente militar y construida sobre simples correlaciones de fuerza: “una sociedad militar en la que los excesos del terror han sido sustituidos por una simple administración de la represión.” El resultado es una “estatocracia”, donde cualquier proyecto de realización de la sociedad es sustituido por “la force brute pour la forcé brute [...] la force au service de rien”. No solo ya no habría una ideología en el poder, una “ideocracia”, sino que ya no habría idea alguna: se llevaría a cabo así “la más completa destrucción del

significado,” provocada, asimismo, por un lenguaje reducido a código ... (Forti, *Op. Cit.*: 168-169).²⁹

Finalmente, y respecto al significado de las ideologías totalitarias, es necesario apelar al término *supersentido ideológico* acuñado por Hannah Arendt para nominar el desprecio directo que manifiesta el totalitarismo hacia la fenomenología de la realidad, imponiendo a cambio “un mundo que funciona carente de sentido”. Los regímenes totalitarios poseen una visión particular de la realidad y una lógica interna que solo funciona dentro de sus límites. Visto *desde fuera*, esta visión-representación alterna del mundo se desvincula parcialmente de la gravedad que implican los hechos, pero resulta aplastante según la coherencia que le confiere la propaganda ideológica. Hay en este *supersentido* un remanente del orgulloso desprecio moderno hacia la realidad, necesario para que la civilización dominara la naturaleza y pudiera transformar sus condiciones materiales; sin embargo, la ideología totalitaria fuerza esta actitud hasta los límites, confinando las posibilidades de desarrollo humano a la exclusiva esfera de la sociedad ideologizada. Por ello, y según explica Hannah Arendt, si en la Unión Soviética se construía algo tan maravilloso como un Metro, el *supersentido ideológico* hará concluir que solo la superioridad del comunismo puede lograr dicha obra de ingeniería, y que fuera de él es sencillamente imposible:

(...) de este punto de vista extrae luego la conclusión lógica de que cualquiera que conozca la existencia del Metro de París es un sospechoso, porque puede ser causa de que la gente dude de que solo se pueden hacer cosas en el sistema bolchevique. Esto conduce a la conclusión final de que, para seguir siendo un bolchevique leal, uno tiene que destruir el Metro de París. Solo importa ser consecuente ... (Arendt, *Op. Cit.*: 555).

²⁹ Las frases y palabras entrecomilladas pertenecen a Castoriadis.

De lo anterior se deduce que las ideologías totalitarias no buscan, simplemente, la transformación del mundo exterior o de la realidad política, sino una metamorfosis integral de la naturaleza humana que incluye, desde luego, la manera de conocer, pensar y representar la realidad (Cf. Arendt, *Op. Cit.*: 555-556).

1.2 “DÍGANLE AL CAMARADA STALIN LO QUE ESTÁ OCURRIENDO AQUÍ...”

En varios sentidos, se ha considerado al gobierno de Iósif Stalin un paradigma inspirador de ensayos totalitarios en varios lugares del mundo, merced a su concepción y ejecución de un *socialismo real* que definía, taxativamente, el rumbo a seguir para cualquier revolución triunfante. Así, como explica Anne Applebaum, la imposición de los planes quinquenales generó

... una nueva serie de políticas que con el tiempo se conocerían como estalinismo: un impulso para la rápida industrialización, la colectivización forzada, la planificación centralizada; restricciones draconianas en la expresión, la literatura, los medios y las artes; y la expansión del Gulag, el sistema de campos de trabajos forzados. Los términos ‘estalinismo’ y ‘totalitarismo’ a menudo se utilizan con el mismo significado, y con toda la razón ... (*Op. Cit.*: 29).

No obstante, la opinión respecto a aquel periodo de la historia soviética se bifurcaría con la ejecución en los años 30 de diferentes purgas contra la *vieja guardia* del Partido y la posterior revelación de los crímenes estalinistas en 1956 durante el XX Congreso del Partido Comunista. Aunque dicho Congreso —el primero desde la muerte de Stalin— fuese a “puertas cerradas”, las trascendentes acusaciones de Nikita Jruschov contra Stalin se filtraron dentro y fuera de la URSS; entonces, Jruschov endosó al dictador georgiano

la máxima responsabilidad de la represión, las purgas y la corrupción burocrática del régimen desde 1929 hasta su muerte en 1953. En la introducción a su alegato, dijo:

... Cuando analizamos la forma en que Stalin dirigió el partido y el país, cuando nos detenemos a considerar todo lo que hizo Stalin, llegamos al convencimiento de que los temores de Lenin eran bien fundados. Las características negativas de Stalin, incipientes durante la vida de Lenin, lo llevaron durante los últimos años de su vida a abusar del poder, lo que ha causado al partido un daño ilimitado. Debemos meditar detenidamente y analizar en forma correcta este asunto con el objeto de desterrar para siempre la posibilidad de que se repita, en cualquier forma, en el futuro todo aquello que aconteció durante la vida de Stalin, un ser que rehusó absolutamente tolerar una dirección colegial del gobierno y del trabajo y que procedió con una violencia salvaje, no solamente contra quienes se le oponían, sino también contra todo lo que pareciese, a su carácter despótico y caprichoso, contrario a sus conceptos ... (Jruschov, 9: 1957).

Así, por una parte, la tesis de Trotski sobre la *revolución traicionada*, según la cual Stalin había traicionado el programa revolucionario original para erigir una dictadura personalista similar al zarismo, pretendió sustentarse decisivamente en el Gran Terror desatado contra los militantes que habían acompañado a Lenin en la Revolución y la Guerra Civil; según esto, Stalin veía necesario desactivar los *cerebros* revolucionarios de pensamiento independiente y borrar toda memoria de la pasada acción revolucionaria acusando de traición a los viejos próceres del Ejército y el Partido, todo con el objetivo de instaurar un régimen tecnoburocrático y policial. En su libro de 1936 *La Revolución traicionada ¿Qué es y adónde va la URSS?*, León Trotski escribió:

De la democracia del partido no quedan más que recuerdos en la memoria de la vieja generación. Con ella se ha evaporado la democracia de los soviets, de los sindicatos, de las cooperativas, de las organizaciones deportivas y culturales. La jerarquía de los secretarios domina sobre todo y sobre todos. El régimen había adquirido un carácter totalitario antes de que Alemania inventara la palabra. ‘Con ayuda de los métodos desmoralizadores que transforman a los comunistas pensantes en autómatas, que matan la voluntad, el carácter, la dignidad humana —escribió Rakovski en 1928—, la pandilla gobernante ha sabido transformarse en una oligarquía inamovible e inviolable que ha sustituido a la clase y al partido’. Después

de que estas líneas indignadas fueran escritas, la degeneración ha hecho inmensos progresos. La GPU ha llegado a ser el factor decisivo en la vida interior del partido. Si en marzo de 1936 Molotov podía felicitarse ante un periodista francés de que el partido gobernante ya no tuviera luchas fraccionales, se debía únicamente a que ahora las divergencias de opiniones son reglamentadas por la intervención mecánica de la policía política. El viejo partido bolchevique ha muerto y ninguna fuerza será capaz de resucitarlo ... (2001: 85).

Una opinión diferente planteaba que el estalinismo fue, sencillamente, la continuación de una dictadura totalitaria que ya habían iniciado Lenin y Trotski en los tiempos de la Guerra Civil con el llamado *comunismo de guerra*. Según esta perspectiva, en la propia ideología bolchevique se halla la esencia totalitaria del comunismo, lo cual se probaría con las innumerables demostraciones de crueldad, represión y *disciplina revolucionaria* a las que fueron sometidas las poblaciones bajo control soviético durante la conflagración civil contra los *Blancos*. A tenor de esto, el estalinismo solo habría sido la amplificación del sistema que ya esbozara Lenin:

Las ideas de Lenin sobre la violencia, la dictadura, el terror, el centralismo, la jerarquía y el liderazgo formaban parte integral del pensamiento de Stalin, y además Lenin había legado los medios para el despliegue del terror a su sucesor. Stalin no era el que había inventado la Cheká, los campos de trabajos forzados, el estado de partido único, los medios de comunicación controlados, la arbitrariedad administrativa legalizada, la prohibición de las elecciones libres y populares y la prohibición de la disidencia en el seno del partido. Lenin había puesto en práctica el terror de masas durante la guerra civil y siguió exigiendo que se aplicara, bien que de una manera mucho más restringida, durante la Nueva Política Económica (NEP o NPE). Por algo Stalin se llamaba a sí mismo el discípulo de Lenin [...] Sin embargo, es difícil imaginar que Lenin hubiera desplegado el terror sobre su propio partido, y no es probable que hubiese querido que la policía política degradara física y psicológicamente a quienes arrestara. En definitiva, Lenin se habría horrorizado por la escala y los métodos del gran terror ... (Service, 2000: 220).

Una tercera opinión afirma simplemente que Stalin fue el genio político capaz de derrotar a los enemigos agazapados de la Unión Soviética para cristalizar el sueño revolucionario leninista. Esta perspectiva aún pervive, y pretende sostenerse apelando a

la condición de potencia mundial que logró la URSS supuestamente gracias a Stalin y que no perdería hasta 1992, cuando el experimento soviético se desvaneció como un espejismo. Sin embargo, parece difícil dilucidar si, ideológicamente, el estalinismo representó una ruptura respecto al proyecto revolucionario de Lenin —tal como lo afirmaba Trotski— o, por el contrario, fue tan solo su solución de continuidad. Al respecto, explica Carlos Taibo que

(...) en el orden estaliniano no es difícil apreciar, en fin, el renacimiento de muchos de los rasgos vigentes antes de 1917. El énfasis en la autoridad y en el poder del Estado, la idea de que la población es un mero y manipulable objeto al que todo puede exigirse, la acentuación de los desfases entre el medio urbano y el rural, el rechazo de la intelligentsia y de sus actividades, y el conservadurismo general que pasó a impregnar todas las relaciones no podían por menos que recordar a tiempos pasados ... (2010: 124).

Sin embargo, aunque Stalin retomó y agigantó políticas socioeconómicas que Lenin, Trotski y el conjunto del bolchevismo habían adoptado durante la Guerra Civil (colectivización forzada, racionamiento alimentario, planificación centralizada de la economía, unipartidismo, expropiaciones sin retribución, supresión de la propiedad y la banca privadas), lo cierto es que dichas medidas se atenuaron de manera ostensible con la NEP³⁰, la cual parecía ser la visión económica de Lenin a mediano plazo. Pero la muerte del gran líder en 1924 y el sectarismo bullente en el seno del PCUS le allanaron el camino a Stalin para formular el más radical dogmatismo en torno a la idea de una nación-potencia socialista construida ladrillo a ladrillo en tiempo récord, gracias al que quizá fue

³⁰ NEP (a veces denominada NPE), siglas de Nueva Política Económica (1922-1928), fue un periodo de liberalización económica y social a pequeña escala que Lenin se vio obligado a implementar después de la Guerra Civil rusa para levantar la economía del país. Con la NEP, se le permitió a pequeños y medianos terratenientes y comerciantes emprender actividades económicas privadas (no colectivizadas) para acelerar el abastecimiento de bienes y estabilizar la moneda a través del equilibrio entre oferta y demanda, al tiempo que abría cierto compás liberal en otras esferas de la vida, como por ejemplo las artes. Esto constituyó un paréntesis a las férreas medidas comunistas aplicadas durante la guerra.

el más grande, profundo y despiadado ejercicio de reingeniería social acometido durante el siglo XX.



19
Stalin, Lenin y Trotski en los primeros tiempos revolucionarios.

Al morir Lenin en 1924, se desató una fuerte pugna por el poder en el seno del PCUS, de la que surgió triunfador Stalin gracias a su capacidad para la intriga y carácter despiadado. Al finalizar el XV Congreso del Partido Comunista en 1928, Stalin había logrado derrotar a la facción opositora o *ala izquierdista* del Partido que lideraban Trotski, Zinóviev y Kámenev; entonces, apoyándose en su control sobre la policía política, declaró que la tesis de una “revolución permanente e internacional” era heterodoxa e incompatible con la línea partidista que él mismo había fijado bajo la doctrina “socialismo en un solo país”, lo cual le valió para defenestrar a sus oponentes y allanarse el camino hacia sus dos grandes objetivos. El primero era convertirse en el jefe total de la URSS implantando una ortodoxia doctrinal sin disidencias ni contradicciones amalgamada con el culto a su personalidad y la instauración de una religión ideológica cuya liturgia reglamentaba él mismo a través del propio Partido (Cf. Service, 2000: 195). Stalin conocía a la perfección dos aspectos profundos de la mentalidad colectiva eslava: el apego al caudillo y la creencia místico—religiosa, por lo que desplegó una gran campaña de culto personalista similar a la que emplearan los zares en el pasado (Cf. Clark, 2000: 94). Él sabía que su

hegemonía demandaba proyectar su figura como único heredero legítimo de Lenin, un líder ungido que se agigantaba combatiendo enemigos y heterodoxias contrarrevolucionarias. Realmente, en su interior latía el deseo por "... acabar con todos aquellos que en el pasado habían mostrado, con respecto a él, algún tipo de diferencia", ya fuera intelectual, política o, tan solo, de índole personal:

Stalin era un hombre de cultura media procedente de una minoría oprimida y rebotante de resentimiento contra las personas superiores y los intelectuales de todo tipo, pero en especial contra aquellos socialistas cultivados y argumentadores cuyo don para la dialéctica en el ámbito de la teoría debió de humillarlo con frecuencia tanto antes como después de la Revolución y entre quienes Trotski fue el exponente más arrogante y brillante. La actitud de Stalin hacia las ideas, los intelectuales y la libertad intelectual traslucía una combinación de miedo, desdén cínico y humor sádico que lo impulsaba (un poco a lo Calígula) a descubrir a qué posturas grotescas y degradantes podía reducir tanto a los integrantes soviéticos como a los extranjeros de su doblegada congregación... (Berlin, 2009: 234 -235).

Esta perspectiva del poder, reedición de viejos esquemas y, paradójicamente, fundadora de un nuevo concepto autoritario, se distanciaba así de las disidencias que Lenin había tolerado durante los primeros años de gobierno bolchevique. Esa obligatoria cohabitación con la *cohorte de hierro* revolucionaria era una herencia que Stalin no estaba dispuesto a aceptar (Cf. Taibo, *Op. Cit.*: 145).

El segundo objetivo de Stalin fue transformar a la Unión Soviética en una gran potencia económica y militar, sin importarle el traumático costo institucional y social que ello supusiera (Cf. Hobsbawm, 1998: 380). Koba (según lo conocían sus correligionarios) era un fanático de la colectivización y del centralismo partidista, y aunque en muchas repúblicas había sido aclamado —a menudo, con sinceridad— como un destacado líder revolucionario, lo cierto es que, sobre todo, inspiraba temor. La visión estaliniana de la sociedad contemplaba un orden estrictamente jerarquizado y disciplinado, con una colectividad movilizad permanentemente contra sus enemigos y aterrorizada por la

ubicua vigilancia estatal a través de los órganos de seguridad. Esto le confirió al Estado un poder sin precedentes históricos, solo comparable al que consolidaría el Tercer Reich. Lo social y lo privado quedaron intervenidos hasta casi fusionarse, con el Partido fiscalizando todos los ámbitos de actividad humana; “(...) el Estado contaba para todo y el individuo para nada. Se trataba a la gente como si fuera carbón o trigo: se convirtió en un recurso explotable para la causa política ...” (Service, 2009: 231)³¹. Esto supuso un alejamiento respecto a Occidente, al cual Lenin y varios de sus correligionarios habían visto como el próximo epicentro de nuevas revoluciones y, en consecuencia, una fuente para la solución de grandes problemas políticos y económicos por venir (Cf. Taibo, *Op. Cit.*: 124-125). Sin embargo, con su política de “socialismo en un solo país”, Stalin generó un repliegue de la URSS sobre sí misma que la hacía hostil a la mentalidad política europea, incluyendo la de tendencia revolucionaria.

Ideológicamente, fueron varios los rasgos radicalmente autoritarios que el régimen estaliniano compartía con sus *mortales enemigos* fascistas, lo cual sin duda persuadió a muchos observadores occidentales durante los años 30 sobre la índole plenamente totalitaria de la Unión Soviética: represión al pluralismo político, silenciamiento de los medios de comunicación mediante amenaza, supresión hasta el aniquilamiento de

³¹ En *El caso Tuláyev*, Romáshkin, jefe de la oficina de salarios en la Industria del Vestido, está atormentado ante la idea de colaborar en la explotación de la clase obrera por el propio Estado socialista: “(...) —Pero yo —se dijo un día Romáshkin, tragando su última cucharada de sémola fría— exprimo la miseria [...] Las cifras lo probaban. Perdió la tranquilidad. Todo lo malo viene de que uno piensa, o más bien de que hay un ser que piensa sin que uno se dé cuenta, y de pronto emite en el silencio del cerebro una frasecilla ácida, insoportable, después de la cual no se puede vivir como antes. Romáshkin quedó aterrado con este doble descubrimiento: Él pensaba y los periódicos mentían. Se pasaba noches enteras rehaciendo cálculos complicados en su casa, comparando millones de rublos en mercancías con millones de rublos nominales, y toneladas de trigo con masas de seres humanos. Consultaba los diccionarios de las bibliotecas en las entradas *Obsesión, Manía, Locura, Enajenación mental, Paranoia, Esquizofrenia*, concluía que no era ni paranoico, ni ciclotímico, ni esquizofrénico, ni neurótico, sino que cuando mucho parecía, en un grado muy débil, de depresión histérico—maníaca. Esto se traducía en una obsesión por los números, en una propensión a detectar mentiras en todo, una idea casi fija que temía nombrar —tan sagrada era— y que resolvía todos los conflictos del espíritu y destruye todas las mentiras; una idea que siempre había que tener presente a riesgo de dejar de ser algo más que un pequeño canalla, subhombre al que se pagaba para roer el pan de los demás, cucaracha que anidaba en el edificio de ladrillos de los trusts ...” (Serge, 2013: 40).

ideologías alternativas, eliminación de garantías legales individuales, instauración del culto al líder, unipartidismo, propagación forzosa de un credo milenarista, eliminación u obligada absorción estatal de las asociaciones civiles y flujo perfectamente *vertical* de las órdenes políticas y jurídicas (Cf. Service, 2009: 230—231). Según Donald Rayfield, “(...) Stalin hizo del socialismo revolucionario un huero envoltorio para su propio fascismo, y no era más comunista que católico era un papa Borgia ...” (2006: 298).

Sin embargo, detrás de estas demostraciones claramente *totalitarias*, funcionaba todo un motor ideológico que reimpulsó las ideas originales del bolchevismo leninista más radical, pues “(...) en lugar de permitir que fuera la Historia la que originara la oscilación de la espiral dialéctica, Stalin depositó esta tarea en manos humanas” (Berlin, *Op. Cit.*: 187), manipulando los factores de la dialéctica y haciéndolos moverse pendularmente según sus propios cálculos para generar todas las *síntesis* necesarias con las cuales mantener el poder. Si convalidáramos la dialéctica marxista, afirmaríamos que Stalin le quitó a la Historia la responsabilidad de confrontar a las fuerzas sociales en conflicto (*tesis, antítesis*), asumiendo él mismo esa tarea para su propio beneficio (*síntesis*). Como explica Isaiah Berlin: la “(...) esencia de la política estalinista consistió en un cronometraje preciso y en el cálculo del grado de fuerza adecuado para oscilar el péndulo social y político con vistas a obtener el resultado deseado en función de las circunstancias determinadas” (*Op. Cit.*: 187). A esto lo denominó el autor *dialéctica artificial*:

Esta —la dialéctica artificial— es la original invención del generalísimo Stalin, su mayor contribución al arte del gobierno, incluso más importante quizá que el “socialismo en un solo país”. Es un instrumento garantizado para “corregir” las incertidumbres de la naturaleza y la historia y preservar el ímpetu innato —la tensión perpetua, la condición de movilización bélica permanente— que por sí solo permite llevar una forma de vida tan poco natural. Y lo hace no dejando nunca que el sistema devenga demasiado renqueante o ineficaz, que se sobrecargue o se vuelva

autodestructivo. Se trata de una versión extraña e irónica de la “revolución permanente” de Trotski o, una vez más, de la fórmula de “ni guerra ni paz” que ideó para la paz de Brest—Litovsk, y obliga al sistema soviético a deambular por un sendero serpenteante al tiempo que engendra para su pueblo una situación de tirantez sin remisión a no ser que quede atrapado en uno de los giros abruptos realizados siempre que una operación determinada comienza a generar resultados insuficientes o indeseables ... (*Ibidem*: 195).

En la activación de la *dialéctica artificial*³², Stalin necesitó el pleno rendimiento del aparato represivo para cortar furiosamente los posibles focos conflictivos en el Partido, el Ejército, la burocracia y el conjunto de la sociedad hasta sus estratos más básicos. La percepción del menor descontento o crítica en algún estamento social propiciaba que Koba moviera el péndulo dialéctico antes que la Historia, purgando al elemento contaminado como si de un organismo enfermo se tratara. Realizadas las purgas, Stalin ordenaba cesar la persecución con miras a evitar que la violencia se desbordase y así presentarse ante la sociedad como el benefactor que detuvo la cacería al escuchar las súplicas de su pueblo. El péndulo se movía siempre a su favor. Sin embargo, Isaiah Berlin explica que

(...) el peligro de esta clase de movimiento es que coloca el poder en manos de una panda de fanáticos consagrados a la labor infinita de purificar la iglesia amputando todas las extremidades obscenas y cualquier cosa remotamente capaz de fomentar el crecimiento de estas. Tales hombres sólo resultan eficientes si quienes integran su núcleo central son sinceros en su fanatismo; pero cuando así sucede, sus actos inevitablemente van demasiado lejos. Tras purgar a los grandes y pequeños disidentes, los inquisidores se ven arrastrados por su sagrado cielo, hasta que se los descubre investigando las vidas y acciones de los principales dirigentes del partido. En ese momento, deben ser supervisados de inmediato para que toda la maquinaria

³² La voz narrativa de *Medianoche en el siglo* parodia así los malabares argumentales de la *dialéctica artificial*: “(...) por lo tanto, en el informe del secretario general [del Partido, es decir, Stalin] a la conferencia, para que se adopten los treinta nombramientos de secretarios regionales [...] que no se mencionarán en la sesión, será necesario deslizar una alusión a la actividad clandestina de la izquierda, sostenida en realidad por la derecha ya que el extremismo de izquierda sólo puede hacerle el juego a la derecha; y, por otra parte, la izquierda no es izquierda más que en un sentido verbal, por no ser de hecho más que una derecha que no es consciente de ello; y la derecha no es tal derecha comunista más que por eso mismo; en el fondo, no es sino una vanguardia de la contrarrevolución que no sabe que lo es ...” (Serge, 2016: 199—200).

no haga implosión. Una razón añadida para detener la purga y denunciar a sus agentes tachándolos de extremistas trastornados que han causado estragos es que este es un gesto popular entre los atemorizados y desesperados, tanto entre las filas del partido como de la burocracia en general (por no hablar ya de la población en su conjunto). Una mano omnipotente desciende de entre las nubes para poner fin a la inquisición. El Kremlin ha escuchado el grito de socorro de la población, observado las penurias que viven los niños y no permitirá que unos secuaces demasiado ardientes los despedacen. Las víctimas potenciales suspiran con alivio y desprenden una gratitud sincera. La fe en la bondad, la sabiduría y el ojo omnisciente del Líder, sacudida durante las matanzas, vuelve a quedar restaurada ... (Berlin, *Op. Cit.*: 189).

En la dinámica de este controlado péndulo ideológico, el rol de la intelectualidad y los artistas estaba perfectamente dispuesto. Consecuente con el leninismo, Stalin sentenciaba que los intelectuales eran “ingenieros de almas humanas”, frase que expresaba su misión: emprender un análisis socio-histórico de carácter científico para esclarecer los principales objetivos sociales que debían fijarse el Estado y la sociedad soviéticos. Enseguida, la educación y la propaganda se encargaban de adoctrinar a las masas en la idea de que dichos objetivos constituían verdades empíricas, cuya practicidad estaba ya resuelta positivamente por esos “ingenieros de almas” que transformaban abstracciones sociológicas en artefactos de mecánica armonía. Esta visión tecnocrática coronaba la visión de Lenin, quien en el *Estado y la Revolución* proyectaba una concientización ideológica tan perfecta en el obrero del futuro que este sería capaz de ejercer la contraloría laboral y de realizar su trabajo fabril como *hábitos* incorporados a sus funciones vitales³³. Eficacia y orden generarían la libertad necesaria con la que el

³³ Escribió Lenin en *El Estado y la Revolución* (1918): “(...) Pues cuando *todos* hayan aprendido a dirigir y dirijan en realidad por su cuenta la producción social; cuando hayan aprendido a llevar el cómputo y el control de los haraganes, de los señoritos, de los granujas y demás ‘depositarios de las tradiciones del capitalismo’, el escapar a este registro y a este control realizado por la totalidad del pueblo será sin remisión algo tan inaudito y difícil, una excepción tan rara, y suscitará probablemente una sanción tan rápida y tan severa (pues los obreros armados son gente práctica y no intelectualillos sentimentales, y será muy difícil que permitan que nadie juegue con ellos), que la *necesidad* de observar las reglas nada complicadas y fundamentales de toda convivencia humana se convertirá muy pronto en una *costumbre*. Y entonces quedarán abiertas de par en par las puertas para pasar de la primera fase de la sociedad comunista a su fase superior y, a la vez, a la extinción completa del Estado ...” (2009: 123).

obrero (y claro, también el campesino, a quien tan poco estimaba Lenin) escogería siempre hacer *el bien*, definido en noción y praxis por los principios del socialismo como algo solo alcanzable para los conocedores de la *verdad* socialista (Cf. Berlin, *Op. Cit.*: 224).

Como ya hemos mencionado, Stalin se proponía convertir a la Unión Soviética en una gran potencia que apareciera en el concierto mundial como el contrapeso socialista al liberalismo francés, británico y estadounidense. El Jefe interpretaba que, pese al triunfo de la Revolución y a la casi milagrosa supervivencia de la República de Obreros y Campesinos, el país seguía siendo atrasado en todos los órdenes... y tenía razón. Hacia la década de 1920 aún se mezclaban prácticas sociopolíticas nuevas y viejas, con un aumento considerable de problemas sociales: alcoholismo, mercado negro, agitación política, delincuencia y violencia social. Ciertamente es que muchos de estos factores derivaron de la propia Revolución y su plan para reemplazar las costumbres de los tiempos zaristas; sin embargo, pensaba Stalin, aquello no podía continuar si se pretendía dar un verdadero salto adelante que superara la fase de experimento y convirtiera a la Patria del Socialismo en ejemplo real de todo lo predicado hasta entonces. Así, se decidió a transformar dicho estado de cosas subvirtiendo aceleradamente la configuración socioeconómica de todos los pueblos que integraban la URSS e imponiendo consignas de orden, jerarquía, obediencia y vigilancia que allanaran el camino hacia la implementación del primer Plan Quinquenal (1928-1932).

Al igual que con la *vieja guardia* del Partido y más tarde con el Ejército, Stalin tenía en mente modelar una nueva generación de jóvenes comunistas que vieran en él a un Padre y en el Estado a su única familia. Estos jóvenes, pertenecientes al Komsomol³⁴,

³⁴ Komsomol (contracción en ruso transliterado: *Kommunisticheski Soyuz Molodiozhi*): “Unión Comunista de la Juventud”. Era la organización juvenil del Partido Comunista de la URSS.

representaban lo que se había dado en llamar el *Hombre Nuevo*, prototipo ideal del sujeto comunista, herméticamente ideologizado, fiel seguidor del liderazgo partidista y carente de vínculos emocionales con la gesta revolucionaria de la *vieja guardia*³⁵. Muchos jóvenes provincianos, huérfanos durante la Guerra Civil o desertores del hogar, se incorporaron a esta nueva clase de reclutamiento, útil también al recomponerse los cuadros del Partido que habían quedado vacantes una vez purgada la oposición *izquierdista* en 1928. Para esta juventud ya cautiva, Stalin era su único padre y el estalinismo la única ideología que reconocían³⁶; entre ellos y el Líder se había establecido un vínculo sagrado inexistente con cualquier otra figura del Comité Central del Partido, lo cual facilitaba el hacerles creer que cualquier miembro de la anterior generación revolucionaria podía ser espía o conspirador (Cf. Rayfield, *Op. Cit.*: 296).

Así, según Rayfield, hacia 1934 ya “(...) no existía en la URSS sociedad civil de ninguna clase...” (*Op. Cit.*: 289), y la gente daba por seguro que la mera intención de protestar sería inmediatamente castigada. Esto se hizo aún más notorio con el cambio que experimentaron las profesiones: la iglesia ortodoxa y sus sacerdotes, pilares de la cultura

³⁵ Es a lo que, en *El cero y el infinito*, el personaje de Rubashov llama “no tener cordón umbilical” cuando se refiere a su interrogador Gletkin: “(...) ¿Qué edad tendría este Gletkin? Treinta y seis o treinta y siete años a lo sumo; debía de haber participado muy joven en la guerra civil, y vio comenzar la Revolución cuando no era más que un chiquillo. Pertenecía a la generación que comenzó a pensar después del ‘diluvio’. No tenía tradiciones, ni recuerdos que lo ligaran con el viejo mundo desvanecido. Generación nacida sin cordón umbilical... pero, no obstante, la ley estaba con ella. Era necesario desprenderse de este cordón umbilical, renegar del último de los lazos que los unían a las vanas concepciones del honor y a la hipócrita dignidad del viejo mundo. El honor era servir sin vanidad, sin preocuparse, y hasta la última consecuencia ...” (Koestler: 2014: 219).

³⁶ “En 1932, los medios glorificaron a un chico, Pávlik Morózov, que había sido asesinado después de denunciar a su padre por socavar la dirección de su koljós (que era el nombre del tipo más extendido de granja colectiva). La autoridad patriarcal fue posteriormente reafirmada. Stalin exigió relaciones disciplinadas en casa y en el trabajo. Se reintrodujeron los uniformes escolares y las chicas tenían que llevar el pelo recogido en coletas. Se expandió la instrucción militar. Incluso el personal del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores vestía como los soldados. Había que moderar la turbulencia de la industrialización y la colectivización. Las consignas eran el orden, la jerarquía, la obediencia, y la vigilancia. La efervescencia social de la primera década después de la caída de la monarquía de los Románov se convirtió en objeto de desaprobación. A cambio, el régimen amplió las vías para el ascenso. Se garantizaron oportunidades para la educación, la formación industrial y el acceso a la cultura. A la gente se le prometió un aumento progresivo de bienes materiales e instalaciones recreativas ...” (Service, 2009: 229).

eslava, fueron perseguidos y reducidos a su mínima expresión; la profesión legal se convirtió en una cáscara de pura retórica en medio de un marco jurídico que el Estado manipulaba a discreción; los médicos quedaron supeditados a las órdenes —más bien, caprichos— del Hospital del Kremlin, mientras que la *intelligentsia* aún existente se encontraba en prisión, condenada al *realismo socialista* o escribiendo bajo soborno (Cf. *Ídem*: 289). En este ambiente general de intimidación, la hipocresía y el disimulo se volvieron moneda corriente. La población necesitaba evitar decir o hacer lo que quería, pues el sistema había afilado convenientemente el mecanismo de la *transparencia social* con el cual la gente se vigilaba entre sí para, en teoría, preservar la estabilidad y el bienestar colectivos, aunque en realidad se pretendiera delatar las supuestas actividades contrarrevolucionarias de vecinos, compañeros de trabajo y hasta familiares. Así, la delación por arribismo y supervivencia se convirtieron en piedras angulares del sistema, convirtiendo a

(...) lo que George Orwell llamó [en 1984] *doble pensamiento* era un fenómeno omnipresente. Todos —menos los santos, temerarios o pánfilos— repetían las verdades comunistas cuando estaban en la fábrica o en la oficina. No hacerlo habría tenido consecuencias desastrosas. A una anciana campesina a la que se oyera murmurando sobre las condiciones en su granja colectiva le aguardaba el trabajo forzado en Siberia. La mayoría de la gente era inteligente para mantener en privado sus pensamientos privados peligrosos. A lo sumo, los comunicaban a sus cónyuges o amigos íntimos en la reclusión de sus apartamentos. E incluso eso era arriesgado. Con frecuencia se instalaban micrófonos en las casas de los oficiales de alto rango. El NKVD llamaba a individuos y les exigía que revelaran secretos de conversaciones recientes. Sirvientes, porteros y chóferes eran empleados de manera rutinaria para presentar informes. La URSS era un Estado a la escucha con una curiosidad insaciable. Se alentaba la denuncia anónima, y eso tuvo un efecto nocivo para la solidaridad social. Informar sobre otros era una forma tentadora de cubrirse las espaldas frente a encargados autoritarios o vecinos incómodos. También era un método de desembarazarse de un rival y quedarse con su empleo. Nadie podía estar completamente seguro, por más recto que fuera, de que una delación falsa no le acarrearía un desastre. El NKVD no era famoso por sus escrúpulos investigadores, sobre todo cuando se hallaba presionado para cumplir con las cuotas de detenciones ...” (Service, 2009: 234-235).

Este clima de miedo, desconfianza y traición no fue una invención de Stalin, pues ya desde la Guerra Civil los bolcheviques habían instaurado la *transparencia* y la delación como métodos de control social; no obstante, desde que asumió el control total en 1929, Stalin había moldeado la disciplina represiva que haría de la URSS un Estado policial bien articulado, con informantes y agentes posicionados en todos los sectores de la sociedad. Fábricas, escuelas, universidades, residencias comunales, oficinas... ningún espacio público o privado escapaba a la vigilancia del NKVD, que funcionaba bajo el principio rector de prevenir la conspiración trotskista-capitalista agazapada en cualquier casa de barrio³⁷. Así, mientras los ciudadanos soviéticos eran *culpables de ser sospechosos*, el Estado preparaba nuevos hogares para los miles de conspiradores que pronto serían arrestados: se levantaba el *archipiélago gulag*³⁸, presto a activarse con el inminente estallido del Gran Terror.

Aunque el régimen estalinista siempre se resguardó en la represión, esta alcanzó picos notables que marcaron subperiodos de extrema crueldad. Sin duda, la ola represiva de mayor envergadura fue la conocida como Gran Terror o Gran Purga, una inmensa acción policial dirigida por la NKVD con miras a desenmascarar “elementos antisoviéticos y trotskistas” camuflados dentro del sistema. Esta purga se originó en 1934 con el asesinato de Serguéi Kírov (Jefe del Gobierno en Leningrado)³⁹ y alcanzó su

³⁷ En *Medianoche en el siglo*, el personaje de Kostrov reconoce a su delatora política: “(...) ‘Camarada profesor, su explicación acerca de los termidorianos de izquierda no ha resultado demasiado clara... o es que yo no he captado su pensamiento... Usted ha dicho —y yo así lo he anotado—: *eran malos termidorianos que, al apoyar a Barras y Tallien, se estaban buscando su propia ruina...* No acabo de comprender la distinción que usted establece entre buenos y malos termidorianos...’ ‘eres tú, pequeña canalla, la que me vigila; eres tú, tú la que me denuncia...’ En ese preciso momento salía del gabinete de *Día-Mat* —Dialéctica Materialista— blandiendo su cartera por delante de su odioso pecho flácido, hablando en tono muy alto con su voz un poco ronca, la que convenía a las tribunas de tabloneros sin cepillar y rojos paneles ...” (Serge, 2016: 12—13).

³⁸ Gulag: (siglas en ruso transliterado: *Glávnoye Upravléniye ispravítelno—trudovj Lagerj i kolóniy*): “Dirección General de Campos y Colonias de Trabajo Correccional”. Nombre genérico empleado para designar a los campos de concentración soviéticos.

³⁹ Aunque nunca pudo demostrarse que Stalin estuviera detrás de este crimen, los extraordinarios beneficios políticos que le reportó han consolidado la certeza de su autoría intelectual. De este magnicidio,

culmen entre 1936 y 1938, con los llamados Procesos de Moscú. Oficialmente, estas medidas del Estado soviético buscaban garantizar la seguridad e integridad de la nación socialista condenando a los culpables de actividades antisoviéticas que beneficiaban intereses foráneos hostiles hacia la URSS; en un sentido más amplio, dichas medidas representaban una profilaxis social dirigida a consolidar el ansiado tránsito del socialismo al comunismo, objetivo fundamental de los Planes Quinquenales. Sin embargo, estas purgas también pretendían completar la tarea iniciada entre 1928 y 1933 cuando, una vez derrotada el ala *izquierdista*, Stalin quiso establecer una sola línea política que rigiera desde el centro del Partido hacia todos los demás estamentos (defensa, economía, educación), lo cual solo se lograría suprimiendo la disidencia residual en todos los sectores sociales. Hacia 1933, habían sido expulsados del PCUS más de 400 mil miembros de las diferentes organizaciones del Partido quienes, en adelante, serían hostigados, arrestados, enjuiciados y condenados. El mejor ejemplo de esto lo constituye el caso de Grigori Zinóviev y Lev Kámenev, ambos cabezas del *ala izquierdista* del Partido junto a Trotski y por ello expulsados del Partido en 1927. Readmitidos en 1928 gracias a su pública sumisión a Stalin, fueron nuevamente expulsados del PCUS en 1932 acusados de conspiración, aunque se les readmitiría nuevamente en 1933. En 1934 se les implicó en el asesinato de Kírov, pero se les exculpó por falta de pruebas. Sin embargo, en 1935 surgió nueva “evidencia” que los implicaba en el caso Kírov, y la NKVD los obligó a admitir “complicidad moral” con el asesino Nikoláev. Ya condenados a diez años de prisión, Zinóviev, Kámenev y otros catorce bolcheviques de la *vieja guardia* fueron otra vez juzgados en lo que se conoce como Primer Proceso de Moscú (1936) por

Stalin cosechó el no tener que competir más con la popularidad de Kírov, considerado candidato al liderazgo partidista y cuya figura se había fortalecido poderosamente en la plaza soviética más importante después de Moscú, Leningrado, donde era el líder indiscutible del Partido. Muerto Kírov, Stalin no tenía más rivales políticos en la levantisca capital del Nevá, cuna de la Revolución de Octubre. Si el dictador georgiano no estuvo detrás del caso Kírov, este constituyó sin duda una diabólica casualidad.

constituir un “Centro Terrorista trotskista-zinovievista”, responsable de planear el asesinato de Kírov y conjurado para atentar contra el propio Stalin. Todos los acusados fueron hallados culpables y a Zinóviev y Kámenev se les ejecutó el 25 agosto de 1936.

Stalin se veía a sí mismo como un zar socialista de visión incuestionable incluso desde la perspectiva marxista-leninista, de allí su inquina hacia los militantes que exhibían las más fuertes convicciones bolcheviques: aquellos quienes lucharon junto a Lenin y los jóvenes de consciencia socialista pura. En realidad, comprendía que, pese a su incontestable triunfo en el XV Congreso del Partido, los veteranos del PCUS seguían representando el último escollo para alcanzar el poder total, por lo que se propuso cortar “(...) en la carne del Partido para asegurarse de que solo sobrevivieran los elementos ‘sanos’ ...” (Service, 2009: 218). Según su visión, la Revolución había concluido: la URSS no necesitaba más revolucionarios, sino especialistas, burócratas, trabajadores y, ante todo, disciplina⁴⁰. El Partido debía orientar la consciencia de sus militantes, evitando así caer en debates que erosionaran su unidad mientras los enemigos del Estado tramaban mil conspiraciones dentro y fuera de sus fronteras. Las disidencias de izquierdistas, derechistas, anarquistas, socialdemócratas disfrazados y, en general, de todos los no comprometidos con la unidad que representaba la línea oficial del Partido, debían ser suprimidos por el bien de *todos*. Un ejemplo del peligro agazapado en dicha disidencia interna fue *sin duda* el asesinato del camarada Serguéi Kírov, quien recibió un disparo mortal el 01 de diciembre de 1934 cuando se dirigía a su oficina en el Instituto Smolny, sede del gobierno de Leningrado. El autor material fue capturado e identificado como Leonid Nikoláev, un perturbado mental miembro del Partido que aparentemente tenía

⁴⁰ En *El caso Tuláyev* se narra: “(...) En esa época, el Partido pasaba por un cambio de piel. Pasados los héroes, lo que hacía falta eran buenos administradores, hombres prácticos y no románticos. Se terminaban los impulsos románticos de la revolución internacional, planetaria, etcétera: pensemos en nosotros mismos, construyamos el socialismo aquí, para nosotros. La renovación de los cuadros, que les abría paso a los hombres de segundo rango, rejuvenecía a la República ...” (Serge, 2016: 135).

rencores personales contra Kírov. A Nikoláev se le interrogó en presencia del propio Stalin, y se le ejecutó de forma sumaria el 29 de diciembre de 1934. Sin embargo, el tal Nikoláev solo había sido la mano ejecutora de una conspiración más profunda, pues, ¿Quién si no enemigos disfrazados de camaradas podían colocar a un asesino frente al poderoso y resguardado camarada Kírov? Así, entonces, había llegado la hora de limpiar la Unión Soviética de todos sus enemigos, por lo que 1935 fue el año de la Gran Purga en Leningrado: los órganos de seguridad del Estado se activaron para buscar conspiradores en todos los niveles del Partido, desde las asociaciones juveniles y estudiantes como el Komsomol hasta las cooperativas y los koljoses⁴¹. Fue una purga traumática para esta importante ciudad y representó, sin duda, un ensayo general con miras al Gran Terror que se desataría meses después en todo el territorio soviético. Miles de militantes del Partido fueron arrestados sin derecho a comunicación, juzgados sumariamente y condenados al gulag o al fusilamiento. Las familias buscaban angustiadamente a sus parientes detenidos en las sedes policiales y la fiscalía, lugares frente a los cuales hacían colas interminables durante días para obtener alguna información. Particularmente cruel fue la situación de las mujeres de los arrestados: madres, esposas, hijas y hasta abuelas a quienes la ausencia repentina y prolongada de

⁴¹ En *Moscú-Frontera*, Jiří Weil recrea el clima persecutorio que había desatado el asesinato de Kírov: “Los periódicos publicaron más detalles sobre el asesinato. Ya había sido detenida toda la oposición de Leningrado, el rastro llegaba hasta Moscú, ya había sido alcanzado el núcleo secreto de la conspiración: Zinóviev y Safarov. La trama se extendió por toda la Unión Soviética, en cada ciudad grande, en cada fábrica y en cada departamento de la Administración había una ramificación. Moscú vivía en un estado febril, clamaba venganza y desenmascaraba a los enemigos: por todas partes había gente que en algún momento había pertenecido a la oposición, y ahora había que averiguar si habían participado, aunque fuera de lejos, en la conspiración. En todas las fábricas y en todos los organismos de la administración se celebraban asambleas, en las que los sospechosos debían confesar, permanecían de pie ante la airada multitud y hablaban. De su amor al país, de sus errores, de que nunca habían tenido nada que ver con la conspiración de Leningrado. ¿Pero se les podía creer? ¿Acaso podía creerse a nadie cuando los propios asesinos escribían elogios fúnebres de los asesinados, cuando ellos mismos pedían venganza y exigían los más duros castigos? ...” (2005: 397).

sus hombres las arrojó al martirio del sistema judicial soviético⁴². Inmersas en un ambiente de miedo, delación y mezquindad, estas mujeres indefensas enfrentaron la brutalidad de un enorme Estado que las había clasificado a ellas y a sus familiares como *enemigos del pueblo* soviético. Orlando Figes opina que

(...) la obsesión de Stalin por castigar a los familiares de sus enemigos fue algo que tal vez había traído consigo desde Georgia: las venganzas entre clanes eran parte de la política en el Cáucaso. En la élite bolchevique, la familia y los clanes estaban vinculados a las lealtades políticas; se sellaban alianzas por medio de los matrimonios; se destruían carreras por tener lazos de sangre con opositores y enemigos. Tal como Stalin entendía el tema, la familia era colectivamente responsable de la conducta de cada uno de sus miembros. Si un hombre era arrestado como “enemigo del pueblo”, su esposa era automáticamente culpable, porque si no lo había denunciado, se suponía que compartía las opiniones de su esposo o que había tratado de protegerlo. Como mínimo, era culpable de no haberse mostrado suficientemente vigilante y alerta. Stalin consideraba que la represión de los familiares era una medida imprescindible para eliminar de la sociedad a los descontentos. Cuando le preguntaron por qué las familias de los “enemigos” de Stalin habían sufrido la represión, Molotov explicó en 1986: “había que aislarlos. De otra manera, hubieran manifestado toda clase de quejas, y la sociedad se hubiera visto afectada por la desmoralización” ... (2007: 394).

El asesinato de Kírov y el consecuente martirio del pueblo leningradense marcaron gravemente a la sociedad rusa hasta la Segunda Guerra Mundial, pues se les ha considerado el verdadero génesis de la Gran Purga estalinista y el impulso definitivo al

⁴² Así se describe en *Sofia Petrovna, una ciudadana ejemplar* el primer contacto de Sofia con las mujeres de los arrestados en Leningrado una vez que su hijo Kolia ha sido detenido: “Observó a una multitud de mujeres en mitad de la calle. Unas estaban acodadas en el parapeto del malecón, otras paseaban despacio por la acera y la calzada. A Sofia Petrovna le sorprendió que todas vistieran con mucha ropa de abrigo: llevaban un chal encima del abrigo y casi todas iban calzadas con botas de fieltro y chanclos. Se apoyaban ahora en un pie, ahora en el otro, y se soplaban las manos. ‘Deben de llevar aquí mucho tiempo esperando, si están tan congeladas’, pensó Sofia Petrovna sin nada que hacer. ‘Pero no hace tanto frío, todo se está desheliendo...’. Aquellas mujeres tenían aspecto de estar en un andén, como si llevaran muchas horas seguidas esperando un tren. Sofia Petrovna miró con atención un edificio enfrente del cual se agolpaban las mujeres: era un edificio normal, sin letrero alguno. ¿Qué estaban esperando allí? Entre la muchedumbre había señoras con abrigos elegantes y mujeres sencillas. Como no tenía nada que hacer, Sofia Petrovna pasó dos veces por entre aquel gentío. Una mujer llevaba un niño en brazos y a otro de la mano, arropado con un chal cruzado sobre el pecho. Cerca de la pared del edificio estaba apostado un hombre solo. Todos tenían un color de cara verdoso. ¿Era la penumbra matutina la que les hacía tener aquel aspecto? ...” (Chukóvskaja, 2014: 82).

sistema penitenciario del gulag. Su gran repercusión se evidencia en el lugar que ocupó dentro de la literatura, ya que diversas obras recrean o aluden a este infame momento de la historia soviética, tales como el poemario *Réquiem* de Anna Ajmátova⁴³ y las novelas *Moscú—Frontera* de Jiří Weil, *El caso Tuláyev* de Victor Serge y, sobre todo, *Sofía Petrovna, una ciudadana ejemplar*, de Lydia Chukóvskaja.



Grigori Zinóviev

20



Lev Kámenev

21



Sergéi Kírov

22

Como relector habitual de *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo, Stalin entendía la importancia de justificar sólidamente las sucesivas oleadas represivas desencadenadas desde 1928⁴⁴. Primero, se hacía necesario hallar antecedentes que respaldaran la necesidad política y moral de las purgas para, luego, enmarcarlas en un aparataje legal que ocultara su naturaleza discrecional, presentándolas ante el pueblo soviético y la

⁴³ La poeta Anna Ajmátova (1889-1966), víctima de la Gran Purga en Leningrado (tanto su hijo como su primer y segundo esposos fueron arrestados por el régimen soviético), cuenta el origen de su poemario antiestalinista *Réquiem*: “En los terribles años de la yezhovzina, pasé diecisiete meses en las filas frente a las cárceles de Leningrado. Un día, alguien me reconoció. Entonces, una mujer de labios morados que ocupaba su lugar detrás de mí y que, por supuesto, jamás había escuchado mi nombre, pareció despertar del letargo en el que permanecíamos sumidas y me preguntó al oído (porque allí todos hablaban en voz muy baja): ‘¿Y usted podría describir esto?’. Yo repuse: ‘Sí, puedo’. Entonces una especie de sonrisa se deslizó por lo que alguna vez había sido su rostro ...” (2000: s/p).

⁴⁴ Escribió Maquiavelo en el Capítulo XVIII de *El príncipe*: “Los hombres, en general, juzgan más por los ojos que por las manos, que a todos es dado ver, pero tocar a pocos. Todos ven lo que parecen, pero pocos sienten lo que eres y esos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría que tiene además el poder del estado que les protege; y en las acciones de todos los hombres, especialmente de los príncipes, donde no hay tribunal al que apelar, se atiende al resultado. Procure pues el príncipe ganar y conservar el estado: los medios serán siempre juzgados honorables y alabados por todos; ya que el vulgo se deja cautivar por la apariencia y el éxito, y en el mundo no hay más que vulgo; y los pocos no tienen sitio cuando la mayoría tiene donde apoyarse ...” (2008: 140-141).

comunidad internacional como ejemplo de vanguardia jurídica acorde con la innovación sociopolítica que representaba la propia URSS.

En cuanto a precedentes purgatorios, Stalin los encontró en la historia de las tiranías rusas, concretamente en las de Iván Vasílievich Grozny, Iván IV el Terrible (1530-1584), y Pedro Alekséievich Románov, Pedro I el Grande (1672-1725). El reinado de este último representó para Stalin un modelo ejemplar en cuanto a la conformación del Estado al inicio del primer Plan Quinquenal: “(...) burocratización, intensificación de la servidumbre, empleo a gran escala de mano de obra esclavizada, afianzamiento de los organismos punitivos; y, luego, la expansión imperial ...” (Amis, 2014: s/p). En cuanto a Iván el Terrible, fascinaba a Koba por su cruel persecución contra los boyardos rusos, a quienes acusó de conspiradores y traidores; esta identificación con la figura del primer zar de todas las Rusias trascendía lo político, pues Stalin veía en la fiereza de aquel “(...) torturador directo por deporte, libertino babeante (siete esposas y fanfarronadas sobre ‘mil vírgenes’) y paranoico (mató a su propio hijo, lo mismo que Pedro, dicho sea de paso)...” un predecesor digno de él (Cf. *Ibidem*: s/p). Finalmente, el tercer caso de purgas políticas exitosas lo encontró Stalin nada menos que en el propio Lenin, quien había limpiado el Partido de oportunistas afiliados a él después de 1917 mediante simples expulsiones, acción imitada por el propio Stalin entre 1933 y 1935. Sin embargo, para entonces, Koba ya había comprendido la insuficiencia de esas “purgas de papel” si su objetivo era alcanzar el poder absoluto (Cf. *Ibid.*: s/p).

Aunque Stalin consideraba la purga general de todos los ámbitos sociopolíticos una medida indefectible para consolidar su poder, la Primera República de Trabajadores de la historia no podía mostrarse arbitraria ni injusta desde el punto de vista legal, pues eso pertenecía al odiado *Ancient Régime* que la Revolución había derrocado. De esa necesidad surgió el infame *Artículo 58* del Código Penal Soviético, arma legal empleada para

procesar penalmente a todo un país. Stalin había rescatado una legislación aprobada en 1927 por la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RFSF) que prescribía castigos severos (prisión y ejecución) contra individuos culpables de actividades contrarrevolucionarias, es decir, *enemigos de pueblo*, espías, saboteadores y cómplices de conspiración. Dicha ley, el Artículo 58, fue reformada para ampliar y oficializar de manera conveniente la tipificación referida a *enemigos del pueblo* y, después de diversas modificaciones, entró en vigencia el 08 de junio de 1934 (curiosamente, solo cinco meses antes del asesinato de Kírov). Este marco legal de deliberada amplitud respondía a los requerimientos de un Estado autodeclarado en *alerta permanente* ante el supuesto acoso de enemigos *anteriores, interiores y exteriores*; las actividades antisoviéticas adquirirían muchas formas, desde daños a la propiedad pública hasta el sabotaje, la propaganda subversiva o la ayuda a la burguesía internacional. La sospecha, fundada o no, resultaba suficiente para el arresto y el proceso judicial, dirigido este por un fiscal convertido en brazo político que simplemente ratificaba la culpabilidad del arrestado mediante confesión. El Artículo 58 contemplaba penas de entre diez y veinticinco años de reclusión en los gulags, ubicados generalmente en los confines siberianos⁴⁵; la sentencia también podía ser el destierro a remotos parajes del territorio soviético (Siberia, los Urales, la Repúblicas más orientales) bajo un régimen de presentación ante la comisaría del NKVD⁴⁶. Por otra parte, la improbable liberación de un condenado no suponía su *libertad*

⁴⁵ Para una detallada explicación sobre el Artículo 58, se recomienda consultar el Capítulo II del Libro Primero de *Archipiélago Gulag* titulado “Historia de nuestro alcantarillado”, en donde Aleksandr Solzhenitsyn expone y comenta ampliamente los detalles e implicaciones de esta ley.

⁴⁶ El destierro o deportación fue un tipo de sentencia aplicada a miembros del Partido encontrados culpables de *desviacionismo* o disidencia heterodoxa de izquierda (básicamente, trotskismo) luego de que Stalin condenara al ala izquierdista del Partido en 1929. Estos militantes disidentes gozaban de relativa libertad, puesto que no se encontraban reclusos y podían trabajar y transitar por el territorio al que fueron confinados. Vivieron en una especie de Purgatorio hasta que se desató el Gran Terror en 1936, cuando fueron condenados al gulag de manera indistinta. Un buen ejemplo de estos desterrados lo hallaremos en los personajes de Varvara, Rodión, Ryjik, Avelii y Elkin de la novela *Medianoche en el siglo* de Victor Serge.

plena, sino una nueva etapa de presidio, la cual le obligaba a permanecer alejado al menos cien kilómetros de cualquier centro urbano soviético.

La implementación del Artículo 58 puede considerarse una jugada maestra de Stalin. Por una parte, constituyó el mecanismo que legitimaba legalmente su tiranía impidiendo que esta luciera como tal en una sociedad cuyos medios de comunicación pertenecían al Estado; por otra parte, la imputación de culpabilidad a los testigos de crímenes antisoviéticos potenciaba la delación dentro de la sociedad a todos los niveles, incluso los más íntimos como la familia y los amigos quienes, presas del terror, denunciaban cualquier palabra, gesto, reacción o actividad de sus allegados por miedo a que otros lo hicieran antes y los implicaran. Esto desembocó en una *transparencia* social orwelliana, donde la intimidad sufrió la invasión de ojos y oídos atentos en fábricas, *kommunalkas*⁴⁷, koljoses y universidades. La reingeniería social se complementó con la práctica medieval de perseguir también a los familiares de los arrestados por culpabilidad filiatoria, pues nada ni nadie podía anteponerse a los intereses del Estado colectivista. La URSS estaba ya madura para el Gran Terror.

En 1936, la purga iniciada en Leningrado se diseminó hacia toda la Unión Soviética. La propaganda del Estado promovió la idea de que lo ocurrido en la antigua capital imperial era solo una pequeña muestra de un plan conspirativo que había infiltrado las capas sensibles del sistema: Partido, Ejército y burocracia. Esto explicaba los arrestos masivos en todos los ámbitos, empezando por los militantes de la *vieja guardia* revolucionaria y los generales de más alta graduación hasta llegar a la población sin ninguna influencia política: kulaks⁴⁸, religiosos, profesionales de todas las áreas,

⁴⁷ Kommunalka: “Apartamento comunitario” implementado en la URSS desde el triunfo de la Revolución en 1918, en donde dos o tres familias ocupaban las habitaciones y compartían la cocina y el baño.

⁴⁸ Kulak: “Puño”. Denominación empleada desde la Edad Media rusa para designar a los pequeños propietarios que contrataban trabajadores o arrendaban sus tierras. El régimen soviético los catalogó como

estudiantes, funcionarios... nadie podía considerarse a salvo; de hecho, quienes en un principio pensaban que su posición dentro del Partido o el Ejército los inmunizaba fueron los primeros en caer. Según explica Orlando Figes,

(...) para 1937, Stalin estaba convencido de que la Unión Soviética estaba al borde de una guerra contra los estados fascistas en Europa, y con Japón en el Este. La prensa soviética mostraba constantemente al país amenazado por todos los flancos y socavado por la infiltración de fascistas —“espías” y “enemigos ocultos”— en todos los rincones de la sociedad. “Nuestros enemigos de los círculos capitalistas son incansables. Se infiltran en todas partes”, le dijo Stalin al escritor Romain Rolland en 1935 ... (*Op. Cit.*: s/p).

Durante el Pleno del Comité Central de Partido celebrado entre el 23 y el 29 de junio de 1937, el Comisario del Pueblo de Interior Nikolái Yézhov⁴⁹ reveló la existencia de una gran conspiración antisoviética que se proponía suprimir el socialismo y reinstaurar el capitalismo en Rusia. En ello estaban implicados los sospechosos habituales: trotskistas, zinovievistas, derechistas, burócratas, rusos y extranjeros militantes del Partido, generales del Ejército, minorías de todo pelaje... una gama tan amplia que prácticamente hacía recaer la sospecha sobre toda la sociedad soviética⁵⁰. Millones de personas fueron arrestadas y represaliadas utilizando el método de la campaña propagandística, consistente en seleccionar un tipo específico de *enemigo del*

colectivo contrarrevolucionario desde la Revolución de Octubre, aunque luego los rehabilitó durante la NEP. Stalin persiguió ferozmente a los kulaks durante la colectivización agrícola del primer Plan Quinquenal (1929-1933), reafirmando los como *enemigos del socialismo*; como consecuencia, millones de kulaks fueron ejecutados, deportados o enviados al gulag.

⁴⁹ Nikolái Yézhov (1895-1940). Nombrado por Stalin en 1935 Comisario del Pueblo de Interior, dirigió los órganos de inteligencia policial (principalmente el NKVD) durante el Gran Terror de 1936-1938. De hecho, este periodo del estalinismo es conocido en Rusia como *yezhovschina* en su “honor”. En 1940 fue acusado de conspiración y fusilado.

⁵⁰ Georgi Dimitrov (1882-1949), destacado dirigente del Partido Comunista búlgaro, reprodujo las palabras de Stalin durante un brindis por el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, el 07 de noviembre de 1937: “(...) Aniquilaremos a todos estos enemigos, aunque sean viejos bolcheviques, aniquilaremos a todos sus seres queridos, a toda su familia. Aniquilaremos a todos aquellos que atenten contra la unidad del estado socialista tanto de obra como de pensamiento (sí, de pensamiento), para que sean aniquilados hasta las últimas consecuencias todos los enemigos, tanto ellos como su clan ...” (en Todorov, 2010: 190).

pueblo para que fuera desenmascarado y denunciado. La metodología resultó altamente efectiva, pues el temor a coincidir con las características del *enemigo del pueblo* de turno aconsejaba denunciar a otros sin dilaciones, sobre todo considerando que, según el Artículo 58, la condición de *testigo no denunciante* equivalía a ser cómplice del criminal. La denuncia volcaba la catástrofe sobre el denunciado, quien veía su hogar allanado en mitad de la noche o era arrestado mientras caminaba por la calle⁵¹, todo lo cual precediendo el inicio de una causa judicial que contemplaba en la confesión del imputado la prueba definitiva. Se trataba del *Confessio est regina probatorum* o “la confesión es la prueba reina”, un principio medieval enmarcado en la llamada *Doctrina Andréi Vyshinski* (1883-1954) en reconocimiento a su creador, Fiscal General de la URSS entre 1935 y 1939, es decir, durante el Gran Terror. Con esto, “(...) el tribunal se atiene a la conclusión de que la forma más elevada de encontrar la verdad no es la prueba material, sino la confesión de los acusados ...” (Schlögel, 2019: s/p). Así, según explica Enrique Fernández Vernet, traductor y editor de *Archipiélago Gulag*,

(...) la doctrina Vyshinski sentaba las bases jurídicas para la fabricación de procesos. Según Vyshinski, el juez no debía establecer la verdad absoluta, sino la probabilidad de los hechos. Era posible dictaminar culpabilidad incluso sin haber quedado demostrada la intención de cometer daño, así como condenar a un ciudadano por un delito cometido por otros, aunque él mismo no hubiera tomado parte e incluso si no tenía conocimiento de los hechos. La confesión era considerada prueba irrefutable. En 1946, Vyshinski resumiría estos argumentos en Teoría de las pruebas judiciales en el derecho soviético, obra por la que obtuvo el Premio Stalin 1947. En 1956, tras el Vigésimo Congreso del Partido, la doctrina fue repudiada como "atentado a la legalidad socialista y a los fundamentos de la jurisprudencia" ... (en Solzhenitsyn, 2011: 132).

⁵¹ Así relata Victor Serge el arresto de Kostrov en *Medianoche en el siglo*: “Dos días después le detuvieron. Así de sencillo, en la calle, delante de la parada del tranvía. Apareció un individuo en la acera, acoplándose a su paso en una aproximación oblicua. Gorra y abrigo astrosos, rostro joven de hombre inculto. ‘Camarada Kostrov, le ruego que me acompañe...’ ‘Ya sé, ya sé’, dijo Mijail Ivánovich, casi aliviado por el fin de la espera ...” (2016: 17).

Con la aplicación de este principio premoderno, el régimen pretendía que la confesión del acusado *probara* su culpabilidad, relevando así a la Fiscalía de tener que compilar un corpus probatorio amplio y suficiente. De allí la importancia de los interrogatorios y las autocríticas en la URSS. Al respecto, Karl Schlögel explica que el verdadero significado de las confesiones y los juicios consistía en

(...) contar una historia fantástica que debía insuflar miedo y sembrar confusión. En lugar de probar la incongruencia de numerosos detalles o de esclarecerlos en una especie de contrarréplica, lo importante era que esos detalles incongruentes y fantásticos transformaran un insulso proceso político y meramente propagandístico en un espectáculo que hechizase al público y lo llenara de horror. Vyshinski es un gran narrador y un gran director de escena de casos criminales. Dispone de la ilimitada fantasía de un teórico de la conspiración, pero también cuenta con el aparato del NKVD, cuyos especialistas en interrogatorios y en torturas están en condiciones de producir *ad libitum* historias, biografías, acontecimientos y conexiones ... (*Op. Cit.: s/p*)⁵².

Yézhov había prefijado cuotas de arrestados para cada región del territorio soviético, resultando de ello que los órganos de seguridad arrestaran aleatoriamente a cualquier persona sin previa denuncia o investigación. El gran volumen de arrestados y la premura por condenarlos *obligó* a la práctica de la tortura durante los interrogatorios, con técnicas combinadas que incluían palizas, interrupción del sueño, simulaciones de ejecución o amenazas a familiares, entre otras. Respecto a las torturas durante el Gran Terror, Aleksandr Solzhenitsyn comenta que "(...) se les permitió a los jueces de instrucción la violencia y el tormento sin cortapisas, según su propio criterio, como

⁵² Karl Schlögel nos ofrece una muestra de la histriónica y encendida retórica acusatoria del fiscal Vyshinski durante el proceso a Trotski (*in absentia*), Zinóviev y Kámenev: "En oscura ilegalidad, Trotski, Zinóviev y Kámenev lanzan el grito infame: '¡Eliminar, asesinar!'. La maquinaria ilegal empieza a funcionar, se afilan los cuchillos, se cargan los revólveres, se adquieren bombas, se emiten y fabrican documentos falsos, se establecen contactos secretos con la Gestapo alemana, se designan cargos, se realizan prácticas de tiro, y al final se dispara y se asesina. ¡Eso es lo más importante! ¡Los contrarrevolucionarios no solo sueñan con el terror, no solo pergeñan planes para una conspiración terrorista o para realizar un atentado, no solo se arman para ese propósito infame y criminal, sino que lo llevan a cabo, disparan y asesinan! ..." (*Op. Cit.: s/p*).

requirieran su trabajo y el plazo fijado. Tampoco iban a reglamentarse las variedades de tortura: se iba a dar rienda suelta al ingenio ...” (2011: 131)⁵³. Sin duda, estos métodos contaban con el respaldo aprobatorio del Fiscal General Andréi Vyshinski y del propio Stalin, quien ya había utilizado la tortura contra agentes blancos y mencheviques durante la Guerra Civil⁵⁴.



Andréi Vyshinski

23



Nikolái Yézhov y Iósif Stalin

24

Propagandísticamente, Yézhov emprendió tres grandes campañas contra infiltrados en el Politburó⁵⁵, la Komintern⁵⁶ y el Ejército que produjeron las farsas judiciales de los *Procesos de Moscú*. Estos fueron juicios mediáticos, escenificados en

⁵³ En ese mismo Capítulo III del Libro I de *Archipiélago Gulag* titulado “La instrucción del Sumario”, el autor realiza una completa relación de las diferentes modalidades de tortura que se implementaron durante la Gran Purga.

⁵⁴ En *El caso Tuláyev*, la NKVD interroga y tortura al chófer —inocente— del comisario Tuláyev cuando este ha sido asesinado: “Interrogado durante sesenta horas seguidas por inquisidores que llegaron, ellos mismos, al límite de sus fuerzas, y que se relevaban cada cuatro horas, el chófer se hundió hasta el borde de la locura sin cambiar sus declaraciones, excepto que terminó por perder el uso de la palabra, de la razón, aun de los músculos faciales que los nervios han de mover para el habla y la expresión. A partir de la trigésimo quinta hora del interrogatorio, dejó de ser un hombre para volverse un maniquí de carne doliente y ropas informes. Se le drogaba con café muy cargado, con coñac, con todos los cigarrillos que quisiera. Le pusieron una inyección. Sus dedos soltaban los cigarrillos, sus labios olvidaban beber cuando les acercaban un vaso, cada hora dos hombres del destacamento especial lo llevaban al lavabo, le ponían la cabeza debajo del grifo, lo empapaban de agua helada. Él apenas se movía entre sus manos, ni siquiera bajo el agua helada, y los hombres sentían que aprovechaba ese instante de respiro para dormir un minuto entre sus manos; el manejo de ese despojo humano los desmoralizó en unas cuantas horas; hubo que reemplazarlos. Sostenían al chófer sentado, para que no cayera de la silla. El juez de instrucción rugía de repente y golpeaba violentamente la orilla de la mesa con la cache de su revólver: ‘¡abra los ojos, acusado! ¡Le prohíbo dormir! ¡Responda! Después de disparar, ¿qué hizo?’ ...” (Serge, 2013: 65—66).

⁵⁵ Politburó (contracción en ruso transliterado: Politicheskoye Biuró): “Oficina Política”. Supremo órgano ejecutivo del Partido Comunista de la Unión Soviética y, por extensión, de todos los partidos comunistas europeos.

⁵⁶ Komintern (contracción en ruso transliterado: Kommunisticheskij Internatsional): “Internacional Comunista”. Organización internacional que agrupaba a partidos comunistas de todo el mundo.

teatros y transmitidos por radio con el objetivo de evidenciar la acción del poder soviético frente a sus enemigos *internos*, todos ellos célebres militantes revolucionarios descubiertos en abyecto complot. El primer *Proceso* se realizó en 1936 contra Zinóviev, Kámenev y otros dieciséis acusados de conspiración trotskista; el segundo tuvo ocasión en 1937, cuando Rádek⁵⁷, Piatákov⁵⁸ y otros diecisiete militantes fueron condenados a muerte; finalmente, en 1938 se celebró el último de estos *Procesos*, saldado con la condena a muerte de Nikolái Bujarin⁵⁹ y Génrij Yagoda⁶⁰ además de otros veintiún acusados. Según Schlögel, después de las deliberaciones en estos procesos-espectáculo, el público quedaba

(...) perplejo, desconcertado, conmocionado o al menos bastante molesto por no ser capaz de encajar aquello que había tenido lugar ante sus ojos. Los acusados no eran “enemigos del poder soviético”, tal y como se les había presentado en estos últimos procesos públicos —ingenieros, directores de fábrica, gente “de antaño”, de la época anterior a 1917—, sino revolucionarios, compañeros de lucha de Lenin, conocidos dirigentes del Partido, antes de que se pusieran del lado de la oposición a Stalin. Y ahora, a todos ellos debía vérselos como asesinos, conspiradores y terroristas que habían planeado derrocar a la cúpula dirigente del país soviético con violencia y por propia mano. Aún más desconcertada se mostraba la opinión pública

⁵⁷ Karl Rádek (1885—1939): Revolucionario judeo—polaco que participó en la Revolución de Octubre. Apoyó a Trotski en el ala izquierdista del Partido, lo que provocó su expulsión de este en 1927. Readmitido en 1930, confesó su culpabilidad como conspirador (aunque era inocente) durante el segundo Proceso de Moscú, en 1937. Sentenciado a prisión, murió durante una pelea con otro preso que resultó ser un agente del NKVD encargado de matarlo.

⁵⁸ Gueorgui Piatákov (1890—1937): Fue un revolucionario bolchevique perteneciente al ala izquierdista del Partido Comunista de la URSS. También fue expulsado y readmitido en el Partido e, incluso, desempeñó el cargo de Viceministro de Industria Pesada, el cual ostentó hasta 1936, cuando recibió la acusación de pertenecer a una conspiración trotskista antisoviética. Fue ejecutado en 1937.

⁵⁹ Nikolái Bujarin (1888—1938): Revolucionario, economista e intelectual ruso. Participó en la Revolución de Octubre y estaba considerado uno de los líderes más influyentes en el Politburó del Partido. Ideólogo de la NEP y director de la Komintern entre 1926 y 1929, apoyó a Stalin en su frente contra el ala izquierdista, siendo también partidario de la “Revolución en un solo país” (lema que inventó y propagó), la colectivización forzada y la rápida industrialización. La caída de Bujarin se precipitó cuando Kámenev lo mencionó durante el primer Proceso de Moscú; a partir de entonces, Yézhov acumuló evidencia sobre su participación en planes de sabotaje y atentados contra el poder soviético. A comienzos de 1937, el Comité Central del Partido lo halló culpable de alta conspiración y lo expulsó, pasándolo a disposición de la NKVD. Ese mismo año, durante el segundo Proceso de Moscú, Bujarin confesó sus inexistentes crímenes contra el Estado y fue ejecutado, hecho que conmocionó a la URSS debido al gran prestigio público con que contaba el personaje: otro de los grandes adláteres de Lenin resultaba ser un traidor al socialismo.

⁶⁰ Génrij Yagoda (1891—1938): Fue Comisario del Pueblo de Interior y jefe de la NKVD entre 1934 y 1936, año en que lo sustituyó Yézhov. En 1937, se le arrestó con cargos por conspiración y fue juzgado en el tercer Proceso de Moscú (1938), donde se le sentenció a morir fusilado.

ante las autoinculpaciones y las confesiones de hombres que, antes de la Revolución, habían luchado en la clandestinidad, que habían pasado largos años en el exilio o en el destierro y que se habían negado retractarse de sus ideas bajo las condiciones más difíciles ... (*Op. Cit.*: s/p).

En general, los interrogatorios a la *vieja guardia* durante los Procesos de Moscú se saldaron con confesiones completas de los acusados, quienes aceptaban su responsabilidad por crímenes contra el Estado soviético que nunca cometieron. Es sencillo pensar que esto fue posible merced a coerciones como la tortura o las amenazas a familiares; sin embargo, sorprende saber que muchas de aquellas confesiones no requirieron forzamientos: al contrario, se produjeron mediante consciente voluntariedad de unos acusados quienes, sabiéndose ya perdidos, vieron en la confesión una oportunidad de rendirle postrero servicio al Partido que habían ayudado a encumbrar y el cual ahora los condenaba a muerte. Sin duda, este episodio puede considerarse paradigmático en lo relativo a la lógica interior que configura la mentalidad totalitaria, ajena casi por completo al sentido común y a los fundamentos de la conciencia individual. En las *NE*, personajes como Rubashov (*El cero y el infinito*), Kostrov (*Medianoche en el siglo*) y Makáyev y Rublev (*El caso Tuláyev*) recrean dicha sumisión de los militantes veteranos frente al poder, que ya ha calculado perfectamente este desenlace causal dentro del túnel ideológico totalitario. En *Archipiélago Gulag*, Solzhenitsyn fustiga duramente a los viejos militantes del Partido y su pavloviana sumisión frente a las acusaciones falsas que recibían:

Quizás el año 1937 haya servido para demostrar lo poco que valía toda su concepción del mundo, de la que tanto alardeaban cuando pusieron Rusia patas arriba, cuando destruyeron sus baluartes y pisotearon sus lugares sagrados; una Rusia, por otra parte, en la que ellos nunca se habían visto amenazados por semejante castigo. Las víctimas de los bolcheviques desde 1918 a 1936 nunca fueron tan pusilánimes como los líderes bolcheviques cuando la tempestad cayó sobre ellos. Si se examina en detalle toda la historia de los encarcelamientos y

procesos de 1936—1938, se siente repugnancia no sólo por Stalin y sus adláteres, sino también por la repulsiva mezquindad de los acusados, asco por su bajeza espiritual después de tanta soberbia e intransigencia ... (2011: 161—162).



Karl Rádek

25



Gueorgui Piatákov

26



Nicolái Bujarin

27



Génrij Yagoda

28

Por otra parte, la pena de muerte como solución política, el asesinato oficial por decisión y ejecución del Estado, quedaron exentos de toda consideración moral ajena al cálculo político desde la Revolución de Octubre hasta la era estaliniana, puesto que la seguridad de la sociedad colectivista, del Estado soviético, se imponía sobre supersticiones morales *burgo-cristianas* relativas al respeto de la vida individual. Para el bolchevismo, un elemento contaminante del cuerpo social (kulaks, cristianos, intelectuales) debía purgarse igual que se hace con las plagas; el sujeto condenado no se apreciaba como una *persona*, sino como un agente infeccioso destinado a una eliminación rápida sin ceremonias ni rituales, según los procedimientos de un fumigador. Así concebido, el asesinato no es más que una acción lógica para la supervivencia del Estado colectivista⁶¹, cuya consecuencia sería la supresión de cualquier *martirologio*: una artificiosa causa judicial los insta a confesar delitos solo reales *en el papel* de la acusación, un proceso kafkiano que a menudo concluía con la no menos insólita confesión. En

⁶¹ En *El cero y el infinito*, Rubashov recuerda cómo calificaba el Partido el acto de matar: “Rara vez se hablaba de ‘muerte’, y no se empleaba casi nunca la palabra ‘ejecución’. La expresión habitual era ‘liquidación física’. Estas palabras no evocaban más que una sola idea concreta: el cese de toda actividad política. El acto de morir no era en sí más que un detalle técnico, sin ninguna pretensión de interesar. La muerte como factor en una ecuación lógica había perdido toda característica humana ...” (Koestler, 2014: 166).

realidad, esos militantes murieron *por nada*, igual que los judíos en los campos nazis. No son mártires, sino *sacrificios* necesarios que reafirman el poder del sistema. Esto se resume en la pregunta que Sergéi Bujarin le dejó escrita a Stalin justo antes de su ejecución: “Koba, ¿por qué exiges mi vida?” (Rayfield, *Op. Cit.*: 364). En su libro *Yo fui espía de Stalin*, el militar soviético Váler Krivitski (1899-1941) aborda la cuestión de esas extrañas confesiones explicando que, para quienes pertenecían al cerrado sistema soviético, resultaban muy claros los resortes psicológicos e ideológicos operantes sobre la voluntad de ciertos veteranos procesados⁶²:

... ¿Cómo se obtenían las confesiones? [...] Un mundo perplejo observaba cómo los constructores del gobierno soviético se autoflagelaban por crímenes que nunca habían cometido y que luego se demostró que eran fantásticas mentiras. Desde entonces, el enigma de las confesiones ha desconcertado al mundo occidental. Pero tales confesiones nunca fueron un misterio para quienes habían estado en el interior de la maquinaria de Stalin [...] Aunque varios factores contribuyeron a llevar a esos hombres hasta el punto de hacer tales confesiones, las hicieron finalmente con la sincera convicción de que era el último servicio que podían prestar al partido y a la revolución. Sacrificaban el honor y la vida para defender al odiado régimen de

⁶² En sus *Memorias*, Arthur Koestler comenta la controversia que generó la actitud confesionaria de su personaje Rubashov, la cual resultaba difícil de aceptar para la mayoría de la opinión pública: “Como ya he señalado repetidas veces, el método por el que Mrajovski, Bujarin o Rubashov fueron inducidos a confesar solo podía aplicarse a cierto tipo de antiguos bolcheviques con una lealtad absoluta al partido. Con otros acusados se utilizaron métodos de presión diferentes, que variaban según los casos. Sin embargo, en la controversia en torno a mi libro, se alegaba constantemente que expliqué todas las confesiones por el mismo procedimiento. De hecho, de los tres prisioneros que aparecen en la novela, Rubashov es el único que confiesa en sacrificio por su devoción al partido; Harelip lo hace porque es sometido a tortura; el campesino analfabeto confiesa sin comprender siquiera de qué se lo acusa, porque acepta cualquier cosa que la autoridad le ordene hacer. Además, en el pasaje citado en este capítulo, el propio Gletkin enumera los distintos métodos por los que se ha hecho confesar a otros acusados; y en otro pasaje es Rubashov quien reflexiona que ‘algunos fueron silenciados por el miedo físico; otros esperaban salvar sus cabezas...’, etcétera, etcétera. Aun así, cuando los juicios públicos se extendieron a los países satélites de la Unión Soviética diez años después de que se hubiera escrito el libro, los infatigables polemistas volvieron a señalar que el cardenal Mindszenty o el señor Vogeler no profesaban ninguna lealtad al Partido Comunista, lo cual demostraba que ‘la teoría de las confesiones de Rubashov’ era errónea. Del mismo modo se podría probar que como el imán atrae a los clavos, mientras que el papel matamoscas atrae a las moscas, la ‘teoría de la atracción magnética’ es falsa. La persistencia de estas interpretaciones erróneas, en su mayoría bienintencionadas, se debe quizá a la tendencia innata de la mente a generalizar y buscar una explicación unitaria, un *lapis philosophicus* para fenómenos de desconcertante complejidad. Precisamente por esa razón los acusados de cada juicio público fueron una ‘amalgama’ cuidadosamente seleccionada de hombres íntegros, soplones y despojos morales, que actuaron todos de la misma manera, pero por razones completamente diferentes ...” (2015: s/p).

Stalin, porque contenía el único y débil atisbo de esperanza de aquel mundo mejor al que habían consagrado su juventud ... (Krivitski en Koestler, 2015: s/p).

Evidentemente, estamos frente a ejemplos de mentes hiperideologizadas y vidas consagradas a una causa. Los miembros de la *vieja guardia* que tan dócilmente confesaban ya no poseían fuerzas morales con las cuales renegar de un ideal que los había determinado desde temprana edad, y tampoco para reconocer que sus dos grandes obras, el Partido y el Estado soviético, los aniquilaban sin piedad. Eran una generación agotada, de la que solo sobrevivirían los más astutos y brutales; ellos lo habían sido, pero la Historia terminó descartándolos en favor de otros sin *cordón umbilical*.

CAPÍTULO DOS

AUTORES Y NOVELAS DEL ESTALINISMO

Lo que haría falta hoy serían libros fulgurantes, llenos de un álgebra histórica irrefutable, plenos de acusaciones sin piedad, libros que juzgaran este tiempo: cada libro debería ser de una implacable inteligencia, impreso con fuego puro. Esos libros nacerán más tarde.

El caso Tuláyev. Victor Serge, 1947.

El arte es capaz de llegar a remotos ámbitos de la consciencia y los sentimientos humanos; los creadores lo saben y utilizan sus habilidades estéticas para conseguirlo. También lo saben las tiranías, que emplean el oro y el látigo para apropiarse de esos saberes artísticos con intenciones propagandísticas. Hacia 1936, año del Primer Proceso de Moscú, prácticamente no quedaba ya ningún novelista en el territorio soviético que se atreviera a desafiar el principio doctrinal del *realismo socialista* regente desde 1932 o, muchísimo menos, escribir obras de género alguno que insinuaran la más ligera crítica contra el régimen. Ni siquiera los editores de enciclopedias, compendios históricos o biografías (todas reguladas al detalle por el Estado) estaban a salvo, puesto que la gran purga iba *descartando* personajes y hechos ilustres de la Revolución con una velocidad difícil de asimilar, realizando obligatorias *actualizaciones* no siempre tan rápidas como Stalin deseaba. Las obras críticas hacia el estalinismo llegaban desde el pérfido Occidente, donde muchos escritores de simpatía o militancia revolucionaria escribían encendidos alegatos, ficcionales y ensayísticos, contra el *sepulturero* Stalin y su oprobiosa traición a los ideales del socialismo. En su mayoría, fueron autores europeos —no rusos— que habían tenido un rol activo durante la Revolución rusa y la subsecuente Guerra Civil, que conocieron muchas cárceles a lo largo del Continente por acometer

peligrosas misiones de espionaje o propaganda y que, sobre todo, se consideraban a sí mismos revolucionarios comprometidos con los principios trotsko-leninistas de la *revolución permanente y mundial*. Para ellos, el estalinismo encarnaba la usurpación de una revolución victoriosa a manos de oportunistas ávidos de instaurar una tiranía totalitaria investida hipócritamente con los mismos ideales que violaban a cada paso; esto les *obligaba* a generar una denuncia por todos los medios disponibles, incluyendo los literarios, para hacerle saber al mundo que las purgas a la *vieja guardia* revolucionaria constituían el corolario de una *razia* dentro del Partido, el ejército y la burocracia que ya Stalin había iniciado en 1929. Por su parte, la propaganda soviética aprovechó la actividad antiestalinista de los autores comunistas en el extranjero para justificar las purgas, argumentando incesantemente que existía una conspiración antisoviética orquestada por el Gran Traidor Trotski *desde afuera hacia adentro* de la URSS, mediante la labor de militantes veteranos del Partido antes alineados con las alas *izquierda y derecha* y, ahora, devenidos en conspiradores agazapados al servicio de potencias extranjeras.

De esta manera, en el seno del comunismo ruso e internacional se generó un sisma entre los partidarios del forzoso *salto adelante* estalinista y quienes veían en ello la instauración de una tiranía vitalicia contraria a los dictados leninistas. Consecuentemente, dicha ruptura también se expresó en el arte y la literatura: mientras el Estado soviético formaba cuadros de artistas y escritores adeptos a Stalin, otros autores fuera de la URSS manifestaban lo que para ellos significaba el estalinismo como perversión; *necesitaban* exponer su visión de forma sugestiva a la vez que convincente, y la literatura constituía un recurso ideal gracias a su capacidad de penetración allende el círculo cerrado de discursos habitualmente dirigidos a *lectores políticos*, capturando el interés de otros lectores con motivaciones y gustos diversos; para los escritores antiestalinistas, el *discurso novelístico* conjugaba la gravedad de la denuncia política con valores estéticos

capaces de involucrar al lector medio en una problemática que, *a priori*, quizás no le interesaba por su carácter excesivamente *político*⁶³.

La ausencia de un *lector ideal* para esta clase de novelas, escritas por autores directamente involucrados en la lucha política, posibilitó que muchos lectores *occidentales* supieran sobre la opresiva realidad soviética en un momento del siglo XX cuando el liberalismo capitalista vivía su mayor descrédito como modelo político y económico debido a las consecuencias mundialmente desastrosas que había detonado el *crack* de Wall Street en 1929, potenciado además con la profusa propaganda internacional soviética que exaltaba los logros extraordinarios del Primer Plan Quinquenal. En aquella década, la URSS representaba la gran alternativa ética, económica y política al capitalismo, un sistema que hacía escasear el empleo y abundar la miseria. Enfrente de esto, la Unión Soviética convocaba a los trabajadores del mundo para construir la Patria del Socialismo, ofreciendo unas aparentes condiciones de dignidad laboral y social ausentes en Occidente. Al respecto, Arthur Koestler explica que

(...) toda comparación entre el estado de cosas en Rusia y en el mundo occidental parecía hablar con elocuencia a favor de la primera. En Occidente había un desempleo masivo; en Rusia había escasez de mano de obra. En Occidente había huelgas crónicas y perturbaciones sociales que en algunos países amenazaban con desencadenar la guerra civil; en Rusia, donde todas las fábricas pertenecían al pueblo, los obreros intervenían en competiciones para lograr un mayor rendimiento de producción. En Occidente, la anarquía del *laissez faire* hundía al sistema capitalista en el caos y la depresión económica; en Rusia, el Primer Plan Quinquenal transformaba, mediante una serie de enormes riesgos, el país más atrasado de Europa en el más adelantado. Aun si la historia misma hubiera sido un simpatizante comunista, no habría conseguido una coincidencia más ingeniosa de

⁶³ A propósito de la literatura como vía efectiva para la denuncia política, Richard Greeman comenta el caso de Victor Serge: “Cuando se dedicó a la novela, estaba persiguiendo una verdad más alta y más general que la verdad de la experiencia humana, vívida y sentida, una verdad que adquiría significado a través de una creación artística. Lo hizo así porque pensó que la ficción tiene el poder de sumergirse en los niveles de lo inconsciente que, generalmente, no pueden alcanzar los argumentos basados en los hechos (‘tesis y polémicas’). Además, sintió que tan solo el arte puede conllevar adecuadamente la completa totalidad de los motivos humanos y de sus circunstancias, que confieren significación humana a una experiencia histórica y nos la comunican de tal manera que, de alguna forma, la sentimos como nuestra ...” (1980: 27).

acontecimientos que esta simultaneidad de la crisis más grave del mundo occidental con la fase inicial de la revolución industrial rusa. El contraste entre la tendencia decadente del capitalismo y el ascenso gigantesco y simultáneo de la economía planificada del Sóviet era tan llamativo y evidente que incitaba a una conclusión igualmente evidente: ellos son el porvenir; nosotros, el pasado ... (2015: s/p).

Esta visión se sustentaba en la influyente opinión de algunos intelectuales europeos que habían visitado la Unión Soviética (con itinerarios minuciosamente preparados por el régimen⁶⁴) y manifestado su entusiasmo ante el gran progreso observado: sin dudas, en el país de los sóviets se estaba construyendo el futuro. Así, según Susan Sontag,

(...) para muchos que vivían en el mundo capitalista desolado por la depresión, parecía imposible no sentir afinidad con la lucha de este enorme país atrasado por mantenerse y crear, según sus objetivos manifiestos, una sociedad nueva fundada en la justicia económica y social. André Gide era poco florido cuando escribió en su diario en abril de 1932 que habría sido capaz de morir por la unión soviética: “En el abominable trance del mundo actual, el nuevo plan de Rusia me parece ahora la salvación. ¡Nada puede persuadirme de lo contrario! Los argumentos miserables de sus enemigos, lejos de convencerme, hacen que me hierva la sangre. Y si mi vida hiciera falta para asegurar el éxito de la URSS, la ofrendaría de inmediato... como lo han hecho ya, y lo seguirán haciendo, muchos otros, y sin distinguirme de ellos" ... (2013: 15).

Contra esta poderosa propaganda se enfrentaba la militancia que Stalin había barrido, y de la cual Jiří Weil y Victor Serge constituyen dos ejemplos clásicos; con su

⁶⁴ Según explica Karl Schlögel, la logística de estas visitas oficiales era preparada por la Organización Nacional Soviética para las Relaciones Culturales con el Extranjero (WOKS), la cual “(...) había organizado con éxito otros grandes eventos, como las visitas de George Bernard Shaw, de Henri Barbusse, de Romain Rolland o de André Gide. A diferencia de la década de 1920, en la que Walter Benjamin podía pasearse por la ciudad [de Moscú] en visita privada en calidad de *flâneur* [paseante], pudiendo incluso perderse por sus calles, ahora los visitantes habían pasado a la categoría de ‘visitas de Estado’ y eran puestos en manos adecuadas que se ocuparan de ellos. El viaje, muy bien organizado, era también, por lo mismo, un viaje controlado ...” (*Op. Cit.*: s/p). Un ejemplo de dichas estancias “controladas” fue la visita a la URSS del escritor judeo-alemán Lion Feuchtwanger entre el 01 de diciembre de 1936 y el 08 de febrero de 1937. A su llegada, el autor de *Los hermanos Oppermann* le escribió en una carta al también escritor judeo-alemán Arnold Zweig: “Y así llegué a la frontera de la Unión Soviética, lleno de curiosidad, de dudas y de simpatía. La honrosa acogida que encontré en Moscú reforzó mi inseguridad. Personas a las que conozco bien, gente por lo general muy razonable, han sido despojadas de su sano juicio debido a los honores que les rindieron los fascistas alemanes, y me pregunto si yo mismo permitiré que las lentes de la vanidad me distorsionen el aspecto de las cosas y las personas. Me dije, además, que sólo me enseñarían aquello bien hecho, por lo que a mí, conocedor del lenguaje, me resultará difícil mirar dentro a través de la superficie de un envoltorio, en todo caso, arreglado para la ocasión ...” (*Ibidem*: s/p).

literatura combativa, ambos autores iniciaron el modelo temático-narrativo de lo que hemos denominado *Novela del Estalinismo* con tres obras ejemplares: *Moscú-Frontera*, *Medianoche en el siglo* y *El caso Tuláyev*.

2.1 JIŘÍ WEIL: MOSCÚ-FRONTERA

Comunista militante desde los años 20, Jiří Weil (Praskolesy, Checoslovaquia, 1900 - Praga, 1959) era un intelectual judío de reconocida experticia en la literatura rusa que se estaba produciendo al calor de la Revolución. Recién constituido el gobierno bolchevique, viajó a Rusia y compartió opiniones con la vanguardia artística (formalistas, futuristas, expresionistas), publicó un trabajo titulado *La literatura revolucionaria rusa* (1924) y tradujo al checo la poesía de Maiakovski (Cf. Fernández Couceiro, 2005: 7-8). Años después, en 1933, el Partido Comunista checoslovaco le encargó a Weil regresar a Rusia (ya denominada Unión Soviética) para trabajar en el Departamento de Publicaciones de la Komintern como traductor al checo de las obras de Lenin, comisión que el autor aceptó con el mayor entusiasmo ante la perspectiva de visitar la Patria Mundial del Socialismo. Sin embargo, la segunda estancia de Weil en la URSS le produjo una amarga decepción, pues el país de la vitalidad revolucionaria que habían guiado Lenin, Trotski y un gran contingente internacional de activistas, combatientes y artistas, se había transformado en un Estado burocrático y policial bajo el dominio de Stalin. Pese a ello, Weil continuó desarrollando el trabajo encomendado, aunque sus opiniones negativas respecto a la realidad soviética no pasaron desapercibidas para su politizado entorno. El asesinato de Kírov en 1934 y la consecuente purga desatada colocó a Weil — como a otros muchos militantes extranjeros— en una posición riesgosa frente al Partido

y la NKVD, por lo que el autor aceptó la peligrosa misión de infiltrarse secretamente en la Alemania nazi para llevarles dinero a las familias de los comunistas alemanes arrestados por la Gestapo. La misión entrañaba enorme riesgo, ya que se trataba de incursionar clandestinamente en un país enemigo bajo orden directa y secreta del propio Estado soviético, lo cual podía desatar un conflicto diplomático a gran escala; dado este panorama, los ideólogos de la operación le exigieron a Weil guardar absoluto silencio ante cualquier autoridad, incluida la soviética, ya que no se informaría sobre la misión a nadie fuera del círculo cerrado de la alta inteligencia. Así, Weil pidió tres semanas de vacaciones en la editorial donde trabajaba aduciendo vacacionar en Crimea (sur de Rusia), cuando en realidad partía hacia Alemania, donde cumplió con éxito el riesgoso encargo. Ya de regreso en Moscú, las autoridades interrogaron a Weil porque *descubrieron* que no había estado en Crimea, y como se negara a revelar la verdad, se le deportó a un gulag kazajo. Weil fue liberado en 1935, gracias a la gestión de sus camaradas checos — especialmente la de Julius Fučík⁶⁵—, quienes prácticamente lo salvaron de la ejecución (Cf. Manethová: web). Sin duda, esta experiencia marcó negativamente la visión de Weil respecto al presente y el futuro del socialismo, la cual se expresa en *Moscú-Frontera*. Luego, otra vez el totalitarismo, esta vez el fascista, se cruzaba en la vida de Weil: la *Wehrmacht* de Hitler ocupó Checoslovaquia en marzo de 1939 y los judíos quedaron a su merced. Como intelectual judío, Weil ejerció de curador en el Museo Judío de Praga hasta 1942, cuando las autoridades alemanas le exigieron ingresar al gueto de Terezín, orden cuyo desacato lo llevó a hacerse pasar por muerto mientras se escondía en diversos

⁶⁵ Julius Fučík (1903-1943): Fue un periodista checo militante del Partido Comunista, quien mantuvo una ardua actividad periodística clandestina durante la ocupación alemana de Checoslovaquia. La Gestapo lo arrestó por casualidad en 1942 (no sabían que era él), y en la cárcel escribió su célebre *Reportaje al pie de la horca*, crónica de las experiencias que va teniendo en prisión. El 08 de septiembre de 1943 es finalmente ejecutado. Después de la guerra, se fijó el 08 de septiembre como Día Internacional del Periodista en honor a Fučík.

lugares clandestinos alrededor del país. Esta experiencia sirvió a Weil de materia para escribir su novela más famosa, *Vida con estrella* (*Život s hvězdou*, 1949), aclamada por la crítica internacional como un valioso relato sobre la voluntad de supervivencia en medio de la persecución política más feroz. Sin embargo, en Checoslovaquia la crítica marxista atacó la obra considerándola excesivamente individualista, existencialista y decadente, lo que condujo a su prohibición en 1951: entonces, quedaba claro que los nuevos amos ya le estaban pasando facturas al incómodo autor. Weil sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial y, con la muerte de Stalin y el encumbramiento de Nikita Jruschov, fue *restaurado* como miembro del Partido y activista por la causa soviética, hecho que, sin embargo, nunca lo borró de la lista negra de los comunistas checos, quienes siempre lo consideraron un desleal por haber expuesto en *Moscú-Frontera* la naturaleza totalitaria del régimen soviético (Cf. Fernández Couceiro, *Op. Cit.*: 10). Quizás el lector actual pueda sorprenderse respecto a las grandes polémicas políticas que despertaban las obras literarias, y el arte en general, durante el periodo de entreguerras; en tal sentido, vale acotar que aquellos eran tiempos de fuertes tensiones políticas en Europa, ya que todas las corrientes ideológicas movilizaban recursos y fuerzas que parecían fatalmente destinadas a colisionar entre sí; esto hacía valiosa toda clase de armas, incluyendo las artísticas. La literatura, en particular, se consideraba un recurso ideológico de gran importancia pues, según hemos comentado, poseía singulares capacidades para penetrar y persuadir merced a sus multiformes posibilidades estéticas, recreativas y didácticas.

Jiří Weil publicó *Moscú-Frontera* en 1937, generando una fuerte polémica entre la crítica, el público y los militantes comunistas checos al ser el primer testimonio literario exponente de la realidad totalitaria soviética bajo el mandato de Stalin (de hecho, fue la primera obra que abordó las purgas políticas) y, más aún, al estar escrita por un militante sobreviviente de aquel régimen policial, lo cual le confería a la novela un carácter

testimonial solo rebatible si se le catalogaba de propaganda al servicio de intereses antisoviéticos. Según Marie Brunová,

(...) Heutzutage wird *Moskva-hranice* in der tschechischen Literatur als eine helllichtige Darstellung der Atmosphäre in der Sowjetunion der 1930er Jahre am Vorabend der stalinistischen Schauprozesse bezeichnet [...] [aber] Zur Zeit seines Erscheinens rief das Buch jedoch negative Reaktionen hervor, denn die tschechischen Literaturkritiker waren vorwiegend marxistisch orientiert und sahen in Weils Roman eine Verletzung politischer und ästhetischer Normen ... (2011: 274-275)⁶⁶.

Considerando estas reacciones a *Moscú—Frontera*, Weil decidió no publicar su secuela, *Cuchara de madera* (*Dřevená lžíce*, 1938), para no perjudicar más al Partido y a sí mismo. Esta novela, ambientada en un campo de trabajos forzados durante el segundo Plan Quinquenal, no se publicaría hasta 1970, cuando apareció en Italia una edición traducida al italiano. Como explica Brunová, en *Cuchara de madera*,

(...) erfahren wir, dass er nach dem Urteil zur, “Umerziehung” [Jan Fischer] nach Kasachstan in ein Arbeitslager am Balchaš—See geschickt wurde. Seine kurzzeitige Geliebte Ri lebt währenddessen glücklich in Moskau, sie arbeitet in der Kugellagerfabrik, bildet sich politisch und steigt in der Hierarchie der sowjetischen Gesellschaft auf ... (*Op. Cit.*: 281-282)⁶⁷.

Así, la insidiosa crítica marxista, la inminencia de la guerra y su posterior desarrollo disolvieron el interés hacia *Moscú—Frontera*, que tampoco corrió mejor suerte durante la postguerra y los años 50, cuando Checoslovaquia fue incorporada plenamente a la

⁶⁶ “Hoy en día, en la literatura checa, *Moscú-Frontera* se conoce como un relato clarividente sobre la atmósfera en la Unión Soviética durante la década de 1930 en vísperas de los juicios-espectáculo estalinistas [...] [Pero] En el momento de su publicación, sin embargo, el libro despertó reacciones negativas, ya que los críticos literarios checos eran predominantemente de orientación marxista y vieron en la novela de Weil una violación de las normas políticas y estéticas”. Traducción propia.

⁶⁷ “Nos enteramos de que después de ser sentenciado a la ‘reeducción’, [Jan Fischer] fue enviado a un campo de trabajo en el lago Balchaš, Kazajstán. Mientras tanto, su amante a corto plazo, Ri, vive feliz en Moscú, trabaja en la fábrica de bolas de rodamiento, se educa políticamente y asciende en la jerarquía de la sociedad soviética.” Traducción propia.

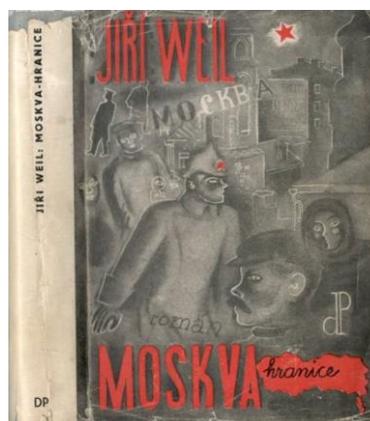
órbita soviética; sin embargo, hacia finales de los 60, el gobierno aperturista de Alexander Dubček brindó nuevas perspectivas de expresión a artistas y escritores, posibilitando que se proyectara una nueva edición de *Moscú-Frontera* para 1969 cuando el creciente despertar crítico de la joven intelectualidad checa deseaba contextualizar la historia reciente del país y su relación con la URSS; sin embargo, dicho plan de reedición se frustró con la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968 que aplastó la Primavera de Praga. Así, la no reedición de *Moscú-Frontera* condenó a Weil al olvido dentro de su país, circunstancia que habían propiciado deliberadamente las autoridades comunistas para difuminar la influencia de ciertos autores problemáticos, y Weil en verdad lo era según la línea dura, casi estaliniana, que marcaba el liderazgo de Leonid Brezhnev.

Moscú-Frontera no se reeditó en Checoslovaquia hasta 1991, con el comunismo ya defenestrado y enterrado. Esa reedición revitalizó el nombre de Jiří Weil como uno de los más importantes escritores checos de la primera mitad del siglo XX, con una obra preocupada por el conflicto entre el individuo y las fuerzas hostiles del mundo (entre ellas, el totalitarismo) que amenazaban con deshumanizarlo. En tal sentido, Weil fue uno de esos personajes del siglo pasado que pudieron atestiguar la amarga experiencia de ser perseguidos por los dos grandes *lobos* totalitarios, Stalin y Hitler.



Jiří Weil

29



Primera edición de *Moscú—Frontera*.
Praga, 1937.

30

En *Moscú-Frontera*, Jiří Weil describe la vida fuertemente colectivizada en la URSS estaliniana a través de la comunidad de obreros y especialistas checoslovacos (ingenieros, técnicos, traductores) que emigraron para ayudar a construir la Patria Socialista soviética. La novela se desarrolla en torno a dos personajes principales: el primero de ellos es Ri, joven judía checa de origen burgués desinteresada en la política, quien viaja a la URSS para encontrarse con su esposo Robert, ingeniero comunista checo que trabaja en Moscú. Ri se traslada hasta aquel confín de Europa por su devoción hacia Robert, pero sin apenas conocimiento de las grandes diferencias existenciales que hallará en la capital soviética. Una vez allí, la joven padece un fuerte colapso cultural: su ritmo vital *burgués* se altera al sumergirse en aquel torbellino de masas que se desplazan apresuradamente, corriendo siempre en pos del último rincón en el tranvía o de un lugar en la cola del pan; muchedumbres, empujones, descortesía y una absoluta indiferencia frente a su condición femenina, aunado a su escaso conocimiento de la *extraña* lengua rusa, hacen de sus primeros meses en Moscú una pesadilla que solo atenúa la presencia de su amado Robert, quien encaja a la perfección en ese modelo de sociedad no sin la ayuda de ciertos privilegios obtenidos merced a su condición de especialista extranjero. En contacto permanente con la comunidad checa en Moscú, Ri conoce a Jan Fischer (el otro personaje principal), miembro del Partido, traductor de textos oficiales y profesor de marxismo en diferentes centros de estudio. Casi de inmediato, entre ambos se establece una sintonía perfecta que los aboca a un romance condenado por las circunstancias de cada uno: Ri se esfuerza por encajar en el colectivismo soviético para sentir que puede estar a la altura de Robert (a quien admira más que ama), por lo cual decide declinar su individualidad y buscar trabajo en una fábrica mientras toma clases para apuntalar su educación política:

[Ri reflexiona]: Ahora sabía que no había ninguna posibilidad de luchar. ¡Se sentía tan ridícula por haberlo pensado! ¿Luchar contra un huracán que arrasa todo lo que encuentra a su paso? Sería humilde, callada. Se conformaría, haría todo lo que fuera necesario, cualquier cosa. Iría a trabajar a una fábrica, sería mujer de la limpieza u obrera, arrastraría tabloncillos en el patio de una fábrica o trabajaría en un torno, todo estaba perdido. Iba a ponerse al servicio de este mundo, iba a ponerse humildemente a su servicio, no podía defenderse, sólo quería seguir viviendo. Vivir como la más humilde de las humildes, vivir, respirar y comer. No había lucha, no había reconciliación, sólo quedaba el servicio. Únicamente podía salir de su soledad por medio de la sumisión, no se podía esconder ni encerrar en sí misma, no había escondrijo ni madriguera donde no llegaran aquellos ojos entornados de halcón del retrato. Pero no podía amar este mundo, no podía amarlo como lo amaba Robert. ¿Acaso puede amarse un huracán? ¿Acaso se le puede gritar a la tormenta que se detenga? ... (Weil, 2005: 152).

Por su parte, Fischer se encuentra cada día más decepcionado frente a la cotidianidad sociopolítica soviética: no está de acuerdo con el trato deshumanizado —es decir, *desindividualizado*— que el Partido ha establecido como forma de control social, y tampoco le encuentra sentido al sacrificio extenuante en labores políticas repetitivas e insustanciales; en general, se siente frustrado con el rumbo de un sistema que había soñado distinto durante sus años de militancia en Checoslovaquia. Esta actitud de Fischer le granjea la desconfianza entre compañeros y jefes, ya instruidos respecto a la urgencia de desenmascarar a los enemigos del Estado agazapados dentro del Partido. Así, mientras la *apolítica* Ri se sumerge en la ideologización estalinista, Fischer va desligándose emocionalmente de cuanto le rodea, proceso que culmina cuando se somete a las purgas políticas obligatorias:

Sin duda Fischer no era un zángano, un espía, un ladrón. Durante su conversación mencionó de pasada que ya había pasado por una purga. Y, sin embargo, era diferente a los otros miembros del Partido, Ri estaba completamente convencida de ello. ¿Por qué al hablar no empleaba constantemente las palabras habituales en otros miembros? ¿Por qué sus palabras sobre las grandes obras del socialismo eran frías y mecánicas? ¿Y por qué su voz cambió inmediatamente cuando empezó a hablar de cosas lejanas, triviales, cómo los cafés de Praga? ... (Weil, *Op. Cit.*: 213).

Agotado y desilusionado, Fischer acepta un peligroso encargo ultrasecreto del Partido que revitalizaría su fe revolucionaria y, al mismo tiempo, lo congraciaría con la institución que había sido el motor de su vida adulta: debía viajar clandestinamente hasta la Alemania nazi para ayudar en el rescate de su amigo y mentor Rudolf Herzog, héroe revolucionario encarcelado en aquel país mientras realizaba labores de espionaje. Fischer cumple su misión mortal, pero al regresar a la URSS no puede justificar su ausencia del territorio soviético debido a su juramento de absoluto silencio; así Fischer, *alter ego* de Weil, experimenta la muy comunista paradoja de ser expulsado del Partido y enviado al gulag por haberle prestado un gran servicio al propio Estado soviético. En cuanto a Ri, lamenta el destino de Fischer, pero ni quiere ni puede ayudarlo: ella ya decidió fundirse con el colectivo y ser otra pieza en el engranaje de la Nueva Sociedad:

Herzog, Fischer. Sí, Ri sabe la conexión que hay entre los dos. Ha caído Herzog, ha caído Fischer. Quizás sea lo mejor, aunque sea triste. Quizás sea lo mejor, ya nada le va a impedir ser un miembro de la sociedad soviética, nada le va a impedir convertirse en una ciudadana de pleno derecho y en una de las constructoras del socialismo, ya nada la unirá a Europa, a aquel sueño lejano, a aquella distante fantasía. Sí, siente pena por Jean Fischer, muchísima pena, pero no puede ayudarlo ... (Weil, *Op. Cit.*:454).

2.2 VICTOR SERGE: *MEDIANOCHE EN EL SIGLO Y EL CASO TULÁYEV*

No menos intensa que la vida política e intelectual de Jiří Weil fue la de Victor Serge, quien se granjeó la enemistad de bolcheviques y trotskistas por igual al haber sido

un libertario entregado a la causa de la revolución mundial y un enemigo acérrimo del totalitarismo partidista que se impuso en Rusia durante y después de la Guerra Civil. Quizás la cualidad más importante de Serge como escritor y revolucionario radicó en su incapacidad para transigir con la crueldad del poder, aunque esta se presentara a menudo como la única alternativa viable en el fragor de la batalla política. Sin ser completamente un socialista utópico, Serge creía en un socialismo humano capaz de impulsar la felicidad moral y material, resultándole por ello del todo incoherente justificar la violencia política contra inocentes en aras de alcanzar elevados ideales sociales, un alegato que dirigió contra bolcheviques y estalinistas y que aborda en sus novelas *Ciudad ganada* (1932), *Medianoche en el siglo* (1940) y *El caso Tuláyev* (1947). Esto se trasluce en sus *Memorias* cuando declara:

... Bien sé que el terror hasta ahora ha sido siempre necesario en las grandes revoluciones, que estas no se hacen al gusto de los hombres de buena voluntad, sino por ellas mismas, con violencias de huracanes, que el individuo allí no cuenta más que una brizna de paja en un torrente; que el deber de los revolucionarios es utilizar las únicas armas que la Historia nos deja para no ser vencidos estúpidamente. Pero veía también que la permanencia del terror, después del final de la guerra civil y del advenimiento de una era de libertad económica, constituía un inmenso error desmoralizante. El nuevo régimen, estaba y sigo estando convencido de ello, se habría sentido cien veces más fuerte si desde aquel momento hubiese proclamado su respeto socialista a la vida humana y al derecho del individuo cualquiera que sea. Me pregunto todavía, puesto que conocí la probidad y la inteligencia de sus jefes, por qué no lo hizo. ¿Qué psicosis de miedo y de autoridad se lo impidieron? ... (2011: 193-194).

Obviamente, para alguien como Serge que también creía en la necesidad de *tomar el poder*, este pensamiento termina en un callejón sin salida, pues el mismo concepto de *revolución* entraña violencia. Esa imposibilidad de conciliar un pensamiento libertario con la crueldad del *socialismo real* mediante el imperativo de la *justicia* (tema central de *El caso Tuláyev*) constituyó quizá el mayor fracaso de Serge para sí mismo.

Militante, agitador y escritor comunista desde su juventud, Victor Lvóvich Kibálchich “Serge”⁶⁸ ((Bruselas, 1890 - Ciudad de México, 1947), hijo de revolucionarios judíos ruso-polacos emigrados a Bélgica, vivió la vida azarosa que se le supone al revolucionario, experiencia que le permitió desarrollar un sólido criterio respecto a la naturaleza del poder y la opresión, siendo ejemplo de ello el tratado *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión* (1925), producto de su investigación sobre el funcionamiento de la policía política zarista. Serge fue anarcoilegalista en Francia, donde en 1913 se le condenó a cinco años de prisión por escribir en favor de la famosa *Banda de Bonnot*⁶⁹; hacia 1915, en Barcelona, se unió a los anarcosindicalistas, pero se separó de ellos porque no se planteaban tomar el poder; en 1917 regresó a Francia, y es nuevamente detenido bajo la acusación de “indeseable, derrotista y simpatizante bolchevique”; hacia 1919, ya en Rusia, se afilia al Partido Bolchevique y combate en el sitio a Petrogrado durante la Guerra Civil. A toda esta intensa actividad política, Serge agregó una abundante producción literaria y periodística, que compendió siete novelas, dos volúmenes de poesía, una recopilación de cuentos, un diario postrero, sus memorias, cerca de treinta libros y panfletos políticos, tres biografías políticas y centenares de artículos (Cf. Sontag, 2013: 8-9). Como hemos referido, la inteligencia libertaria de Serge lo impulsó a criticar ciertos procedimientos autoritarios del bolchevismo, por lo que decidió solicitar al Komintern un traslado al extranjero en calidad de propagandista. Al regresar a Rusia en 1926, se adhirió al ala *izquierdista* del Partido Comunista que encabezaba Trotski en contra de Stalin, lo que le supuso la expulsión en 1927. Susan Sontag detalla que,

⁶⁸ Seudónimo que adoptó en Barcelona en 1917.

⁶⁹ *Banda de Bonnot*: grupo de anarcoilegalistas liderados por Jules Bonnot (1876-1912) que cometió diversos atracos y homicidios en Francia. Defendían un anarquismo radical y violentamente contrario a toda forma de autoridad o distinción social.

(...) en octubre de 1932, Serge escribió al Comité Central del Partido solicitando permiso para emigrar; le fue denegado. En marzo de 1933 se le detuvo de nuevo y después de un tiempo en la Lubyanka se le condenó al exilio interno de Orenburg, un pueblo inhóspito en la frontera entre Rusia y Kazajistán. La difícil situación de Serge fue objeto de inmediatas protestas en París. En el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, una reunión estelar celebrada en París en junio de 1935, presidida por Gide y Malraux [...] algunos delegados plantearon "el caso de Victor Serge". El año siguiente Gide, que estaba a punto de emprender, con séquito, un viaje triunfal por la Unión Soviética al que se le había dado suma importancia propagandística, se entrevistó con el embajador soviético en París para solicitar la liberación de Serge. Rolland, a su vuelta de una visita de estado a Rusia, presentó el caso ante el propio Stalin [...] En abril de 1936 se llevó a Serge (con su hijo adolescente) de Orenburg a Moscú, se le despojó de la ciudadanía soviética, se le reunió con su esposa, en delicada condición psíquica, y su hija pequeña y a todos se les puso en un tren a Varsovia: el único caso durante la era del Gran Terror en que un escritor fue liberado (es decir, expulsado de la Rusia soviética) a resultas de una campaña foránea de apoyo. Sin duda contribuyó considerablemente que el ruso nacido en Bélgica fuera tenido por extranjero ... (Sontag, 2013: 16).

Aunque el plan de Stalin era claramente eliminar a todos los opositores *izquierdistas*, la presión que ejercieron políticos e intelectuales extranjeros por la libertad de Serge hizo titubear a Koba: era un momento delicado en el tablero político, cuando el enfrentamiento con la Alemania nazi parecía inminente y se hacía necesario contar con aliados; así, Stalin decidió liberar a Serge con el propósito de dar un golpe efectista de cara a la militancia socialista europea. Exiliado en Francia, Serge publicó tres obras de gran importancia para comprender la degeneración de los ideales revolucionarios en la URSS: *De Lenin a Stalin*, *Destino de una Revolución* (ambas en 1937) y la novela *Medianoche en el siglo* (1939), la primera obra de ficción en la que se recrean los albores del gulag. Durante sus años en Francia, Serge se vuelve incómodo para la izquierda, pues al odio declarado de los estalinistas se sumó su polémica con Trotski, quien no aceptó las críticas de Serge respecto a la vocación totalitaria que mostraron los bolcheviques incluso antes de tomar el poder y que, según el autor, fue la raíz del régimen estalinista. Sontag relata que,

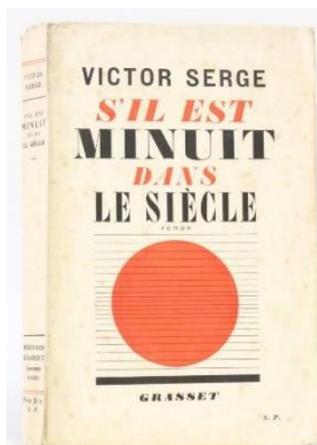
(...) a finales de los años 20 y durante los 30, [Serge] fue un escritor muy publicado, al menos en Francia, con una corte pequeña pero ferviente: una corte política, y luego, sobre todo de credo trotskista. Pero en los últimos años, luego de que Trotski lo excomulgara, esa corte lo abandonó ante las predecibles calumnias de la prensa del Frente Popular prosoviético. Y las posiciones socialistas que Serge adoptó tras llegar a México en 1941, un año después de que el verdugo enviado por Stalin asestara un pioletazo a Trotski, parecían a sus restantes partidarios indistinguibles de las socialdemócratas. Más aislado que nunca, boicoteado por la izquierda y la derecha en la Europa occidental de la posguerra, Serge, el exbolchevique, el ex trotskista y anticomunista, siguió escribiendo: casi siempre para los cajones de su escritorio ... (*Op. Cit.*: 10-11)⁷⁰.

Así, incomprendido por todas las facciones, Serge tuvo que abandonar Francia cuando Alemania la invadió en 1940, debido a su doble condición de judío y comunista. Exiliado en México y acompañado de su hijo Vlady y su esposa Laurette Séjourné, vivió sus últimos años imbuido en una febril actividad intelectual: su salud era mala y sabía que no tenía tiempo, por lo cual se apresuró a escribir sus últimas obras. De ese tiempo resultan su autobiografía *Memorias de un revolucionario*, *El caso Tuláyev* (novela publicada póstumamente en 1949) y *Treinta años después de la Revolución rusa*, testamento político en donde reafirma su compromiso ideológico socialista, su adhesión a la figura de Lenin y su lealtad al Partido Comunista. Al igual que Jiří Weil, Serge falleció pobre y olvidado el 17 de noviembre de 1947.

⁷⁰ Serge sintetiza diáfananamente su opinión sobre el marxismo en un artículo de 1938 publicado en Francia y que tituló “Puissances et limites du marxisme” (“Potestades y límites del marxismo”; su versión inglesa publicada en Nueva York ese año mismo año se titula “Marxism of our time”). La tesis del texto propone que, “(...) le marxisme de la révolution russe a été d’abord ardemment internationaliste et libertaire [...] puis il est devenu, de bonne heure, de par l’état de siège, de plus en plus autoritaire et intolérant [...] Le marxisme de la décadence du bolchevisme –c’est—à—dire celui de la bureaucratie qui a évincé du pouvoir la classe ouvrière— est totalitaire, despotique, amoral et opportuniste. Il aboutit aux plus curieuses et aux plus révoltantes négations de lui—même ...” (Serge: web). (“El marxismo de la revolución rusa fue al principio ardientemente internacionalista y libertario [...] pero debido al estado de sitio, pronto se volvió cada vez más autoritario e intolerante [...] El marxismo de la decadencia del bolchevismo, es decir, el de la casta burocrática que ha desalojado a la clase obrera del poder, es totalitario, despótico, amoral y oportunista. Termina en las negaciones más extrañas y repugnantes de sí mismo.” Traducción propia). El propio Serge asegura que fue este artículo el detonante de su ruptura final con Trotski, quien calificó el texto como “manifestación de desmoralización pequeño-burguesa” a la par que acusaba al autor de “enemigo encubierto” (*Cf. Serge*, 2011: 575).



Victor Serge en 1937 ³¹



Primera edición de *Medianoche en el siglo*. París, 1939. ³²

Victor Serge comenzó la redacción de *Medianoche en el siglo* en 1936, al llegar a Bélgica procedente de la Unión Soviética, y la culminaría en 1938, cuando ya residía en Francia. Con esta novela, el autor completa una suerte de compendio literario sobre la Revolución, desde su doloroso pero triunfal ascenso hasta su degeneración. En cierto sentido, *Medianoche...* puede considerarse parte de una saga que inicia *Hombres en prisión* (*Les hommes dans le prison*, 1930), continúan *Surgimiento de nuestro poder* (*Naissance de notre forcé*, 1931) y *Ciudad ganada* (*Ville conquise*, 1932) y culminaría *El caso Tuláyev*, una plegaria cósmica que invoca desesperadamente la justicia en los estertores del Gran Terror. Para Susan Sontag, estas novelas abordan la tragedia de la Revolución desde una perspectiva amplia, pues "(...) Serge se dedica a mostrar el carácter ilógico de la historia, de los motivos humanos y del curso de las vidas personales, de las que nunca se puede afirmar que han sido merecidas o inmerecidas ..." (2013: 30). *Medianoche...* se desarrolla en dos grandes contextos ficcionales. El primero se ubica en Moscú, probablemente entre 1935 y 1936: la capital, como el resto del país, está repleta de espías e informantes colocados estratégicamente en todos los ámbitos sociales con la misión de desactivar diversos focos trotskistas e izquierdistas que conspiran contra la

estabilidad de un país inmerso en los Planes Quinquenales. Uno de esos lugares vigilados es la universidad: allí, el veterano revolucionario Kostrov, ahora profesor de *Dia-Mat* (Materialismo Dialéctico en neolengua estaliniana) realiza durante su clase un comentario aparentemente intrascendente sobre la Revolución Francesa⁷¹; sin embargo, no existe lo trivial en la atmósfera purgatoria que respira el país: a la salida del aula, una estudiante—informante de la NKVD se le acerca a Kostrov para preguntarle sobre su comentario relativo a los "malos termidorianos", lo que pone en guardia al viejo revolucionario y le hace suponer la inminencia de un arresto que se concreta días después, en plena calle, cuando un discreto esbirro le susurra: "Camarada Kostrov, le ruego que me acompañe...". Entonces, Kostrov es conducido a CAOS, una cárcel especial repleta de presuntos (ya culpables) conspiradores y saboteadores del progreso soviético⁷², en donde comprende que el régimen no quiere más revoluciones, sino estabilidad y sumisión, para lo cual ha desatado una cacería contra los *cerebros* verdaderamente revolucionarios que aún residen en las entrañas de esa sociedad burocratizada y colectivizada sin miramientos⁷³. En la cárcel, después de ser interrogado, Kostrov confiesa resignadamente y con ello abre el camino hacia el segundo contexto ficcional: su deportación a la remota Chernooé en los

⁷¹ La intrascendencia solo es aparente, y así se lo hace saber el juez de instrucción a Kostrov: "Su curso sobre la Revolución Francesa, si lo analizásemos, página por página, destilaría una propaganda contrarrevolucionaria tan insidiosa que ya no saldría nunca más —sí, nunca más— de los campos de concentración. ¿En quién estaba pensando al dictar su conferencia sobre Barras, Tallien y Bourdon? ¡Y esa distinción suya entre termidorianos de derecha y de izquierda, léase, los auténticos y los que lo eran a su pesar, ja, ja! ¿Se imaginaba acaso que estábamos dormidos y que los jóvenes que le escuchaban traicionaban en masa al Partido como usted? No hay línea sobre Babeuf que no constituya una alusión criminal ..." (Serge, 2016: 46—47).

⁷² Pensamientos de Kostrov al llegar a las puertas de la cárcel: "Encima de aquella puerta una máscara de bronce renegrido sonreía malévolamente entre la barba. '¡Hola, Marx!' —dijo Kostrov para sus adentros— '¿Te fastidia esa bayoneta? Haces bien en no aparecer entre nosotros o tú mismo terminarías por pasar esta puerta, hermano, y pronto darían cuenta de ti...' En su cerebro transido por el viento frío, sólo iban y venían, desordenadamente, ideas pueriles. Pero no sentía miedo, sino una especie de alivio, un deseo de burlarse ..." (Serge, 2016: 18).

⁷³ En la cárcel, el camarada Sacha le dice a Kostrov: "Con los métodos científicos de represión ni siquiera una máquina de escribir puede escapar al control. Habrá tanto delatores como camaradas. Más aún, si es preciso. Créeme, esto se ha acabado [...] La revolución ha encallado en la arena hasta dentro de 20 años. Los últimos que hablen de ella tendrán toda la razón, pero los van a despedazar ..." (Serge, 2016: 53).

Urales (localidad inventada que se inspira en Orenburg), donde se encuentra confinado un grupo de disidentes *izquierdistas* conformado por los jóvenes Avelii (komsomol de la Facultad Industrial de Bakú) y Rodión (chófer en la fábrica de bicicletas de Penza), y los veteranos revolucionarios Varvara (dirigente de base y profesora de marxismo), Elkin (expresidente de la Cheká de Kiev) y el viejo trotskista Ryjik, quien representa todos los valores que conformaron el ideario bolchevique original desde la primera intentona revolucionaria en 1905⁷⁴. Estos personajes han formado una célula bolchevique clandestina que aborda las causas de la tiranía estalinista y formula propuestas para redireccionar el socialismo hacia los principios originales que inspiraron la Revolución de Octubre, al tiempo que participan en una vasta red secreta encargada de distribuir material subversivo a través de todas las cárceles y centros de confinamiento soviéticos, tal como lo hicieron los primeros revolucionarios en tiempos del zar.

Por ahí pasan Elkin, Ryjik, Avelii, Rodión y Varvara Platónova, separados y juntos, prodigiosamente libres y miserablemente cautivos, siguiendo cada uno el camino de su fe, un camino harto áspero. Cuatro hombres, una mujer, cinco peligros para el régimen, cinco expedientes, cinco circulitos de los que encierran nombres y números en el gran mapa (secreto), enteramente cifrado, de la deportación de los disidentes comunistas, contrarrevolucionarios de izquierda, de extrema izquierda, de derecha, sin tendencia y bien pensantes, en un despacho (secreto) de Moscú, en el Tribunal especial de la Seguridad, conectado por línea directa con el Kremlin (secreto), por línea directa con la mesa de trabajo del secretario general (secreto), conectado en definitiva, por línea directa, con el laboratorio (secreto) de la historia ... (Serge, 2016: 70—71).

No sin recelo, Kostrov es admitido en el grupo a través de Rodión, el miembro más joven de esta camarilla, quien ve en el veterano recién llegado un posible oráculo a sus

⁷⁴ Serge *mantiene vivo* a Ryjik a lo largo de tres novelas como símbolo de la inextinguible llama revolucionaria. Se trata de un personaje de *saga* que aparece por primera vez en la novela *Ciudad ganada* combatiendo el asedio de las tropas *blancas* durante la Guerra Civil rusa; luego, forma parte de los disidentes de Chernóe en *Medianoche en el siglo* para, finalmente, culminar su trayectoria en *El caso Tuláyev* como una reliquia de la *vieja guardia* revolucionaria que ha quedado olvidada por sus muchos años en prisión.

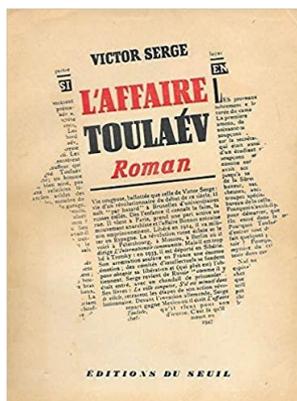
preguntas más trascendentales sobre el rumbo equivocado que ha tomado la Revolución. No obstante, a diferencia de estos militantes idealistas, Kostrov ya ha aceptado el triunfo del régimen estalinista y no desea oponer ninguna resistencia. Así, una vez se recrudecen las purgas y el Kremlin ordena a los comisarios de toda la URSS hacer confesar a los presos más veteranos su participación en la gran conspiración trotskista, el jefe de instrucción Fedossenko se concentra en obtener la confesión de Kostrov y las de sus *camaradas* de Chernóe; pero cuando el comisario ve cercano su éxito Rodión confiesa que él es realmente el arquitecto de toda la conspiración *izquierdista*, incluyendo la *Tesis Verjne-Uralsk*⁷⁵: Fedossenko, desesperado al no poder cumplir sus órdenes y suponer liquidada su carrera, la emprende a golpes contra Rodión, quien logra así un triunfo moral sobre la brutalidad estalinista. Finalmente, Rodión se evade de la cárcel y llega a una remota aldea del Norte, donde entra a trabajar como obrero en la construcción del edificio de la Seguridad Policial. Allí conoce a una obrera, cuya moral considera apta para iniciar una célula clandestina revolucionaria. A ella le dirige la pregunta fundamental de la conciencia de clase: "¿Sabes lo que somos?".

⁷⁵ El investigador ruso Aleksandr Fokin escribe en su artículo "La Oposición de Izquierda soviética y el hallazgo de los cuadernos de la cárcel de Verjneuralsk": "A principios de 2018, el Servicio Penitenciario Federal ruso para la región de Cheliábinsk, ubicada sobre la parte sur de la cordillera de los Urales, en la frontera entre Europa y Asia, capital homónima, informó que, durante las reparaciones en la prisión de Verjneuralsk se encontró, bajo las tablas del suelo de la celda N.º 312 una carpeta que contenía documentos que datan de 1932—1933. Desde Verjneuralsk, los documentos fueron transferidos a Cheliábinsk, donde estaban disponibles para su estudio. Este complejo de fuentes se llamó "Cuadernos de la Prisión Política de Verjneuralsk ..." (Fokin: web). La relación que hace Fokin del contenido de dichos cuadernos evidencia que Serge los conoció (seguramente, en la cárcel), por lo que incluyó varias de sus tesis en *Medianoche...*: "la crisis de la revolución y las tareas del proletariado [...]; La línea estratégica de la revolución proletaria; Evolución de las relaciones de clase en la URSS; La situación mundial y la Internacional Comunista; La economía estatal y perspectivas de su desarrollo; La posición de la clase trabajadora; La agricultura; La evolución del Estado soviético y el peligro del bonapartismo; El partido; Tácticas y tareas de la oposición leninista; Programa de sugerencias prácticas; Conclusión. ¡Contra el oportunismo! ¡Por la teoría y práctica revolucionarias de Marx y Lenin! ..." (Fokin: web). Prácticamente todos estos tópicos de los *Cuadernos de Verjneuralsk* se mencionan en *Medianoche...*



Victor Serge en 1947

33



Primera edición de *El caso Tuláyev*.

París, 1947.

34

Dos años después de culminar *Medianoche...*, Serge inició la redacción de otra novela, la ya mencionada *El caso Tuláyev*, publicada póstumamente en 1947. Se trata de una obra ambiciosa estética y filosóficamente que cierra el ciclo ficcional sobre la *tragicidad* moral e histórica de una Revolución cuya voráGINE arrastró por igual a los viejos revolucionarios y al pueblo más humilde. Sin embargo, en *Tuláyev*, esta especie de karma histórico culmina con la esperanza de justicia a manos de los *puros de corazón*: sin abandonar su materialismo, Serge deja traslucir en esta novela un misticismo cósmico cuasi religioso, seguramente desarrollado a su pesar tras tantos sinsabores y desgracias. Curiosamente, Richard Greeman refiere una descripción de *Tuláyev* bastante más *sencilla*, la cual aparece en una "Nota del Autor" que el propio Serge escribió en México, redactó en inglés y envió a un editor estadounidense:

Este libro —*L'AFFAIRE TULAYEV*— es una novela *psicológica* (y social) situada en la Rusia de 1938—39. El libro describe el ambiente de terror y la estructura del sistema. Es rigurosamente auténtico en todos sus detalles, pero implica también, esencialmente, una ficción. Es tan solo una novela sin tesis ni polémica, una novela profundamente humana acerca de uno de los momentos más oscuros de nuestra época. La única intención del autor ha sido la de servir a la verdad por medio del arte, es decir, de la creación literaria. La traducción al americano [*sic*] requerirá de un cuidado muy atento, puesto que el estilo francés es muy rico. De ser publicado, este libro resultará ciertamente sensacional ... (1980: 26).

Ambientada al final del Gran Terror (1939), *Tuláyev* se inicia con una revelación: “estoy engañando a los pobres”. Esta idea atormenta a Romáshkin, subjefe de la oficina de salarios en el *Trust* del Vestido en Moscú y a quien Greeman describe como una “(...) figura bastante ridícula: un burócrata tímido de ojos descoloridos y personalidad gris. Es una reliquia del viejo régimen, reminiscencia del patético empleado de La capa de Gógol y del hombre del subsuelo de Dostoievski. Su problema es que piensa ...” (*Op. Cit.*: 27). Romáshkin ha descubierto que el reciente aumento de sueldo proclamado por el Estado como un triunfo del socialismo no es otra cosa que una devaluación monetaria encubierta de efectos inflacionarios sobre el costo de la vida:

Sin dar crédito a sus sentidos, Romáshkin examinó con una mirada aguda el 12 por ciento de aumento a los salarios. A este aumento del salario nominal correspondía una disminución triple, por lo menos, de los salarios reales, por la depreciación del papel moneda y el alza de los precios... Pero a propósito de ello, el Jefe hacía, en su perorata, una alusión burlona a los especialistas deshonestos del comisario de las finanzas, a quienes prometía un castigo ejemplar. “Aplausos nutridos. Los asistentes se ponen de pie y aclaman largamente al orador”. Salvas de gritos: “¡Viva nuestro Jefe inquebrantable! ¡Viva nuestro piloto genial! ¡Viva el buró—político! ¡Viva el Partido!” La ovación se inicia de nuevo. Muchas voces: “¡Viva la Seguridad Nacional!”. Aplausos atronadores [...] Romáshkin, insondablemente triste, pensó: “¡Cómo miente!”, y se espantó de su propia audacia ... (Serge, 2013: 46—47).

Desde entonces, en Romáshkin se instala la obsesión de una *justicia universal* para el proletariado, por lo cual decide visitar al psiquiatra; este lo tranquiliza y le aconseja que practique la *higiene sexual*, es decir, que tenga relaciones sexuales para liberar tensiones⁷⁶. Poco convencido de la prescripción médica, Romáshkin consigue una

⁷⁶ "Un médico del dispensario neuropsiquiátrico que Romáshkin fue a consultar a Jamovniki le dijo: 'reflejos excelentes, nada que temer, ciudadano. ¿Vida sexual?'. 'Poca, sólo ocasionalmente ', repuso Romáshkin ruborizándose'. 'Le aconsejo el coito dos veces al mes, por lo menos', dijo secamente el médico. 'Y en cuanto a la idea de Justicia, no se atormente. Es una idea social positiva resultante de la sublimación del egoísmo primordial y del rechazo de los instintos individualistas, está llamada a jugar un gran papel en el período de transición al socialismo ...'" (Serge, 2013: 40—41).

prostituta de origen campesino llamada Katya (*Katiushenka*)⁷⁷, quien le cuenta su huida del hogar ante la gran miseria reinante producto de la colectivización forzosa; esto y el conocimiento de las purgas a su alrededor enervan aún más a Romáshkin, que ante tanta iniquidad se pregunta ¿quién es el verdadero culpable?... encontrándolo en el periódico a seis columnas proclamando el triunfo del socialismo sobre sus enemigos. Es Stalin:

Romáshkin tuvo el sentimiento casi visual de una revelación. Veía al culpable. Una llama transparente invadía su alma. No le preocupaba que este sentimiento pudiera ser vano. Desde entonces esa idea lo poseería, guiaría su cerebro, sus ojos, sus pasos, sus manos. Se durmió con los ojos abiertos, suspendido entre la exaltación y el miedo ... (Serge, 2013: 47).

La nueva certeza conduce a Romáshkin hacia los alrededores del Kremlin, por donde ahora suele pasearse durante la hora del almuerzo en posesión de un revólver Colt que compró debido a su brillante color negro azulado⁷⁸; uno de esos días, Romáshkin se encuentra azarosamente a dos metros del *verdadero culpable* recién salido de un

⁷⁷ La descripción del encuentro entre Romáshkin y *Katiushenka* expresa la miseria imperante en los arrabales moscovitas: "No te apures, Katiushenka. Aquí te espero fumando una colillita. No despiertes a la nena, está dormida a la orilla de la cama'. Para no despertar a la nena, se tendieron en el suelo, a la luz de una vela, sobre un cubrecama que quitaron del lecho donde una niña de cabello oscuro dormía con la boca abierta. 'Trata de no gritar, querido', dijo la muchacha entreabriendo sus vestidos sobre una carne descolorida, apenas tibia. En torno de ellos, desde el techo sucio hasta los rincones desordenados, todo era sórdido. La iniquidad atravesaba a Romáshkin como un frío que le calara hasta los huesos. Inicuo él también, bruto inicuo: a través de él, la iniquidad se retorció sobre una miserable muchacha pálida. La iniquidad colmaba el vasto silencio en el cual él se hundía con una furia vil. En ese instante nació en él, débil, lejana, dudosa de vivir, otra idea. Así surge de un suelo volcánico una pequeña lengua de fuego que revela, no obstante, que la tierra va a temblar, a hendirse, a estallar bajo el empuje infernal de la lava ..." (Serge, 2013: 41— 42).

⁷⁸ "Sobre la mesa, entre los vasos, había un revólver Colt, de cañón corto y cilindro negro, arma prohibida cuya sola presencia era un crimen; un fino Colt, nítido, que llamaba a la mano y estimulaba la voluntad. 'Cuatrocientos, mi amigo'. 'Trescientos' —dijo Romáshkin, inconscientemente, lleno ya de la magia del arma. 'Trescientos. Llévselo, mi amigo' —dijo Ajim—, 'mi corazón confía en usted' [...] Romáshkin se fue por las callejuelas tranquilas. Llevaba el Colt, que le pesaba sobre el pecho, en el bolsillo interior de la chaqueta. ¿De qué atraco, de qué asesinato de la estepa lejana provenía esta arma? Ahora reposaba sobre el corazón de un hombre puro que no pensaba más que en la justicia ..." (Serge, 2013: 51).

automóvil; Romáshkin intenta sacar el revólver, pero al momento de ejecutar su acto justiciero se paraliza y acaba marchándose⁷⁹.

Días después, el acobardado contable recibe la visita de su amigo Kostia, joven proletario despreocupado y amante inconsciente de la belleza. Kostia ve por casualidad el revólver, y su anfitrión le dice que puede llevárselo si quiere; así lo hace Kostia, quien no tiene ningún propósito de usarlo. Sin embargo, esto cambia cuando se entera del suicidio de la obrera María, compañera laboral en la oficina de una cantera donde construyen el Metro; María se arrojó al río Moskova porque no soportó la humillación social de ser señalada como portadora de una enfermedad venérea y, en consecuencia, como “elemento pequeñoburgués”, según una nueva campaña “por la salud y contra la desmoralización” que ordenaba el Partido. Kostia se encuentra indignado ante el hecho, al cual considera un desalmado “crimen colectivo”⁸⁰. Sin duda, esta percepción influye de forma inconsciente en él cuando una noche, caminando por una calle desierta, se encuentra a pocos pasos de Tuláyev, quien se bajaba de un vehículo oficial; sin duda era

⁷⁹ “Al final del callejón, como desprendido de los follajes rojos que bordean la alta muralla del Kremlin, apareció un militar. Venía con paso rápido al encuentro de Romáshkin. Dos civiles lo seguían, fumando. Alto, casi delgado, con la visera del quepis bajada hasta los ojos, el uniforme sin insignias, el rostro duro, el bigote espeso, este hombre inconcebiblemente carnal surgió de los retratos publicados en los periódicos, desplegados sobre las fachadas de los edificios de cuatro pisos, exhibidos en las oficinas, impresos día tras día en los cerebros. No había duda: era Él. Su paso autoritario, lleno de rigidez, con la mano derecha en el bolsillo, la otra balanceándose a un lado... Para terminar de identificarse, el jefe sacó de su bolsillo una pipa corta que se metió entre los dientes, sin detenerse. No estaba a más de diez metros de Romáshkin. La mano de Romáshkin se puso a buscar desesperadamente, en el bolsillo interior de la chaqueta, la culata del Colt. En ese momento, el jefe sacaba, mientras seguía su marcha, una bolsa de tabaco; se detuvo a menos de dos metros de Romáshkin, desafiándolo; sus ojos de gato lanzaron en dirección a Romáshkin un breve destello cruel. Burlones, sus labios murmuraron algo así como: ‘Miserable, miserable Romáshkin’, con un desprecio devastador. Y pasó. Romáshkin, hundido, tropezó con una piedra, titubeó, estuvo a punto de caer [...] Romáshkin se dejó caer en un banco, al lado de una joven pareja. Una voz tonante —la suya— estalló en su cráneo: ‘soy un cobarde, un cobarde, cobarde, cobarde’ ...” (Serge, 2013: 55).

⁸⁰ “Se metió en la llovizna de la calle, con el hombro derecho por delante. Si hubiera podido pelearse con alguien, recibir en la mandíbula un directo bien dado —por ti, pobre Maruca, pobre muchacha poco menos que nadie—, eso le hubiera hecho un gran bien. Gran tonta, ¿cómo es que dejaste que te ganara así la desesperación? Ya se sabe que los hombres son unos canallas. ¡El periódico mural es pura basura, te digo! Con él se limpia uno... Ah, ¡si serás tonta, pobre chiquilla, Santo Dios, maldición! Nada más sencillo que este asunto. El secretario de la juventud aterrado, guardaba en su portafolios esta breve declaración solemnemente firmada por María (y su apellido) en una página de cuaderno escolar: ‘*Como proletaria, no quiero ya vivir en medio de esta sucia deshonra. No se culpe a nadie de mi muerte. Adiós.*’ ...” (Serge, 2013: 59).

el camarada Tuláyev, responsable de deportaciones masivas y purgas universitarias. En ese momento, sin apenas pensarlo, Kostia saca su revólver y dispara sobre el alto funcionario, hiriéndolo de muerte en medio del silencio nocturno.

¿Tuláyev? ¿El del Comité Central? ¿El de las deportaciones en masa en la región de Voróyen? ¿El de las purgas en las universidades? Kostia se volvió, por curiosidad, para verlo mejor. El coche desapareció al fondo de la calle. Tuláyev, con un paso ligero y rotundo, alcanzó a Kostia, lo rebasó, se detuvo, levantó la cabeza hacia una ventana iluminada. Finos cristales de hielo caían sobre su cara levantada, le espolvoreaban las cejas y los bigotes. Kostia se encontraba detrás de él; la mano de Kostia recordó el revólver Colt, lo sacó y... [...] La detonación fue ensordecedora y seca. Ensoordecedora en el alma de Kostia, como el trueno que se desencadena súbitamente en medio del silencio [...] “¿Qué he hecho? ¿Por qué? Es insensato... Actué sin pensar... Sin pensar, como un hombre de acción” [...] “Tuláyev bien merecía ser fusilado... ¿Me tocaba a mí saberlo? ¿Estoy seguro de eso? ¿Estoy seguro de la justicia? ¿No estoy loco? ...” (Serge, 2013: 63).

Al día siguiente, la propaganda oficial anuncia el asesinato del camarada Tuláyev a manos de una organización contrarrevolucionaria de tendencia trotskista, agazapada en las filas del propio Partido; allí empieza una pesquisa a todos los niveles del Estado que llega hasta diversos militantes de la *vieja guardia* aún indemnes —Kiril Rublev, Iván Kondrátiev⁸¹, el viejo Ryjik— y funcionarios de fanática fidelidad —Artemio Makáyev, Maksim Erchov—. Cada uno de ellos vive de manera muy distinta sus acusaciones: mientras Makáyev acepta como esbirro dócil la condena que le había infligido a otros, Erchov se resiste a admitir que está implicado en el complot trotskista contra Tuláyev; solo accede a confesar los falsos cargos cuando su interrogador lo convence de que es inútil declararse *inocente* después de haber sido un verdugo. Por su parte, Rublev,

⁸¹ Victor Serge le asigna a este personaje el nombre de una persona real: Nikolái Dmítievich Kondrátiev (1892-1938), destacado economista ruso autor de la teoría del *Ciclo Económico Largo*. El verdadero Kondrátiev se oponía a la colectivización forzosa de la tierra, por lo que fue arrestado y encarcelado en 1931 bajo la acusación de pertenecer a un inexistente “Partido de Trabajadores y Campesinos”. En la cárcel prosiguió su trabajo intelectual, hasta que fue fusilado en 1938. Curiosamente, Serge incluye en *Medianoche en el siglo* a un personaje que parece inspirarse en el Kondrátiev histórico: el ingeniero Vitalii Vitaliévich Botkin, tecnócrata encarcelado por considerar *antieconómica* la colectivización.

Kondrátiev y el viejo Ryjik manifiestan su posición crítica y disidente ante la trituradora totalitaria presta a exterminarlos, aunque los tres están plenamente conscientes del destino irreversible que la Historia les depara. Una vez consumada la purga y atrapados los *asesinos* de Tuláyev, reaparecen Romáshkin y Kostia. El primero aún vive obsesionado con la noción de justicia, sobre la cual medita mientras ejerce un tranquilo cargo de funcionario estatal; por su parte Kostia, radicado como campesino en una remota aldea de la Rusia Oriental, no puede soportar el remordimiento por la purga que su acción ha desencadenado, decidiéndose entonces a enviarle una confesión al fiscal Fleischman, encargado de instruir la investigación del “caso Tuláyev”. Sin embargo, el fiscal ya ha cerrado el caso, y no está dispuesto a reabrirlo con independencia de que la confesión recibida sea verdadera; para el Partido y la seguridad del Estado, el asunto concluyó, lo cual resguarda providencial y definitivamente a Kostia de castigo alguno. Según Susan Sontag, este desenlace es posible porque “(...) la violencia ilimitada del sistema ...” hace superflua la confesión del verdadero asesino, posibilitando a su vez que “(...) la verdad, incluso una confesión real ...”, no tenga “(...) cabida en el género de tiranía en que se ha convertido la revolución ...” (2013: 29).

2.3 ARTHUR KOESTLER: *EL CERO Y EL INFINITO*

A diferencia de Weil y Serge, el también judío Artúr Köszler (más tarde Arthur Koestler; Budapest, 1905 - Londres, 1983) ya era un periodista de trayectoria reconocida cuando quedó deslumbrado por el credo del marxismo y su gloriosa realización, la Unión Soviética. De naturaleza curiosa, polemista e incisiva, Koestler se había convertido en uno de los corresponsales germanoparlantes más célebres de los años 20, especialmente

durante su servicio en la prestigiosa editorial berlinesa Ullstein—Verlag, para la cual realizó numerosos reportajes internacionales y cubrió importantes eventos como la expedición Polar del Graaf Zeppelin en 1931, integrada por el aviador Lincoln Ellsworth y un grupo de científicos entre los cuales podía contarse al propio Koestler, cuya profesión de ingeniero lo convirtió en consejero de cuestiones científicas para la casa Ullstein. Fue precisamente en 1931 cuando la vida de Koestler giró de manera decisiva: entonces descubrió *científicamente* el marxismo (durante su juventud, en Hungría, lo había vivido *románticamente*, como él mismo afirma) y los logros extraordinarios que estaba produciendo el primer Plan Quinquenal en la URSS; de hecho, Koestler escribió un libro sobre dichos Planes Quinquenales en 1931, pero las autoridades soviéticas rusas desaprobaron la obra y el Partido Comunista Alemán la intervino severamente en su versión para comunistas germanoparlantes. Ese fue el primer desencuentro del autor con la censura comunista, quien al respecto escribió en sus *Memorias*:

El paso siguiente consistió en sentirme fascinado por el Plan Quinquenal. Sobre una superficie que abarcaba una sexta parte de nuestro enfermo planeta había empezado el esfuerzo constructivo más gigantesco de todos los tiempos; allí se construía la utopía con acero y hormigón. Imbuido de literatura soviética, en un período en que su único tema era la construcción de fábricas, de plantas generadoras de energía, tractores, silos, y en general la realización del plan, consideré casi en serio la posibilidad de escribir una versión moderna del Cantar de los Cantares: “Los ojos de mi bienamada brillan como hornos de fundición en la estepa; sus labios se diseñan atrevidamente como el canal del mar Blanco; sus hombros son esbeltos y curvos como el embalse del Dniéper; su espalda es larga y recta, como el ferrocarril de Turkestán a Siberia...”. Y los zorros, los zorritos que arruinaban el viñedo, eran los saboteadores fascistas contrarrevolucionarios [...] Cuando digo que me sentía fascinado por el plan quinquenal no exagero mucho. A los veinticinco años todavía consideraba la felicidad como un problema de ingeniería social. Rusia había emprendido el experimento de ingeniería más grande de la historia, en un momento en que las cinco sextas partes restantes del mundo se venían abajo. La teoría marxista y la práctica soviética constituían la realización admirable y última del ideal de progreso del siglo XIX, del cual yo era todavía siervo ... (2015: s/p).

Así, el último día de 1931, Koestler solicitó su ingreso formal al Partido Comunista Alemán (KPD), petición que parecía satisfacer su apetito por pertenecer a una causa trascendente en la historia mundial y en la suya propia, lo cual había buscado sin éxito en el sionismo⁸². Desde entonces, y hasta su ruptura con el KPD en 1938, Koestler se consagró a una febril militancia comunista en calidad de propagandista y agente encubierto, favoreciéndose de su vinculación *free lancer* con medios de comunicación liberales ingleses, franceses y alemanes. Sobre su idilio con el marxismo-leninismo, el autor expresa que

(...) en la década de 1930, la conversión al comunismo no era una moda ni una locura momentánea; era la expresión sincera y espontánea de un optimismo surgido de la desesperación; una abortada revolución del espíritu, un renacimiento fracasado, una falsa aurora histórica. Sigo creyendo que ser atraído por la nueva fe era un error honroso. Estábamos equivocados, pero nuestros motivos eran justos; y todavía pienso que, con pocas excepciones —ya he mencionado a Bertrand Russell y H. G. Wells—, los que repudiaron la Revolución rusa desde el primer momento lo hicieron en su mayoría por motivos que eran menos honrosos que nuestro error. Hay una enorme diferencia entre un amante decepcionado y los que no pueden amar ... (2015: s/p).

No obstante, para este autor de vida cosmopolita, asimilar la espartana disciplina de Partido establecida por Moscú resultó un duro aprendizaje que lo obligó a modificar hábitos de pensamiento, expresión, comportamiento y conciencia ética: el Koestler militante estaba en conflicto permanente con el intrépido reportero de origen burgués amante del buen arte, las polémicas encendidas y las mujeres. Su deseo de contrición revolucionaria lo condujo en 1932 hasta la URSS, donde había imaginado encontrar un mundo futurista en plena ebullición, muy diferente a la decadencia capitalista del ya

⁸² Koestler emigró a Palestina en 1926 y llegó a vivir en un kibutz; sin embargo, su estancia en aquel territorio no le reportó mayores satisfacciones personales, a pesar de que fue en Palestina donde obtuvo su trabajo como corresponsal internacional de Ullstein-Verlag.

lánguido Occidente. Sin embargo, nada más cruzar la frontera soviética, Koestler halló el panorama de un país miserable y detenido. Particularmente desolador fue su paso por Ucrania, donde vislumbró patéticos indicios del *Holodomor* ya en marcha. El resto de su periplo por la URSS (Turkmenistán, Asia Central) no mejoró sus impresiones, siempre atenuadas con las autojustificaciones marxistas de rigor basadas en que construir un mundo nuevo implicaba traumas severos pero necesarios. Firme, aunque con dudas, Koestler viaja a Francia en 1933 por encargo del Komintern para realizar propaganda antifascista bajo las órdenes de Willi Münzenberg, jefe de propaganda prosoviética en Occidente. Esto lo condujo en 1936 a sumergirse como reportero en la Guerra Civil española, donde tropas franquistas lo detuvieron hasta su liberación en 1937. Durante su permanencia en España y, luego, radicado en París, Koestler siguió con indignado estupor los Procesos de Moscú, a los que consideró una vil estrategia de Stalin para eliminar la autoridad moral y política que representaba la *vieja guardia* revolucionaria; pero lo que más indignaba a Koestler de estos sucesos fue la connivencia de la *intelligentsia* comunista internacional, indiferente al aniquilamiento de los adláteres revolucionarios de Lenin en acatamiento a una supuesta disciplina de Partido⁸³. Finalmente, desengañado de la Unión Soviética y frustrado por el tipo de *pensador* en que lo había convertido el marxismo-leninismo, Arthur Koestler renunció al Partido Comunista Alemán en 1938; ese mismo año, ya radicado en París, comenzó a escribir *El cero y el infinito*. Sobre la distorsión intelectual que el marxismo le había ocasionado, el autor explica que

⁸³ Mario Vargas Llosa opina que "(...) para quienes, como él [Koestler], habían dedicado buena parte de su vida a luchar por el socialismo, y vieron, en ese año [1938], avanzar el nazismo por Europa como una tempestad incontenible, se sintieron tratados como delincuentes por los gobiernos democráticos a los que pidieron protección, y debieron —suprema decepción— tragarse el escándalo del pacto nazi—soviético [1939], el mundo tuvo que parecer un irrespirable absurdo, una trampa mortal. Incapaces de soportar tanta ignominia, muchos intelectuales amigos de Koestler, como Walter Benjamin y Carl Eistein, se suicidaron. La atmósfera de desesperación y fracaso que vivieron esos hombres es la que respira, de principio a fin, el lector de *El cero y el infinito* ..." (2014: 13).

... el sistema marxista, a pesar de su coherencia interior, sustituía el retrato del hombre por una radiografía de su esqueleto económico. Con ella uno podía diagnosticar una fractura, o un ablandamiento óseo, pero nada más. Por lo tanto, el esquema era notablemente útil dentro de sus límites, pero las predicciones del comportamiento humano basadas en él eran invariablemente erróneas [...] Este es un simple ejemplo de lo que he querido decir cuando me he referido a la mentalidad que había adoptado, una mentalidad esquizofrénica progresiva, un método de pensamiento que, aunque en sí era coherente y hasta ingenioso, había perdido el contacto con la realidad o me la ofrecía absurdamente deformada ... (2015: s/p).

Tanto el proceso de escritura de *El cero...* como el propio manuscrito experimentaron una rocambolesca travesía hasta su destino final. Para el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, Koestler residía en el Sur de Francia, donde proseguía la redacción de la novela sin mayores contratiempos. Sin embargo, en octubre es arrestado por las autoridades francesas en calidad de “extranjero indeseable” y enviado al campo de concentración de Vernet d'Ariège en los Pirineos. Aunque liberado en enero de 1940, Koestler no dejó de recibir *visitas* de la policía, la cual vigilaba muy de cerca sus andanzas debido a su pasada actividad prosoviética; en marzo, durante una requisa a su vivienda, le fueron incautados casi todos sus papeles, menos el manuscrito en alemán de *El cero...*, que yacía tranquilamente sobre su mesa de trabajo:

Pasé los cuatro meses siguientes en un campo de concentración en los Pirineos. Fui liberado en enero de 1940, pero continué siendo hostigado por la policía. Durante los tres meses siguientes terminé la novela en las horas que conseguí arrebatarse a los interrogatorios y registros en mi piso, con el constante temor de que volvieran a arrestarme y me confiscaran el manuscrito de *El cero y el infinito* [...] Con todo, un vudú amistoso parecía proteger ese libro. En una ocasión, en marzo de 1940, cuando la policía practicó un registro en mi piso, se llevaron casi todos mis papeles y manuscritos, pero el texto mecanografiado de *El cero y el infinito* escapó a su atención. El original estaba sobre mi escritorio, donde lo había dejado siguiendo la teoría de Edgar Allan Poe de que los objetos colocados en los lugares más visibles son los que despiertan menos sospechas; mientras que, según la teoría contraria, la copia de papel carbón estaba oculta en lo alto de la estantería. Al final volvieron a arrestarme y la versión original alemana del libro se perdió. Pero entonces ya estaba terminada la traducción inglesa, que fue enviada a Londres diez días antes de que

se iniciara la invasión alemana de Francia, con lo que el libro volvió a salvarse una vez más por los pelos ... (2015: s/p).

Estos hechos cuasi milagrosos le permitieron a su amante británica Daphne Hardy gestionar la publicación del libro en Londres, a donde Koestler logró llegar en 1940 para ser nuevamente arrestado de forma preventiva por ingresar al país sin visado. En la cárcel, Hardy le muestra las primeras pruebas de imprenta de la novela, que se publicó a principios de 1941 con su autor aún encarcelado⁸⁴. Así lo relata el propio Koestler:

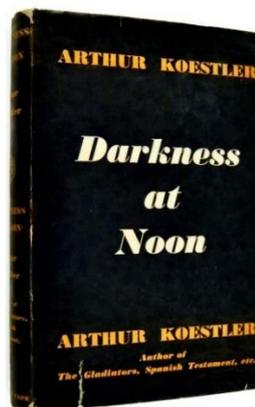
Leí las pruebas [del libro] en la prisión de Pentonville, en Londres, donde me confinaron a mi llegada. Hubo algunas dificultades al respecto, ya que los presos no pueden recibir libros de fuera; pero como se pudo demostrar que el libro había sido escrito por el prisionero, el alcaide concedió la autorización. Fue también en Pentonville donde oí por primera vez el título inglés del libro. Estaba inspirado en las palabras de Milton: “Oh dark, dark, dark, amid the blaze of noon” [“Oh, qué oscuro, oscuro, oscuro, en medio del fulgor de mediodía”], y fue idea de la traductora. Esta, Daphne Hardy, no era en realidad una traductora, sino una joven escultora inglesa [...] Había huido de Francia antes que yo, y por una ruta diferente; nuestra entrevista tuvo lugar en la sala de visitas de la cárcel de Pentonville, donde tuvimos que hablar a través de una tela metálica en presencia de un guardia uniformado. Cuando este me condujo de nuevo a mi celda, me preguntó qué clase de libro era aquel sobre el que habíamos discutido tanto. Le contesté que era un libro que había escrito sobre un prisionero en confinamiento solitario. “Entonces debe de ser profeta”, me dijo, cerrando de golpe la puerta de mi celda de aislamiento ... (2015: s/p).

Liberado poco después, el autor entró a trabajar como propagandista del Ministerio de Información británico, gracias a su prestigio como periodista y reportero; sin embargo, nunca dejó de estar bajo sospecha respecto a una posible condición de agente soviético encubierto.

⁸⁴ El título *El cero y el infinito* proviene de la edición francesa, y alude a un pasaje de la novela en el cual Ivanov le dice a Rubashov que “el valor del individuo en la ecuación social es tanto cero como infinito”.



35
Arthur Koestler hacia 1940



36
Primera edición de *El cero y el infinito*.
Londres, 1940.

Ninguna *NE* generó la repercusión y la controversia de *El cero...*, lo que en gran medida se debió a la fama del propio Koestler, una *figura mediática* entre los años 20 y 40. Su espectacularidad como reportero aventurero —viajó al Ártico y a la URSS, se sumergió en la Guerra Civil española, se enlistó en la Legión Francesa— y su costumbre de entablar polémicas sobre asuntos tan diversos como el sionismo, la física, el marxismo, el existencialismo o la parapsicología, catapultaron la trascendencia de una novela que abordaba los Procesos de Moscú desde la perspectiva de sus resortes psicológicos y doctrinales⁸⁵. Respecto a su dimensión intelectual y literaria, Mario Vargas Llosa comenta que Koestler

(...) vivió nuestra época con una intensidad comparable a la de un André Malraux o un Hemingway y testimonió y reflexionó sobre las grandes opciones éticas y políticas con la lucidez y el desgarramiento de un Orwell o un Camus. Lo que escribió tuvo tanta repercusión y motivó tantas controversias como los libros y opiniones de aquellos ilustres intelectuales comprometidos, a cuya estirpe

⁸⁵ M. Vargas Llosa opina sobre las obras de Koestler que, "(...) aunque a veces, como en su libro más leído, *El cero y el infinito*, se disfrazaran de novelas, sus libros fueron casi siempre ensayos, o, más exactamente, panfletos, testimonios, documentos, manifiestos, en los que, amparado en una información copiosa, en experiencias de primera mano y a menudo dramáticas —como sus tres meses en una celda de condenado a muerte, en la Sevilla sometida a la férula del general Queipo de Llano, durante la Guerra Civil— y una capacidad dialéctica poco común, atacaba o defendía tesis políticas, morales o científicas que estaban en el vértice de la actualidad. En su autobiografía dijo, con justicia: 'Arruiné la mayor parte de mis novelas por mi manía de defender en ellas una causa; sabía que un artista no debe exhortar ni pronunciar sermones, y seguía exhortando y pronunciando sermones' ..." (2014: 9).

pertenecía. Fue menos artista que ellos, pero los superó a todos en conocimientos científicos. Su obra, por eso, ofrece una visión más variada de la realidad contemporánea que la de aquéllos ... (2014: 8).

Con un plan poético menos elaborado que las obras de Weil y Serge (polifónicas estas, de herencia dostoiévskiana), la sencillez de *El cero...* capturó especialmente la atención de los lectores franceses de postguerra en un contexto agitado por la persecución al colaboracionismo de la ocupación alemana que llevaban adelante los comunistas franceses; Koestler se valió de un argumento simple y unos personajes unidimensionales para proponer sugestivas nociones acerca de los mecanismos psíquicos e hiperideológicos que hicieron posibles las grandes purgas soviéticas. Incluso, llegó a decirse durante los años 50 que Francia había esquivado el comunismo gracias a que la gente leyó *El cero...* pues aunque la novela recreaba hechos ocurridos diez años atrás, su influjo psicológico sobre una ciudadanía alertada por las purgas a su alrededor resultó considerable; a esto se le suma el *timing* perfecto de su aparición, en tiempos cuando los libros aún impactaban en la política: los franceses vieron el retrato literario del lobo comunista y se impresionaron con el canibalismo ideológico allí descrito. Desde luego, esto no gustó al activismo comunista internacional, que trató de boicotear a *El cero...* por todas las vías posibles, incluyendo amenazas a editores —en una Francia donde la libre publicación se considera sacrosanta— y, según cabía esperar, la difamación al autor, cuya ruptura con la militancia marxista había sido materia de tertulia; a Koestler lo presentaban ahora como un traidor a la Causa, un agente de la burguesía, un trotskista... y como ocurriera con Weil y Serge, pasó a figurar en las listas negras de los comunistas hasta el fin de sus días. Así describe Koestler aquella controversia de la que fue protagonista:

En Gran Bretaña, el libro fue objeto de debate entre los círculos izquierdistas, pero en general causó tan poco revuelo que, después de agotarse la primera edición de

mil ejemplares, permaneció varios meses sin ser reeditado, y al final del primer año se habían vendido menos de cuatro mil copias. En Francia se publicó después de terminada la guerra, y se vendieron más de cuatrocientos mil ejemplares [...] La razón por la cual *El cero y el infinito* rompió todos los récords en la historia editorial francesa de preguerra no era literaria, sino política. Después de la [época de terror] sufrida durante la ocupación alemana, Francia pasó por una segunda época de terror cuya historia aún no se ha escrito. Durante las caóticas semanas que transcurrieron entre el desmoronamiento de la autoridad de las fuerzas de ocupación y el establecimiento de un gobierno regular, en casi todas las regiones de Francia se produjeron escenas de ejecuciones sumarias, represalias arbitrarias y anarquía generalizada. Los comunistas, que emergieron del movimiento de Resistencia como la fuerza mejor organizada, aprovecharon esas caóticas semanas [...] para saldar cuentas de forma sistemática con sus adversarios, con el pretexto de que habían sido colaboracionistas [...] En la época en cuestión, 1946, los comunistas constituían aún el partido más poderoso de Francia: estaban en el gobierno, controlaban directamente los sindicatos y, de forma indirecta, por medio de la intimidación y la extorsión, imponían en gran medida su voluntad en los tribunales, el ámbito periodístico y editorial, la industria cinematográfica y los círculos literarios. En un ambiente tan opresivo, esta novela sobre las purgas rusas, aunque se refería a hechos ocurridos diez años atrás, asumía una actualidad simbólica, una relevancia alusiva que producía un impacto psicológico más profundo que el que podría haber alcanzado una obra sobre hechos actuales. Resultó ser el primer enjuiciamiento moral sobre el estalinismo publicado en la Francia de posguerra; y como en él se hablaba el auténtico lenguaje del partido, y su héroe era un bolchevique de la vieja guardia, no resultaba fácil desacreditarlo tildándolo de “reaccionario” y “burgués”. En vez de ello, al principio los comunistas trataron de intimidar a los editores del libro. Como no lo consiguieron, compraron partidas enteras de la obra en librerías de los suburbios y de provincia, y las destruyeron. A consecuencia de esto, y mientras se esperaba su reedición, el libro alcanzaba en el mercado negro un precio entre tres a cinco veces superior al oficial. Cuando las ventas superaron el cuarto de millón de ejemplares, se ordenó a los oradores comunistas que atacaran el libro y a su autor en los grandes mítines. La presión del nivel de intimidación puede deducirse por el hecho de que el traductor francés encontró conveniente ocultar su nombre bajo un seudónimo, y más adelante retirarlo incluso de la cubierta, de modo que no hay mención alguna a la figura del traductor en posteriores ediciones. La controversia alcanzó su punto culminante durante las fatídicas semanas que precedieron al referéndum sobre la futura forma de la Constitución francesa. Si hubiera triunfado la fórmula de los comunistas, eso les habría otorgado, en su condición de partido numéricamente más fuerte, un control casi absoluto del Estado. Cuando terminó la batalla, uno de los principales periódicos, al resumir la campaña en su editorial, señaló que “el factor individual más importante que ha llevado a la derrota de los comunistas en el referéndum sobre la Constitución fue una novela, *El cero y el infinito*” ... (2015: s/p).

El cero... se configura como una novela *tesis* inspirada directamente en los Procesos de Moscú y en la atmósfera totalitaria que envolvía a la URSS de los años 30,

pero evitando cualquier alusión directa al país y al régimen, diferenciándose en ello del resto de las *NE*; esto ya se vislumbra desde la advertencia inicial que nos hace el autor:

Los personajes de este libro son imaginarios. Las circunstancias históricas que determinan sus actos son auténticas. La vida de N. S. Rubashov es la síntesis de las vidas de varios hombres que fueron víctimas del llamado Proceso de Moscú. Muchos de ellos eran amigos personales del autor. Este libro está dedicado a su memoria⁸⁶.

Así comienza a implementar Koestler el recurso del *efecto distanciador* que potenciaría en el lector un abordaje analítico de la materia narrativa, objetivo principal de la novela *tesis*. En *El cero...*, la premisa fundamental expone que el sentido pseudo científico de la ideología marxista-leninista provocará, finalmente, un canibalismo político, al pretenderse acatar sin reparos las leyes inquebrantables de la Historia. Así, Rubashov le dice a su interrogador Ivanov:

Los otros, ¿Qué sabían de Historia? Solo de las arrugas pasajeras, de los pequeños remolinos y de las olas que se estrellan. Se asombraban de las formas cambiantes de la superficie y no sabían explicarlas. Pero nosotros descendimos hasta lo profundo en las masas amorfas y anónimas, que en todos los tiempos constituyen la sustancia de la Historia; y nosotros fuimos los primeros en descubrir las leyes que rigen los movimientos: las leyes de su inercia como las de las lentas transformaciones de su estructura molecular y las de las repentinas erupciones. En esto consistía la grandeza de nuestra doctrina. Los jacobinos eran moralistas; nosotros fuimos empíricos. Nosotros acabamos en el fango primitivo de la Historia y descubrimos sus leyes. Nosotros conocíamos la Humanidad mejor que ningún hombre llegó a conocerla jamás; he aquí por qué nuestra Revolución pudo triunfar. Y ahora, vosotros habéis echado todo esto por tierra ... (Koestler, 2014: 110).

⁸⁶ Respecto a la advertencia preliminar de Koestler, Susan Sontag opina que “(...) la síntesis es precisamente la limitación de esta obra de cámara, la cual es un alegato político y un retrato psicológico. Se aprecia una época completa a través del prisma del atormentado confinamiento e interrogatorio de una persona, interpolados con pasajes memoriosos, introspectivos. La novela comienza con Rubashov, el ex comisario del pueblo, arrojado a su celda mientras la puerta se cierra con estrépito, y termina con el verdugo trayendo las esposas, el descenso a los sótanos del presidio y la bala en la nuca. (No es insólito que *El cero* y *el infinito* fuera llevada a escena en Broadway.) La revelación de cómo —es decir, mediante qué argumentos en lugar de la tortura física— se pudo inducir a Zinóviev, Kámenev, Rádek, Bujarin y los otros dirigentes que pertenecían a la élite bolchevique a confesar los absurdos cargos de traición presentados en su contra es la historia de *El cero* y *el infinito* ...” (2013: 27).

En la novela, dicho canibalismo lo sufre el veterano revolucionario Nikolái Rubashov, bolchevique impenitente que siempre actuó bajo un solo principio: el triunfo del Partido por sobre personas y circunstancias particulares, sin vacilar frente a ninguna *contingencia* moral que obstaculizara la dinámica dialéctica de las fuerzas históricas⁸⁷. La paradoja se produce cuando el propio Rubashov se convierte en una de esas insignificantes *contingencias*, al caer bajo el poder de la maquinaria totalitaria a la que él mismo pertenece: arrestado en su domicilio, lo conducen a una delegación policial para ser interrogado en calidad de conspirador contra el Estado socialista y el pueblo, recusación *útil* a la Historia en su propósito de barrer a la caduca generación revolucionaria. En la cárcel, Rubashov reflexiona acerca de su trayectoria al servicio del Partido, actividad que incluía el espionaje, la ejecución de camaradas comunistas extranjeros, el giro de órdenes aparentemente contrarrevolucionarias (que no lo eran en realidad: el Partido es infalible) y, en general, el prevalimiento hegemónico del Partido por sobre la existencia individual de sus militantes. Entonces, Rubashov discierne a otro nivel, pues allí donde antes sólo había ideología, ahora hay *doblepensar*; es capaz de ver los hechos al trasluz y comprobar el sentido diabólicamente justo de la Revolución, derivado de una Historia enferma. Entre la celda y los interrogatorios —primero a cargo del viejo camarada Ivanov, al que sustituye Gletkin— Rubashov evoca a quienes hundió durante sus años de servicio: el sacrificado camarada alemán Richard, espionado por su amante y castigado al no comprender que el Partido rechazara a los demás partidos de

⁸⁷ Respecto al semillero de la novela, Koestler escribió: “Cuando comencé a escribir el libro, no tenía ni idea de cómo sería la trama y solo tenía un personaje perfilado en mi mente. Iba a ser un miembro de la vieja guardia bolchevique, cuya manera de pensar estaría modelada a partir de la de Nikolái Bujarin, y su personalidad y su aspecto físico serían una síntesis de Liev Trotski y Karl Rádek. Lo veía tan claramente como en una alucinación: bajo, rechoncho, con una perilla puntiaguda, frotándose los lentes sobre su camisa mientras camina arriba y abajo por la celda ...” (2015: s/p).

izquierda en su lucha contra el encumbramiento nacionalsocialista; los portadores de aquel puerto belga, a quienes ordenó ejecutar por negarse a descargar materias primas que la Patria de la Revolución le enviaba al mortal enemigo fascista; y, desde luego, Arlova, su fiel secretaria y amante, un personaje trágico que Koestler convierte en símbolo de los inocentes martirizados. Arlova, acusada de conspiración por cometer *errores* en la edición del nuevo manual de historia del Partido. Su caída se anunciaba con reprimendas amenazantes en reuniones a las cuales asistía el imperturbable Rubashov, nada sorprendido por la consecuente desaparición de aquella mujer y su familia; aunque se reprocha su cobardía, ya sabía entonces que nada podía hacer para salvarla, pues quedó sentenciada el día que aceptó ser jefa editora⁸⁸. Finalmente, después de tres interrogatorios y un análisis dialéctico acerca del verdadero significado de la Historia y la Revolución para la *Humanidad*, el viejo camarada Rubashov acepta firmar la confesión; otra víctima sacrificial en el altar del Moloch comunista.

⁸⁸ “Rubashov, demasiado al corriente de los métodos introducidos hacía poco en el Partido, comenzó a inquietarse. Adivinaba que una amenaza gravitaba sobre Arlova y no sabía cómo impedirlo, puesto que no se trababa de nada tangible [...] Tres semanas después [...] antes de que Arlova entrara a despachar con él, el secretario dijo a Rubashov, en un tono que parecía confidencial, pero formulando cada frase con el mayor cuidado, que la cuñada y el hermano de Arlova habían sido detenidos ‘allá’, ocho días antes. El hermano de Arlova se había casado con una extranjera, y los dos estaban acusados de relaciones sediciosas en el país natal de ella, al servicio de la oposición [...] En la siguiente reunión de célula del Partido, por una moción del Primer Secretario, Arlova fue destituida de su puesto de bibliotecaria, acusada de deslealtad política. No hubo ningún comentario. Ni discusión alguna. Rubashov, que sufría un horrible dolor de muelas, se había excusado por no asistir a la reunión. Algunos días después, Arlova y otro funcionario de la Legación eran reclamados. Sus nombres no se pronunciaron ya más entre sus antiguos colegas; pero durante los meses en que Rubashov continuó en la Legación, antes de ser reclamado, el perfume íntimo del cuerpo alto y lánguido de Arlova continuó adherido a las paredes del despacho, sin abandonarlas jamás ...” (Koestler, 2014: 147-149).

2.4 LYDIA CHUKÓVSKAIA: *SOFIA PETROVNA, UNA CIUDADANA EJEMPLAR*

Hasta aquí, hemos revisado *NE* ligadas ideológicamente al marxismo-leninismo, comprobando cómo estas obras se proponían denunciar y advertir acerca del rumbo totalitario que había tomado la Revolución bajo el control total de Stalin. Cada novela, según su propio plan poético, se construyó desde la visión desencantada de sus autores, militantes comunistas que podían atestiguar la dolorosa corrupción del movimiento por el cual habían sacrificado tanto. Dicha perspectiva produjo un corpus estimable en su dimensión crítica—racionalista del estalinismo como problema ético y en su carácter de *tesis* literaria que prácticamente aborda los mismos aspectos controversiales del referido contexto. Amalgamado por una *genericidad*, este corpus contempla también la inclusión de una novela que, sin abandonar los elementos distintivos de la *NE*, plantea una realización poética menos *ideológica* y más *chejoviana*, al menos en lo referente a la construcción de su estructura ficcional, lo cual se debe sin duda a la no militancia comunista de su autora, Lydia Chukóvskaia, quien escribió *Sofia Petrovna, una ciudadana ejemplar* a instancias de su consciencia adolorida. De esta forma,

(...) si el realismo socialista se encarga de contaminar la realidad con los mitos revolucionarios para centrar la atención de los lectores del presente en el futuro aún por construir, Chukóvskaia, poniendo en riesgo su vida, hizo lo mismo pero al revés: cargó la ficción de realidad para hacer que el futuro lector clavara su mirada en el pasado, de modo que la memoria de lo acontecido se mantuviera viva. La fuerza de *Sofia Petrovna* reside en que todos sus personajes pudieron haber existido. En este territorio híbrido entre historia y literatura el personaje que da nombre a la novela encarna a todas las víctimas de aquellos tiempos terribles y las dota de voz ... (Mateo y Rebón, 2014: 187).

Lydia Chukóvskaia (Helsinki, 1907 - Moscú, 1996), fue hija del por entonces célebre escritor infantil Korney Chukovski y editora de libros para niños en Leningrado.

En su hogar se vivía por y para la literatura, resultando habituales las visitas de conocidos escritores y artistas a quienes la pequeña Lydia veía departir naturalmente con sus padres. Durante su juventud en los años 20, se encontró bastante ajena al terremoto político que estremecía Rusia; deseaba considerarse a sí misma como una *artista apolítica* en medio de aquel clima en exceso politizado, idea que se trastocó cuando las autoridades bolcheviques ordenaron su deportación por unos meses a Sarátov (Volgogrado), al haber quedado implicada en la distribución ilegal de panfletos contrarrevolucionarios que una amiga suya había escrito subrepticamente en la máquina de escribir de su padre. De regreso a Leningrado, Chukóvskaia se convirtió en una prometedora escritora y editora de literatura infantil, *rivalizando* incluso con su propio padre; fue entonces, a finales de los años 20, cuando se enamoró y casó en segundas nupcias con el físico judío Matvéi Bronstein, pionero ruso en investigaciones de vanguardia occidental tales como las teorías cuánticas y gravitatorias. Sin embargo, en 1937, durante el Gran Terror, Matvéi fue arrestado e incomunicado, salvándose Lydia de correr suerte similar al encontrarse fuera de Leningrado. Desde entonces, Chukóvskaia inició el largo peregrinaje que ya habían emprendido miles de mujeres de toda la URSS por cárceles, legaciones policiales y fiscalías buscando información sobre la causa judicial y el paradero de Bronstein y, como la gran mayoría de sus antecesoras, nunca supo de qué acusaban exactamente a su esposo; solo pudo saber que lo habían condenado a “diez años sin derecho a correspondencia” y, finalmente, de que “había muerto”:

[A Lydia Chukóvskaia] le tocó familiarizarse con el mundo paralelo de las mujeres que hacían cola durante días enteros ante las comisarías y otros organismos estatales para obtener noticias de los detenidos. Así conoció a Anna Ajmátova, a cuyo hijo también habían arrestado. Cuando su padre se enteró de que frecuentaba a la poeta, le dijo: “¡Espero que entiendas que debes apuntar cada palabra que te diga!” ... (Mateo y Rebón, 2017: 192).

Este periodo significó para Chukóvskaia un verdadero descenso al infierno: el Estado le arrebató a su hija Yelena, no lograba obtener empleos estables y tampoco podía relacionarse socialmente con normalidad debido al estigma de estar casada con un *enemigo del pueblo*. Paulatinamente, y siempre vigilada por la NKVD, Chukóvskaia regresó a la actividad literaria y, cuando Stalin murió en 1953, ya poseía una reputación estable como escritora y editora. En 1957, ya denunciados los crímenes estalinistas, Chukóvskaia recibió el certificado que *rehabilitaba* la honorabilidad de Matvéi Bronstein; pero no sería hasta 1990, en el marco del *glásnost*, cuando la autora pudo consultar el expediente de su esposo y así obtener algunas certezas. Entonces, leyó el acta que redactara el Comisario del Pueblo encargado del arresto: “Bronstein, Matvéi Petróvich, arrestado en calidad de criminal peligroso, tiene que ser enviado al departamento del NKVD en Leningrado”. Entre esos documentos, apareció uno firmado por Matvéi negando todas las acusaciones, así como también el acta de juicio sumarial y de ejecución. Había sido asesinado el 18 de febrero de 1938, en virtud del artículo 58—8—11 del Código Penal y sepultado en la fosa común de Levashovo, un erial al norte de San Petersburgo usado como vertedero de cadáveres para la NKVD (Cf. Mateo y Rebón, 2014: 178-181). Después de la Segunda Guerra Mundial, Chukóvskaia se erigió en defensora de los intelectuales rusos perseguidos por el comunismo, entre ellos Anna Ajmátova —su amiga íntima—, el físico Andréi Sájarov y los escritores Mihail Zoshchenko, Iósif Brodski y Alexandr Solzhenitzyn. Esto le valió pasar décadas bajo vigilancia de la KGB (otrora NKVD) y repudiada por la intelectualidad oficialista soviética, resentida a causa del retrato que hiciera de ella en su segunda novela, *Inmersión, un sendero en la nieve* (*Spusk pod vodu*, escrita en los años 50 pero publicada en la URSS apenas en 1988), donde una escritora es testigo de la cobardía y mezquindad de la *intelligentsia* socialista mientras medita sobre el asesinato político de su esposo.

Inevitablemente, Chukóvskaia pagaría el precio de desafiar al sistema y, en 1974, casi ciega y condenada al más severo ostracismo, acabó expulsada de la Unión de Escritores Soviéticos. Sin embargo, en 1990, con la URSS a punto de derrumbarse, la autora recibió el premio Andréi Sájarov al Valor Cívico, en reconocimiento a su ejemplar oposición moral y artística al totalitarismo comunista.

Sofía Petrovna, una ciudadana ejemplar, fue escrita entre finales de 1939 y comienzos de 1940, cuando Stalin recién había suspendido las purgas, pero Chukóvskaia aún no conocía el paradero de su esposo. La autora redactó la novela en un cuaderno escolar que escondía celosamente, sabedora de lo que podía representar la incautación de un testimonio como ese: la transmutación a la literatura de su propia vivencia y la de miles de rusas. En tal sentido, la preservación del manuscrito original de *Sofía Petrovna* y sus fallidas intentonas editoriales repitieron el trance de otras *NE*. Poco antes de la invasión nazi a la URSS, Chukóvskaia realizó una lectura clandestina de *Sofía Petrovna*, hecho que llegó a oídos de la NKVD y alertó a la autora sobre la necesidad de que un amigo de máxima confianza cuidara el manuscrito; después, cuando su amigo estaba a punto de morir por inanición en el cerco de Leningrado durante la invasión alemana, este le entregó el manuscrito a su hermana para que se lo regresara a Chukóvskaia, lo cual ocurrió en 1944. Posteriormente, durante el *deshielo* de Jruschov a inicios de los años 60, el original mecanografiado estaba listo para editarse, pero nuevas directrices del Partido que reinstauraban la censura en la literatura detuvieron el proceso; Chukóvskaia demandó con éxito a la editorial, pero solo fue compensada económicamente sin que se publicase la novela, lo cual despertó el ávido interés de los lectores soviéticos, cuyo apetito por la literatura crítica hacia el sistema se había exacerbado con la aparición de *El doctor Zhivago* (*Dóktor Zhivago*, Boris Pasternak, 1957) y *Un día en la vida de Iván Denísovich* (*Odin den' Ivana Denisovicha*, Aleksandr Solzhenitsyn, 1962). Así, el hecho de que “(...)

the conditions in the Soviet Union would not sufficiently changed for its publication to be possible, it therefore became, early in the sixties, one of the first and most widely distributed works in samizdat ...”⁸⁹ (Kasack, 1989: 30). Respecto a los obstáculos editoriales y políticos de *Sofía Petrovna*, Ferran Mateo y Marta Rebón explican que,

(...) aunque la publicación fue aprobada y el contrato firmado, nuevas directrices del Partido que pedían pasar página y hablar más del futuro y de los logros obtenidos hicieron que la editorial acabara revocando su decisión. Chukóvskaia no se cruzó de brazos y los llevó a los tribunales por incumplimiento de contrato. Estas fueron las razones que esgrimió el abogado de la editorial durante el juicio para no publicar la novela: “Ciudadanos jueces, si no han leído Sofía Petrovna, les diré que la obra tiene virtudes y defectos. Pero no necesitamos hoy esta novela. Plasma el desagradable fenómeno de los tiempos del culto a la personalidad [de Stalin], pero se trata únicamente de una fotografía; la novela no analiza este fenómeno. Desde la publicación de *Un día en la vida de Iván Denísovich* de Solzhenitsyn recibimos un aluvión de manuscritos sobre este tema. Pero los estamos devolviendo a sus autores. No fuimos nosotros mismos los que nos dimos cuenta de que los manuscritos tenían que ser devueltos; recibimos instrucciones de que para nosotros, comunistas, no hay necesidad, y sobre todo ninguna ventaja, en limitarse a criticar ese período... el libro de Chukóvskaia, dada su arremetida ideológica, no puede ver la luz... ¿Qué sentimientos evoca la novela *Sofía Petrovna*? Un pensamiento nos asalta: ¿dónde estábamos todos nosotros? Nos embarga una sensación de desesperanza. No hay que abrir viejas heridas y echarles sal” ... (2014: 184—185).

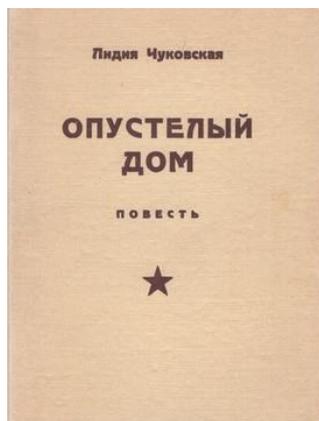
De esta forma, buscando el efecto contrario, el abogado justificaba plenamente la necesidad histórica de estas novelas. En 1965, aparece en París una versión en ruso no autorizada de *Sofía Petrovna* con el título *La casa desierta* y con diferentes nombres para los personajes. Aunque poco después se publicó en EE.UU. con el título y los personajes originales, no fue hasta 1988 cuando se publicaría en la Unión Soviética, tal como ocurriera con una gran cantidad de autores censurados y perseguidos desde los tiempos de Stalin (Cf. Mateo y Rebón, 2014: 183-185).

⁸⁹ “Las condiciones en la Unión Soviética no hubieran cambiado lo suficiente como para que su publicación fuera posible la convirtió, a principios de los años sesenta, en una de las primeras y más ampliamente distribuidas obras en samizdat.” Traducción propia.



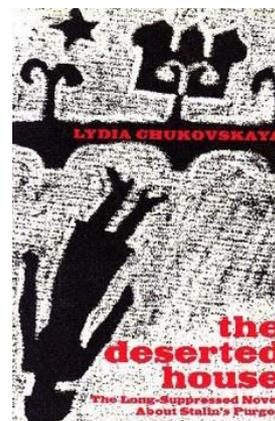
Lydia Chukóvskaia hacia 1940

37



Primera edición (parcial) de *Sofía Petrovna* con el título en ruso de *Casa desierta*. París, 1965.

38



Primera edición íntegra en inglés publicada por Dutton, Nueva York, 1967.

39

Esta novela, verdadero testimonio *en vivo* de las purgas, narra las vicisitudes de Sofía Petrovna durante el inicio del Terror en Leningrado hacia 1935. Jefa de redactoras en una editorial y ciudadana soviética ejemplar, Sofía ha asimilado sin resistencia la forma de vida soviética a pesar de su origen pequeñoburgués. Además, como millones de rusos, ella ha sido convencida por el aparato de propaganda sobre la grandeza del régimen, un estado político y social de justicia superior que hace a las personas libres e iguales, siempre bajo la majestuosa conducción del camarada Stalin⁹⁰. Prueba del éxito soviético es su joven hijo Kolia, prometedor ingeniero y devoto comunista. En efecto, Kolia constituye el ejemplo del hijo joven que toda madre soviética desea tener: guapo, ingeniero en ciernes y, sobre todo, miembro convencido y militante del Komsomol⁹¹, una

⁹⁰ “Por las tardes, Sofía Petrovna se calaba las gafas (su hipermetropía se había acentuado en los últimos tiempos) y leía en voz alta el periódico a Natasha. El mantel ya estaba terminado, y Natasha ahora bordaba una colcha para Sofía Petrovna. Hablaban de lo indignado que debía estar Kolia en ese momento. Y no sólo él: todas las personas honestas estaban indignadas. ¡En los trenes que hacían descarrilar los sabotadores podía haber niños pequeños! ¡Qué insensibles! ¡Monstruos! No era casual que los trotskistas estuviesen estrechamente vinculados a la Gestapo: en realidad no eran mejores que los fascistas que mataban a niños en España ...” (Chukóvskaia, 2014: 60).

⁹¹ “Kolia se había convertido en un joven apuesto, con ojos grises y cejas negras, de elevada estatura y muy seguro de sí mismo, jovial y tranquilo. Ni siquiera en sus mejores tiempos Fiódor Ivánovich había sido así. Siempre tenía un aspecto como militar, impecable y lleno de vigor. Sofía Petrovna lo miraba con ternura y una continua inquietud, se alegraba y temía estar alegre ...” (Chukóvskaia, 2014: 37-38).

prometedora condición en un momento coyuntural, cuando el asesinato de Sergéi Kírov ha desatado una purga en el Partido y la renovación de cuadros parece inminente; de hecho, Kolia apoya las purgas al considerarlas una respuesta frente a las amenazas internas y externas que se ciernen sobre la patria socialista⁹². Aunque Sofia no comparte ciertas opiniones radicales, se siente tranquila viviendo en un Estado tan preocupado por la seguridad de sus ciudadanos; sin alarmarse en exceso, ha oído sobre casos de conocidos a quienes han arrestado, gente pacífica que, según los órganos informativos, en realidad eran conspiradores y *enemigos del pueblo*.

“—María Erástrovna —dijo amistosamente Sofia Petrovna—. Estoy tan contenta de haberme encontrado con usted... Oí que habían tenido algún problema... con Iván Ignátievich... Escuche, nosotros somos amigos, después de todo... Iván Ignátievich es el padrino de Kolia... Por supuesto, eso ya no cuenta en nuestros días, pero usted y yo pertenecemos a la generación anterior. Dígame, ¿han acusado a Iván Ignátievich de algo grave? ¿Es posible que esas acusaciones tengan algún fundamento? No puedo creerlo, de veras, no puedo. ¡Un médico tan magnífico, tan respetado! Mi marido siempre lo tuvo en gran estima, y consideraba que era mejor médico clínico que él.

—Iván Ignátievich no hizo nada contra el régimen soviético —dijo María Kipárisova con aire sombrío.

—¡Estaba convencida de ello! —exclamó Sofia Petrovna—. No lo dudé ni un segundo, se lo decía a todo el mundo...

La señora Kipárisova la miró lúgubrementemente con sus inmensos ojos negros.

—¡Hasta la vista, Sofia Petrovna! —Le dijo sin sonreír.

—Cuando Iván Ignátievich esté de vuelta, llámenme para celebrarlo —dijo Sofia Petrovna—. Pero ¿por qué está tan abatida? Dado que no es culpable de nada, todo irá bien. En nuestro país nada le puede pasar a un hombre honesto. Es simplemente un malentendido. Vamos, no se desanime... ¡Pase a verme un día y tomemos una taza de té!

María Kipárisova se alejó caminando por la acera, golpeando el bastón contra el hielo ... (Chukóvskaia, 2014: 65-66).

⁹² “Sofia Petrovna incluso escribió a Kolia sobre la injusticia que sufría Natasha. Pero Kolia le contestó que la injusticia era una noción de clase y que la vigilancia era indispensable. Después de todo, Natasha procedía de una familia burguesa y de propietarios. Los viles mercenarios fascistas que habían asesinado al camarada Kirov aún no habían sido erradicados totalmente del país. La lucha de clases seguía librándose y, por tanto, debía extremarse la vigilancia cuando se admitía a nuevos miembros en el Partido o en el Komsomol. Después escribía que dentro de unos años aceptarían sin duda a Natasha, y le recomendaba encarecidamente que tomara apuntes de las obras de Lenin, Stalin, Marx y Engels ...” (Chukóvskaia, 2014: 45-46).

Como millones de rusos, Sofia considera la acusación prueba suficiente para una sentencia, pues el Estado soviético y, sobre todo, el camarada Stalin, son infalibles: "si los arrestaron, algo habrán hecho" era la frase recurrente que anesthesiaba las inquietudes inconscientes del *homo sovieticus* (y Sofia lo es) cuando el arrestado le resultaba indiferente. Pero un día, Kolia es el arrestado, provocando en Sofia más confusión que angustia. Ella *conoce* a su hijo y sabe que es inocente⁹³; ella lo crio y lo vio convertirse en un destacado ingeniero que incluso sale reseñado en diarios oficiales como un notable inventor y un producto del perfeccionado sistema educativo soviético:

Sofia Petrovna encuentra trabajo en una editorial estatal tras la muerte de su marido y, gracias a su entusiasmo y entrega, logra un ascenso. Además, parece que a su hijo Kolia, estudiante de ingeniería, le aguarda un futuro prometedor, más aún cuando su fotografía se publica en las páginas de *Pravda* elogiado como un ciudadano ejemplar. Hasta ese momento, ambos personajes parecen sacados de un relato propagandístico del realismo socialista. Pero cuando los arrestos empiezan a asediar el entorno de Sofia Petrovna, primero de colegas de la editorial —incluso de su jefe, al que consideraba un modelo— y luego de su hijo, esta abnegada madre y trabajadora apenas puede discernir entre las mentiras intoxicadoras de un Estado en el que creía ciegamente y el grito de socorro del hijo que defiende su inocencia, de modo que acaba por perder la cabeza ... (Mateo y Rebón, 2017: 193-194).

Se trata sin duda de un *error*, es seguro que confundieron su nombre con el de un *verdadero* culpable y, en cualquier momento, lo dejarán en libertad⁹⁴. Pero el tiempo pasa

⁹³ “Sofia Petrovna, enajenada, le siguió. ‘No se asuste, Sofia Petrovna, se lo suplico’ —dijo Álik cuando cerró la puerta—. ‘Cálmense, por favor, Sofia Petrovna. En realidad, no hay razón para preocuparse. No ha pasado nada terrible. Hace tres o cuatro días... ¿cuándo fue? Bueno, antes del día de descanso... A Kolia lo arrestaron.’ Se sentó en el sofá, se desató la bufanda dando dos tirones, la arrojó al suelo y se echó a llorar ...” (Chukóvskaia, 2014: 75—76).

⁹⁴ “(...) ‘Pero ¿Qué dice, Álik?’ —musitó Sofia Petrovna—. ‘¿Cómo puede comparar? A Kolia lo han arrestado por equivocación, mientras que a los demás... ¿Es que no lee los periódicos?’ ‘Oh, los periódicos’ —respondió Álik, y se fue [...] En los periódicos acababan de publicar las confesiones de los acusados en el proceso [de Moscú] [...] Los acusados contaban en detalle los asesinatos, los envenenamientos, los atentados, y Sofia Petrovna estaba tan indignada como el fiscal. ‘¿Cómo se llama a esto?’, preguntaba con indignación contenida el fiscal al acusado. ‘¡Infamia!’, respondía el acusado, arrepentido. No, Sofia Petrovna tenía razones para guardar distancia con sus vecinos en las colas. Le daban pena, claro, sobre todo

y Kolia sigue sin aparecer, lo cual le indica a Sofia que algo serio ocurre. Aquí se inician, aunados, la indagación y el martirio compartido de Sofia con todas las mujeres de los *verdaderos culpables*, hasta entonces casi invisibles para ella pese a sus interminables colas en plena calle buscando información y paraderos. Así, obsesionada con encontrar a Kolia pero intimidada por su inmersión en el submundo social de los arrestados políticos y sus familias, Sofia desciende desde su hasta entonces apacible existencia: ahora vive rodeada de vecinos hostiles y esquivos que antes solían apreciarla; pierde su trabajo como jefa de transcriptoras en una editorial oficial por ser madre de un *enemigo del pueblo* y, además, por defender a su compañera y amiga Natasha, personaje que el régimen martiriza negándole su ingreso al Komsomol debido a su origen burgués y sometiénola a juicio laboral en virtud de sus *errores políticos* de transcripción, lo que finalmente la arrastra al suicidio⁹⁵. Todo esto le ocurre a Sofia después de recibir las brutales respuestas de empleados oficiales y fiscales, quienes se limitan a espetarle que Kolia “ya había firmado su confesión”. Es culpable, y será deportado. Sin empleo ni ayuda, Sofia comienza a fantasear con el regreso de Kolia o, al menos, con recibir una carta suya, evidenciando ya un claro declive mental. No obstante, un día llega la tan ansiada misiva, en donde su hijo le ratifica que está preso y le pide ayuda desesperadamente. Sofía atesora esa carta, único objeto tocado por Kolia desde que se lo llevaron y prueba única de su inocencia. Así, con nuevos bríos y la carta en su bolso, Sofia se alista para encontrar la comprensión de alguien, pero al mostrarle la carta a otra madre de un arrestado, la señora

los niños, pero con todo, cualquier persona honesta debía recordar que todas esas mujeres eran las esposas y las madres de envenenadores, espías y asesinos ...” (Chukóvskaia, 2014: 101-102).

⁹⁵ ““¿Y quién es la tal [Natasha] Frolenko? Es la hija de un coronel que, durante el viejo régimen, era propietario de lo que denominamos *una hacienda*. Y, se preguntarán, ¿Qué hacía en nuestra editorial soviética la ciudadana Frolenko, hija de un elemento ajeno, contratada por ese bandido de Zajárov? Lo dice otro documento. Amparada por Zajárov, la ciudadana Frolenko aprendió a difamar a nuestro querido Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, a organizar ataques contrarrevolucionarios: llamó a nuestro Ejército Rojo Ejército Roñoso ...” (Chukóvskaia, 2014: 109-110).

Kipárisova, esta le dice que debe deshacerse de ese papel, pues si la policía lo encuentra entonces será ella, Sofia, quien acabe en la cárcel. De esta manera, entre el dolor y el miedo, Sofia quema lo único que le une a la suerte de su hijo condenado. Es este el retrato del Terror que Chukóvskaia se atrevió a pintar con vívida consciencia histórica y moral.

En 1962 escribió:

Pero, por grandes que sean los méritos de futuros relatos o informes, estos se habrán inscrito en otro período, separados de 1937 por décadas, mientras que mi obra se escribió con la huella de los acontecimientos aún fresca en mi mente. Aquí radica la diferencia entre mi relato y cualesquiera otros que estén consagrados a los años 1937—1938. En eso, creo, reside su derecho a obtener la atención del lector [...] Me habría ahorcado si no hubiese volcado en el papel lo que viví... Yo no pretendía salvar a nadie, hacer comprender. Me salvé a mí misma ... (en Mateo y Rebón, 2014: 181).

CAPÍTULO TRES

FORMA Y SENTIDO DEL SUBGÉNERO *NOVELA DEL ESTALINISMO*

El universo tiene tantos centros como seres vivos hay en él. Cada uno de nosotros es un centro del universo. Y el cosmos se desmorona cuando le dicen a uno entre dientes: “¡queda usted detenido!”.

Archipiélago gulag. Alexandr Solzhenitsyn, 1973.

La relación analítica de las *NE* y sus respectivos procesos de escritura realizada en el capítulo anterior, nos permite apreciar su espontánea correlatividad en diferentes aspectos contextuales y textuales, aun manteniendo insoslayables singularidades de carácter poético y argumental. Lo expuesto hasta ahora sobre cada novela revela no solo la vocación disidente de sus autores, sino también una evidente sintonía entre ellos manifestada literariamente mediante similitudes que abarcan todo el espectro de la crítica y la denuncia contra el rumbo totalitario del régimen estalinista. Así, estamos frente a un sutil ejemplo de cómo se forma un género según la noción de *genericidad* que propone Schaeffer, al plantearse el género como una relación dinámica y plural entre textos que mantienen afinidades temáticas, poéticas o contextuales, en detrimento de las relaciones jerárquicas y prescriptivas identificables habitualmente con el concepto de género y su tendencia a proponer textos *ideales* de carácter prescriptivo. Por su parte, la *genericidad* deroga ese *texto ideal* para plantear —recordemos— *textos ejemplares* que no imponen normas estilísticas o formales excluyentes sino que, muy al contrario, funcionan como referentes de consideración e inclusión mucho más amplios. De esta manera, el subgénero *NE* no *debería* considerarse concluido con las cinco novelas aquí analizadas pues, según afirma Todorov parafraseando el lenguaje de las ciencias naturales, “(...) toda obra

modifica el conjunto de las posibilidades; cada nuevo ejemplo modifica la especie ...”
(1981: 5).

3.1 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN LA *NE*

A tenor de lo mencionado en nuestra Introducción, la dimensión *enunciativa* se enfoca en factores de carácter ideológico incidentes sobre los diferentes autores al momento de concebir sus respectivas *NE*. En tal sentido, resulta necesario explicar que las *NE* no surgieron al calor de movimientos estilísticos o escuelas narrativas definidas ideológica o estéticamente, sino que se gestaron en el interés de ciertos autores por interpretar el fenómeno totalitario en la Unión Soviética mediante la literatura. Y es que, según hemos explicado, la novela como género mayor de la narrativa les brindó a nuestros autores la oportunidad de enfocar con precisión sus percepciones respecto a la grave deriva totalitaria de la URSS, lo cual produjo textos *urgentes* fuertemente sustentados en la *consciencia política*; así, la recreación novelística del complejo aparato estatal soviético (ministerios, comisariados, policía, fiscalía, cárceles), de la vida privada (viviendas comunitarias, vecindades) y de la vida social (escuelas, universidades, tiendas, buses, tranvías, reuniones informales, asambleas políticas de trabajadores y estudiantes) conforman una dimensión testimonial abocada a *reportar en vivo* (si se nos permite el exabrupto) el desarrollo del totalitarismo estaliniano en sus diferentes manifestaciones institucionales, sociales e individuales. De esta manera, los autores de las *NE* se concentraron en exponer lo que para ellos representaba la cara oculta de aquel régimen durante los años 30, una faz exenta de la gloria cantada por los miles de miembros de la Sociedad de Escritores Soviéticos y por renombrados autores fuera de la URSS (algunos,

arrepentidos posteriormente) como George Bernard Shaw, Ernst Hemingway o Pablo Neruda. Esto presenta a las *NE* como el negativo del *realismo socialista*, pues pretenden *reflejar*⁹⁶ la realidad no como *debiera ser* desde un punto de vista ideológico, sino según la perciben sus autores, quienes hilvanan la ficción con la densa conflictividad de las contradicciones e injusticias propias del acontecer totalitario y no con el esquema maniqueo de la literatura soviética, forzada a contraponer la heroicidad bolchevique de obreros, campesinos y soldados frente a la perfidia de saboteadores, contrarrevolucionarios y enemigos del pueblo. Sin embargo, aunque nuestros cuatro autores coinciden literariamente en condenar el oprobio del estalinismo, también hemos comprobado que no todos lo hacen desde la misma posición ideológica, advirtiéndose en ellos, al menos, dos grandes posicionamientos oscilantes entre la ideología y la moral.

De un lado se encuentran Jiří Weil y Victor Serge, cuya fidelidad al ideario socialista se mantuvo firme hasta el final de sus días, aunque desinflado por un amargo pesimismo fundado en la experiencia de la traición estaliniana a los ideales y sus defensores. Ambos autores pensaban que, a pesar de Stalin, el socialismo aún constituía el ideal más elevado y el único capaz de conducir a la humanidad hacia la justicia y la felicidad. Según esta visión, la tiranía no proviene ni del ideal ni del Partido, sino de una camarilla ambiciosa e inescrupulosa adueñada violentamente del poder con miras a establecer una dictadura tecno—burocrática y policial, cuya realización depende de

⁹⁶ La noción del *reflejo*, según la interpretación marxista de la realidad, posee tres vertientes; la tercera de ellas, quizás la más compleja, es la denominada “reflejo artístico”, la cual se activa a través de un proceso de transformación estética de la realidad. A diferencia de las otras dos fases del reflejo (la cotidiana y la científica), las cuales guardan estrecha relación con la realidad objetiva, el reflejo artístico —literario— pretende recrear una realidad autónoma, mostrando una unidad poética y estética ordenada y acabada: el producto artístico liberado de las relaciones de producción. En la literatura, a la expresión de dicho producto artístico se le conoce como “discurso poético”. Diversos autores marxistas como Mihail Bajtín y Georg Lukács (e incluso Lenin, León Trotski ¡y el propio Stalin!) intentaron definir la poética de la creación verbal a partir de la noción del *reflejo* (Cf. Carriedo Castro: web).

suprimir al sector auténticamente revolucionario que integran veteranos con autoridad moral y jóvenes militantes partidarios de una consciencia socialista construida desde las bases populares. Ambos sectores constituyen los *cerebros activos* de la Revolución, la reserva moral e intelectual llamada a corregir el rumbo del socialismo soviético —ahora desviado y corrompido— para devolverlo al sendero que en su día trazaron Lenin y Trotski. Este sector, decíamos, debe ser suprimido porque representa la *antítesis natural* de la *tesis* estalinista y, ya sabemos, Stalin no quería más revoluciones: entonces, la disidencia se encuentra en *resistencia* frente a una persecución estatal obsesionada con arrebatarse su rol *dialéctico* de gestor revolucionario listo para acometer la *revolución dentro de la Revolución*.

El segundo posicionamiento pertenece a Arthur Koestler y Lydia Chukóvskaia, para quienes el socialismo constituía una ideología despiadada cuya malignidad se esconde tras un ideal utópico de igualdad y justicia. Según esto, aunque el ideario socialista pretendiese redimir a la humanidad de sus opresiones, en su interior alberga una voracidad autoritaria que cercena la libertad individual inherente a la condición humana, generando así la igualdad forzada y antinatural que sustentaría la esencia del totalitarismo. De esta manera, la ideología socialista y el régimen que ella produce establecerían un sistema *antilibertario* mediante una dictadura colectivista controlada por la élite cerrada del Partido, erigido finalmente en rector de la vida pública y privada. Todo ello apunta a que Stalin no debe considerarse el *inventor* de este Moloch, sino su *continuador*: para hallar a los creadores, habría que remontarse hasta los patriarcas ideológicos, desde Marx y Engels hasta Bujarin, Zinóviev o Kámenev, pasando, claro, por el profeta Lenin y el *Gran Traidor* Trotski. El mal no sería Stalin, sino la ideología *en sí* y su sistema derivado.

En segundo término, tenemos la dimensión *sintáctica*, es decir, las diferentes propuestas poéticas que sustentan la *genericidad* de las *NE*. En sintonía con la noción que

propone Schaeffer, este subgénero comparte un consistente volumen de materia sobre la vida soviética en los años 30, cuyo tratamiento según la perspectiva de cada autor, lejos de disgregar sus significados textuales, los atrae magnéticamente hacia el núcleo común de la denuncia y la memoria del periodo en cuestión. La *genericidad* permite contemplar la variedad poética de estas novelas como un correlato de visiones, episodios y personajes que se complementan para integrar, bastante armónicamente, lo que sin duda podemos considerar un *tipo* novelístico sin prescripciones pero que comparte tendencias éticas y temáticas bien asentadas en su *consciencia política*.

Posteriormente, encontramos la dimensión *semántica*, relativa a los temas desarrollados en la *NE* y que, concordando con los tópicos de la *NT*, evidencian la concreción temática de la materia literaria presente en este subgénero. Aunque cada obra despliega un tratamiento estético singular, la afinidad temática constituye un factor de gran valor para apreciar la condición correlativa que amalgama la *genericidad* de estas novelas. Otro tanto ocurre con los *motivos*: eventos y circunstancias específicos del estalinismo que funcionan en las *NE* como subrelatos catalizadores de la trama general, vinculando así a la novela con el contexto sociopolítico que está poetizando. Según esto, podemos distinguir al menos cuatro temas principales y cinco *motivos* comunes a todas las *NE*.

El primer tema destacable es la *traición al ideario revolucionario original*, que a menudo se concentra en la velada sustitución del ideario de Octubre por el Estado burocrático y policial. Se trata de un tópico sobre el desengaño de comprobar cómo las consignas de libertad, igualdad y redención sociales que prometieran Lenin y sus adláteres continuaban proclamándose, aunque el régimen estaliniano las ignorara —y aun, transgrediera— merced a una despótica autocracia totalitaria. Este tema constituye el marco ficcional de todas las *NE* con independencia de sus diferentes tramas: en ellas se

aprecia la disfuncionalidad de la vida social, la escasez material, el exceso de trabajo, las leyes opresivas, la represión, el abuso de poder, la delación, el miedo y la mezquindad producto de ese aparente viraje desde el libertarismo hacia la dictadura. El segundo tema, la *pedagogía del padecimiento*, desarrolla el maltrato calculado del Estado contra el pueblo soviético como una manera de educarlo —es decir, acondicionarlo— mental y físicamente mediante la escasez, la disciplina represiva y el culto a la autoridad. En las *NE*, esta reingeniería social constituye uno de los cuadros sociales y psicológicos más recreados, puesto que deriva directamente de la traición al ideario de Octubre: la libertad, la abundancia y la justicia han degenerado en opresión, miseria y arbitrariedad, antivalores que el régimen estalinista emplea para moldear al hombre y la sociedad según su visión hegemónica. El tercer tema, la *disolución de la individualidad*, desarrolla la desindividuación del sujeto por la presión de una sociedad colectivista e ideologizada, los lineamientos impositivos del Partido o, sencillamente, debido al absoluto desprecio que el sistema (y vale decir, la propia ideología marxista-leninista) siente hacia la persona individual. Y, por último, el cuarto tema se refiere a la *condena inexorable*, basado en la idea de que todo ciudadano soviético está condenado sin saberlo, y solo debe esperar la notificación; su único delito ha sido vivir en la URSS de Stalin. Como ya explicamos en el Capítulo Uno, este es un tópico compartido por cada *NT* y *NE*, ya que manifiesta una condición propia del totalitarismo: la inocencia negada *a priori*.

En cuanto a los *motivos*⁹⁷, el primero de ellos es el *Partido*, cuyo gran poder coercitivo sobre los personajes de las *NE* refleja la dimensión autoritaria que ejerció sobre lo público y lo privado durante el estalinismo y, en general, a lo largo de toda la historia

⁹⁷ Resulta necesario aclarar que, en este apartado, solo abordamos los *motivos* compartidos en la *genericidad* de las *NE*; complementariamente, cada novela posee sus propios *motivos*, los cuales ya han sido mencionados en el Capítulo Dos.

soviética. Quizá sea este el *motivo* que permite apreciar más nítidamente la posición de cada autor respecto a la situación soviética, puesto que sus relaciones conflictivas con el Partido se *reflejan* en las experimentadas por los personajes de sus obras. El segundo *motivo*, la *aniquilación de la vieja guardia revolucionaria*, se fundamenta en la ya explicada necesidad —real o imaginaria— que tiene Stalin de acabar con sus compañeros revolucionarios, y constituye un tópico frecuente en las *NE* debido a las implicaciones éticas y políticas que acarrea: la desaparición física de una generación que compartía estatus y autoridad con Stalin dejaba a este como máximo exponente vivo de la gesta revolucionaria y único líder facultado para guiar a la nación. El tercer *motivo* es el *interrogatorio* y su aparente objetivo, la *confesión*, los cuales suelen emplearse en las *NE* como resortes dramáticos que facilitan la *anagnórisis* y el despliegue ideológico de los personajes. El *motivo* del *interrogatorio* abre el camino a otro no menos importante: la *docilidad de los veteranos purgados* antes las exigencias de confesión, un recurso empleado frecuentemente en las *NE* para exponer el fanatismo o la cobardía de los personajes acusados y, en ocasiones, para contrastarlos con la valentía disidente de otros personajes. Por último, el quinto *motivo* se centra en *Stalin*, cuya presencia en las novelas a veces se manifiesta en forma concreta de personaje y, alternativamente, como un ente referencial del poder omnímodo.

Finalmente, encontramos la dimensión *verbal*, que en el caso de las *NE* se divide en tres diferentes instancias textuales: La instancia *informativa*, que suministra información sobre ciertos sucesos o situaciones de la realidad totalitaria recreados en la novela; además, sirve para contextualizar al lector, quien establece inmediatamente la relación entre la ficción y el acontecer político que inspira al texto. Esta instancia es muy importante en las *NE*, pues a menudo algunos hechos del totalitarismo se emplean como *motivos* dentro de las tramas, haciendo necesario el suministro de información

orientadora. En síntesis, constituye una instancia que ancla el texto a la realidad, al punto de que emplea datos de tipo documental como fechas, acontecimientos, personajes históricos o registros oficiales. Por su parte, la instancia *reflexiva* se cumple cuando un personaje realiza una reflexión sobre determinada situación totalitaria desarrollada en la ficción, la cual suele expresar la opinión del propio autor respecto a la circunstancia que está recreando; sin embargo, esto último no es definitivo, pues a veces varios personajes reflexionan en la misma novela manteniendo puntos de vista encontrados. Por último, se presenta la instancia *acusatoria* (de denuncia), compuesta de secciones destinadas a emitir alertas sobre determinadas situaciones acontecidas en la realidad totalitaria, sintonizando así con uno de los principales propósitos de las *NE*. Esta instancia se vincula estrechamente con el contexto de recepción de la época en que fueron escritas y publicadas las obras, ya que estas se dirigían sobre todo a lectores no soviéticos ignorantes de aquella realidad. Para nuestros autores, lograr que los habitantes del mundo libre conocieran la opresión totalitaria del estalinismo gracias a sus novelas representaba el mayor y más satisfactorio de los objetivos.

3.2 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN *MOSCÚ-FRONTERA*

La dimensión enunciativa en Jiří Weil apunta a la imposibilidad de rectificar el rumbo totalitario emprendido por el estalinismo. Basándose en sus duras experiencias personales en la URSS, Weil comprende que, si bien los *cerebros* auténticamente revolucionarios no han sido del todo desactivados, ya es muy poco lo que estos pueden hacer en medio de la marea humana adoctrinada mediante el miedo y la propaganda estatal. De *Moscú-Frontera* se desprende la amarga sensación de una inamovible

impronta distópica de la sociedad soviética que, en adelante, deberá declinar la consciencia individual en favor de la consciencia colectiva, lo cual requiere eliminar la militancia socialista de ideales auténticos. Esto se ilustra en la novela con el personaje de Jan Fischer, quien ejemplifica el divorcio irremediable entre el proyecto totalitario de sociedad ideado por Stalin y la visión crítica de muchos militantes que habían abrazado el socialismo como vía para emancipar a la humanidad de opresiones y servidumbres⁹⁸. Weil propone en la obra que el idealismo ideológico de los *cerebros* revolucionarios auténticos tendrá que declinar silenciosamente, ya sea por eliminación o simple inhibición, frente a la pujanza de la nueva generación comunista, formada en la estrechez moral de una jerarquía burocratizada bajo control de los órganos represivos.

En consonancia con la dimensión *enunciativa* de Weil, *Moscú—Frontera* desarrolla una dimensión *sintáctica* de paradójica simetría poética, en donde la estructura temática imbrica el contexto totalitario del Moscú estalinista con la evolución de unos personajes cuyos arcos dramáticos trazan trayectorias opuestas que se tocan. El relato proyecta dos perspectivas cruzadas constructoras de dicha paradoja en torno a la idea de una sociedad *hipercolectivizada* que exige renunciar a la individualidad para hallar un lugar en ella:

⁹⁸ Marie Brunová describe así el rol del personaje de Jan Fischer: “Die Figur von Jan Fischer macht im Gegensatz zu Ri, die für die Inklusionsidentität steht, eine gegensätzliche Entwicklung durch –er wird aus der sowjetischen Gesellschaft ausgeschlossen; er wird vom Parteimitglied zum Renegaten. Jan Fischer ist ein Tscheche, der als Übersetzer bei der Komintern arbeitet, früher in der Tschechoslowakei war er Journalist. An seiner Tätigkeit wie auch an seinem Aufenthalt in Moskau hat er seine Zweifel. Er vermisst seine Heimat, seine Freunde und sein Leben in Europa. Er ist erschöpft und zeigt keine Begeisterung für den Aufbau des Sozialismus. Nach der Ermordung von Kirov wird Fischer beschuldigt, dass er an einer geheimen Konferenz der Oppositionellen teilgenommen habe, bei der das Attentat vorbereitet worden sei. Fischer kann sich nicht verteidigen, er darf die Wahrheit nicht sagen, nämlich dass er zu dieser Zeit im Auftrag der Partei auf einer Geheimmission in ...” (en *Op. Cit.*: 281). (“El personaje de Jan Fischer, a diferencia de Ri, quien defiende la identidad de inclusión, pasa por un desarrollo opuesto: está excluido de la sociedad soviética; pasa de ser miembro del partido a renegado. Jan Fischer es un checo que trabaja como traductor para el Komintern; solía ser periodista en Checoslovaquia. Tiene dudas sobre su trabajo y su estancia en Moscú. Extraña su casa, sus amigos y su vida en Europa. Está exhausto y no muestra entusiasmo por construir el socialismo. Tras el asesinato de Kirov, Fischer es acusado de haber participado en una conspiración secreta de miembros de la oposición en la que se preparó el intento de asesinato. Fischer no puede defenderse y no se le permite decir la verdad, es decir, que en aquel momento se encontraba en una misión secreta en nombre del partido.” Traducción propia).

... An den Schicksalen seiner Protagonisten [Weil] demonstriert er die damals einzige Existenzmöglichkeit: nämlich mit den Massen zu verschmelzen, ansonsten setzt man sich der Gefahr der strengen Repressionen, wenn nicht des Todes aus. Die Gegenläufigkeit der beiden Handlungsstränge von Ri und Fischer, Ri als Prozess einer Inklusion, Fischers als dem einer Exklusion, macht zugleich deutlich, dass es im Moskau der 1930er Jahre keine Wahl gibt. Denn das sowjetische Kollektiv duldet kein “opting—out—Subjekt“, das dementsprechend ausgeschlossen wird ... (Brunová, 2011: 283)⁹⁹.

Al mismo tiempo, Weil compone una crónica ficcional del Moscú de los años 30 mediante una narrativa *urgente*, reproductora de diálogos y actitudes cotidianas veristas cuya resonancia periodística le confiere al relato credibilidad sociológica. Esto denota que el autor no busca descifrar la *totalidad* del mundo que recrea, sino que acude a la subjetividad para manifestar el estremecimiento del individuo ante un monstruo invencible que le obliga a elegir entre sumisión o aniquilamiento. La monstruosidad se expresa en el tumulto arrollador de una Moscú presentada como *personaje* ubicuo que aglutina todas las energías coercitivas del estalinismo y en cuya vorágine se halla Ri, vencida y obligada a declinar su individualidad para asimilarse a la masa tal como revela el siguiente fragmento adscrito a la instancia *informativa* (dimensión *verbal*), donde se expone la batalla que entonces se libraba en la capital para obtener el abastecimiento incluso entre las esposas de los técnicos e ingenieros extranjeros:

En la tienda se sentía una tensión terrible, la tensión por arrancar un trozo mayor de pan, mejores alimentos. ¡Arrancar más, arañar más, quitarle a alguien la comida delante de sus narices y salir victorioso de la batalla! Aquello era una imagen aterradora, la más aterradora que Ri había visto en aquel nuevo país [...] Habría preferido pasar hambre antes que pelear por un trozo de pescado o un paquete de

⁹⁹ “Utilizando los destinos de sus protagonistas, [Weil] muestra la única posibilidad de existencia en ese momento: es decir, fusionarse con las masas, de lo contrario se corre el riesgo de una represión severa, si no de la muerte. Las contradicciones entre las dos líneas argumentales de Ri y Fischer, Ri como un proceso de inclusión y Fischer como el de exclusión, dejan claro al mismo tiempo que no había elección en el Moscú de la década de 1930, pues entonces el colectivo soviético no toleraba un “sujeto de exclusión” que, en consecuencia, quedaba excluido.” Traducción propia.

caramelos y soportar aquellas miradas que traslucían el deseo de matar, la violencia, la avidez y la codicia. Las más sucias cualidades humanas, aquellas que odiaba, aquellas que se esforzaba por combatir y soterrar, campaban aquí a sus anchas, la arrastraban, y Ri temía que también ella acabaría sucumbiendo y convirtiéndose en una de aquellas mujeres que peleaban, gritaban y lanzaban los más soeces insultos ... (Weil, 2005: 115).

Por su parte, Fischer va saliendo del *centro* ideológico de la estructura social para desplazarse hacia los márgenes, una vez que comete la grave transgresión de reconocer su individualidad frente al titán colectivista. Así, Weil propone el conflicto *Individuo vs. Colectivismo* como fórmula de una estructura en la que ambos protagonistas caen derrotados en sentidos inversamente simétricos: Ri huye del *margen* individualista para refugiarse en el *centro* colectivista cuando su individualismo queda asfixiado¹⁰⁰; Fischer se auto—impulsa del *centro* colectivista hacia el *margen* de la individualidad porque ya no cree en esa realidad sociopolítica y psicológica. En medio de sus trayectorias cruzadas, ambos se encuentran y viven un romance que sirve de inflexión en sus respectivos tránsitos: se tocan en un momento pleno de libertad *europaea*, donde Moscú suspende su voracidad y el colectivismo queda marginado. Pero esa burbuja no puede durar, y ambos personajes seguirán sus trayectorias opuestas¹⁰¹.

Respecto a la dimensión *semántica*, *Moscú—Frontera* plantea temáticamente la enorme diferencia entre un ideal construido a fuerza de propaganda y una realidad

¹⁰⁰ “No se trataba tanto del trabajo, aunque fuera importante, Incluso el sueldo era secundario, especialmente para Ri y Grübchen, cuyos maridos eran especialistas bien pagados. Se trataba de vivir en un colectivo, entre mucha gente, entre cientos, entre miles de compañeros y compañeras de trabajo. Los criterios de medida habían sido desplazados y ampliados, no se podía vivir de manera individual, sino sólo a través de la fábrica, la construcción, la brigada, los planes económicos industriales. Así vivían todos, así vivía Grübchen y así tenía que vivir también Ri ...” (Weil, *Op. Cit.*: 148).

¹⁰¹ “Qué sentido tiene esto, pensó Jan, si todo es inventado, irreal, superfluo. Sólo existe el trabajo y él es un obrero de este país, lo mismo que Ri. El país exige rectitud y relaciones limpias entre la gente, lo fundamental es el trabajo, y el resto debe moverse por un carril estrictamente marcado de antemano, amor—hombre—mujer—matrimonio—hijos, no hay lugar para otros sentimientos. Eso significaba que debería decirle a Ri que dejara a Robert y se fuera a vivir con él a su cuarto, pero eso era imposible. Ya no quería y no podía quedarse en la Unión Soviética, y además Ri no abandonaría a Robert, estaba unida a él por un vínculo que nadie podría romper, por el vínculo de la amistad y el agradecimiento ...” (Weil, *Op. Cit.*: 282—283).

opresiva y sórdida, estructurada mediante diversos mecanismos de coerción—sumisión necesarios para el efectivo sometimiento del individuo a las masas. Esto se desarrolla a través de dos temas; el primero es la *pedagogía del padecimiento*, donde Weil nos describe una Moscú populosa, titánica, acostumbrada a la escasez de productos, a las interminables colas y al abarrotamiento del transporte público, los cines y los bares; además, este escenario muestra la chocante desigualdad de la vida entre rusos y extranjeros: los primeros, obligados a conformarse con productos de bajísima calidad en cantidades limitadas, mientras que los segundos disfrutaban de provisiones y viviendas satisfactorias, recompensa por llevar a la URSS sus conocimientos técnicos e intelectuales: “(...) Ri estaba demasiado cansada para pensar en las costumbres de aquella extraña ciudad, donde en las casas construidas por los rusos no podían vivir rusos y donde había que vigilar que los rusos no se metieran donde los extranjeros ...” (Weil, *Op. Cit.*: 64). En este Moscú los vecinos, los compañeros de trabajo y los amigos se vigilan mutuamente, y la gente manifiesta sus frustraciones y resentimientos a través de las exiguas válvulas de escape que el régimen le ofrece y que también funcionan para purgar de manera regular el cuerpo social. Weil recrea cómo la planificada austeridad soviética se extiende al trabajo, sobre todo a la fábrica, núcleo representativo del comunismo fundado en una férrea disciplina laboral y política. Además de la jornada laboral, el obrero debe completar su día con horas de estudio doctrinario en las que repasa las obras abreviadas de Marx, Lenin y Stalin; el resultado de semejante día —y así lo sugiere la novela— es una extenuación física y mental que facilita los procesos de desindividuación y colectivización.

El segundo tema lo constituye precisamente la *disolución de la individualidad*, tópico principal de la obra donde se anticipa el eslogan del Estado totalitario en 1984: "la

guerra es la paz, la libertad es esclavitud y la ignorancia es la fuerza". "La guerra es la paz" se aprecia en la movilización permanente de la sociedad contra sus enemigos, especialmente el *enemigo interior*, lo cual se traduce en una constante maquinaria de acusaciones laborales entre obreros y encargados, sesiones de autocrítica forzadas y purgas dirigidas por tribunales escogidos maliciosamente en círculos cerrados que ya han dictado sentencia, todo ello fundado en la necesidad de la *vigilancia social*. El siguiente fragmento perteneciente a la instancia *acusatoria* (d. *verbal*) denuncia irónicamente esta práctica inquisitorial con motivo del asesinato de Kírov:

Moscú vivía en un estado febril, clamaba venganza y desenmascaraba a los enemigos: por todas partes había gente que en algún momento había pertenecido a la oposición, y ahora había que averiguar si habían participado, aunque fuera de lejos, en la conspiración. En todas las fábricas y en todos los organismos de la administración se celebraban asambleas, en las que los sospechosos debían confesar, permanecían de pie ante la airada multitud y hablaban. De su amor al país, de sus errores, de que nunca habían tenido nada que ver con la conspiración de Leningrado. ¿Pero se les podía creer? ¿Acaso podía creerse a nadie cuando los propios asesinos escribían elogios fúnebres de los asesinados, cuando ellos mismos pedían venganza y exigían los más duros castigos? ..." (*Op. Cit.*: 397).

Por su parte, "la libertad es la esclavitud" en cuanto que el ejercicio de la conciencia individual segregaba del colectivo, y eso conducía directamente al desprecio y la soledad; solo la asimilación a la masa concedía pequeños espacios de libertad artificial¹⁰². Finalmente, "la ignorancia es la fuerza" pues, en tanto que las masas más se ideologizan mediante la incesante propaganda, menos conciencia de la opresión poseen y, en

¹⁰² "Pero el próximo año ella [Ri] también marcharía en el desfile. Sí, el próximo año cantaría, desfilaría, gritaría, llevaría una pancarta. Y no estaría entre los desorganizados, estaría en el medio del desfile, pequeña, insignificante, Se perdería entre cientos de miles de personas como una mota de polvo, pero marcharía con ellos a la lucha y avanzaría hacia el territorio del futuro. quizá las piernas se le doblaran de cansancio, quizá se tuviera que parar en cada cruce de calles, pero el pelotón la arrastraría de nuevo, la llevaría a la plaza Roja, sin voluntad, abandonada a su propia suerte ..." (Weil, *Op. Cit.*: 154).

consecuencia, mayores fuerzas desarrollan para soportar los rigores de la cotidianidad socialista. Esto queda ilustrado en un fragmento propio de la instancia *informativa* (d. *verbal*), en el cual Weil *reporta* la movilización de masas organizada por el Partido con el fin de *exigir* castigo contra los asesinos de Kírov:

Cientos de miles de personas salieron a las calles para pedir venganza el día del funeral, en las banderas, en los carteles, en las pancartas se leía este eslogan: ‘te apresaremos, te destruiremos, te despedazaremos, te barreremos de la faz de la tierra’. Desfilaron los distritos de Moscú, silenciosa, sombríamente, como correspondía aquel día invernal, desfilaron las fábricas y los departamentos de la administración, en un cortejo interminable, se dirigieron a la plaza Roja, donde las cenizas de Kírov fueron depositadas en la pared del Kremlin, cerca del mausoleo de Lenin y de la tumba del alegre americano John Reed. Las pancartas clamaban venganza y la gente guardaba silencio, en la tribuna estaban los dirigentes del país y gritaban a la multitud. El gentío respondía con un bramido que retumbaba en el aire helado, le gente temblaba, quizá por la sed de venganza, quizá por el frío, sobre las torres del Kremlin los grajos volaban en círculos, hacía un día propio del invierno moscovita, y seguía llegando a la plaza más y más gente, los líderes estaban de pie en la tribuna, inmóviles, y miraban hacia abajo, a la negra corriente de la multitud, de una multitud que se movía silenciosamente, en las calles solo resonaban los pasos de aquel enorme gentío ...” (*Op. Cit.*: 395—396).

Esto sugiere que el fundamento utópico del socialismo dejaba su lugar a una realidad opresiva y extenuante, en donde el valor individual se diluía en el ácido de la supranormatización pública y privada. El Moscú de Weil no deja respirar, no da tregua: exige sacrificios, incomodidades, autocríticas y delaciones para seguir funcionando. Es la nueva Patria Grande, la Unión Soviética de Stalin que nuestro autor llegó a conocer tan bien. En este contexto, Jan Fischer es un hombre solo, desarmado, que habla otro idioma moral; su incompatibilidad con esa sociedad renueva el conflicto sin solución entre colectivismo e individualismo, este último planteado por Weil (comunista convencido, no lo olvidemos) no como egoísmo burgués, sino en el sentido del compromiso humanista

de los primeros revolucionarios, la *cohorte de hierro* que enfrentó la tortura, la cárcel, el anonimato y el desarraigo defendiendo la Causa.

Dicho estado de cosas se activa en la novela mediante el *motivo del Partido*, presentado como motor de una constante acción colectiva, de la eficiencia, la puntualidad estatutaria (que muy pocos cumplían) y la honra de unos valores socialistas que ya empezaban a verse desgastados merced a su sustitución por el rigor burocrático. Weil propone un Partido de dimensiones titánicas, un ente que aglutina toda la fuerza superior de la Revolución y que solo acepta en su seno a una élite capacitada para asumir la conducción de la Patria del Socialismo¹⁰³. Esta supuesta élite ungida tiene privilegios, pero al mismo tiempo está obligada a consagrarse por entero a los dictados incuestionables de ese ente cruel y arbitrario. Weil denuncia casi periodísticamente ese flagelo moral y político que asola a la militancia soviética a través del personaje de Fischer, quien también protagoniza el tema de la *traición al ideario revolucionario original* por parte de un sistema blindado con estruendo propagandístico. El siguiente fragmento de la instancia *acusatoria* (d. *verbal*), denuncia lo que ocurre en las asambleas de autocrítica, donde con frecuencia se apreciaba la *docilidad de los militantes* —un motivo de las *NE*—:

Fischer acude a las asambleas y vota. Ve lágrimas, oye gritos, ataques de histeria, peticiones de clemencia. Cada uno se comporta de manera diferente y pelea de manera diferente por su destino, por su vida, por su trabajo, por su amor y por su familia. Y todos son condenados por las manos alzadas. No importa que haya pruebas o no. Y, sin embargo, la gente lucha hasta el último momento y se esfuerza

¹⁰³ Sobre la grandeza del Partido: “Por todas partes [Ri] se encontraba con algún símbolo del partido o con el nombre de su líder, cuyos ojos de halcón la habían mirado durante el desfile de octubre desde aquella muchedumbre de cientos de miles de personas. El Partido guardaba la unidad de este mundo, enviaba a la gente a la batalla, los enseñaba a trabajar en la máquina y les instalaba economas. Estaba constituido por gente y al mismo tiempo estaba cerrado a la gente, era su guía el mismo tiempo se congregaba en reuniones a las que nadie tenía acceso. Todos sus miembros se diferenciaban en algo del resto de la gente, parecía que se les hubiera encargado una gran misión que les otorgaba una especial dignidad ...” (Weil, *Op. Cit.*: 212—213).

convulsivamente para convencer de su inocencia a los participantes en la asamblea. Quizá guardan aún una chispa de esperanza, quizá ocurra el milagro, que la gente los crea y vote en contra de la opinión del partorg [Organización del Partido]. O tal vez estas sean las reglas de la lucha: aun cuando esté todo perdido, hay que intentar salvarse. Otros se arrepienten, reconocen prácticamente todo, solo ofrecen otra explicación: no lo hicieron por odio a la República, sino por estupidez, incurrieron en errores por miopía política y se convirtieron en víctimas de los astutos traidores. ¡Apiadaos de estos tontos, de estas víctimas! ...” (Weil, *Op. Cit.*: 400—401).

Fischer responde al perfil de ese primitivo revolucionario cuyo pensamiento, como afirma Rubashov en *El cero y el infinito*, “estaba tan cargado de alta tensión que el menor contacto provocaba un cortocircuito mortal” (Koestler, 2014: 128). El protagonista se da cuenta de que el idealismo funcionaba en Checoslovaquia, donde la Causa requería arrojo forajido frente al *statu quo*; pero en la URSS, esa actitud *revolucionaria* ya se consideraba una antigualla inútil y, sobre todo, peligrosa: esa sociedad, colectivizada a martillazos por los Planes Quinquenales, requiere individuos asimilados dócilmente a un cuerpo social sano de empuje unidireccional, consciente de sus objetivos e incapaz de cuestionar al genio que guía el timón. He aquí al *hombre nuevo*, un sujeto de espíritu y mente colectivos, incapaz de hacer otra Revolución porque fue despojado de los atributos necesarios para ello. En este fragmento de la instancia *reflexiva* (d. *verbal*), la voz narrativa medita sobre lo que esta URSS de Stalin le exigía a la militancia que residía en ella:

En Checoslovaquia era diferente, todo surgía de la aversión y era como una llamada, como un guante lanzado en señal de desafío. Allí Fischer había renunciado a todo con facilidad, era una burla y una buena diversión. Las posibilidades estaban al alcance de la mano, y la valentía se encontraba precisamente en aquella burla y aquel desdén. ¿Pero en Moscú? Siempre nos quedará Moscú, decían los presos en los campos de concentración europeos. Siempre nos quedará Moscú, cuando todo esté perdido, cuando la batalla está perdida y no quede otra cosa que la guillotina [...]. Era necesario darse cuenta, era necesario meterse en la cabeza que no había descanso tras la lucha. Era preciso saber que también aquí se estaba librando una

lucha, implacable y despiadada, todos los días, cada minuto, cada segundo, pero esta lucha tenía sus reglas, que sólo podía conocer quién estaba sometido a ellas ... (Weil, *Op. Cit.*: 245).

Así, la soledad moral de Fischer denuncia la extirpación del gen idealista en el nuevo ciudadano soviético¹⁰⁴ y su sustitución por un programa de obediencia, irreflexión y crueldad que absorbe la propaganda oficial sin defensas intelectuales, convirtiéndolo en víctima de la *condena inexorable* que el sistema ha impuesto sobre la militancia y el pueblo en general.

Al recrearse casi enteramente en 1934, *Moscú-Frontera* no aborda de manera tan directa las purgas de 1935-1938, aunque sí recrea el clima de persecución en las instancias públicas mediante las sesiones de autocrítica, donde los miembros del Partido como Fischer debían recontar sus errores y cumplir el correspondiente castigo¹⁰⁵; sin embargo, con el asesinato de Kírov hacia el final de la novela, se desencadenan las primeras pesquisas contra los militantes veteranos anticipando la situación que vendría luego. En este punto, la obra permite vislumbrar el tema de la *aniquilación a la vieja guardia revolucionaria* gracias al *motivo del interrogatorio-confesión*, el cual genera dos niveles: el primero se establece en el contexto de las ya mencionadas sesiones de autocrítica, instrumento orientado a purificar la militancia partidista mediante una contrición similar

¹⁰⁴ Pensemos en *Nosotros* de Evgueni Zamiatin, donde el Estado totalitario extirpaba la imaginación mediante una intervención quirúrgica obligatoria.

¹⁰⁵ Sobre las purgas en las asambleas de autocrítica del Partido: “Ri sabía por Misha que antes de la purga la comisión conseguía información exacta sobre la gente y reconstruía su biografía y ello no solo a través de formularios, sino también por otras fuentes que sólo la comisión conocía. Después la comisión controlaba minuciosamente si el miembro del partido decía la verdad, porque estaba perfectamente informada sobre él. Y como el miembro del partido lo sabía, comenzaba una lucha entre él y la comisión: tenía que decir la verdad, pero la verdad se podía decir de muchas maneras, todo dependía de cómo se razonaran las cosas y del careo con la comisión. Y después el presidente preguntaba por la opinión de los presentes, y cualquiera de los presentes podía tomar la palabra para alabar o denostar al purgado. Y si el caso aún no estaba claro, se preguntaba al *partorg* [Organización del Partido], al director o a cualquiera de los compañeros de trabajo. El purgado tenía derecho a defenderse, pero no servía de nada andarse con artimañas ni circunloquios, la comisión actuaba directamente y sin rodeos. Todo esto lo sabía Ri por Misha, Marusia y Robert ...” (Weil, *Op. Cit.*: 220).

al sacramento católico de la confesión¹⁰⁶. Así, es en el terreno tortuoso de las autocríticas donde Jan Fischer recibe los peores ataques hacia su fe comunista, acrecentando en él la decepción hacia el sistema y las ganas de renunciar, pero nunca de rebelarse, una actitud que ejemplifica el *motivo* de la docilidad militante ante las purgas: sin ser tan veterano como Herzog, Fischer posee ya una trayectoria dentro del Partido que le impide contradecir u oponerse a su vocación totalitaria; se somete sin resistencia al juicio y acata el castigo impuesto¹⁰⁷. El segundo nivel de los interrogatorios se genera con el asesinato de Kírov, que desata la consabida ola de acusaciones y arrestos desde Leningrado hacia toda la URSS. Weil no desarrolla específicamente este segundo nivel en un personaje, sino que lo emplea como elemento contextualizador para describir de manera *reporteril* el clima social soviético, según se aprecia en este irónico fragmento *informativo* (d. *verbal*):

Alguien había matado a Kírov por motivos políticos en Leningrado. Moscú se había quedado estupefacto, de su estación había salido un tren especial para traer su cuerpo. Sin embargo, antes de que el cuerpo de Kírov llegara a su destino, ya corría la nueva noticia de boca en boca. Leningrado, sí, todo el mundo sabía lo que era Leningrado, el bastión de la oposición izquierdista de Zinóviev, que Kírov había aplastado, el último refugio de los enemigos de la desaceleración de la colectivización, la izquierda de Leningrado, en cuyas manos había llegado a estar

¹⁰⁶ Robert le explica a Ri “(...) minuciosamente qué era una purga, qué importante significación tenía para todo el país, le dijo que la obligación de todos los que no estaban en el partido era acudir a las purgas y formular sus reparos contra los miembros del partido que no cumplían con sus obligaciones. Y acto seguido enumeró la literatura que Ri debía leer, especialmente textos de Lenin y Stalin, el discurso de Knorin en la inauguración de la purga de la organización de Moscú y otros manuales de divulgación ...” (Weil, *Op. Cit.*: 216).

¹⁰⁷ “Jan no puede evitar sentir cansancio, decirse a veces que su vida es gris, impersonal e insignificante. Quizá su trabajo tenga sentido. Es necesario creerlo, aunque solo produzca letras y líneas. Si un obrero produce una rueda dentada, contribuye al desarrollo de las fuerzas económicas del país. Si un trabajador de un *koljós* recoge la cosecha con una cosechadora, el país tendrá más pan. ¿Pero las letras y las líneas en un idioma extranjero? Y las asambleas, los círculos, el trabajo social, el periódico mural, el trabajo en el club, quizá todo ello tenga un significado, seguro que lo tiene, solo que cuando uno realiza un trabajo, quiere ver también sus resultados. No se le puede despachar con alguna frase bonita, cuando es él precisamente quien se inventa estas frases para ofrecérselas a los demás, necesita pruebas materiales, porque quiere vivir y trabajar como un hombre, no puede contentarse con la doctrina teórica. Trabajo hay, demasiado trabajo, lo que no hay es el gusto por el trabajo. Por supuesto, la culpa es de Fischer, no es el que debería ser, en la purga se lo dijeron correctamente. No le queda otro remedio que reconocer su culpa y someterse. Y aun esto no es suficiente ...” (Weil, *Op. Cit.*: 256—257).

en su tiempo el diario *Leningradskaya Pravda*. Pero desde entonces había pasado mucho tiempo. ¡Quién se acordaba hoy de la izquierda de Leningrado! Como mucho en alguna purga, cuando alguien se arrepentía: “—Sí, pertenecí a la oposición, pero hace tiempo que comprendí mi equivocación y reconocí mis errores. ¿Cómo podría disentir de un Partido que va de victoria en victoria? ¿Cómo podría desconfiar de su línea general, cuando todos los obstáculos han sido vencidos y el plan quinquenal ha triunfado ante los ojos de todo el mundo? ...” (Weil, *Op. Cit.*: 393—394).

Como personaje *mártir*, Fischer ha padecido los recursos del régimen para controlar al cuerpo social y purgarlo de elementos infecciosos; tiene sobre sí a jefes, supervisores y compañeros de trabajo (Finkelbruch, Vrba) que detectan en él su divorcio espontáneo del sistema, por lo que le acusan de burgués, intelectual, individualista... buscan su caída asegurando que su trabajo como traductor es mediocre... y en realidad lo es: su fe se ha quebrantado y eso resulta indisimulable en una sociedad *transparente* donde todos se vigilan¹⁰⁸. El héroe ha quedado desamparado, a merced de oportunistas que colaboran cazando traidores en una sociedad ya evadida irremediablemente de su *civilidad*.

La dimensión problematizada de Fischer contrasta con la de tres personajes modelo, Ri, Robert y Rudolf Herzog. Ri funciona como un *personaje tesis* que expone los mecanismos necesarios para transformar ideológicamente al individuo y asimilarlo al colectivo. Las motivaciones sentimentales de Ri respecto a Robert, junto con la irresistible presión del medio, la transforman en prototipo de la *nueva mujer* soviética: obrera de fábrica, estudiante de marxismo-leninismo y activista en movilizaciones oficialistas¹⁰⁹. Enfrente, se posicionan Robert y Herzog como *personajes ideológicos*,

¹⁰⁸ “—Abandono —dijo Fischer—, no voy a luchar. Voy a pedir que me dejen marcharme del trabajo. Diré que no sé hacerlo y que quiero volver a casa. Y si no me dejan marcharme, solicitaré otro puesto o una beca para estudiar. Estoy cansado, tengo demasiado trabajo y no puedo prestar atención a los pasos que doy, no puedo estar continuamente en guardia, no puedo soportarlo. De todos modos, Finkelbruch acabará al final atrapándose. ¿Acaso es tan difícil? Y mirando las cosas fríamente, Finkelbruch tiene en parte razón, soy un burgués, y me han traicionado los nervios, si no lo fuera, sería capaz de hablar con Finkelbruch de otra manera ...” (Weil, *Op. Cit.*: 302).

¹⁰⁹ “Ri marcha ahora por este país, hace tiempo que ya ha adelantado a Fischer, pronto le dejará completamente atrás, ya ahora lo abandona para acudir a las asambleas de la fábrica, para cuidar a los hijos

aunque con perfiles diferentes. Robert es un ingeniero extranjero de convicciones socialistas ortodoxas, consagrado a la construcción de la URSS según la ha concebido Stalin. Irreductible y eficiente, Robert representa el *positivo* de Fischer: cree que es posible —y necesario— enmendar los errores de este sistema inmerso en una transformación social sin precedentes. Robert representa la mentalidad de millones de comunistas del mundo en los años 30, quienes veían en la Unión Soviética la edificación material de un futuro superior que experimentaría sacrificios y errores, todos justificados por la envergadura histórica de aquella causa. Robert resulta tan abnegado que descuida su relación con Ri y le concede espacio para un romance sin mayores consecuencias; él es el *príncipe socialista* total que evidencia aún más el desarraigo moral e ideológico de Fischer.

Por su parte, Rudolf Herzog es el militante que toda revolución desearía tener: inteligente, abnegado, íntegro, disciplinado, con gran capacidad organizativa y, por encima de todo, un humanista resistente a las iniquidades del sistema, las cuales achaca al áspero camino que transita la evolución del socialismo en la URSS. Para este rumano de perfil monástico ni la cárcel, el anonimato o las privaciones han generado la más mínima duda respecto a la infalibilidad del Partido, lo que le convierte en un personaje *ideológico* modelo. A pesar de su fe ciega, Herzog carece de la crueldad propia del adepto fanático y, por el contrario, despliega una solidaridad activa hacia todas las víctimas que va dejando a su paso la burocracia del régimen. Weil recrea en Herzog al revolucionario utopista de los primeros tiempos, convencido de que el socialismo debe procurar la mayor felicidad a la humanidad deslastrándola del egoísmo; él representa al ideal del buen

de los exiliados. Ri ya está unida a este país, mientras que Fischer aún sigue buscando en él su camino ...” (Weil, *Op. Cit.*:340).

comunista, un modelo que el propio autor conoció y admiró tal como se trasluce en este fragmento *reflexivo* (d. *verbal*):

Este era el camino del que hablaba Herzog, el camino de la sangre y el sacrificio. La gente unida por este camino era invencible [...] La sangre nunca era en balde, como lo eran las actas guardadas en el registro, las cédulas con diez aprobaciones. Se filtraba en la tierra, la gente moría, otros ocupaban su lugar ...” (Weil, *Op. Cit.*: 318).

Herzog impacta y ayuda a Fischer, quien en medio de su soledad solo recibe la guía de este *mag* socialista que lo aconseja y reprende cuando lo ve flaquear en su fe hacia un Partido que necesita de sus miembros un compromiso disciplinario superior a las debilidades personales: “¿Escapar? ¿Abandonar? ¡Una cobardía! ¡Una canallada! ¿Quién te colocó en este puesto? El Partido. ¿Traicionar al Partido, que ha confiado en ti, que te ha enviado aquí? ...” (*Op. Cit.*: 303). A pesar de todo, Herzog siente plena confianza en la pureza socialista de Fischer, y por eso lo defiende de enemigos como Finkelbruch y Vrba, al tiempo que lo impele a mejorar su desempeño laboral hasta hacerlo impecable y, finalmente, a aceptar las más peligrosas e ingratas misiones en nombre de la Causa. Sin duda, en la mentalidad de Herzog se refleja la del propio Weil.

Un apretón de manos. Un apretón fuerte de amigo. Hay en él agradecimiento, y confianza, y esperanza. Con él se estrecha el vínculo más elevado, con él el pobre e insignificante Fischer es ascendido al ejército de los luchadores, con él termina la cobardía y comienza el valor ... (*Op. Cit.*: 377).

3.3 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN *MEDIANOCHE EN EL SIGLO*

Al explorar la dimensión *enunciativa* en las obras de Victor Serge nos encontramos que su mentalidad revolucionaria fue evolucionando mientras comprobaba la enorme distancia existente entre los ideales y la *realpolitik* y, consecuentemente, descubría el gran abanico de atrocidades que pueden cometerse en nombre de una causa emancipadora. En efecto, el pensamiento de Serge transitó desde el anarquismo —cuya influencia libertaria nunca perdió— hacia ámbitos más pragmáticos del bolchevismo, cuyo objetivo de tomar el poder para transformar la sociedad admiraba en detrimento del utopismo anarcosindicalista. No obstante, ya desde los años 20 y, sobre todo, durante el estalinismo, Serge advirtió que la violencia política era inherente a la revolución debido a su naturaleza intransigente y radical, una idea ante la cual se rebeló condenando la aparentemente inevitable paradoja de cristalizar los más altos ideales del socialismo mediante crueles métodos de aniquilación. Así, dos nociones se le vuelven obsesivas: la verdad y la justicia. Con la primera comprende que la traición al ideario de Octubre ya se fraguaba en vida de Lenin, mientras que su adhesión trotskista le ayudaba a concluir que Stalin fue sencillamente el culmen de dicha subversión¹¹⁰. Esta búsqueda de la verdad detrás de las purgas y el gulag se manifiesta nítida en la actitud moral de los *cinco de Chernóé*, para quienes la justicia torna en inevitable *síntesis* al diagnóstico de la enfermedad: se impone defenestrar a los traidores a través de una nueva revolución que reverdezca los ideales de Octubre, algo solo posible despertando la consciencia proletaria del letargo al que el

¹¹⁰ Lo cual, como mencionamos en el capítulo anterior, no evitó que Serge le imputara al propio trotskismo su cuota de responsabilidad en la decadencia revolucionaria, valiéndole esto el repudio del propio Trotski y sus adeptos.

régimen estaliniano le ha sometido. Pero eso lo logrará una generación por venir, ingenua y pura como la moral de Kostia en *El caso Tuláyev*.

En su dimensión *sintáctica*, *Medianoche...* fundamenta su esquema poético en la dialéctica marxista: la *tesis* está signada por el poder estalinista, usurpador y enterrador de la Revolución, encarnado a su vez en los personajes que detentan funciones comisariales como el comandante que interroga por primera vez a Kostrov (a quien Serge le *niega* un nombre para denotar su mediocridad), Fedossenko o el mismísimo Stalin, recreado literariamente junto a algunos de sus más conspicuos adláteres —Yagoda, Voroshílov¹¹¹ y Mólotov¹¹²— dirigiendo la nave totalitaria. La *antítesis* la representan los opositores confinados en Chernóé —Varvara, Avelii, Ryjik, Rodión, Elkin y el propio Kostrov—, auténticos *cerebros* bolcheviques adeptos al prohibido trotskismo, mientras que la *síntesis* queda expresada en la idea de la necesaria *revolución dentro de la Revolución*, única vía para restaurar el socialismo. A diferencia de las *tesis* y *antítesis*, esta *síntesis* no constituye un hecho, sino una conclusión lógica a la que llegan los *cinco de Chernóé*, quienes apelan al movimiento de la Historia para abrigar esperanzas respecto a la formación de una nueva consciencia revolucionaria que, como en tiempos del Zar Nicolás II, reconozca la necesidad de subvertir la tiranía estaliniana refundando el *enfermo* Partido Comunista y formando una verdadera consciencia de clase en el pueblo, el sector más maltratado según lo refleja Serge en la novela al recrear escenas de humildes pobladores peleándose mezquinamente por exiguas raciones de pan. Así, la alternancia polifónica de *Medianoche...* enfoca la tiranía del régimen y la deliberación plural y

¹¹¹ Kliment Voroshílov (1881—1969): Fue un político y militar que ostentó diversas funciones dentro del gobierno soviético entre 1925 y 1960. Para la época en que está ambientada *Medianoche...* (alrededor de 1935—36), Voroshílov fungía como Comisario del Pueblo de Defensa de la Unión Soviética.

¹¹² Viacheslav Mólotov (1890—1986): Destacado militante y político soviético protegido de Stalin. Es famoso por firmar el pacto de no agresión entre la Alemania nazi y la URSS en 1939 (Tratado Ribbentrop—Mólotov). Durante el contexto de *Medianoche...*, Mólotov se desempeña como Presidente del Consejo de Comisarios de la Unión Soviética.

singularizada de cada miembro de Chernóé; ellos representan el gabinete de crisis en un *Kremlin paralelo*, y como cerebros revolucionarios activos se han comprometido a reencontrar el retorno al leninismo¹¹³. Este mecanismo poético hace de *Medianoche...* un texto eminentemente *político*, determinado por la exposición constante de teorías y argumentaciones políticas que motorizan la evolución de toda la narrativa, desde las motivaciones y relaciones entre personajes hasta los giros de la trama. Sin embargo, esto no menoscaba la bien diseñada peculiaridad psicológica y elocutiva de los caracteres que, según el plan de Serge, contrasta con la solidez totalitaria de los personajes del régimen. La armónica pluralidad —y a veces, disidencia— de los *cinco de Chernóé* dota a la obra de un sentido *coral* que alega claramente en favor de la *solidaridad* y la *libertad*, claves en el triunfo de la Revolución de Octubre y amalgama necesaria para rescatar al socialismo. Aquí se evidencia la condición *urgente* de *Medianoche...* como texto fraguado en el horno de la experiencia; Serge tenía un gran interés —y acaso, necesidad— de volcar literariamente sus recientes vivencias, por lo que esta novela, escrita durante los Procesos de Moscú, fue pensada ante todo como una alarmante denuncia dirigida a la militancia comunista occidental sobre la grave crisis moral, ideológica y jurídica que vivía la URSS. Serge creía necesario que la izquierda internacional declinara sus divisiones facciosas y comprendiera la condición totalitaria de la realidad soviética. En el siguiente fragmento *reflexivo* (d. *verbal*), Varvara plantea concisamente el fundamento de la crisis, que era tal solo para quienes, como Serge, compartían una visión entonces ya proscrita por el Partido:

¹¹³ “En sus *Memorias*, Serge relata: “Como la GPU había reunido en Orenburg (sin duda para montar un día un ‘asunto’) a media docena de deportados de la oposición de izquierda y a algunos jóvenes simpatizantes, formábamos una verdadera familia. Eran hombres y mujeres de una calidad verdaderamente admirable. En mi novela *S’il est minuit dans le siècle* [*Si es medianoche en el siglo*], me esforcé en restituir la atmósfera espiritual de la deportación. Desde hacía años, pasando de cárcel en cárcel y de exilio en exilio, acosados por las privaciones, sin otra perspectiva que la cárcel y la deportación, aquellos camaradas conservaban su fe revolucionaria, su buen humor, su viva inteligencia política ...” (Serge, 2011: 371).

La revolución revela una cara falsa que ya no es la suya. Se refuta a sí misma, se niega, nos quiebra, nos mata. Lo ves, ¿pero puedes creerlo? Nos sentíamos infaliblemente victoriosos ¿Dónde está el error? Todo cuanto amábamos no es ya sino apariencia execrable. Exijo que se sopesen la tesis y la antítesis, que se revise cada palabra. Cuidaos mucho de desconocer La dictadura del proletariado, aunque esté enferma, aunque pierda la cabeza, aunque sea inicua ... (Serge, 2016: 85).

Vale mencionar que este cuestionamiento es el mismo que plantea Rubashov en *El cero y el infinito*, respecto a la desgracia histórica que supone el rumbo totalitario de una revolución cuya victoria había despertado esperanzas libertarias entre el pueblo ruso y el de otras latitudes. Si el Partido era el sumo intérprete de la Historia y había deducido las conclusiones correctas, entonces, ¿dónde estaba el error?

Respecto a su dimensión *semántica*, *Medianoche...* se configura principalmente desde el tema de la *traición al ideario revolucionario original*, mediante la persecución que la tiranía estalinista emprende contra todos los socialistas de vocación libertaria, ya sean viejos o jóvenes. En este sentido, la novela supera la propuesta de *El cero...* o incluso de la propia *El caso Tuláyev* para acercarse más a obras como *Moscú—Frontera* y *Sofía Petrovna*, en cuanto a que la juventud más puramente bolchevique, henchida de valores socialistas originales pese a criarse durante el estalinismo, resulta sacrificada en favor del sistema tecnoburocrático y policial imperante. Rodión, Avelii y Varvara, al igual que Jan Fischer o Kolia (hijo de Sofía Petrovna), representan la nueva energía intelectual y moral que renovarían a la primera República del Trabajo, lo que les convierte en objetivo directo de las purgas. En *Medianoche...* nos encontramos nuevamente con la *dialéctica artificial* de Isaiah Berlin: la *antítesis* genuina, es decir, la fuerza que representa la unión entre veteranos y noveles de ideales bolcheviques —Ryjik, Varvara, Rodión— resulta cercenada para evitar su desarrollo e inevitable enfrentamiento contra el régimen y, consecuentemente, el surgimiento de una *síntesis* revolucionaria que Stalin necesitaba

evitar a toda costa. Esta alteración del esquema dialéctico invoca al tema de la *condena inexorable*, pues en la consciencia de todos los presos políticos queda claro el objeto de su persecución: desactivar para siempre los *cerebros* que aún piensan en una democracia popular permanente y dinámica. Esto queda patente en las palabras de Kostrov a Rodión con las cuales Serge *denuncia* (d. *verbal*) las intenciones del régimen contra la disidencia:

¡Ellos [el régimen] no pueden permitir que sigamos vivos! Esto no puede seguir... Nosotros somos el nuevo Partido, incluso si no nos atrevemos a desearlo. Ellos lo saben mejor que nosotros. Ellos tienen que hacer que nos pudramos en las prisiones. Cuando ya hayan comprendido perfectamente lo que hacen, empezarán a fusilar. A todos, te lo digo yo. Será el terror total. ¿Cómo pueden dejar que vivamos? ... (Serge, 2016: 183).

En realidad, ya Stalin tenía prevista la *razia*, pero su cálculo dialéctico lo hacía actuar por etapas para evitar desajustes dentro y fuera del Partido, un ente que debía *renovarse* según el plan político del líder y no *regenerarse* de forma dialéctica como se suponía debía ocurrir. Esto se evidencia con la actitud del propio personaje de Stalin, por primera vez *fictionalizado* nítidamente en *Medianoche...*¹¹⁴ donde se presenta como un *motivo* generador de decisiones y acciones contra los personajes disidentes. El Stalin de Serge es un jefe maquiavélico que va calculando constantemente sus tácticas según se presentan las circunstancias, y las ejecuta mediante un círculo cerrado de colaboradores en quienes confía a medias y sobre los que siempre proyecta una hipotética supresión. Esto lo vemos en el Capítulo IV titulado *Las directrices*, donde se recrea una reunión entre Stalin, Voroshílov, Mólotov y Yagoda con miras a tomar decisiones sobre la disidencia de derecha e izquierda encarcelada:

¹¹⁴ Se considera a *Medianoche en el siglo* la primera obra de ficción donde aparece Stalin explícitamente como un *personaje*.

El secretario general ha captado perfectamente el sentido de este ilustrativo coloquio, sostenido a media voz entre el jefe del ejército [Voroshílov] y el jefe de la diplomacia [Mólotov] Seguid, seguid con vuestros pequeños ataques, camaradas, ya veremos si de aquí a dieciocho meses no os he deslomado o no os he dejado más suaves que el caucho sintético... Volviese despaciosamente en un giro de tres cuartos, adelantando la pipa, plantada entre sus dientes, hacia el camarada Yagoda [...] y dijo, de forma que se le oyese bien: “Heinrich Grigoriévich, se aproxima la conferencia. La derecha y la izquierda van a revolverse por los rincones. ¡Encierre, eh, enciérremelos bien! E infórmeme de todo ... (Serge, 2016: 196).

En tal sentido, la novela propone que el *Comité Central de Chernóé* conoce los planes del régimen para acabar con la disidencia utilizando al Partido a discreción. De ello se deduce, a su vez, la necesidad de una nueva revolución restauradora como consecuencia lógica de la Historia, lo cual pasa, necesariamente, por la *regeneración* del Partido que Stalin procura evitar. Esto introduce el importante *motivo* del *Partido* como un órgano enfermo y divorciado de la realidad proletaria, que debe refundarse sobre los cimientos del ideario de Octubre para así generar un liderazgo inspirado en Lenin y Trotski. En el siguiente fragmento *reflexivo* (dimensión *verbal*), Rodión le manifiesta a Varvara esta necesidad urgente:

No olvides nunca que nosotros somos la fracción viva del Partido... tal vez no llegase a decirlo, pero fue como si lo hiciera. Rodión anudó las manos sobre sus rodillas y sus ojos vagaron por remotas oscuridades [...] Los carceleros y los reos somos miembros de un mismo partido: el único, el de la Revolución; ellos lo degradan, lo conducen a la perdición y nosotros resistimos para salvarlo a pesar de ellos. Solo podemos apelar contra ese Partido enfermo, regido por una corte de arribistas corruptos, al Partido sano... ¿Pero, dónde está, dónde? ¿Quién es? ¿Y si acaso estuviera fuera del Partido? El verdadero Partido de los trabajadores, fuera del Partido, pero, ¿es eso posible? Somos la fracción perseguida, fiel a sus perseguidores, porque ella es la única que aún es fiel al gran Partido cuyas banderas han robado los que hoy lo traicionan [...] Es al Partido al que hay que curar a cualquier precio. Poco importa que nos pisotee con tal de que pueda resucitar mañana ... (Serge, 2016: 228-229).

Así, Serge proyecta su fidelidad al Partido a través de los personajes de Chernóé, quienes aún se consideran sus *miembros* aunque compartan esa condición con los

traidores que subvierten su sentido ético e histórico; de allí la necesidad de refundar el Partido para que vuelva a crecer como un órgano sano capaz de liderar la *revolución dentro de la Revolución*, un tópico propio de esta novela vinculado estrechamente al tema de la *pedagogía del padecimiento*, expresado en el texto mediante descripciones que retratan el maltrato al proletariado y las conclusiones que al respecto formulan los *cinco de Chernooé*. En el texto se relatan con detalle los mecanismos empleados por el régimen para moldear física y mentalmente al pueblo: escasez alimentaria, rígida disciplina social y, en general, una vida rigurosa y amarga, desprovista de bienes e incentivos y prescrita como sacrificio necesario en pro de un esplendoroso futuro de fecha incierta¹¹⁵; detrás de esto se halla la noción totalitaria de *reingeniería social* con la que se logra automatizar las dinámicas de las masas dentro de un círculo social de fuerte coerción colectiva. Serge refuerza el esquema novelesco con varios cuadros ilustrativos de la opresión extrema que el sistema ejerce sobre la población, lo cual le sirve al círculo de Chernooé como *argumento científico* para concluir la necesidad de formar un nuevo movimiento revolucionario desde la base, es decir, en la clandestinidad de las cárceles y en la conciencia individual de cada trabajador. En el siguiente fragmento *informativo* (d. *verbal*), se describe un cuadro de la miseria que atenaza al pueblo de la remota Chernooé:

Una vez más, la cuadragésima en los últimos cien días, Varvara vio irrumpir la miseria. La puerta era estrecha y la gente entraba a empujones, estrujándose delante de las dos ventanas enrejadas a cuyo través se movían sombras presurosas. Ya entraban las primeras, aglutinadas unas a otras, formando un amasijo de seres informes de donde emergían las cabezas inclinadas de las ancianas, siempre las mismas, esperando allí desde el alba, encorvadas, claudicantes, nudosas y angulosas

¹¹⁵ Un comentario de Serge en sus *Memorias* puede ilustrar el origen de esta *pedagogía del sufrimiento*: “Nuestra miseria soviética, nuestro sumario igualitarismo (con sus mediocres privilegios para los gobernantes), nuestra ardiente voluntad creadora, nuestro desinterés de revolucionarios, en contraste con el feroz cada—uno—para—sí de la especulación, el lujo arrogante y estúpido de los ricos y el despojo vergonzoso de las masas hacían perdonar fácilmente a la revolución su dureza rectilínea, sus errores, sus costumbres espartanas. Realizábamos en aquel mundo burgués en descomposición una cura de confianza ...” (Serge, 2011: 204-205).

bajo sus toquillas indistintas y sus pañuelos negros, con caras de moho, de tisis, de hambre sin fin, de astucia desesperada, con ojos lagrimeantes y taimados bordeados de un hilillo de carne rosácea, mendigas terribles que no pedían limosna, ávidas pero resignadas, entornando a medias los párpados para vigilar así las oscilaciones de la aguja del peso, espetando a veces, por una boca que era como una topera, palabras secas: '¡No llega al peso, ciudadana!'. Entonces Varvara comprobaba y resultaba que sí que estaba todo el peso; la deportada y la hambrienta se miraban entonces de hito en hito, como enemigas. Para cada una de ellas había que hacer tres comprobaciones en la penumbra, en medio del ruido y del olor del centeno fermentado: la cartilla gris que había que ir recortando, el cupón con el número del día que había que echar en una caja (para volver a contarlos por la noche, sin perder ni uno solo de aquellos cuadraditos de un centímetro que representaban una libra de pan, una ración humana, el bien del Estado, la salvación de una criatura) ... (Serge, 2016: 165).

De forma similar a como lo hará años después en *El caso Tuláyev*, Serge propone en *Medianoche...* el tema de la *justicia libertaria* como piedra angular de la ética socialista. Dicha justicia debe emanar directamente de la conciencia proletaria y ascender hasta consolidarse como modo y ejercicio del buen gobierno bolchevique; así, la *justicia libertaria* se reflejará materialmente en el bienestar del pueblo, el final de la represión, la acción política directa de obreros y campesinos y el desarrollo de *cerebros* que repliquen el programa bolchevique original de 1917. De hecho, es el carácter *bolchevique* lo que aglutina a personajes tan disímiles como Varvara, Rodión, Avelii, Elkin y Ryjik: cada uno representa un *cerebro* revolucionario autónomo que persigue objetivos de justicia y humanidad desarrollando una conciencia socialista que expresa el ideal del propio Serge. En *Medianoche...* son frecuentes las alusiones a ideas trotskistas y al programa original bolchevique —alineados estos con principios libertarios— cuya claridad funge como oráculo profundo que ilumina ideológicamente la comprensión de la realidad cuando esta se torna más sombría; según lo propone Serge, ello permitirá que la Revolución se mantenga viva, pues mientras existan muchos *Comités Centrales paralelos* como el de Chernó que acudan a ese oráculo, la dialéctica seguirá fluyendo conforme a las leyes de la Historia. Así, el tópico de la *justicia libertaria* busca contrarrestar a la *disolución de la*

individualidad que persigue el sistema estaliniano y cuyo mayor obstáculo lo representan todos los disidentes soviéticos encarcelados en CAOS y deportados a Chernóé, *individuos* empeñados en refutar una línea partidista arbitraria y combatir la falaz propaganda oficial. Frente a esto, los *cinco de Chernóé* proponen un necesario socialismo humano mediante la individuación del pensamiento y la creatividad sin riesgos represivos; si la Historia siempre está en movimiento, ¿cómo pueden detenerse o reprimirse los *cerebros* que aspiran a la libertad? Stalin lo intenta con la muerte física de esos *cerebros*, y el círculo de Chernóé intenta evitarlo. Así, En el siguiente fragmento *reflexivo* (d. *verbal*), Ryjik le explica agudamente a Elkin la naturaleza del régimen estalinista:

Ellos saben lo que somos nosotros y lo que son ellos... no existe gente más práctica, más cínica, más propensa a resolverlo todo con el asesinato que Los plebeyos privilegiados que emergen al final de las revoluciones, cuando ya se ha endurecido la lava por encima del fuego, cuando la revolución de todos se convierte en contrarrevolución de unos pocos contra todos. Eso forma una nueva pequeña burguesía de largos colmillos que ignora el significado de la palabra conciencia, se burla de cuanto ignoran, vive sobre muelles y eslóganes Igualmente acerados, sabe perfectamente que nos ha robado las viejas banderas... Es feroz e innoble. Nosotros fuimos implacables a la hora de transformar el mundo, ellos lo serán a la de conservar su botín. Nosotros lo dábamos todo al incierto porvenir, incluso lo que no teníamos, la sangre de los otros junto con la nuestra. Ellos dicen que todo se ha cumplido para que no les exijan nada; y, para ellos, ciertamente, todo se ha cumplido, puesto que lo tienen todo. Serán inhumanos por pura cobardía ... (Serge, 2016: 221).

La muerte física de *cerebros* revolucionarios incluye, por supuesto, la *aniquilación de la vieja guardia*, un motivo que en *Medianoche...* se prefigura pero no se ejecuta plenamente, al ambientarse justo en los meses previos al Gran Terror. No obstante, las purgas a los veteranos ya han comenzado, y cuatro personajes las sufren: Kostrov, quien esperaba el arresto hacía tiempo; Varvara, deportada a Chernóé y luego encarcelada; Elkin, antiguo comisario de la Cheká y el viejo Ryjik, veterano de la Guerra Civil y

enemigo declarado de Stalin. A su vez, esta persecución abre paso al *motivo* del *interrogatorio—confesión*, siendo interpelados los *cinco de Chernóé* más Kostrov, a quien interrogan por partida doble: primero cuando está en la prisión de CAOS, donde termina firmando su confesión de cargos falsos sin apenas resistencia ejemplificando perfectamente el motivo de la *docilidad de los veteranos purgados*:

Al día siguiente pidió papel para escribir al Comité Central y, una vez más, hizo acto de sumisión. Todas las palabras precisas figuraban: la construcción del socialismo, la sabiduría del C.C. [Comité Central], lo acertado de sus tácticas, la renuncia a los errores debidos a la incomprensión, a la mentalidad pequeñoburguesa, a la contrarrevolucionaria influencia de unos ex camaradas que en la actualidad ya habían sido desautorizados y ridiculizados. Escribía todo aquello con los rasgos tensos, aplastada la boca en una mueca crispada, maligna y despectiva a la vez. Cuando acabó, tragó saliva, esbozó una sonrisa que se volvió bostezo y se oyó decir en voz alta: “¡Anda, canalla!” Entreabrióse la chivata... “está prohibido hablarse en voz alta, ciudadano.” A lo que Kostrov repuso con cierto énfasis: “He aquí mi carta al C.C., ciudadano ...” (Serge, 2016: 56).

Más tarde, ya en Chernóé, Kostrov es interrogado por Fedossenko, empeñado en extraerle una confesión completa que denuncie el complot de sus compañeros confinados, plan que se trunca debido al inesperado giro de la trama cuando Rodión pide voluntariamente confesar que él mismo ha orquestado toda la conspiración de izquierda:

“¿Tiene usted alguna declaración que hacer?” Claro que sí. Con las manos en los bolsillos, Rodión puntualizó que, de hacerla, sería por escrito. En sustancia, asumía toda la responsabilidad... “¿De qué?”, preguntó Fedossenko. “De todo. Yo soy el que ha hecho todo... ¡Lo confieso!” “Todo ¿qué?” “El de las tesis soy yo. Yo era el que recibía las informaciones. Yo era el enlace con... no diré con quién. No había grupo, sólo estaba yo, yo era el organizador. No diré nada más...” “¡Pero tú estás loco, chiquillo!” Estuvo a punto de declarar Fedossenko, desconcertado. En sus músculos ya estaba naciendo la ira. La declaración de Kostrov, que tanto trabajo había costado, sólo acusaba de forma explícita a Rodión y ahora resultaba que Rodión confesaba. Ya solo quedaba un ridículo “asunto Rodión”; se estaban burlando de él. En un abrir y cerrar de ojos, mintiéndole en su propia cara, aquel muchachito vaciaba por completo el impecable expediente. [...] “¿Por qué mientes, hijo de perra?” —bramó Fedossenko [...] El enorme Fedossenko se abalanzó sobre

Rodión, le dobló, le tiró al suelo, sintió en su puño unos cabellos, una nuca, un flanco y luego un vientre bajo sus rodillas... Dejaba caer todo su peso sobre aquel cuerpo que no ejercía ninguna resistencia, lo machacaba con sus dos puños, ciegamente [...] Rodión no había perdido ni por un momento su más intensa lucidez. Lo que estaba realizando era, más que un deber, una necesidad. Exculpar a los camaradas. Desorientar la instrucción. Burlar al poder maligno. Entregarse. Sentía en su interior suficiente fuerza insospechada como para enfrentarse con cualquiera. Habría derribado al coloso Fedossenko ... (Serge, 2016: 252—254).

Así, el esquema dialéctico de la novela se complementa mediante la oposición entre los personajes de Fedossenko y Rodión-Ryjik, al exponer las diferencias ideológicas y políticas que Serge supone entre los C. C. del Kremlin y de Chernó: mientras Fedossenko es un funcionario servil, violento y mediocre que el sistema ha creado para obedecer y ejecutar órdenes sin cuestionarlas¹¹⁶, Rodión, muy joven, es un idealista capaz de arriesgarlo todo por la Causa, mientras que Ryjik, veterano en mil batallas, mantiene inquebrantables principios socialistas que incluso lo animan a escribirle una cáustica misiva al mismísimo Stalin calificándole de hipócrita y sepulturero de la Revolución. Este esquema opuesto entre personajes, que Serge plasma en los interrogatorios de Fedossenko a Ryjik y Rodión, se evidencia aún más cuando el jefe de instrucción lee rutinariamente la carta de Ryjik, la cual de por sí constituye una *acusación* (d. *verbal*) del propio Serge contra Stalin según podemos comprobar en el siguiente extracto:

¹¹⁶ En *Medianoche...*, Serge denuncia (dimensión *verbal*) por boca de Fedossenko la existencia y actividad de los gulags décadas antes de que lo hiciera Solzhenitsyn: "Por lo demás, nuestros campos de concentración hacen milagros en materia de reeducación. ¡Y qué admirable es la palabra que se ha acuñado para expresarlo: la refundición del hombre! Un día le referiré los resultados que he obtenido yo en las obras del Onega, con kulaks, exoficiales, bandidos, ingenieros, sacerdotes, miembros de sectas, en suma, con los elementos más antisociales, y además con una mortalidad relativamente baja: de un 6 a un 7 por cien [...] Los campos de trabajo: he ahí la forma de reclusión del futuro ..." (Serge, 2016: 211). Más adelante, se *informa* (d. *verbal*) sobre la vida en el gulag describiendo el sufrimiento de sus habitantes: "Y era la cárcel, como un cuento, aquel incesante murmullo de hombres, aquellas sombras hacinadas, dispares y carnales, ese contacto de corazón a corazón, de carne a carne, aquel miedo sin miedo, el hambre en las tripas, los comienzos del escorbuto que ponen a bailar los dientes en las encías. La mayoría de los prisioneros estaban tan débiles ya que ni siquiera se ofrecían para ir a buscar el rancho dos veces al día: atravesar dos calles, todo el pasillo de la seguridad ..." (*Ibidem*: 239).

"(...) ¿Qué más harías, Koba-Dzhugashvili-Stalin, que mañana serás Caín, qué más harías si no fueses [...] mero instrumento de la canalla policiaca de la burguesía? Te expulsaron del Partido en 1907 por haber querido hacer de él una banda de salteadores de caminos, fuiste oportunista en 1917, oportunista en 1923, abofeteado por Lenin en su última carta, enemigo de la industrialización hasta 1926, apologeta de los campesinos ricos en 1926, cómplice de Chiang Kai-chek en 1927, responsable de la inútil matanza de Cantón, muñidor del fascismo en Alemania, organizador de la hambruna, perseguidor de los leninistas proletarios [...] ¡Koba! ¡Koba! ¡Granuja! ¿Qué has hecho del Partido? ¿Qué has hecho de nuestra cohorte de hierro? Tú que eres más traicionero que un nudo corredizo, tú que nos has estado mintiendo en cada congreso, en cada sesión del politburó, canalla, canalla, canalla" ... (Serge, 2016: 240—241).

Esta lectura causa en Fedossenko un impacto inesperado¹¹⁷; ahora se siente políticamente *impuro* al suponer que su destino está sellado con esa diabólica peripecia burocrática. Aunque la defenestración del jefe de instrucción no ocurre debido a la carta de Ryjik y sí por no haber conseguido su confesión o la de Kostrov, Serge sugiere que la sospecha del *doblepensar* orwelliano (insinuado aquí antes que en 1984) constituye uno de los motores principales de las purgas desatadas por aquellos años. Esta cuestión del *crimen de pensamiento* representa un *motivo* latente en la novela que a menudo produce una tensa expectativa en torno a las reflexiones de los personajes¹¹⁸.

¹¹⁷ "Ahora, Fedossenko, al leer aquello, era presa de una turbación insidiosa. Se sabía que él había leído aquel texto terrible y, ¿cómo iba a hacer para olvidarlo? Se sabía que ya no podría olvidarlo. Las palabras como aquellas se desprendían del texto, se hundían a su pesar en la cabeza, como clavos secretos; se adherían a la venerada imagen del Jefe para deformarla, ensuciarla. La ponzoña contrarrevolucionaria se infiltraba en su cerebro; pero lo que era peor, lo verdaderamente irreparable era que aquello se sabía... Lacró el sobre que contenía las dos quejas. 'Transmitido a la C. C. C. del Partido sin conocimiento del contenido, conforme a las normas dictadas por la circular del...' ¿Y quién iba a creerlo? Los detenidos entregaban sus instancias abiertas ..." (Serge, 2016: 242).

¹¹⁸ Esto también ocurre en otras *NE*: en *El cero y el infinito* durante los días previos al arresto de Arlova; en *Moscú-Frontera* cuando Fischer es acusado de *individualista* por su trabajo poco aplicado; en *Sofía Petrovna* cuando se juzga políticamente la mentalidad de Natacha debido a su origen social pequeñoburgués; en *El caso Tuláyev* cuando Kondrátiev defiende a un arrestado en Barcelona y se autoincrimina.

3.4 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN *EL CASO TULÁYEV*

Desde una dimensión *enunciativa*, la urgencia marxista que Serge permite entrever en *Medianoche en el siglo* derivó, unos pocos años después, en una visión más reflexiva y cósmica de la cuestión soviética. Como ya se ha explicado en el capítulo anterior, el exilio y la incompreensión hicieron rescatar al autor aquellos aspectos esenciales que marcaron su adhesión a la causa comunista cuando solo era un adolescente. Ya desengañado, pero, al mismo tiempo, esperanzado en un resurgimiento moral del socialismo gracias a la pureza de generaciones por venir, Serge concibe *Tuláyev* pensando en elevadas nociones de justicia y libertad que trascienden lo político para alcanzar ámbitos más universales, donde los agraviados del mundo recibirán justicia y, los pueblos, su prometida libertad.

Por ello, la dimensión *sintáctica* de *Tuláyev* contempla una poética de estructura circular que concibe la justicia como un principio organizador de la humanidad cuyo desarrollo no suele transitar vías rectilíneas. Desde luego, la justicia no planificada proviene de manos proletarias, mediante un contable *filósofo* (Romáshkin) y un obrero *inocente* (Kostia) quienes, indignados ante las iniquidades del sistema y movilizados por una doble peripecia vagamente impregnada de misticismo, asesinan al verdugo Tuláyev y desencadenan el castigo contra toda una generación de revolucionarios (inspirados en personajes tomados *del natural*) la cual, si bien no es culpable directa de asesinar a Tuláyev, sí lo es de complicidad con el estalinismo: la maquinaria de la justicia cósmica la ha condenado al patíbulo debido a su cobardía disfrazada de lealtad al Partido, mientras que Romáshkin y Kostia son *librados de todo mal* por esa misma fuerza incluso después de que este último le confesara al fiscal Fleischman su autoría del asesinato. Entonces, la estructura circular se cierra y el cosmos se restaura, al menos, parcialmente.

Tuláyev se inicia con una curiosa advertencia del autor:

Esta novela pertenece al dominio de la narrativa. La verdad que crea el novelista no puede confundirse, de ningún modo, con la verdad del historiador o del cronista. Toda pretensión de establecer una relación precisa entre los personajes o episodios de este libro y los personajes y hechos históricos conocidos no tendría, por tanto, justificación.

Esta pequeña noticia previa presenta tres aspectos a considerar. El primero afirma que “esta novela pertenece al dominio de la narrativa” lo cual, sin dejar de ser rigurosamente cierto, no soslaya el hecho de que *Tuláyev* puede y *debe* considerarse también un texto de reflexión y denuncia respecto a la grave deriva totalitaria de la Revolución, algo que se acentúa al vincular la obra con el ya mencionado ciclo novelístico dedicado a ficcionalizar el impacto histórico, político y moral de la URSS como inédito fenómeno histórico. El segundo aspecto propone que “la verdad que crea el novelista no puede confundirse, de ningún modo, con la verdad del historiador o del cronista”; no obstante, resulta difícil no leer *Tuláyev* como un *roman à cleve* considerando el ámbito ficcional y el del propio autor. Además, la marcada consciencia política de la obra, enfocada en una profunda crítica hacia las purgas estalinianas contra la *vieja guardia* del Partido, *obliga* al lector a participar de las consideraciones sintéticas que el autor desarrolla desde un conflicto, una trama y unos personajes completamente *politizados*, incluso en las instancias más meditativas o filosóficas del texto; esto nos conecta con el tercer aspecto, el cual afirma que “toda pretensión de establecer una relación precisa entre los personajes o episodios de este libro y los personajes y hechos históricos conocidos no tendría, por tanto, justificación”; a estas alturas, parece bastante obvio apreciar la intención vinculatoria del texto con hechos, lugares y personas, quizás no tan literalmente como sucede en *Medianoche en el siglo*, pero sí en un sentido *paródico*, es decir, a través

del recurso lúdico de forjar personajes con retazos de la realidad y anclarlos de forma parcial e inestable a los hechos sociohistóricos. Así, el arte narrativo impone su autonomía para determinar que, en *Tuláyev*, el personaje de Rublev presenta trazos indefinidos pero latentes de Nikolái Bujarin (aunque el propio Bujarin sea mencionado en la novela); de que el secuestro de Stefan Stern por los comisarios de la NKVD en Barcelona durante la Guerra Civil española se parece, más allá de lo casual, al secuestro de Andreu Nin¹¹⁹; y que el asesinato del camarada Tuláyev, utilizado por Stalin para desatar la purga contra el Partido, el ejército y la burocracia, guarda un sugestivo parecido con el asesinato de Sergéi Kírov, crimen cuyos autores intelectuales tampoco fueron nunca fielmente dictaminados. Todo esto nos hace pensar que la advertencia preliminar responde al jugueteo irónico de un Serge muy consciente de que *Tuláyev* constituía una completa síntesis ficcional del régimen estaliniano en los años 30. Ese carácter *sintético* se apoya literariamente no en la reproducción de la materia histórica, sino en su interpretación poética y metafórica orientada a crear realidades de *papel* cuya esencia viene transmutada del original histórico. En otras palabras: la fidelidad de esta novela con la materia *real* a la que alude radica en su capacidad para interpretar simbólica y metafóricamente la densidad histórica de la tiranía estalinista, y no en el ejercicio de una mera recreación pseudo histórica que, al final, terminaría siendo también pseudo literaria.

La complejidad poética de *Tuláyev* se activa gracias a un abigarrado desarrollo de los temas y motivos que conforman su dimensión *semántica* . La ya mencionada estructura circular se inicia cuando la *anagnórisis* de Romáshkin le hace comprender la grave

¹¹⁹ Andreu Nin (1892 — ¿1937?): Relevante político e intelectual marxista español, fundador del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). Durante la Guerra Civil española, fue apresado y desaparecido por la facción republicana alineada con socialistas y soviéticos, la cual se enfrentó a la facción anarcosindicalista, trotskista y libertaria en las llamadas Jornadas de Mayo, acaecidas en Cataluña en mayo de 1937. De este antagonismo resultó vencedora la facción republicana, que con ayuda de los comisarios enviados por Stalin prácticamente exterminó a los miembros del POUM (tal como se sugiere en *El caso Tuláyev*).

injusticia que el Estado socialista comete contra los trabajadores a quienes proclama defender y que lo convierte a él mismo en cómplice; este *reconocimiento* evidencia un desorden cósmico ya preexistente, cuyos efectos solo podrán desarrollarse cuando Romáshkin lo identifique. Así, la *justicia como principio universal* se erige en tema central de la obra, pero combinado de forma psicológica y literariamente compleja con otros tres tópicos. En primer lugar, tenemos la *pedagogía del padecimiento*, que se evidencia en el descenso de los salarios proletarios que el régimen publicita como un gran logro socialista y en las tristes historias personales de Katya y María, símbolos del sufrimiento popular. En el siguiente fragmento *acusatorio* (d. *verbal*), vemos cómo Katya le describe a Romáshkin la miseria imperante en su aldea natal, causa de su ejercicio de la prostitución:

En mi terruño, comprenderás, cuidan más a los caballos que a los niños. Siempre hay demasiados niños que alimentar, llegan cuando nadie los quiere. ¿Crees que a mí me hacía falta venir al mundo, eh? Pero nunca hay suficientes caballos para el trabajo de la tierra; con un caballo los niños pueden vivir, sin caballo un hombre no es hombre, ¿no es cierto? No hay hogar: Nada más que hambre, nada más muerte... Bueno, pues se acabaron los caballos y no había nada que hacerle. Los viejos se marchitaron. Yo estaba en un rincón cerca de la estufa; había una lámpara sobre la mesa y tenía que despabilarla a cada rato porque humeaba. ¿Qué iban a hacer para salvar las bestias? Los viejos no podían ni hablar: toda esa infelicidad los agobiaba. Al fin mi padre dijo —estaba sucio, con la boca negra—: 'no hay nada que hacer. Hay que matar a los animales, así ya no sufrirán. Al menos el cuero servirá. En cuanto a nosotros, ¡Dios dirá si nos morimos o no! ... (Serge, 2013: 43).

En segundo lugar, se presenta la *disolución de la individualidad*, implícita en el nulo valor que tienen las vidas proletarias para el régimen (pensamos de nuevo en María y Katya), lo cual Serge considera la mayor prueba del fracaso soviético. Dicha infravaloración absoluta de la persona se denuncia en este fragmento *acusatorio* (d. *verbal*) que expone la destrucción del individuo —en este caso, María— con el objetivo de cumplimentar metas propagandísticas:

Por instrucciones del Comité Central de las Juventudes, los comités de sección hicieron una campaña “por la salud, contra la desmoralización”. ¿Cómo emprender esta campaña? Los cinco jóvenes que formaban el buró se lo preguntaban hasta que uno de ellos dijo: “acabar con las enfermedades venéreas”. Esto sonaba bien. “¿Quién?” De los cinco, dos debían de estar enfermos, pero eran bastante astutos y se hacían curar en los dispensarios lejanos. “Está María, la pelirroja.” “¡Formidable!” Esta muchacha extraña, que nunca decía nada en las reuniones, que siempre andaba muy limpieta, que rechazaba las insinuaciones, que era tímida pero agresiva cuando la pellizcaban, ¿dónde había pescado su enfermedad? No en la organización, era seguro. Entonces, ¿entre los elementos pequeñoburgueses desmoralizados? “No tiene instinto de clase”, dijo el secretario severamente. “Propongo publicar su expulsión en el periódico mural de la cantera. Hace falta un ejemplo.” El periódico mural, ilustrado con caricaturas a la acuarela, que mostraba a María, reconocible solamente por su blusa de los días libres y su cabello rojo, grotesca, ataviada con unos aretes de brillantes falsos, saliendo a tumbos de una puerta mientras que detrás de ella se alargaba la sombra de una enorme escoba, el periódico mural mecanografiado estaba todavía expuesto en el vestíbulo del barracón. Kostia lo desprendió pausadamente del muro, lo rasgó en cuatro pedazos y puso estos en el cajón de su escritorio porque podían ser utilizados como pruebas ante un tribunal ... (Serge, 2013: 60).

Y, en tercer lugar, surge la *traición al ideario revolucionario original*, que funciona como un tema—marco donde Romáshkin y Kostia son los instrumentos de una justicia social y moral que la Revolución ha prometido desde 1917 pero que ha brillado por su ausencia durante el estalinismo. Esto queda bien ilustrado en el siguiente fragmento de la confesión que Kostia le envía al fiscal Fleischman, un texto cuya ironía manifiesta sin duda la visión del propio Serge respecto al poder y la justicia soviéticos:

Solo, ignorado del mundo, ignorante yo mismo el instante anterior de lo que iba a hacer disparé sobre el camarada Tuláyev al que yo detestaba sin conocerlo desde la purga de las escuelas superiores. Yo le aseguro que él le había hecho a nuestra sincera juventud un mal inconmensurable, que nos había mentado sin cesar, que vilmente había ultrajado lo que tenemos de mejor, nuestra fe en el Partido, que nos había llevado al borde de la desesperación [...] Inocentes han pagado inexplicablemente por mí, ya no puedo reparar nada. Créame que, si yo hubiera estado informado a tiempo sobre este error judicial, le hubiera entregado mi cabeza inocente y culpable. Pertenezco en cuerpo y alma a nuestro gran país, nuestro magnífico porvenir socialista. Si he cometido un crimen casi sin pensarlo, no puedo darme cuenta claramente, porque vivimos en una época en la que el asesinato del

hombre por el hombre es cosa de costumbre y, sin duda, el poder de los trabajadores que derrama tanta sangre la derrama por el bien de los hombres, y yo mismo no he sido más que el instrumento menos que semiconsciente de esta necesidad histórica ... (Serge, 2013: 375—376).

La imbricación de estos tres temas permite al personaje de Romáshkin *identificar* claramente al *culpable* del conflicto y, en principio, aceptar el llamado a hacer justicia. Sin embargo, las fuerzas ocultas que lo guían se encuentran —¿acaso lo sabían?— con que Romáshkin no es hombre de acción sino un *filósofo*, especie de Hamlet proletario incapaz de trascender las ideas y pasar a la acción; entonces, el testigo de la responsabilidad justiciera recae sobre Kostia, buscador de la belleza en medio de la vulgar vida proletaria (por ejemplo, cuando compra un camafeo con la imagen de una bella joven desconocida en una tienda de baratijas¹²⁰) y cuya inocencia sin dudas ni convicciones profundas le facilita disparar sobre el verdugo Tuláyev, símbolo del aparataje criminal estaliniano¹²¹. Mediante estos dos perfiles tan opuestos, Serge consigue la simetría necesaria para crear al *proletario perfecto*, que combina principios morales elevados con

¹²⁰ “La mirada de Kostia vagó después sobre las joyas, las plegaderas, los relojes, las tabaqueras, y demás antiguallas, hasta detenerse por azar en un pequeño retrato de mujer enmarcado en ébano, tan pequeño que cabía en la mano [...] ‘¿Cuánto cuesta?’ —Preguntó Kostia con voz sorprendida. ‘Setenta rublos. Es caro, en verdad’ [...] Las manos igualmente encantadas se deshicieron de un brocado rojo y oro que dejaron sobre el mostrador y sacaron la miniatura. Kostia la cogió, conmovido de tener entre sus dedos regordetes y no muy limpios esta imagen, esta imagen viviente, esta imagen extraordinaria más todavía que viviente, este minúsculo rectángulo negro que enmarcaba una cabeza rubia ceñida por una diadema, un bello rostro ovalado de ojos despiertos, de una dulzura, de una fuerza, de un misterio sin fondo. ‘La compro’ —dijo Kostia sordamente, sin escucharse a sí mismo ...” (Serge, 2013: 35—36). La compra del camafeo por parte de Kostia recuerda mucho al pasaje de la novela *1984* donde el protagonista, Winston Smith, adquiere una pieza de coral en una tienda de antigüedades del barrio proletario: “‘¿Qué es esto?’ —Dijo Winston, fascinado. ‘Esto es coral’ —dijo el vendedor. [...] ‘Es de una gran belleza’ —dijo Winston. ‘De una gran belleza, sí, señor [...] Pero hoy en día no hay muchas personas que lo sepan reconocer’ ...” (Orwell, 2000: 100). Si la referida escena no se inspira directamente en *El caso Tuláyev* (no tenemos indicios de ello), entonces nos hallamos ante una elocuente coincidencia que ratificaría la gris sordidez de la vida en la URSS estalinista, cuya orientación estética —al igual que la del Londres orwelliano— estaba determinada por la propaganda partidista.

¹²¹ Es ineludible el parecido entre la acción cometida por Kostia y la que realiza el personaje de Meursault en la novela *El extranjero* de Albert Camus (1942). Sin embargo, como explica Susan Sontag, “(...) es muy poco probable que Serge, aislado en México, hubiera podido leer la novela de Camus, publicada clandestinamente en la Francia ocupada, antes de terminar la propia” y, por otra parte, “(...) el imperturbable antihéroe de la novela de Camus es una suerte de víctima, en primer lugar, por la ignorancia de sus acciones. En contraste, Kostia rezuma emoción, y su *acte gratuit* es a la vez sincero e irracional: su consciencia de la iniquidad del sistema soviético actúa *a través* de él ...” (2013: 29).

el necesario arrojo combativo, un perfil libertario urgente si se pretende reencauzar la Revolución. También simétricos son los valores del conflicto, pues a la combinación de pobreza y terror que representa al estalinismo, Romáshkin y Kostia oponen la *belleza* y la *justicia*, nociones sublimadas poéticamente en los personajes femeninos que sufren — la prostituta Katya y la suicida María—, dos alegorías de la patria soviética mancillada y aniquilada por una miseria que Serge también *denuncia* en esta obra (d. *verbal*):

Una cincuentena de mujeres, pacientes y locuaces, esperaban a las puertas de un almacén devastado. Kondrátiev las reconoció por su cutis terroso, sus rasgos cansados, por haberlas visto ya antes, igual de miserables, igualmente pacientes y locuaces, bajo el sol y el cierzo, a las puertas de los almacenes en Petrogrado, en Kiev, en Odesa, en Irkutsk, en Vladivostok, en Leipzig, en Hamburgo, en Cantón, en Shanshá, en Wu—Ham. Esta espera de las mujeres por las patatas, el pan amargo, el arroz, el último azúcar, debía de ser tan necesaria a la transformación social como los discursos de los jefes, las ejecuciones secretas, las consignas absurdas. Gastos consabidos ... (Serge, 2013: 158—159).

Las actuaciones de los dos personajes *justicieros* redireccionan el conflicto hacia la trama central, haciendo emerger nítidamente los motivos propios del género: *aniquilación de la vieja guardia revolucionaria*, el *interrogatorio-confesión*, la *docilidad de los purgados* y, por supuesto, la figura ficcional de Stalin, mejor delineada psicológica y literariamente que en *Medianoche en el siglo*. Dichos motivos forman una intrincada *nueva* trama centrada en la pesquisa para atrapar a los asesinos de Tuláyev, descrita mediante una técnica polifónica que focaliza la perspectiva y la *voz* del relato en varios militantes veteranos acusados de perpetrar el crimen de Estado y cuyo protagonismo destaca alternativamente en capítulos¹²² diseñados con un alto grado de autonomía narrativa.

¹²² Respecto al *héroe* de *El caso Tuláyev*, Susan Sontag opina que esta es una novela “(...) mucho menos convencional que *El cero y el infinito* y *1984*, cuyos retratos del totalitarismo han demostrado su carácter inolvidable: quizá porque esas novelas cuentan con un solo protagonista y relatan una sola historia. No hace

La polifonía también le sirve a Serge para profundizar en los resortes morales y psicológicos de la *inexorable condena* que se cierne sobre una generación de bolcheviques presentados a la vez como víctimas y victimarios. Este tema, latente en su sentido más clásico de grave transgresión cósmica que, cometida por un aristócrata, debe ser expiada o reparada, hace emerger nuevamente la pregunta respecto a si estos viejos camaradas son culpables de ayudar al encumbramiento de un régimen que aplasta vidas inocentes como las de Katya y María... y la respuesta solo puede ser afirmativa. Esos veteranos ahora purgados permitieron la entronización del Estado burocrático y policial, siguieron irreflexivamente los dictámenes de un Partido secuestrado y respetaron su línea oficial aun cuando transgredía los valores esenciales de la Revolución de Octubre; con ello, Serge reafirma como justo el acto de Kostia: esa *vieja guardia es cómplice* de la tiranía totalitaria, y está consciente de ello. Hacia el final de la novela, Kostia se entera de que Erchov, Makáyev y Rublev han confesado su culpabilidad en el asesinato de Tuláyev y, al respecto, le dice a Romáshkin: “(...) déjame explicarte lo que adivino. Seguramente eran culpables, han confesado, porque comprenden algo que ni tú ni yo comprendemos, ¿lo ves? ...” (Serge, 2013: 370).

Por su parte, la *vieja guardia* posee en esta novela una conciencia capaz de descifrar el significado de su generación al trasluz dialéctico: saben que pertenecen a una cohorte sentenciada por su propia gesta, que los reclama como ineludible tributo. Así, ejemplarmente, Erchov, Alto Comisario de Seguridad Nacional, es destituido y arrestado al no poder armar el *expediente Tuláyev* según las directrices que el propio Stalin ha

pensar en la naturaleza heroica del Rubashov de Koestler o del Winston Smith de Orwell; el hecho mismo de que ambas novelas sigan a los protagonistas de principio a fin obliga al lector a identificarse con la víctima arquetípica de la tiranía totalitaria. Si es posible afirmar que la novela de Serge tiene un héroe, ese, presente solo en el primero y el último capítulos, no es una víctima: es Kostia, el verdadero asesino de Tuláyev, del que nadie sospecha ...” (2013: 28).

dictado¹²³; sin embargo, su interrogador Ricciotti le explica que su sentencia se debe a culpas más profundas, en un parlamento *reflexivo* (d. *verbal*) que recuerda ineludiblemente al Gletkin de *El cero y el infinito*:

Otros que valían más que tú y yo lo han hecho antes que nosotros. Otros lo harán después que nosotros. Nadie resiste esta maquinaria. Nadie debe ni puede resistirse al Partido sin pasarse al enemigo. Ni tú ni yo nos pasaremos jamás al enemigo... Y si tú te crees inocente, te engañas por competo. ¿Inocentes nosotros? ¿De quién te burlas? ¿Te olvidas de nuestro oficio? ¿El camarada Alto Comisario de la Seguridad, inocente? ¿El gran inquisidor, puro como un cordero? Sería el único en el mundo que no hubiera merecido la bala en la nuca que él mismo distribuía como sellos a razón de setecientos por mes, en promedio, cifras oficiales ¿radicalmente falsas? Nadie conocerá jamás las cifras auténticas ... (Serge, 2013: 220).

Por su parte, el cruel esbirro Makáyev, colaborador de Tuláyev en las purgas y las hambrunas programadas¹²⁴, entiende que el Partido puede disponer de su vida porque este lo transformó de insignificante campesino a poderoso burócrata, y por ello firma la más abyecta de las confesiones invocando así el *motivo* de la *docilidad de los militantes purgados*:

El ascensor se detuvo: Makáyev hubiera querido aullar ante la muerte. Sin embargo, caminaba muy derecho. En su celda se hizo traer una hoja de papel. Escribió: “Depongo toda mi resistencia ante el Partido. Estoy dispuesto a firmar una confesión completa y sincera...”. Firmó “Makáyev”. La mayúscula era aún fuerte; las otras letras parecían trituradas ... (Serge, 2013: 228).

¹²³ “Cuando Erchov salió de esta pequeña habitación [...] la sala de guardia vecina estaba vacía. Los hombres que lo habían visto entrar llevando en el cuello y en las mangas las estrellas del poder no lo vieron salir degradado. ‘El organizador de este arresto merece felicitaciones’, pensó el Alto Comisario destituido. No supo si se hacía esta reflexión por automatismo o por ironía. La estación estaba desierta. Rieles negros sobre la nieve, espacios blancos. El tren especial que llevaba a Valia había partido, llevándose el pasado. Un solo vagón esperaba a cien metros, un vagón diferente, más especial, rumbo al que Erchov se dirigió a grandes pasos entre los dos oficiales silenciosos ...” (Serge, 2013: 93).

¹²⁴ Este fragmento *informativo* (d. *verbal*) expone la participación de Makáyev (en realidad, de los comisarios que inspiraron al personaje) en las purgas del Terror: “Las purgas del Partido y de las administraciones acababan de terminar, enérgicamente dirigidas por Makáyev. No quedaban en Kurgansk, en las oficinas, más que un débil porcentaje de los veteranos, es decir, de los hombres formados en los tormentos de los diez últimos años; las tendencias de izquierda (trotskista), de derecha (Rykov-Tomski-Bujarin) y de falsa lealtad (Zinóviev-Kámenev) parecían aniquiladas, sin estarlo realmente, así que la prudencia recomendaba cuidarse del porvenir ...” (Serge, 2013: 139).

En cuanto a Rublev y Kondrátiev, aunque se hallan horrorizados por la criminalidad del régimen, han sido incapaces de rebelarse o cuestionar la línea oficial del Partido, que en la novela se presenta como un *motivo* político y moral. Ambos personajes adversan las atrocidades del sistema, pero su férrea disciplina partidista, la lealtad al propio Stalin y, sencillamente, el miedo, les impide desviarse de su mandato¹²⁵. Son revolucionarios profesionales que aprendieron a no vivir para sí mismos sino para un Partido que puede disponer de ellos a discreción. Al saber que será arrestado, Rublev se reúne clandestinamente con otros dos camaradas *vigilados* buscando acordar qué decir cuando los capturen; sin embargo, en medio de la discusión, los tres inician una guerra de bolas de nieve, evidencia de impotencia y resignación frente a la amenaza.¹²⁶ Su dócil fidelidad respecto al Partido y al régimen que lo ha condenado le hace ver en su eventual purga la prestación de un servicio necesario para preservar la estabilidad del comunismo, tal como puede apreciarse en el siguiente fragmento *reflexivo* (d. *verbal*):

¹²⁵ En el Capítulo 5 titulado “Viaje a la derrota”, Kondrátiev regresa a Moscú desde la Barcelona republicana. En la capital soviética, se entrevista con su viejo *camarada* Stalin para interceder por Stefan Stern. Sin embargo, la *amistosa* conversación transcurre por un peligroso derrotero que Kondrátiev logra percibir: cuando, al final, Stalin le recomienda que se vaya a descansar al Cáucaso, Serge implementa artificioosamente un diálogo *silencioso*: “Aquí se inició entre ellos, *en* ellos, un diálogo secreto que siguieron ambos por medio de adivinaciones, claramente: ‘¿Por qué no vas tú?’, sugería Kondrátiev, ‘te haría mucho bien, hermano’. ‘Es tentador, los senderos perdidos’, reía el jefe. ‘¿Para que me encuentren un día con la cabeza rajada? No estoy tan loco, todavía hago falta.’ ‘Te compadezco, Josef, tú eres el más amenazado, el más cautivo de entre nosotros...’ ‘No quiero ser compadecido, tú no eres nada, yo soy el jefe.’ No dijeron estas palabras: las escucharon, las profirieron solamente en un doble enfrentamiento, el uno con el otro corporalmente y, también, el uno con el otro *dentro* de cada uno, incorporéamente ...” (Serge, 2013: 199—200). Este diálogo *no dicho*, —al igual que el resto de la conversación— expresa poéticamente la condena que Stalin ya ha dictaminado contra la *vieja guardia*. Todos, excepto *él*, son prescindibles, están de salida...

¹²⁶ “‘Todos somos miedosos —dijo Rublev—, eso se sabe desde siempre. La valentía consiste en saberlo y en comportarse, cuando hace falta, como si el miedo no existiera [...] Como quiera que sea, no valía la pena encontrarse en medio de esta nieve fantástica para hacernos confidencias tan inútiles’ [...] Kiril [Rublev], de repente liberado del peso de los años, dio un pequeño salto hacia adelante, levantó los brazos, y la dura bola de nieve que acababa de amasar alcanzó en la mitad del pecho a un azorado Filipov. ‘¡Defiéndete, que te ataco!’, gritaba el camarada Kiril alegremente, con los ojos sonrientes y la barba ladeada, y juntaba más nieve a manos llenas. ‘¡Ah, canalla!’, exclamó Filipov, transfigurado. La batalla se desencadenó como si fueran unos escolares ...’” (Serge, 2013: 110—111).

No nos queda, pues, más que seguir sirviendo, y si nos asesinan, sufrirlo. Nuestra resistencia, ¿no hará otra cosa que agravar el mal? Si un Bujarin, un Piatákov, en el banquillo de los acusados, se hubiera levantado de repente para desenmascarar en un instante a los pobres camaradas que mentían por obedecer órdenes de última hora, al procurador falsario, los jueces cómplices, la hipócrita inquisición, el Partido amordazado, el Comité Central idiotizado y aterrorizado. El Buró-Político aniquilado, el jefe presa de su propia pesadilla, ¡qué desmoralización en el país, qué júbilo en el mundo capitalista, qué titulares en la prensa fascista! Lea sobre el Escándalo de Moscú, La podredumbre del bolchevismo, El jefe denunciado por sus víctimas. No, verdaderamente no: mejor el fin, no importa qué fin. Es una cuenta que debemos saldar entre nosotros, en el seno de la sociedad nueva corroída por viejas enfermedades ... (Serge, 2013: 118).

Al ser arrestado, Rublev intenta tardíamente ejercer su autoridad moral de pionero revolucionario: se rehúsa a cooperar con la guardia, muestra una actitud irónica frente a sus interrogadores y pide papel, lápiz y tres semanas para escribir una confesión que, en realidad, reflejará su perspectiva de la opresión. Como afirma Greeman: "(...) el arresto lo pone en condiciones de escribir la verdad por primera vez en muchos años ..." (1980: 30):

Kiril Rublev rehusó responder a los interrogatorios. ("Si tienen necesidad de mí, cederán. Si solamente se quieren desembarazar de mí, les abrevio las formalidades..."). Un alto funcionario vino a inquirir sobre sus exigencias. "No quiero ser tratado peor en una prisión socialista que en una mazmorra del antiguo régimen... Después de todo, ciudadano, soy uno de los fundadores del Estado soviético." (Al decir esto, pensaba: "Hago ironía a mi pesar... El humor integral..."). "Quiero libros y papel..." Obtuvo obras de la biblioteca de la prisión y cuadernos con las hojas numeradas... "Ahora, déjenme tranquilo durante tres semanas..." Ese tiempo le era necesario para poner sus pensamientos en claro. Uno se siente singularmente libre cuando todo está perdido, por fin se puede pensar de una manera rigurosamente objetiva, en la medida en que se supera el miedo, que tiene en el ser humano un poder primordial comparable al instinto sexual... Este instinto y este poder son casi insuperables; es cuestión de disciplina interior. No hay nada que perder ... (Serge, 2013: 228—229).

Por su parte Kondrátiev, cumpliendo misión en Barcelona durante la Guerra Civil española, experimenta la paradoja de ser inculcado en el asesinato de Tuláyev cuando

trata de defender a un inocente, el joven trotskista Stephen Stern, secuestrado por la NKVD encubierta e imputado convenientemente en el proceso del caso Tuláyev. Este hecho detona en Kondrátiev una crisis de conciencia hace tiempo incubada y agudizada al comprobar *in situ* que Stalin había ordenado una intervención comisarial que minaba la lucha republicana en España. De regreso en Moscú y sabedor de su destino, opta por la vía de una lucha política más simbólica que pragmática: ahora comprende que las únicas esperanzas de supervivencia para la Revolución radican en preservar la juventud como su vanguardia. Esto se manifiesta en el siguiente fragmento *reflexivo* (d. *verbal*):

Yo seré el único, yo seré el último, no tengo que dar más que mi vida, la doy y digo NO. Hay demasiados muertos en la mentira y la demencia, no consiento en desmoralizar de antemano a lo que nos queda del Partido... No. En alguna parte de la tierra hay jóvenes desconocidos a los cuales hay que tratar de salvarles la consciencia naciente. NO ... (Serge, 2013: 283).

El ejemplo de Stern y su caída ejemplifican para Kondrátiev el mal augurio que se cierne sobre los cuadros más jóvenes del Partido: un futuro de vasallaje y amenaza constante bajo un régimen enemigo de la renovación naturalmente dialéctica. Con esta perspectiva, Serge propone la *unión* entre la vieja y la nueva generación para enfrentar a la tiranía basándose en la pureza de sus consciencias ideológicas¹²⁷. Son dos generaciones condenadas por la Historia a luchar contra los embates del Partido al que pertenecen y del sistema que ayudaron a levantar. En tal sentido, resulta interesante la segunda entrevista que Kondrátiev mantiene con Stalin, en donde el veterano —ya amenazado— intenta

¹²⁷ Kondrátiev en conferencia ante un auditorio de cadetes en la Casa del Ejército Rojo: “Los invito a sentirse hombres libres bajo la coraza de la disciplina... a juzgarlo todo, a pensarlo todo ustedes mismos. El socialismo no es la organización de las máquinas... la mecanización de los hombres... es la organización de hombres lúcidos y voluntarios... que saben esperar, replegarse y recobrase... Verán ustedes entonces cómo somos grandes, nosotros los últimos, ustedes los primeros del mañana ...” (Serge, 2013: 300). Indudablemente, este parlamento manifiesta la opinión del propio Serge respecto a lo que debía ser el factor ético en el relevo generacional del socialismo.

reclamarle al Jefe por la vocación represiva del régimen, pero sin atreverse a acusarlo directamente:

“Yo te soy fiel... Hay muchas cosas que se me escapan. Hay demasiadas cosas que entiendo. Estoy angustiado. Pienso en el país, en la Revolución, en ti, sí, en ti, pienso en ellos... En ellos, sobre todo, te lo digo francamente. Su fin me produce un arrepentimiento espantoso: ¡qué hombres eran! ¡Qué hombres! La historia tarda milenios en producir hombres tan grandes. Incorruptibles, inteligentes, formados durante treinta, cuarenta años, decididos, y puros, puros. Déjame decirlo: sabes que tengo razón. Tú eres como ellos, es tu mérito esencial...”. [A esto, responde Stalin]: “Ni una palabra más sobre ese tema, Kondrátiev. Lo que es preciso es preciso. El Partido y el país me han seguido... No te toca juzgarlo... Tú eres un intelectual... —una sonrisa malévola se esbozó en su cara apagada—. Yo, tú lo sabes, nunca he sido como ellos ...” (Serge, 2013: 307—308).

En cuanto a Ryjik, Serge culmina en esta novela su encumbramiento como símbolo de la resistencia antiestalinista que puebla las cárceles y gulags de toda la Unión Soviética. Ryjik ha pasado muchos años en prisión, casi olvidado por el régimen, constituyendo un verdadero “desafío a las leyes de la Historia” (Greeman, *Op. Cit.*: 30) según la lógica caníbal del estalinismo: a sus sesenta y seis años, representa una reliquia del pensamiento y el impulso bolchevique de los primeros tiempos revolucionarios, cuyo aliento vital y energía intelectual estaban ya prácticamente extinguidos. Dado por muerto entre los presidiarios, su testamento político recorre clandestinamente las cárceles en forma de escurridizo fantasma doctrinario; de allí las palabras que el también veterano Makarenko le dirige a Ryjik en la prisión:

Nuestro encuentro es inaudito... Un descuido inconcebible de los servicios, un logro fantástico mandado por los astros... los astros desequilibrados. Vivimos un apocalipsis del socialismo, camarada Ryjik... ¡Dígame por qué está usted vivo, por qué lo estoy yo? ¿Por qué? ¡Magnífico, maravilloso! Uno quisiera vivir un siglo para comprender por fin ... (Serge, 2013: 262).

Al igual que los otros perseguidos de la novela, Ryjik sabe que va a morir, pero se niega a hacerlo en el inicuo ritual de los Procesos (juicio público, confesión teatral, ejecución sumaria) porque eso sería admitir que *su* Revolución está definitivamente perdida. Como alternativa, Ryjik se propone el suicidio por hambre buscando sabotear el rito sacrificial¹²⁸. Aunque su formación marxista desaconseja el *cese de funciones* cuando aún se poseen facultades útiles a la Causa, Ryjik considera que su suicidio constituiría un poderoso alegato contra Stalin y su Partido títere, quienes tendrán su muerte pero no a gusto de su poder reaccionario travestido de socialista. Según Greeman,

Ryjik rechaza el suicidio como solución personal; como célula del cerebro colectivo de autoconciencia proletaria, considera que es un deber sobrevivir mientras haya esperanza de ser útil. Sabe que el propósito del Terror es matar esa conciencia y que el espectáculo de viejos revolucionarios confesando y enredándose en el lodo de las mentiras es una forma de matar doblemente, amén de mancillar su imagen a los ojos de las masas. Es esta segunda muerte que quiere evitar a través de su suicidio, porque tiene fe, la fe de un marxista, de un materialista, de que la conciencia de clase volverá a surgir en el nuevo proletariado que llegará a ser en el propio proceso de la forzada industrialización estalinista que necesita el Terror ... (*Op. Cit.*: 30).

El círculo estructural de la novela se cierra con la reaparición de Romáshkin y Kostia, evacuados providencialmente de la tragedia; los vemos a salvo de todo mal, viviendo vidas contemplativas y sencillas muy lejos de las purgas, en medio del pueblo al cual pertenecen. El cosmos ha sido reordenado mediante el *justo* castigo que dos representantes del pueblo agraviado infligieron a los traidores, y ni siquiera la tardía

¹²⁸ La huelga de hambre de Ryjik: “El vigilante en jefe anunció por teléfono: ‘Camarada jefe, le tengo un informe: el prisionero 4 se está muriendo...’. De teléfono en teléfono, la muerte del prisionero 4, todavía vivo, recorrió Moscú sembrando el pánico por el camino; zumbó en las bocinas telefónicas del Kremlin, se insinuó con una vocecita aguda en los aparatos de la Casa del gobierno, del Comité Central, del Comisariado del Interior; se anunció con una voz de hombre falsamente segura en una villa rodeada de un silencio idílico en medio de bosques junto al río Moskova; ahí, su murmullo agresivo sobresalió por encima de otros murmullos que informaban de una escaramuza en la frontera chino-mongola y de una avería grave en la fábrica de Cheliábinsk. ‘¿Se muere Ryjik?’, dijo el jefe con la voz baja de sus cóleras reprimidas. ‘¡Ordeno que se le salve!’ ...” (Serge, 2013: 272).

confesión que Kostia le envía al fiscal podrá conmover el orden restaurado al menos parcialmente. Al leer la carta de Kostia, Fleischman responde en voz alta:

Bueno, muchacho, bueno, tu carta no está nada mal... No seré yo quien te haga perseguir ahora. Nosotros los viejos, mira, nosotros no tenemos necesidad de tu fuerza errante, ebria de sí misma, para ser condenados... Está más allá de nosotros, nos arrastra a todos [...]. El caso Tuláyev está cerrado ... (Serge, 2013: 376).

Vale resaltar la significativa simetría que se establece en el doble rol narrativo de Fleischman: primero, cuando en *Medianoche en el siglo* se encarga de materializar jurídicamente el acto conclusivo de justicia destituyendo y arrojando al despiadado Fedossenko; y segundo, en *Tuláyev*, como miembro de la vieja guardia revolucionaria, comprendiendo el sentido profundo de condenar a los inocentes Erchov, Makáyev y Rublev: esto es, la ejecución final a toda una generación ya liquidada históricamente.

Gracias a esta disposición poética, Serge nos expone su visión de la tragedia comunista: todos los revolucionarios somos culpables por acción u omisión, y la Historia —revestida ahora de una justicia universal con matices griegos— nos ha hecho pagar, quizás para obligarnos a una purificación por el dolor que alumbre una nueva era revolucionaria, aspiración ya proyectada en *Medianoche en el siglo*. La estructura circular de *Tuláyev* también expresa la necesidad de un retorno a los orígenes revolucionarios, esto es, al ideario bolchevique de 1917, que Serge contemplaba casi caóticamente maravilloso en su libertarismo y capacidad de aglutinar las simpatías populares; ese programa lo representan Romáshkin y Kostia, *médiums* que la Historia ha nombrado fiscales acusadores. El corolario a la providencial custodia de ambos justicieros lo representa el personaje de Filatov, quien mezcla el arquetipo del *mag* con la figura típicamente rusa del sabio popular. En su búsqueda por comprender el trasfondo eterno de la justicia vinculada a la inocencia del pueblo, Romáshkin pide consejo a Filatov, pues

siente que su extremo afán justiciero —querer asesinar al Tirano— entraña una traición a la piedad. "¿Cuál es tu respuesta, Filatov, tú, que eres justo, tú, que eres un verdadero proletario?" Filatov, quien vive significativamente a la sombra de una iglesia y profesa la *religión de la ciencia*, le responde:

La máquina debe funcionar irreprochablemente. Que aplaste a los que se atraviesan en el camino es inhumano, pero esa es la ley universal. El obrero debe conocer las entrañas de la máquina. En el futuro habrá máquinas luminosas y transparentes que la mirada del hombre atravesará de un lado a otro. Eso será la inocencia de las máquinas, semejante a la inocencia del cielo. La ley humana será pura como la ley de la astrofísica. Nadie será entonces aplastado. Nadie tendrá ya necesidad de piedad. Pero ahora, camarada Romáshkin, hace falta la piedad. Todavía las máquinas están llenas de tinieblas; nosotros no sabemos nunca qué pasa en su interior ... (Serge, 2013: 363).

Filatov se refiere a la *máquina* del socialismo, aún inmersa en la fase *oscura* que, por fuerzas de la Historia, la impele a devorar al proletariado con su funcionamiento implacable, tornando perentorio el bálsamo existencial de la piedad. Sin embargo, Serge abre una ventana a la esperanza de una redención futura del socialismo, cuando este deje de ser *oscuro* y su transparencia le permita al pueblo ver sus mecanismos y sentido histórico. Es, en definitiva, el anhelo de un socialismo casi utópico capaz de barrer la injusticia —escoria de la arcaica oscuridad— e instaurar una justicia cósmica. Sin duda, el asesinato del verdugo Tuláyev representaba un paso inicial hacia ello.

3.5 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN *EL CERO Y EL INFINITO*

La dimensión *enunciativa* en la obra de Arthur Koestler queda patente sobre todo en sus *Memorias*, donde el autor manifiesta su opinión respecto a que el socialismo *ama*

a la Humanidad pero desprecia al individuo y lo instrumentaliza para perpetuarse en el poder, una crítica que puede remontarse hasta algunos filántropos y filósofos ilustrados amantes de la Humanidad, pero muy poco amigos del pueblo, y que en el contexto del comunismo marcó un punto de ruptura entre el bolchevismo original de base popular y la instauración de castas o círculos de poder en el Partido. Mientras Weil y Serge enfocan sus críticas hacia el sistema, Koestler acusa a la propia ideología marxista—leninista que había abrazado apasionadamente hasta los Procesos de Moscú. Según hemos referido, el autor húngaro consideraba que la impronta científicista del marxismo lo hacía refractario a la empatía, ya que consideraba la existencia individual una circunstancia intrascendente en medio de la dialéctica histórica, resultando de ello un sistema despiadado —cuyo epítome sería el estalinismo— concebido para utilizar al ser humano y suprimirlo a discreción en nombre de un esplendoroso futuro socialista aún en construcción.

En su dimensión *sintáctica*, *El cero y el infinito* expone como premisa fundamental que la propia idiosincrasia pseudocientífica del marxismo-leninismo conduce a un inevitable canibalismo político al acatarse sin reparos las leyes *inexorables* de la Historia y posibilitando la creación de un microuniverso poético desarrollado *lógicamente* durante las purgas, con un Partido *infalible* en su rol de supremo intérprete de la *infalible* Historia. Por ello, la novela se estructura alrededor del personaje de Rubashov, veterano proveniente de las entrañas del sistema y cuya purga sirve para desarrollar la tesis de Koestler mediante tres interrogatorios; en ellos, se desentraña argumentalmente lo que representa ser un militante experimentado del Partido y su necesaria condición de mensajero, verdugo y traidor; las motivaciones maquiavelianas de la ideología, al implantar una *pedagogía del padecimiento* que va modelando la humanidad del futuro; y, finalmente, una cínica reflexión sobre la irrelevancia del individuo y su rol utilitario en la carrera supremacista del Partido. Rubashov escribe en su diario:

Hemos aprendido la Historia más a fondo que los otros. Nos diferenciamos de todos los demás por la pureza de nuestra lógica. Sabemos que la virtud no cuenta delante de la Historia, y que los crímenes quedan impunes; pero que cada error tiene sus consecuencias y se paga hasta la séptima generación. Por eso hemos concentrado toda nuestra energía en prevenir el error y destruir hasta sus gérmenes. Jamás en la Historia hubo tal posibilidad de acción sobre el porvenir humano, ni jamás estuvo concentrada esta acción en tan pocas manos. Cada falsa idea que traducimos en acto es un crimen contra las generaciones futuras. Nosotros estamos obligados a castigar las ideas falsas como otros castigan los crímenes: con la muerte. Se nos tomó por locos porque seguíamos cada pensamiento hasta su última consecuencia y actuamos conforme a ella. Se nos ha comparado con la Inquisición porque, semejantes a los inquisidores, nunca hemos dejado de tener conciencia de todo el peso de nuestra responsabilidad ante un porvenir que sobrepasa lo individual. Nos parecíamos a los grandes inquisidores porque perseguíamos los gérmenes del mal no solamente en los actos de los hombres, sino también en sus pensamientos. No admitíamos la existencia de ningún sector privado, ni aún en el cerebro de un individuo. Vivíamos obligados a llevar el análisis lógico hasta sus últimos extremos. Nuestro pensamiento estaba tan cargado de alta tensión que el menor contacto provocaba un cortocircuito mortal. Por eso estábamos predestinados a destruirnos los unos a los otros [...] Pero ¿Cómo se puede decidir en el presente lo que será la verdad en el porvenir? Nosotros estamos haciendo de profetas sin tener don profético. Hemos reemplazado la visión por la deducción lógica; pero aunque todos partimos del mismo punto, hemos llegado a resultados diferentes. Una prueba refuta otra, y, a fin de cuentas, hemos tenido que recurrir a la fe, una fe axiomática en la exactitud de nuestros propios razonamientos. Este es el punto decisivo. Hemos arrojado todo nuestro lastre por la borda; una sola ancla nos retiene: la fe. La geometría es la más pura realización de la razón humana; Pero nadie puede probar los axiomas de Euclides. El que no cree, ve derrumbarse todo el edificio ... (Koestler, 2014: 127—128).

La activación de este universo sin expectativas espirituales o metafísicas, yermo de humanidad y consagrado ciegamente a una lógica que, eventualmente, obliga al salto de fe, le confiere a *El cero*... una atmósfera claustrofóbica y goticista que evoca obras como *Melmoth el errabundo* o *El monje*¹²⁹. Rubashov, al igual que los personajes de Ivanov,

¹²⁹ Respecto a la novela *Melmoth el errabundo*, Agustín Izquierdo escribe que “(...) la errancia de Melmoth “le conduce a los lugares más siniestros creados por los hombres: cárceles, manicomios, los tribunales de la Inquisición; en todos ellos se revelan la crueldad y la persecución a la que unos hombres someten a otros” (2002: 10). Sobre *El monje*, Francisco Torres Oliver afirma que “(...) sorprende lo perfectamente dosificado que está el proceso de la tentación de Ambrosio [el sacerdote protagonista], su degeneración progresiva y su hundimiento irremisible en lo que su propia consciencia concibe como la más negra de las abominaciones ...” (1999: 15-16): caer asiduamente en la tentación concupiscente del Demonio y, con ello, perder toda su relevancia como miembro de la ortodoxia eclesiástica.

Arlova o Richard (y, sin duda, lo mismo que Zinóviev, Kámenev o Bujarin) se encuentran atrapados en un túnel de crueldad, encadenando lecciones diabólicas destinadas a completar el necesario sufrimiento con que se erige la utopía socialista; un goticismo *lógico* que tiene en la cárcel su castillo y en los interrogadores Ivanov y Gletkin sus macabros anfitriones. Así, el otrora verdugo Rubashov comprende mediante *anagnórisis* el sentido de tantas muertes y de la suya propia, hace mucho decretada, haciendo *lógica* su confesión de crímenes irreales que, sin embargo, representan a los cometidos en nombre del Partido. Aunque pueda parecer algo rígida, la poética-teorema de *El cero...* corresponde metafóricamente a la percepción de Koestler respecto al estalinismo como praxis más lograda del comunismo; la aparente dureza de este esquema representa la transposición a la literatura del término *almas inflexibles*¹³⁰, calificativo con el cual nuestro autor denominó a una generación revolucionaria cuya inflexibilidad facilitó su propia destrucción y que tiene en los personajes de *El cero...* una recreación estética semejante al *teatro de marionetas*: estamos frente a muñecos tétricamente inexpresivos que nos describen las entrañas del sistema comunista, su propósito histórico y su vocación de poder. Respecto al sentido conceptual de esta obra, Mario Vargas Llosa expone que

(...) puede dar la impresión de que la novela es una tragedia de corte shakespeariano sobre el fanatismo, una subyugante parábola moral. En realidad, es un libro sobrecogedor pero frío, una demostración abstracta en la que los discursos de los personajes se suceden unos a otros como manifestaciones de una sola conciencia discursiva que se vale de episódicas comparsas, sobre el fracaso de un sistema que ha querido valerse exclusivamente de la razón para explicar el desenvolvimiento de

¹³⁰ Mario Vargas Llosa explica que “(...) la tarea de Ivanov y Gletkin es posible porque entre ellos y Rubashov hay un denominador común ideológico. Los tres son ‘almas inflexibles’, seres convencidos de que ‘el Partido es la encarnación de la idea revolucionaria en la Historia’, y de que la Historia, que no conoce escrúpulos ni vacilaciones, ‘nunca se equivoca’. El revolucionario auténtico, según ellos, sabe que la humanidad importa siempre más que los individuos y no teme seguir cada uno de sus pensamientos hasta su conclusión lógica. Los tres sienten idéntico desprecio por el sentimentalismo burgués y sus nociones hipócritas del honor individual y de una ética no subordinada a los intereses de la praxis política. Los verdugos y la víctima creen ciegamente que la ‘verdad es aquello que es útil a la humanidad’ y ‘la mentira lo que le es perjudicial’ ...” (2014: 13-14).

la sociedad y el destino del individuo. Querer suprimir la posibilidad del error, del azar, del absurdo y de factores irracionales inexplicables en el destino histórico ha llevado al sistema, pese a su rigurosa solidez intelectual interna, a apartarse de la realidad hasta volverse totalmente impermeable a ella. Por eso, sólo puede sobrevivir, en esa Historia que usa como coartada para todo, a costa de ficciones y crímenes como los que protagonizan Gletkin y Rubashov ... (2014: 15-16).

En su dimensión *semántica*, esta novela sugiere una solución de continuidad entre el programa bolchevique de 1917 y el régimen estalinista gracias a la naturaleza deshumanizada de la ideología marxista-leninista; esto subvertiría el sentido del tema de la *traición al ideario revolucionario original* para convertirlo en la ratificación de un proyecto hegemónico a largo plazo. Por ello, Rubashov formula la pregunta *reflexiva* (dimensión *verbal*) que pretende llegar al origen de la tiranía totalitaria:

Es preciso encontrar la causa de los fallos del Partido. Todos nuestros principios eran buenos, pero nuestros resultados han sido malos. Este siglo está enfermo. Nosotros hemos diagnosticado su mal y las causas con una precisión microscópica, pero por cualquier lugar donde hayamos aplicado el bisturí apareció una nueva pústula. Nuestra voluntad era pura y firme, debíamos haber conquistado el amor del pueblo. Pero éste nos detesta. ¿Por qué somos tan odiosos y detestados? [...] Nosotros os traíamos la verdad, y en nuestra boca sonaba mentira. Os hemos traído la libertad, y en nuestras manos se parece a un látigo. Os hemos traído la verdadera vida, y allí donde se eleva nuestra voz los árboles se desecan y se oyen crujir las hojas muertas. Os hemos traído la promesa del porvenir, pero nuestra lengua tartamudea y se traba ... (Koestler, 2014: 84).

A esto, Ivanov y Gletkin responden que la promesa de redimir al pueblo solo ha sido un instrumento para que el Partido se encumbre al poder. No hay traición, sino una estrategia que contemplaba la manipulación y el sometimiento de las masas a la dictadura del Partido. Esto ilumina el sentido de la axiomática imbricación entre el Partido y el relato científicista de la Historia mediante un contundente silogismo: la Historia es una ciencia infalible / el Partido es el supremo intérprete de la Historia / *ergo*: el Partido es infalible, lo cual genera, como ya avanzamos, una *religión materialista* donde la ideología

sería la verdad revelada, el Número Uno (Stalin) el sumo sacerdote y el Partido, su iglesia. El Partido es, en palabras de Rubashov, "más grande que todos nosotros", representa "la encarnación de la idea revolucionaria de la historia", supremo rector de la vida, inapelable como un patriarca ancestral o un juez kafkiano. Así se lo transmite a Richard, del Partido Comunista Alemán:

El Partido no se equivoca jamás [...] Tú y yo podremos equivocarnos. Pero el Partido, no. El Partido, camarada, es algo mucho más grande que tú y que yo y que otros mil como tú y como yo. El Partido es la encarnación de la idea revolucionaria en la Historia. La Historia no tiene escrúpulos ni vacilaciones. Inerte e infalible, corre hacia su fin. A cada curva de su carrera deposita el fango que arrastra y los cadáveres de los ahogados. La Historia conoce su camino. Nunca se equivoca. El que no tiene una fe absoluta en la Historia no debe estar en las filas del Partido ... (Koestler, 2014: 68-69).

Esto ilumina los misterios morales y psicológicos de la represión estalinista para recrearlos como inevitables movimientos de autorregeneración revolucionaria; al igual que el Moloch, el paternalista y omnipresente Partido, *motivo* central de esta novela, necesita sacrificios con los cuales seguir otorgando beneficios primarios a sus súbditos, por lo que devora con fruición a sus miembros más conspicuos en un ritual de ofrenda sangrienta. Así, en este fragmento, Rubashov *reflexiona* sobre el endurecimiento del régimen según la lógica de la Historia e *informa* (d. *verbal*) sobre la perspectiva tiránica del Número Uno:

Ahora la vieja guardia estaba agotada: la lógica de la Historia quería que mientras más estable se fuera haciendo el régimen, más rígido se hiciera, con el fin de impedir que las inmensas fuerzas dinámicas liberadas por la Revolución se volvieran sobre sí mismas e hicieran estallar en mil trozos la Revolución. Había terminado el tiempo de los consejos filosóficos; en lugar de los retratos de antaño, una manchita clara brillaba sobre el papel pintado de Ivanov; los principios de una filosofía incendiaria dejaban lugar a un periodo de completa ortodoxia. La teoría revolucionaria se había fijado en un culto dogmático con catecismo simplificado y

fácil de asimilar, con el Número Uno como sumo sacerdote pronunciando la misa filosófica. Sus discursos y sus artículos presentaban también en su estilo el carácter de un catecismo infalible; se subdividían en preguntas y respuestas, con una lógica maravillosa en su grosera simplificación de los problemas y los hechos. El Número Uno aplicaba instintivamente la “ley de madurez relativa de las masas”... Los aficionados a la tiranía habían obligado a sus súbditos a obrar por decreto; pero el Número Uno les había enseñado a pensar por decreto ... (Koestler, 2014: 210).

En la cárcel, Rubashov piensa y concluye que la existencia individual no es nada frente al poder omnímodo del Partido, un pensamiento que indica la importancia de este elemento como un *motivo* con el cual Koestler parece integrar las ya explicadas visiones de Weil y Serge al proyectarlo según la imagen de un ente suprahumano, amoral y brutalmente pragmático que, sin embargo, se encuentra gravemente enfermo porque la propia Historia está enferma (reflexión, d. *verbal*):

Rostros y voces surgían y se desvanecían; cada vez que intentaba retenerlos le hacían daño; todo su pasado se había hecho doloroso al tocarle y al menor contacto supuraba. Su pasado era el movimiento, el Partido; presente y porvenir pertenecían al Partido; pero su pasado era el Partido mismo. Y de repente este pasado era puesto en tela de juicio. El cuerpo cálido y viviente del Partido se le parecía cubierto de llagas, de llagas purulentas, de estigmas sanguinolentos. ¿Dónde y cuándo encontraba la Historia santos tan enfermos? ¿Había tenido alguna buena causa tan malos representantes? Si el Partido encarnaba la voluntad de la Historia, Entonces era que la Historia misma estaba enferma ... (Koestler, 2014: 83).

En *El Cero*... el trasfondo del sistema totalitario se va desentrañando desde el *motivo* del *interrogatorio-confesión*, gracias a un eje de tres interrogatorios que desarrollan la idea ya mencionada de que el marxismo-leninismo es una ideología fría que proclama su amor a la Humanidad mientras la alecciona a través del dolor. *Amar a la Humanidad, pero no a los individuos*, siempre insignificantes para la Historia. Siguiendo esta fórmula troncal, el Partido implementa su programa de reingeniería social orientado a la reeducación de las masas mediante la escasez y el autoritarismo, un

proyecto que aún se encuentra en fase inicial y cuyo objetivo último sería lograr la transformación total de la sociedad futura. Al igual que lo hacen varios personajes de Serge en *Ciudad Tomada*, *Medianoche en el siglo* y *El caso Tuláyev*, Rubashov reconoce que su generación de teóricos revolucionarios había triunfado porque conocía *científicamente* al pueblo, pero que en lugar de proveerle a este una felicidad redentora lo sometió a una formación deshumanizada para doblegarlo. No obstante, los interrogatorios II y III corrigen dicha conclusión de Rubashov: el programa redentor-regenerador marchaba según lo previsto, y se encontraba apenas en su fase de proyecto; la meta es la reingeniería *total*, empleando para ello dos poderosas herramientas: una política fría como el acero y una ética forjada de impenetrable pragmatismo. A esto, Ivanov lo denomina "maquiavelianos por la razón universal": triunfa quien logra imponerse, mientras que el perdedor debe pagar con su aniquilamiento. En el siguiente fragmento *acusatorio* (d. *verbal*), Koestler denuncia a través del propio Ivanov el propósito ideológico de la pedagogía del padecimiento:

—*¡Aparta, Satanás!* —repitió Ivanov, sirviéndose otro trago de aguardiente—. En otros tiempos la tentación era de naturaleza carnal. Pero ahora toma la forma de la razón pura. Los valores cambian. Yo quisiera escribir una tragedia de la pasión según la cual Dios y el Diablo se disputaran el alma de San Rubashov. Tras una existencia pecadora, él se vuelve hacia un dios, el dios con sotabarba del liberalismo industrial y las caritativas sopas del ejército de Salvación. Por el contrario, Satanás está delgado y ascético; es un fanático de la lógica. Lee a Maquiavelo, a Ignacio de Loyola, a Hegel y a Marx; su implacable frialdad hacia el género humano desemboca en una especie de piedad matemática. Está condenado a hacer siempre lo que más le repugna: a transformarse en carnicero para acabar con las matanzas, a sacrificar ovejas para que ya nunca más vuelvan a sacrificar ovejas, a tratar al pueblo a latigazos a fin de que este aprenda a no dejarse fustigar, a deshacerse de todo escrúpulo humano en nombre de los escrúpulos superiores, a atraerse el odio de la humanidad por amor a ella, su amor abstracto y geométrico. *¡Aparta, Satanás!* ... (Koestler, 2014: 180).

Al respecto, ninguno logró imponerse más que el Número Uno, quien como *motivo* resulta menos un personaje y más una presencia omnisciente que también puede considerarse consecuencia de la Historia, pues su implacable trayectoria en pos de alcanzar el poder y mantenerlo a toda costa comporta un ejercicio maquiaveliano acorde con el sentido amoral de las fuerzas históricas. “Tiene razón el que gana, y quien pierde debe pagar”. El Número Uno ha triunfado sobre unos compañeros de generación que le representaban el principal obstáculo hacia el poder¹³¹. En el siguiente fragmento *reflexivo* (d. *verbal*), Rubashov medita sobre el rol del Número Uno como el factor históricamente imprevisible que completó la conversión de la Revolución a régimen totalitario:

¿Qué pasaría en el cerebro del Número Uno? Imaginaba de repente una sección de este cerebro, cuidadosamente pintada a la acuarela sobre una hoja de papel clavada con chinchetas en un tablero de dibujo. Las circunvoluciones de la materia gris se henchían como si fueran viseras, se enrollaban unas sobre otras como serpientes vigorosas, se estiraban en una vaga neblina como la espiral de las *nebulosas* sobre las cartas astronómicas... ¿Qué pasaba en la dilatación de estas circunvoluciones grises? Se sabía todo sobre las lejanas y auténticas *nebulosas*, pero sobre las del Número Uno no se sabía nada. Por esta razón sin duda la Historia era más bien oráculo que ciencia. Más tarde, mucho más tarde, quizá se las enseñarán por medio de cuadros estadísticos a los que se añadirían mapas anatómicos muy parecidos. El profesor dibujaría en el encerado una fórmula algebraica representando las condiciones de la vida de las masas en un país y en una época dada: “ciudadanos, he aquí los factores objetivos que han condicionado este proceso histórico”. Y señalando con el puntero un paisaje brumoso y gris entre el segundo y el tercer lóbulo del cerebro del Número Uno: “y ahora, he aquí la imagen subjetiva de estos

¹³¹ Fragmento *reflexivo* (d. *verbal*): “[Rubashov] Intentó recordar la música de esa canción, pero solo se acordaba de las palabras. ‘La vieja guardia ha muerto’, repitió, intentando recordar sus rostros. No podía buscar más que unos cuantos puntos del primer presidente de la Internacional, ejecutado como traidor, no podía ver más que su chaleco a cuadros sobre una ligera obesidad de su vientre. Nunca llevaba tirantes, sino un cinturón de cuero. El segundo primer ministro del Estado Revolucionario, ejecutado también, tenía la costumbre de morderse las uñas en los momentos de peligro. ‘la Historia te rehabilitará’, pensó Rubashov sin gran convicción. La Historia se burla de que uno se muerda las uñas. Fumaba y pensaba en estos muertos, y es la humillación que había precedido a su muerte; sin embargo, no podía resolverse a detestar al Número Uno como debía. A menudo miraba el cromo del Número Uno, sobre su cama, intentando odiarle. Entre ellos le habían puesto muchos apodos, pero el único que perduraba era el de Número Uno. El horror que expedía a su alrededor el Número Uno provenía, ante todo, de que podía tener razón, y de que todos los que él había asesinado se vieron obligados a reconocer, aún con una bala en la nuca, que era posible, después de todo, que él tuviera razón. No había ninguna certidumbre de esto; solo queda el recurso a la invocación a ese oráculo burlón que llaman Historia, y que no pronuncia su veredicto hasta que las mandíbulas del que lo reclama se deshacen en polvo ...” (Koestler, 2014: 37-38).

factores. La que durante el segundo cuarto del siglo XX condujo al triunfo el principio totalitario”. Mientras esto no fuera posible, la política nunca pasaría de ser un diletantismo sangriento, pura superstición y magia negra ... (2014: 40—41).

Acorde con su posición de renegado comunista, Koestler nos advierte a través de la novela sobre esta ideología fermentada en un inflexible racionalismo que convierte las nociones de sociedad, individuo y civilización en simples axiomas, culminando así una reingeniería emancipada sin remordimientos de los principios éticos judeocristianos. En su diario, Rubashov escribe:

Dicen que el Número Uno tiene siempre a la cabecera de su cama *El príncipe* de Maquiavelo. Hace bien: después de esto no se ha dicho nada importante sobre las reglas de ética política. Nosotros hemos sido los primeros en reemplazar la ética liberal del siglo XIX, basada en el juego limpio, por la ética revolucionaria del siglo XX. Y en esto también nosotros tuvimos razón; una Revolución llevada según las reglas del juego de cricket sería un absurdo. La política puede ser relativamente honesta en los momentos en que la Historia camina con paso tranquilo; en sus tormentas críticas, la única regla posible es el viejo adagio según el cual el fin justifica los medios. Nosotros hemos introducido el neomaquiavelismo en este país; los otros, las dictaduras contrarrevolucionarias, nos han imitado torpemente. Nosotros hemos sido neomaquiavélicos en nombre de la razón universal: esta era nuestra grandeza; los otros lo son en nombre de un romanticismo nacional; este es su anacronismo. Por esto, a fin de cuentas, la Historia nos dará la absolución a nosotros, no a ellos ... (Koestler, 2014: 125—126).

A tenor de esto, *El cero...* expone con claridad el tema de la *disolución de la individualidad* en boca de Gletkin, cuando afirma que “el individuo no nos importa nada”, iniciando con ello una nítida disertación acerca del pétreo colectivismo que el régimen proyecta para el futuro, donde el individuo vivirá de acuerdo a hábitos predeterminados por la masa. Sin embargo, a esa altura ya conocemos los casos de Richard en Alemania y de los porteadores belgas¹³², personajes cuya adhesión a la Causa resultaba indiscutible

¹³² En este fragmento *acusatorio* (d. *verbal*) Koestler denuncia el precio que deben pagar los militantes comunistas —en este caso, los porteadores del puerto belga— cuando desafían medidas arbitrarias del Partido como la de descargar materias primas con destino a la Alemania nazi: “Al fin Loewy se aclaró la

pero que se acarrearon su perdición al cuestionar la línea oficial. Esto mismo explica la actitud temerosa y antinatural con que Koestler describe a los miembros del Partido, quienes durante las purgas no se permitían decir trivialidad alguna por miedo a salirse de la línea. En el siguiente fragmento *informativo* (d. *verbal*), se recrea el ambiente de realidad artificial que el pánico a los Procesos había generado:

Era por entonces cuando se estaba preparando el segundo gran proceso de la oposición: el aire de la Legación se enrarecía notablemente. Fotografías y retratos desaparecían de las paredes de la noche a la mañana; llevaban años allí, nadie los había mirado, pero ahora las manchas claras saltaban a la vista. El personal limitaba sus conversaciones a los asuntos del servicio; se hablaban con una cortesía llena de prudencia y reservas. En las comidas, en la cantina de la Legación, donde las conversaciones eran inevitables, se atenían a los tópicos oficiales, que en esta atmósfera familiar parecían retorcidos y grotescos; se diría que para pedirse la mostaza y la sal tenían que helarse mutuamente con las consignas del último manifiesto del Comité Central. Sucedió, con frecuencia, que uno protestaba contra una falsa interpretación de lo que acababa de decir, y tomaba a sus vecinos por testigos, con exclamaciones precipitadas de: “yo no he dicho eso”, o “Eso no es lo que he querido decir” ... (Koestler, 2014: 145).

Como se mencionó en el Capítulo Dos, el presidio le permite a Rubashov reflexionar acerca de quienes había sacrificado en beneficio de la filantropía fría y acerada

garganta y dijo: ‘El camarada orador acaba de exponernos las razones de este asunto: si ellos no les envían mercancías, otros lo harán. ¿Quién desea hablar?’. El cargador que ya había hablado se removió sobre la silla y dijo: ‘Ya conozco la copla. Cuando hacemos huelga, siempre hay gentes que dicen: si yo no trabajo, otro lo hará. Así es como hablan los esquirols.’ Hubo una nueva pausa [...] Fuera se oyó a Paul que daba un portazo en la puerta de entrada. Luego Rubashov dijo: ‘Camaradas, los intereses de nuestro desarrollo industrial *allá* son antes que todo. Los buenos sentimientos no sirven para nada. Reflexionad.’ [...] El cargador hizo un gesto agresivo con la barbilla y dijo: ‘Todo está ya reflexionado. Hemos oído bastante esto. Vosotros los de *allá* tenéis que dar ejemplo. El mundo entero tiene los ojos vueltos hacia vosotros. Habla de solidaridad, de sacrificios y de disciplina y al mismo tiempo os servís de vuestra flota para hacer de esquirols, lisa y llanamente.’ [...] Al oír esto, Loewy levantó de repente la cabeza; estaba pálido; saludó a Rubashov con su pipa y dijo en voz baja y muy deprisa: ‘Lo que acaba de decir el camarada es también mi opinión. ¿Alguno tiene algo más que decir? Se levanta la sesión.’ [...] Rubashov salió cojeando sobre sus muletas. Los acontecimientos siguieron su curso previsto e inevitable. Mientras que la anticuada y extraña flotilla entraba en el puerto, Rubashov cambió algunos telegramas con las autoridades competentes de *allá*. Tres días más tarde, los jefes de la sección de cargadores eran expulsados del Partido, y el pobre Loewy denunciado como agente provocador en el periódico oficial del Partido. Tres días después Loewy se ahorcaba ...’ (Koestler, 2014: 99–100). Este episodio de la novela alude a las consecuencias del ya mencionado pacto Ribbentrop-Mólotov de 1939, inexplicable para buena parte de la militancia comunista internacional.

del Partido; a la par, también pensaba en sus camaradas, la *cohorte de hierro* a punto de extinción, los viejos compañeros de Lenin cuya perfidia antirrevolucionaria ahora quedaba en evidencia mediante procesos inapelables, cristalinos ante el pueblo soviético merced a una maquinaria propagandística omnipresente. En este fragmento *reflexivo* (d. *verbal*), Rubashov piensa en la debacle de esa generación heroica —ahora criminal— a la que él mismo pertenece:

Le apareció una imagen, una gran fotografía en marco de madera; los delegados del primer congreso del Partido. Se sentaban alrededor de una mesa de pino, unos acodados sobre ella, los otros con las manos sobre las rodillas; barbudos y serios, todos miraban al objetivo. Por encima de cada cabeza había un circulito rodeando al número que correspondía a un nombre impreso debajo. Todos tenían aire solemne, y sólo el hombrecillo que presidía con sus ojos bridados de tártaro, tenía algo de divertido y astuto. Rubashov era el segundo a la derecha con sus lentes sobre la nariz. El Número Uno, pesado y firme, estaba a un extremo de la mesa. Se les habría podido tomar por la reunión de un consejo provinciano, y sin embargo ellos preparaban la mayor revolución de la historia humana. Por entonces eran un puñado de hombres de una especie nueva: filósofos militantes. Conocían las cárceles europeas tan bien como los viajeros de comercio conocen los hoteles. Soñaban con el poder para abolir el poder, gobernar los pueblos con el fin de terminar con su costumbre de dejarse gobernar. Todos sus pensamientos se tradujeron en actos. Todos sus sueños se realizaron. Y ahora, ¿dónde estaban todos? Sus cerebros, que habían cambiado el curso del mundo, habían recibido cada uno su ración de plomo. Unos en la frente, otros en la nuca. No quedaba más que dos o tres, esparcidos por el mundo, agotados. Y él, y el Número Uno ... (Koestler, 2014: 84—85).

Aquí se nos aparecen los espectros de Zinóviev, Kámenev, Trotski, Kírov... otrora ambiciosos pero impotentes frente al titanismo del Número Uno y el surgimiento de una nueva generación comunista que, según el propio Rubashov, viene "sin cordón umbilical" ni atavismos ideológicos que entorpezcan su progresión en el reordenamiento del sistema. Es este el culmen acusatorio de Koestler hacia el comunismo: utilizar una eticidad pragmática que liquide al humanitarismo para imponer un "amor abstracto y geométrico" hacia la humanidad y libere moralmente al revolucionario en su labor de forjar al hombre

del mañana mediante la mentira, la traición y el asesinato¹³³. Por ello, el siguiente fragmento *informativo* (d. *verbal*) resulta elocuente: en él, Gletkin le explica cínicamente a Rubashov cómo discurre la pragmática metodología del Partido, revelación que en realidad se dirige al lector puesto que Rubashov *conoce* y ha sido partícipe de ese mismo entramado partidista:

Equipos enteros de nuestros mejores funcionarios en Europa han tenido que ser liquidados físicamente. No hemos vacilado en aplastar nuestras propias formaciones en el extranjero, cuando los intereses del bastión lo han exigido. No hemos retrocedido ante la colaboración con la policía de los países reaccionarios, cuando se trataba de suprimir movimientos revolucionarios que surgían en mal momento. No hemos vacilado en traicionar a nuestros amigos y en transigir con nuestros enemigos, a fin de preservar el baluarte. Esta es la tarea que la Historia nos ha confiado, a nosotros, los representantes de la primera Revolución victoriosa. Los miopes, los estetas, los moralistas, no han comprendido. Pero el líder de la Revolución ha comprendido que todo depende de una sola cosa: resistir más que los otros ... (Koestler, 2014: 273).

Forjados en una vida doctrinaria, veteranos como Rubashov e Ivanov comprenden claramente el trasfondo de su propia aniquilación, lo que facilita su entrega consciente al sacrificio; ellos, los forjadores de la Revolución, ya han cumplido su papel en una Historia que ahora convoca a una nueva generación sin gestas ni glorias. Esta mentalidad sacrificial de la *vieja guardia* responde a la noción de *almas inflexibles* desarrollado por Koestler en la novela y que se adscribe al *motivo* de la *docilidad de los veteranos purgados* el cual, caracterizado singularmente por el personaje de Rubashov, pasó desde

¹³³ En este fragmento, también *informativo* (d. *verbal*), Gletkin le explica a Rubashov que, algún día, el propio sistema desvelará sin temor sus propios métodos y propósitos lo cual, dicho sea de paso, constituye una predicción acertada de Koestler que se cumpliría de forma parcial en 1956, cuando Jruschov expuso la metodología criminal estalinista en el XX Congreso del Partido: “Usted se ha equivocado y usted pagará, camarada Rubashov. El Partido ya no tiene más que un solo compromiso. Después de la victoria, un día, cuando esto no pueda ya hacer mal alguno, publicaremos los archivos secretos. Entonces la humanidad sabrá lo que sucedía entre los bastidores de este guiñol, que, como usted dice bien, nosotros nos hemos visto obligados a montar delante del mundo para obrar ante ellos conforme al manual de la Historia... [...]: y entonces, usted y algunos de sus amigos de la vieja generación se beneficiarán de la simpatía que hoy les rehusamos ...” (Koestler, 2014: 275).

entonces a la posteridad con el nombre de *teoría de las confesiones de Rubashov*. Koestler fue uno de los primeros en formular tan polémica hipótesis, con la que pretendía explicar la extraña sumisión de los militantes —apreciada en todas las *NE*— a través de la rígida estructura mental del revolucionario hiperideologizado, a quien le resulta imposible contradecir los designios del Partido aunque ello le cueste su propia vida. Al respecto, escribió Koestler en sus *Memorias* que,

(...) para la mente occidental, poco familiarizada con el sistema y sus normas, las confesiones en los juicios de Moscú aparecen como uno de los grandes enigmas de nuestra época. ¿Por qué los antiguos bolcheviques, héroes y líderes de la revolución, que se enfrentaron tan a menudo con la muerte que se llamaban a sí mismos “hombres muertos con licencia”, confesaron tan absurdas y espeluznantes mentiras? [...] Si descontamos a quienes simplemente intentaron salvar el cuello, como Rádek; a quienes ya estaban mentalmente destrozados, como Zinóviev; o a quienes trataban de proteger a sus familias, como Kámenev, de quien se decía que profesaba un afecto muy especial por su hijo, aún quedaba un grupo de hombres de “almas inflexibles” como Bujarin, Piatákov, Mrajkovski, Smirnov y al menos una veintena más, con un pasado revolucionario de treinta y cuarenta años a sus espaldas, veteranos de las prisiones zaristas y del destierro siberiano, cuya total y alegre degradación resultaba inexplicable. Rubashov debía representar a esas “almas inflexibles” [...] La solución que emergió en la novela llegó a conocerse como “teoría de las confesiones de Rubashov ...” (2015: s/p).

Así, estas *almas inflexibles* —Bujarin, Piatákov, Smirnov, al igual que Rubashov— accedían a confesar crímenes insólitos porque no deseaban ayudar a los enemigos del socialismo exponiéndole al mundo la criminalidad del Partido por el que tanto habían luchado¹³⁴. Finalmente, y después de tres interrogatorios y un análisis dialéctico acerca

¹³⁴ “‘Ciudadano presidente’, declaró el acusado Rubashov, ‘yo hablo aquí por última vez en mi vida. La oposición ha sido derrotada y exterminada. Si me pregunto ahora: ‘¿por qué mueres tú?’, me encuentro frente a la nada absoluta. No valdría la pena morir si uno se muriera sin reconciliarse con el Partido. Es por esto por lo que yo, en el umbral de mi última hora, doblo las rodillas ante el país, ante las masas y ante todo el pueblo. La mascarada política, la mamarrachería de las discusiones y de las conspiraciones ha terminado. Nosotros éramos ya difuntos políticos antes de que el ciudadano fiscal pidiese nuestras cabezas. ¡Ay de los vencidos a los que la Historia hunde en el polvo! No tengo ante vosotros, ciudadanos jueces, más que una sola justificación: la de no haber escogido el camino más fácil para mí. La vanidad y los últimos vestigios de orgullo me cuchicheaban al oído: ‘muere en silencio, no digas nada; o bien ‘muere con un hermoso gesto, con un conmovedor canto de cisne; deja que tu corazón se desborde y arroje un desafío a tus

del verdadero significado de la Historia y la Revolución para la *Humanidad*, el viejo camarada Rubashov accede tranquilo al altar sacrificial y firma su confesión; sereno y desengañado, va al matadero consciente de estar rindiéndole el último servicio al Partido y de cumplir científicamente con el dictado de una Historia que jamás se equivoca¹³⁵:

Yo me declaro culpable de no haber comprendido la necesidad fatal que determina la política del gobierno. Y de haber, por tanto, mantenido ideas opositoras. Me declaro culpable de haber seguido mis impulsos sentimentales, que me han llevado a encontrarme en contradicción con la necesidad histórica. He prestado oídos a las lamentaciones de los sacrificados, haciéndome así sordo a los argumentos que demostraban la necesidad de sacrificarlos. Me declaro culpable de haber colocado la cuestión de la culpabilidad o la inocencia sobre la de la utilidad y la nocividad. Finalmente, yo me declaro culpable de haber puesto la idea del hombre por encima de la idea de la humanidad ... (Koestler, 2014: 223—224).

3.6 LAS CUATRO DIMENSIONES DEL GÉNERO EN *SOFIA PETROVNA*...

La dimensión *enunciativa* en Lydia Chukóvskaja se orienta hacia una visión más bien despolitizada del estalinismo, centrando su interés en el juicio a la inmoral concepción del régimen respecto a la condición humana y los valores que le son inherentes. Según hemos explicado, la no militancia socialista de la autora la distanció de

acusadores. Esto hubiera sido lo más fácil para un viejo rebelde, pero he vencido esta tentación. Con esto mi tarea acaba. He pagado: mi cuenta con la Historia está saldada. Pediros piedad sería ridículo. No tengo nada más que decir' ...” (Koestler, 2014: 287).

¹³⁵ Al respecto, M. Vargas Llosa expone que “(...) Rubashov tiene ahora, en su derrota, la ocasión de prestar un último servicio a la causa, mostrando a las masas que la oposición al Número Uno y al Partido es un crimen y los opositores unos criminales. Es preciso que lo haga de manera sencilla y convincente, capaz de ser asimilada por esos humildes campesinos y obreros a los que conviene inculcar esa ‘verdad útil’. Ellos no entenderían jamás las complicadas razones ideológicas y filosóficas que indujeron al viejo bolchevique a cuestionar la línea del Partido. En cambio, comprenderán en el acto si Rubashov, llevando hasta el límite la lógica de su actuación, da a sus errores las formas gráficas de la conjura terrorista, la complicidad con la Gestapo y otras infamias igualmente evidentes. Rubashov acepta, asume esos crímenes, es condenado y recibe un pistoletazo en la nuca convencido de haber llevado a buen término, como ha dicho Gletkin, la última misión que le confió el Partido ...” (2014: 14—15).

valoraciones relativistas acerca de un ideario comunista en el que nunca creyó, permitiéndole contemplar con lucidez la perversión latente de aquella ideología pretendidamente libertaria y fraternal. Mientras para algunos de sus compañeros generacionales (y de *género* literario, según lo planteamos) el estalinismo representaba una traición a los ideales originales de la Revolución, para Chukóvskaia, sencillamente, constituía una felonía hacia el ser humano en su más amplio sentido: nada, ni el más elevado ideal, justificaba la aniquilación física y simbólica del ser humano; era imposible construir un mundo nuevo y mejor sobre osamentas mal enterradas y muertos en vida que pululaban odiando y recordando, heridos en lo más íntimo hasta la locura. El encono de Chukóvskaia se dirigió, sobre todo, contra dos factores clave de la dictadura soviética: la propaganda y la censura, generadores de una sociedad incapacitada para distinguir entre hechos y proclamas políticas y de una *intelligentsia* castrada que no se atrevía a escribir una sola línea crítica. Las dos novelas de Chukóvskaia, *Sofía Petrovna* e *Inmersión*, buscaron exponer ficcionalmente los alcances psicológicos y morales de esas dos poderosas armas de coerción que ya Lenin había empleado y que Stalin convirtió en pilares inamovibles del Estado soviético.

En tal sentido, la dimensión *sintáctica* en *Sofía Petrovna* logra expresar fielmente la perspectiva humana de la autora respecto a la crueldad del régimen estaliniano. En el personaje de Sofía se concentra el magnetismo de toda la trama, y al seguir su arco dramático presenciamos el trance de todos los soviéticos que pasaron de la inocencia al martirio en apenas una noche. El texto se construye desde dos planos paralelos, el de los *ciudadanos* y el de los *condenados*; dichos planos, aunque muy diferentes cualitativamente, coexisten en el mismo espacio—tiempo y se retroalimentan: todos los admitidos como *ciudadanos* disfrutaban de una vida normal que, en cualquier momento, puede convertirse en arresto y condena. Así, cada *descendido* —entonces exciudadano—

constituye una advertencia para los aún inocentes, quienes se aferran ferozmente a la vigilancia, la delación y el repudio de los caídos. Esta es la trayectoria del personaje de Sofia, una mujer no comunista que ha aceptado de buena gana el poder soviético y cuyo hijo Kolia representa un producto ejemplar del sistema. Sofia vive en el paraíso de los ciudadanos ejemplares, acatando la ley y absorbiendo serenamente las pastillas propagandísticas que encumbran a la URSS como la concreción socialista de la paz y la justicia. No obstante, el arresto de Kolia marca el punto de inflexión que colapsa al mundo de Sofia, ahora presa de gran confusión al no poder armonizar la infalibilidad del Estado con la injusticia de su hijo arrestado. Este conflicto precipita a Sofia física, moral y psíquicamente hacia el mundo de los *condenados* y la despoja de su inocencia, haciéndola experimentar una lenta *anagnórisis* no realizada del todo: Sofia comprende lo que ha ocurrido con esos conocidos en apariencia honestos a quienes han arrestado o la actitud amarga de las mujeres que hacen cola durante días frente a la cárcel; no obstante, su mente aún se resiste a aceptar plenamente la expulsión del paraíso, por lo que se gesta en ella una incipiente locura edificada como un mundo alterno donde se encuentra en paz contemplando a un Kolia restituido y listo para ser feliz. Chukóvskaia no resuelve terminantemente la trayectoria de Sofia, lo cual sugiere un descenso no concluido del personaje: la quema de la carta que envía Kolia simboliza el umbral a otro submundo apenas imaginable, el de la locura mortal, especie de metáfora alusiva a la propia Unión Soviética.

En su dimensión *semántica*, *Sofia Petrovna* se configura simbólicamente según los temas arquetípicos de la *pérdida de la inocencia* y el descenso al *purgatorio*, que en la realidad estaliniana equivalía a deambular por los callejones de la burocracia legislativa, policial y penitenciaria. A través de dicho eje, Chukóvskaia modela un espacio ficcional similar a un cono que desciende inexorablemente hasta un ámbito inhabitable. Allí, en la

punta del cono, Sofia debe compartir lugar con miles de mujeres que peregrinan por toda clase de oficinas y cárceles en busca de información acerca de sus esposos, hijos, hermanos o nietos; estas mujeres representan uno de los aspectos más dolorosos del terror desatado entre 1935 y 1938. En la sociedad estalinista —asustada y cómplice—, divorciarse o denunciar no era suficiente para que las mujeres de los *enemigos del pueblo* salieran a flote; tanto ellas como *sus hombres* cargaron un anatema social solo eliminado parcialmente en quienes lograron sobrevivir a Stalin. Así, *Sofia Petrovna* se desarrolla como un réquiem al género femenino, combativo y abnegado frente al monstruo totalitario que le había secuestrado a sus afectos.

Poéticamente, *Sofia Petrovna* se concibe semejante al modelo chejoviano, en el que un personaje concentra el conflicto y todo lo demás gravita a su alrededor. Chukóvskaia ubica a Sofia en el centro del mundo, que en términos alegóricos podemos considerar el *paraíso* por su plácido transcurrir: un trabajo estable y reconocido, un hijo maravilloso, buenos amigos... alrededor de Sofia todo tiene sentido, incluso las desapariciones y arrestos; *son* culpables, gente que conspira contra esa felicidad colectiva que ella misma disfruta. En esa instancia, el mundo de Sofia extiende un radio corto y feliz, donde cada uno tiene lo que merece y ella lo tiene todo, en especial la satisfacción de un hijo destinado a hacer carrera en el Partido, elemento irónico si se considera el elevado costo humano de alcanzar ese *sueño soviético*. Sofia se siente orgullosa de la posición que su hijo Kolia ha alcanzado dentro del Komsomol y que lo distingue de personas como Natasha, vetada para ingresar a dicha organización debido a su origen burgués¹³⁶. El arresto de Kolia y su amigo Álik (también miembro de las Juventudes Comunistas) alega sobre la frágil

¹³⁶ “Natasha simpatizaba con el poder soviético, pero cuando hizo la solicitud de acceso para ser komsomol no la aceptaron [...] ‘Mi padre era coronel y propietario de una casa, así que, ya lo ve, no creen que pueda estar de su lado sinceramente —decía Natasha, entornando los ojos—. ‘Desde un punto de vista marxista, quizá tengan razón’ ...” (Chukóvskaia, 2014: 22).

posición de la militancia soviética: interminables horas de estudio, trabajo social y acatamiento riguroso de la disciplina partidista desde la niñez no protegieron a Kolia ni a otros militantes frente a las purgas; antes, fueron los primeros en caer. No obstante, en este punto, Sofía habita el *paraíso*, y su estado psíquico—espiritual es la *inocencia*; se encuentra en el epicentro de un cosmos ordenado por la propaganda oficial y su sempiterno mensaje de protección y vigilancia¹³⁷. Sin embargo, el esquema se invierte dramáticamente con el arresto de su hijo: entonces, ocurre un desorden cósmico que produce en Sofía la lenta *anagnórisis*, cuyo *crescendo* aumenta según va dejando de pertenecer al *paraíso*. Dicho *reconocimiento* empieza con la idea del *error* en el arresto de Kolia, un verdadero sinsentido, pues ¿cómo puede equivocarse un Estado autoproclamado infalible? Allí, poética y casi físicamente, el mundo de Sofía gira en torno suyo, y ella empieza a fantasear con el origen del error: las autoridades ven que han confundido el nombre de su hijo con el de un verdadero enemigo y, ofreciéndole las debidas disculpas al prometedor ingeniero komsomol, lo dejan partir a casa¹³⁸. Eso *ocurrirá*, porque en la URSS no se cometen injusticias como en los países capitalistas.

¹³⁷ “Ahora, a menudo Sofía Petrovna era la primera persona en leer, aún en forma de manuscrito, una nueva obra de la literatura soviética —un relato largo o una novela— y, si bien las novelas y los relatos soviéticos le parecían aburridos, pues hablaban mucho de batallas, de tractores, de talleres fabriles, y muy poco de amor, se sentía halagada de todos modos. Empezó a rizarse el cabello, prematuramente cano, y cuando se lo lavaba añadía un poco de añil al agua, para que no se le pusiera amarillo. Con un sencillo blusón negro —aunque ribeteado con un pequeño cuello de genuino encaje antiguo—, con un lápiz bien afilado en el bolsillo a la altura del pecho, se sentía eficiente, así como respetable y distinguida. Las mecanógrafas le tenían un poco de miedo y, a sus espaldas, la llamaban “la institutriz”. Pero la obedecían. Y ella quería ser severa pero justa ...” (Chukóvskaia, 2014: 11).

¹³⁸ “Sofía Petrovna se imaginaba a Kolia siendo conducido, bajo escolta, ante el juez instructor. Este sería un apuesto militar, cubierto de correas y bolsillos. ‘¿Es usted Nikolái Fomich Lipátov?’, le pregunta el militar a Kolia. ‘Soy Nikolái Fiodoróvich Lipátov’, le responde Kolia con aire digno. El juez instructor le echa una severa reprimenda al soldado de escolta y le presenta sus disculpas a Kolia. ‘¡Claro!’, dice. ‘¿Cómo es que no lo reconocí al instante? Usted es el joven ingeniero cuya fotografía vi recientemente en el *Pravda*. Disculpe, se lo suplico. Resulta que hay una persona con el mismo nombre que usted, Nikolái Fomich Lipátov, que es trotskista, un mercenario fascista, un saboteador...’, Sofía Petrovna estuvo despierta toda la noche esperando el telegrama. Cuando Kolia regresara a casa, a su residencia, y se enterara de que Álik había partido a Leningrado, iría inmediatamente a enviar un telegrama para tranquilizar a su madre. A las seis de la mañana, cuando ya se había reanudado el tintineo de los tranvías, se quedó dormida. La despertó un violento timbrado que pareció colársele directamente en el corazón. ¿Un telegrama? Pero no hubo un segundo timbrado ...” (Chukóvskaia, 2014: 79—80).

Sin embargo, el error no se verifica, y Sofia pasa de personaje pasivo a activo, pues necesita respuestas que no hallará en el *paraíso*. Así inicia su descenso al ámbito inframundano habitado por los *enemigos del pueblo*, enorme contingente humano otrora perteneciente al *pueblo* y ahora despojado de tal condición¹³⁹. Dicho descenso comprende tres niveles.

La dimensión *semántica* se va desarrollando desde el primer nivel del descenso de Sofia, el *físico*, iniciado cuando ella debe acudir adonde se suministra la información sobre los arrestados. Allí se ve obligada a mezclarse con las mujeres de los *verdaderos* culpables, lo cual revalida su estatus de *ciudadana* frente a ese enorme conglomerado que, no obstante, busca exactamente lo mismo que ella. Así puede apreciarse en el siguiente fragmento *reflexivo* (dimensión *verbal*):

“¡Y pensar que todas aquellas mujeres eran madres, mujeres e hijas de saboteadores, de terroristas, de espías! Y los hombres, el marido o el hermano...” Todos tenían un aspecto normal y corriente, como la gente que uno se encontraba en los tranvías o en las tiendas. Salvo que parecían cansados, mustios. “Me imagino qué desgracia debe ser para una madre enterarse de que su hijo es un saboteador”, pensaba Sofia Petrovna ... (Chukóvskaia, 2014: 86—87).

Cuando pasa de la repulsión a la socialización con las *otras* mujeres, Sofia va adquiriendo ciertos aprendizajes útiles para medir su propia situación, un proceso que pasa por la desmoralizante violencia burocrática sufrida en su debut frente a la taquilla de la prisión, tal como lo ilustra el siguiente fragmento *informativo* (d. *verbal*):

¹³⁹ “La noche pasada, en la cola, una mujer le había dicho a otra (Sofia Petrovna la había oído): ‘¡dices que volverá! Los que van a parar allí no vuelven jamás’. A Sofia Petrovna le habría gustado cortarla, pero prefirió no inmiscuirse. En nuestro país no mantienen presos a inocentes en la cárcel. Y sobre todo a patriotas soviéticos como Kolia. Se aclarará todo y lo dejarán libre ...” (Chukóvskaia, 2014: 100).

... —Quisiera saber... — empezó a decir Sofia Petrovna, inclinándose para ver mejor la cara del hombre de detrás de la ventanilla— sí mi hijo está aquí. El hecho es que lo arrestaron por error.

—¿Apellido? —la interrumpió el hombre.

—Lipátov. Lo han detenido por error y ya hace varios días que no sé...

—Cállese, ciudadana —le dijo el hombre, inclinándose sobre un cajón lleno de fichas—. ¿Lipátov o Lepátov?

—Lipátov. Quisiera ver al fiscal hoy mismo, o a cualquier otra persona.

—¿Letras? Sofia Petrovna no le entendió. ¿Cómo se llama?

—¿Ah, sus iniciales? N. F.

—¿N o M?

—N, Nikolái.

—Lipátov, Nikolái Fiódorovich —dijo el hombre, sacando una ficha—. Está aquí.

—Quisiera saber...

—No damos información. Se acabó la conversación, ciudadana. ¡El siguiente! Sofia Petrovna se apresuró a extenderle treinta rublos.

—¡No tiene derecho!” —dijo el hombre, apartando el billete—. “¡El siguiente! Apártese, ciudadana, no me impida trabajar.

—¡Váyase! —le susurraron a Sofia Petrovna desde atrás—. Si no, cerrará la ventanilla ... (Chukóvskaia, 2014: 90—91).

Después de la primera experiencia en ese *purgatorio*, Sofia vuelve a casa extenuada física y mentalmente, vapuleada por la irrealidad de aquella experiencia¹⁴⁰. Ella entiende la presencia en la URSS de enemigos agazapados, pero *sabe* que Kolia es incapaz de serlo porque lo crio ella misma; en ese momento la perspectiva del personaje de Sofia cambia, iniciándose su identificación con el submundo de los purgados y reconociéndose a sí misma estigmatizada socialmente, tal como se muestra en este fragmento que *denuncia* (d. *verbal*) el rechazo de la sociedad soviética a los familiares de los presos políticos:

...Los días siguientes, sin desayunar ni hacer la cama, Sofía Petrovna se iba de buena mañana a buscar trabajo. En los periódicos había muchos anuncios solicitando mecanógrafas. Las piernas se le habían vuelto pesadas como el plomo, pero durante todo el día se dirigía resignada a cada una de las direcciones. En todas

¹⁴⁰ “Sofía Petrovna llegó a casa pasadas las cinco. Allí se encontró con Álik y Natasha. Se desplomó sobre una silla y durante algunos minutos no tuvo fuerza ni para quitarse las botas y el abrigo. Álik y Natasha la miraban con aire inquisitivo. Ella les informó de que Kolia estaba allí, en la cárcel, en Shpalérnaia, y fue incapaz de explicarles por qué no había averiguado en relación con qué asunto lo habían arrestado ni cuándo obtendría autorización para verlo ...” (Chukóvskaia, 2014: 91).

partes le hacían una única e idéntica pregunta: “¿Hay represaliados en su familia?” La primera vez no la entendió: “parientes arrestados”, le explicaron. Tuvo miedo de mentir. “Mi hijo”, contestó. Y entonces resultó que en aquella institución no quedaba ni una vacante. Y en ningún lado había un puesto para ella [...] Ahora tenía miedo de todo y de todo el mundo. Temía al portero, que le dirigía una mirada indiferente y a la vez severa. Temía al encargado del inmueble, que había dejado de saludarla. (Ya no era la delegada del piso, en su lugar habían escogido a la mujer del contable). Temía como al fuego a la mujer del contable [...] Tenía miedo de pasar por delante de la editorial. Cuando volvía a casa después de sus estériles tentativas de encontrar empleo, tenía miedo de mirar la mesa de su habitación: ¿Acaso habían dejado allí una notificación de la policía? ¿La habían citado para quitarle el pasaporte y deportarla? Tenía miedo cada vez que sonaba el timbre: ¿Y si venían a confiscar sus bienes? ... (Chukóvskaia, 2014: 149).

Poco a poco, la acostumbrada estima a su alrededor se trastoca en hosquedad, la gente conocida no la acepta y su cotidianidad cae pesadamente en un ostracismo no decretado pero real. De esta forma, el tema de la *pedagogía del padecimiento* se desarrolla en la novela sobre el trasfondo de una sociedad modelada mediante el castigo no necesariamente justificado, donde la condena y la estigmatización funcionan como elementos moldeadores de la psique individual y, consecuentemente, de la conducta social. En este fragmento *acusatorio* (d. *verbal*) María Erástrovna, esposa del veterano militante Zajárov (exjefe de Sofia Petrovna en la editorial), le espeta a Sofia la realidad sobre todos esos supuestos traidores y saboteadores arrestados:

—¿Y piensa usted que alguna de estas mujeres —dijo haciendo un gesto hacia ellas con sus “billetes de viaje” en la mano— sabe dónde está su marido? Ya los han deportado, o los deportarán mañana u hoy mismo, a las mujeres también las enviarán al diablo sabe dónde, al infierno, y no tienen ni la menor idea de cómo volverán a encontrarse con sus maridos. ¿Cómo voy a saberlo?, nadie lo sabe, y yo tampoco.

—Hay que perseverar —respondió en voz baja Sofia Petrovna—. Sí aquí no se lo dicen, tiene que escribir a Moscú. O ir allí. Si no, ¿qué? Se perderán la pista el uno al otro. La mujer del director la miró de arriba abajo.

—Y, usted ¿Por quién está aquí? ¿Por su marido? ¿Por su hijo? —le preguntó con una furia tan intensa que Sofia Petrovna se arrimó instintivamente a Álik—. Pues bien, cuando envíen lejos a su hijo no tendrá más que perseverar y averiguará su dirección.

—A mi hijo no lo enviarán a ninguna parte —dijo Sofia Petrovna con un tono de disculpa—. La verdad es que él no es culpable. Lo arrestaron por error.

—¡Ja, ja, ja! —se echó a reír a carcajadas la mujer del director, articulando cuidadosamente las sílabas—. ¡Ja, ja, ja! ¡Por error! —y de pronto le cayeron Lágrimas de los ojos—. Pero si aquí están todos por error, ¿no lo sabe? ... (Chukóvskaia, 2014: 126—127).

Chukóvskaia nos sugiere que castigar y marcar a los *criminales contra el pueblo* construye una noción de justicia independiente del crimen, pues en realidad, el condenado soporta sobre sí una culpa *universal*, válida por todos aquellos que pudieran ser culpables: él sirve de ejemplo público para mostrar cómo son los criminales y qué debe hacerse con ellos lo cual, según propone la novela, dota de pleno sentido político al penoso espectáculo de las mujeres haciendo cola frente a las cárceles y al infierno personal del ostracismo que padecen personajes como Sofia Petrovna, la señora Kipárisova o Natacha Serguéievna, degradadas oficial y extraoficialmente en su humanidad. Esto plantea un enfoque diferente en la *disolución de la individualidad* como tema, ya que el Estado ha excluido a Sofia y sus compañeras de martirio del colectivo soviético para depositarlas en el de los *enemigos del pueblo*. seres casi anónimos pero infestos socialmente como lo fueron los leprosos en el medioevo; personas a las que, en las taquillas de la cárcel, apenas se les permite reconocer el apellido y el estatus penitenciario de sus familiares, cuyos simples nombres constituyen anatema.

El segundo descenso de Sofia es el *moral*, pues ya no se le permite *morar* donde los ciudadanos soviéticos respetables; el mundo ha cambiado para ella, aunque los lugares y las personas son los mismos. Este segundo descenso es sin duda el más cruel, porque supone que Sofia ha perdido la *inocencia soviética*, suficiente hasta entonces para convencerla de la justicia del mundo. Ahora resulta que, después de todo, el Estado sí castiga a inocentes como Kolia —símbolo de la pureza traicionada— sin determinar concretamente la sustancia punible. Nos encontramos frente al tema de la *condena*

inexorable: aunque Kolia y su madre Sofia ejemplifican el aparente triunfo del modelo soviético, sobre ellos planea el veredicto de una tiranía que ahora considera enemigos a sus vástagos más representativos. Esto hace de *Sofia Petrovna*... una tragedia estructuralmente chejoviana con matices de absurdo misticismo kafkiano: *estamos condenados y no sabemos por qué*, o expresado en clave soviética: *en la URSS de Stalin, ya somos culpables; solo aguardamos sentencia*. Sofia fracasa intentando racionalizar la situación, porque las explicaciones últimas, al igual que propone Kafka, solamente las tienen los entes reales pero inefables, en este caso el Estado y el Partido¹⁴¹. Con el siguiente fragmento *informativo* (d. *verbal*), Chukóvskaia expone la deliberada sordidez que el estalinismo había impuesto sobre el sistema penitenciario:

Había una sola cosa de la que no se había enterado durante esas dos semanas: ¿Por qué habían arrestado a Kolia? ¿Quién iba a juzgarlo y cuándo? ¿De qué lo acusaban? ¿Cuándo iba a terminar ese ridículo malentendido de una vez por todas y volvería a casa? En la oficina de información de la calle Chaikovski, el viejo de cara roja y bigotes felinos mirabas pasaporte y preguntaba: “¿Cuál es el nombre de su hijo? ¿Es usted su madre? ¿Y por qué no ha venido su mujer? ¿No está casado? ¿Lipátov, Nikolái? La instrucción está en curso”. Le lanzaba el pasaporte por la ventanilla y, antes de que Sofia Petrovna tuviera tiempo de abrir la boca, la portezuela mecánica retumbaba con estruendo y se oía un timbre que significaba: “¡El siguiente!”. Sofia Petrovna no tenía nada de qué hablar con la portezuela y, después de esperar un segundo, se iba. En el Ministerio Público, la señorita de cabello muy rizado y nariz puntiaguda, asomando de la ventanilla, decía atropelladamente: “¿Lipátov? ¿Nicolái Fiódorovich? El expediente aún no ha llegado al ministerio. Venga a preguntar dentro de dos semanas” ... (Chukóvskaia, 2014: 96-97).

¹⁴¹ “Su destino [el de Kolia] dependía de lo que ella le dijera ahora al fiscal. Caminaba jadeante, mientras preparaba su discurso. Le diría al fiscal que Kolia había ingresado en el Komsomol siendo un niño, casi contra la voluntad de su madre, en la escuela y en el Instituto Superior, hasta qué punto lo apreciaban en la fábrica, cómo lo habían elogiado en el *Pravda*. Era un magnífico ingeniero, un leal komsomol, un hijo ejemplar. ¿Cómo se podía sospechar que una persona así fuera culpable de actos de sabotaje o contrarrevolucionarios? ¡Qué absurdo, qué idea tan ridícula! Ella, su vieja madre, venía a testificar ante los jueces que eso no era cierto ...” (Chukóvskaia, 2014: 119—120).

De hecho, las interminables colas en la cárcel, así como los pasajes de Sofia frente a la taquilla de información y durante su breve y desdichada entrevista con el fiscal¹⁴², nos evocan las fábulas kafkianas *Ante la ley*, *La metamorfosis*, *La condena* o incluso el mismo *Proceso*. En *Sofia Petrovna...* todo ocurre y se desencadena, pero nadie sabe *por qué* ¿cuáles son los designios del poder supremo? Aquí se diferencia conceptualmente esta novela de las otras *NE*, pues Chukóvskaia recrea el trágico sinsentido del Terror sin intenciones de proponer explicaciones racionales o marxistas: ella poetiza la soledad y el dolor psico-físico que se sienten cuando los seres amados son arrancados del mundo por un poder omnímodo, brutal, ciego y sordo ante la súplica e insaciable en su apetito punitivo. Aunque la propaganda oficial intenta argumentar la necesidad de las purgas, el conocimiento íntimo de lo injustificado —al menos, para los ojos mortales— construye un escenario de sórdida irrealidad que abre el camino al tercer descenso de Sofia, el *psíquico*. Antes, sin embargo, Sofia aún tendrá una reserva de esperanza, encarnada en el mismísimo camarada Stalin, a quien años de culto propagandístico han enaltecido como la quintaesencia de la magnánima justicia soviética. Así, el motivo de *Stalin* aparece con una Sofia esperanzada en la intervención de aquel remoto juez supremo que ignora las injusticias cometidas por los encargados de impartir justicia en su nombre y en el del socialismo¹⁴³; esto la impulsa a escribirle hasta tres cartas al Padrecito Stalin exponiéndole la iniquidad cometida contra Kolia. Como respuesta, Sofia recibe una

¹⁴² Este fragmento *denuncia* (d. *verbal*) la brutalidad de los fiscales de Vyshinski y Yezhov durante el Gran Terror ““¿Todavía está aquí? ¿Qué quiere?” –le preguntó groseramente [el fiscal] Tsvetkov, después de colgar el teléfono. ‘Quisiera saber de qué pueden acusar a mi hijo’ –preguntó Sofia Petrovna, haciendo acopio de todas sus fuerzas para que no le temblara la voz—. ‘Siempre ha sido un komsomol irreprochable, un ciudadano honesto...’ ‘Su hijo ha confesado sus crímenes. La instrucción tiene su firma. Es un terrorista, participó en un acto de terrorismo. ¿Lo entiende?’ [...] ‘¿Y ahora cómo sabré dónde está?’ –Le pregunto desde la puerta. ‘¡No es asunto mío!’ ...” (Chukóvskaia, 2014: 130-131).

¹⁴³ “Álik la cogió del brazo con fuerza [a Sofia Petrovna] y la llevó a su casa. Delante de la puerta del piso, mientras ella buscaba la llave en el bolso, él empezó a decir otra vez: ‘Kolia no tenía nada que confesar, ¿es que lo duda o qué? Yo no entiendo nada, nada en absoluto. Solo hay una cosa que me gustaría hacer ahora: hablar con el camarada Stalin cara a cara. Que me explicara qué piensa de todo esto’ ...” (Chukóvskaia, 2014: 132).

misiva ilegible y sin remitente reconocible, metáfora alusiva a la falacia del culto a un líder autoproclamado *padre de todos los soviéticos* y que, en realidad, los ignoraba y perseguía:

Tumbada en la cama, [Sofia] reflexionaba sobre su próxima carta al camarada Stalin. Desde que habían arrestado a Kolia, le había escrito en tres ocasiones. En la primera, le pedía que revisara el caso de Kolia y que lo pusiera en libertad, porque no era culpable de nada. En la segunda, le pedía que la informaran de dónde estaba para que ella pudiera ir a verlo una vez más antes de morir. En la tercera, le suplicaba que le dijera una sola cosa: ¿estaba muerto o vivo? Pero no hubo respuesta. La primera carta la había echado al buzón; la segunda, la había enviado certificada y con acuse de recibo. El acuse de recibo le llegó al cabo de algunos días. En la columna: “Firma del destinatario” estaba escrito en minúsculas algo incomprensible: “... erian”. ¿Quién era el tal erian? ¿Le habían entregado la carta al camarada Stalin? El sobre llevaba la siguiente inscripción: “Personal. Entrega en mano” ... (Chukóvskaia, 2014: 155-156).

Sin esperanza, sola y marchita, Sofia no encuentra ningún aliciente en la realidad, una vez que el poder le ha bloqueado todos los caminos hacia Kolia¹⁴⁴. Entonces, su psique adolorida comienza a gestar el vástago de una existencia alterna, hermosa, donde el dolor moral se ha ido y Kolia ha vuelto un año después de su arresto. Sofia duerme y despierta en un *paraíso* mental a su medida, pequeño, confortable, sin fiscales ni tribunales; en él se solaza: cuerpo y mente derivan ingravidos, y la voz de Kolia resuena por los rincones. Su nuevo *paraíso* está pleno de humanidad; allí no pueden entrar la NKVD ni Stalin. Allí solo están ella y su hijo, flamante ingeniero de la Unión Soviética, única razón de su vida¹⁴⁵. El cosmos no se ha reordenado; simplemente, es un nuevo

¹⁴⁴ “Ahora casi no comía, sólo pan con té. No tenía hambre, y además tampoco disponía de dinero. Las provisiones para los paquetes eran caras. Para ahorrar no calentaba la habitación más que una vez a la semana. Por eso, en casa siempre llevaba un viejo abrigo de verano y mitones. Cuando tenía mucho frío, se metía en la cama. No había ninguna razón para limpiar en aquella habitación gélida, de todas maneras hacía frío y no era acogedora, y Sofia Petrovna ya no barría el suelo ni quitaba el polvo, solo hacía una excepción con los libros de Kolia, la radio y la rueda dentada ...” (Chukóvskaia, 2014: 155).

¹⁴⁵ “Sofia Petrovna volvió a la habitación y se sentó en el sofá. Necesitaba sentarse un rato en silencio, descansar de sus palabras y comprenderlas. A Kolia lo han puesto en libertad. Han dejado libre a Kolia. Desde el espejo la miraba una mujer arrugada con el cabello gris verdoso, cano. ¿La reconocería Kolia

cosmos. A decir verdad, resultaría impreciso afirmar que Sofia desciende a la locura; en su caso, hablamos más bien del ascenso a una nueva existencia, justa y piadosa:

“Hoy he recibido otra carta” —contó Sofia Petrovna en la cocina a la mañana siguiente—. “Imagínense, el director de la fábrica ha nombrado a mi hijo su ayudante. Su mano derecha. El Comité Sindical le ha pagado un viaje a Crimea, la naturaleza es allí exuberante, estuve cuando era joven. Y al volver se casa. Con una joven komsomol. Se llama Liudmila, un nombre bonito, ¿verdad? La llamaré Mílochka. Lo estuvo esperando un año entero, aunque tenía muchos otros pretendientes. Nunca creyó las cosas malas que decían de él.” —Sofia Petrovna dirigió una mirada triunfal a la mujer del contable, de pie junto a su hornillo Primus—. “Y ahora se casará con ella cuando regrese de Crimea” ... (Chukóvskaia, 2014: 167).

Chukóvskaia nos está hablando de ella misma y del ánimo que compartió con millones de mujeres, quienes solo tuvieron en su mente el único refugio para tanto sufrimiento. Así, la paulatina *locura* de Sofia es metáfora del *vivir hacia adentro*, expresión tan frecuente entre aquellos que experimentaron el totalitarismo: existencia forjada de intangibles, recuerdos mezclados con deseos, afectos arrancados, venganzas imaginadas en voz baja... es el universo del orden comisarial, donde los vivos, los muertos y los proscritos conviven en régimen de presentación, huérfanos de los más elementales derechos humanos. Sin duda, Chukóvskaia se propuso mostrar el fraude histórico que había significado la Revolución y su hermosa promesa de justicia y equidad como alternativa a la tiranía zarista; aquí, en medio del Terror y con Sofia casi demente, el *tema de la traición al ideario bolchevique original* sugiere irónicamente la imposibilidad conocida por los patriarcas revolucionarios de armonizar justicia igualitaria, individualidad y supremacía hegemónica, todos ellos valores loados y proclamados desde 1917. Necesariamente, uno de los tres acabaría imponiéndose sobre

cuando volviese? Escrutó la profundidad del espejo hasta que todo empezó a flotar ante sus ojos y ella dejó de entender dónde estaba el sofá real y donde el reflejo ...” (Chukóvskaia, 2014: 164).

los demás, y el mismo Lenin lo sabía. En tal sentido, la carta postrera de Kolia a Sofia, una verdadera *denuncia* contra el sistema (d. *verbal*), retrata el verdadero paradero moral y jurídico de la Revolución:

¡Querida mamá!

Estoy vivo y un alma compasiva ha aceptado enviarte esta carta. ¿Cómo estás? ¿Dónde están Álik y Natalia Serguéievna? Pienso sin parar en vosotros, mis seres queridos. Me da miedo pensar que quizá ya no vivas en casa, que vivas en otra parte. Querida mamá, todas mis esperanzas están depositadas en ti. Mi sentencia se basó en las declaraciones de Sascha Yártsev, ¿Te acuerdas de él? Era un chico de mi clase. Confesó que me había captado para formar parte de una organización terrorista. Y yo también me vi obligado a confesar. Pero es mentira, nunca he estado en una organización de ésas. Mamá, el juez instructor Yershov me golpeó, me pateó, y ahora estoy casi sordo de un oído. He escrito desde aquí muchas peticiones, pero todas sin respuesta. Escribe tú en mi nombre una carta, como vieja madre que eres, y en tu carta expón los hechos. Tú sabes bien que desde que acabé la escuela no volví a ver ni una sola vez a Sascha Yártsev, pues él iba a otro instituto. Y en la escuela nunca fuimos amigos. A él también, seguramente, le dieron una paliza. Te mando un beso muy fuerte, saluda a Álik y a Natalia Serguéievna. Mamita, date prisa, porque aquí no sobreviviré mucho tiempo. Te mando un beso fuerte. Tu hijo, Kolia ... (Chukóvskaia, 2014: 169—170).

Este testimonio de Kolia le confirma al lector lo que significó para millones de inocentes la sentencia del omnipotente Estado soviético. Aquí, el *motivo* del *interrogatorio-confesión* irrumpe con variada abyección respecto a otras *NE*: ya no estamos frente al viejo militante purgado, cuya docilidad al confesar crímenes falsos pretende cumplir un último servicio al Partido, sino que asistimos a la tortura física y moral infligida a personas sin delito alguno que *confiesan* para detener el castigo.

A pesar de tener dos mundos solapándose en su mente, la misiva de Kolia puso otra vez a Sofia sobre la realidad mundana, insuflándole nuevos bríos para liberar a su hijo: basándose en la carta, ella planea escribir formalmente una petición dirigida al Estado, iniciativa que, no obstante, se trunca cuando la señora Kipárisova le explica las muy perjudiciales consecuencias de dicha acción:

“¿Ya ha escrito la petición?” “No.” “¿Pues no la escriba!” —Le susurró Kipárisova, acercando a la cara de Sofía Petrovna sus inmensos ojos rodeados de manchas amarillas “¿No escriba, por el bien de su hijo! Ese tipo de carta le costará caro. Tanto a usted como a él. ¿Cree usted que se puede escribir que un juez instructor ha golpeado a alguien? Es algo que ni siquiera se puede pensar, imagínese ya escribirlo. Se han olvidado de deportarla, pero si les escribe se acordarán de usted. Y a su hijo también lo enviarán aún más lejos. ¿A través de quién envió esta carta? Y los Testigos, ¿Dónde están? ¿Cómo lo va a demostrar?” —Recorrió con una mirada demente el cuarto de baño—. “No, por Dios, no escriba nada” ... (Chukóvskaia, 2014: 172).

La quema de la carta se transforma en símbolo doloroso de las últimas esperanzas perdidas y, en un sentido más íntimo, del último objeto vivo que unía a madre e hijo¹⁴⁶. Con este final abierto vislumbramos la desaparición de Kolia y el arreón final de una locura que extinguirá la vida de Sofía, así como terminaron las existencias de la pobre Natacha y de Álik, quien correrá la misma suerte de Kolia por negarse a denunciarlo. Este final, carente de compasión y justicia, certifica ficcionalmente la violenta traición del estalinismo a la parte más inocente y noble del tejido social soviético: sus jóvenes y sus mujeres, reserva más tierna de los ideales socialistas. Aquí es inevitable recordar *La madre* (1907) de Maksim Gorki y su final también abierto, con Pelagia Nílovna, madre del revolucionario deportado Pável Vlasov, siendo torturada por la policía zarista; la ironía resulta insoslayable: ambas madres, Pelagia y Sofía, se encuentran en similar posición, solo que a esta última la martiriza el poder estalinista al que Gorki tanto vitoreó. A ambas, elipsis mediante, van dirigidos los versos de Anna Ajmátova en *Réquiem*:

¹⁴⁶ “Ya había oscurecido del todo. Sofía Petrovna se levantó para encender la luz, pero no conseguía encontrar el interruptor. ¿Dónde estaba el interruptor en esa habitación? ¿Es que no lo recordaba? Buscó a tientas en las paredes, tropezando con los muebles que había movido para hacer la limpieza. Lo encontró. Y enseguida vio la carta. Arrugada, chafada, se abarquillaba sobre la mesa. Sofía Petrovna sacó unas cerillas del cajón. Encendió una y prendió fuego a una esquina de la carta. El papel ardió retorciéndose lentamente y enrollándose sobre sí mismo. Se plegó por completo y le quemó los dedos. Sofía Petrovna lanzó la llama al suelo y la pisoteó ...” (Chukóvskaia, 2014: 173).

Esta mujer padece de tristeza,
esta mujer se siente sola.
Su esposo yace en la tumba,
y su hijo está en la prisión. Recen
por ella (2000: s/p).

COROLARIO:

LA NOVELA DEL ESTALINISMO DESPUÉS DE STALIN¹⁴⁷

Mi generación creció entre padres que habían vuelto del Gulag o la guerra... lo único de lo que podían hablarnos era de la violencia, o de la muerte. No eran padres risueños, ni locuaces. Y todos bebían sin parar... Eso acabó matándolos. Los otros, los que no habían estado presos, vivían con el miedo en el cuerpo. Y aquello no duró un mes o dos: ¡vivieron años enteros con el miedo a ser detenidos en cualquier momento!

El fin del "Homo sovieticus". Anónimo entrevistado por Svetlana Aleksievich, 2013.

Durante la era postestalinista, la *Novela del Estalinismo* vivió una nueva etapa, con obras en las cuales se reeditan las dimensiones *enunciativa, sintáctica, semántica y verbal* estudiadas en el Capítulo Tres y que, sin duda, mantienen vigente el principio de *genericidad* que las vincula. No obstante, este periodo marcó también un cambio de estatus para el subgénero, debido principalmente a que sus autores fueron escritores soviéticos que vivieron y escribieron en la URSS, a diferencia de lo ocurrido con las *NE* de los años 30 (exceptuando el caso de Lydia Chukóvskaia). Esto circunscribe a las *NE* del periodo postestalinista —concretamente llamado *deshielo*— al estricto campo analítico de la literatura soviética, lo cual se confirma al revisar las vicisitudes políticas que sus obras y autores compartieron con el resto de la literatura coetánea. Así, las *NE* producidas durante el *deshielo* pueden catalogarse sin problemas como novelas soviéticas *antiestalinistas* o *antiestalinianas*. La crítica Helen von Ssachno explica que

¹⁴⁷ Este Corolario constituye el avance de una investigación en curso mucho más amplia sobre el subgénero de la *Novela del Totalitarismo* después de la era estalinista.

(...) la literatura antiestaliniana se ve favorecida y contenida a la vez por dos impulsos: de una parte, la leyenda oficial del malvado Stalin, del Partido bueno y de la indestructible pureza de la idea; de otra, el fenómeno irracional y por ello en término [*sic*] incontrolable de la desestalinización, como confrontación moral [...] con el pasado. Rechaza toda burda simplificación y aspira a la supresión de los abusos incardinados en el sistema, a una revisión en el sentido de reconocer culpabilidades frente a quienes fueron sacrificados y a implantar un nuevo orden que, tanto ayer como hoy, pretende ser la fase final y universal de todos los sistemas históricos ... (1968: 371).

Por ello, resulta importante señalar las diferencias entre las *NE* del periodo estaliniano y estas producidas durante el *deshielo* en cuanto al enfoque enunciativo y el propósito general de las obras. Según hemos expuesto en los capítulos precedentes, las novelas de Jiří Weil, Victor Serge, Arthur Koestler y Lydia Chukóvskaja se planteaban, ante todo, generar una denuncia capaz de alarmar a los lectores occidentales sobre la deriva totalitaria —y, particularmente, respecto al Gran Terror— que había experimentado la Unión Soviética en los años 30. Sin embargo, las *NE* postestalinistas se contextualizan después de la Segunda Guerra Mundial e, incluso, luego de la muerte de Stalin, provocando un cambio de perspectiva general en la cual los hechos narrados buscan, por una parte, hallarle explicaciones al furor criminal del periodo anterior y, por otra, fundar una memoria literaria mediante la expresión de sentimientos y recuerdos emanados de aquellos años. El resultado fue una *NE* menos política y más *humanista*, donde el debate marxista acerca de la auténtica moral revolucionaria se disuelve temáticamente en favor de un criticismo cuyos tópicos apolíticos referidos a una justicia humana y social —no socialista— hallarían claros antecedentes en *El caso Tuláyev* y *Sofía Petrovna*. De hecho, es muy probable que esta suerte de atmósfera narrativa *desideologizada* le resultara al Partido más alarmante que los propios temas y argumentos novelescos, pues para el poder totalitario constituye una clara señal de peligro el que los autores se distancien moral e intelectualmente de la ideología y terminen banalizándola

en sus escritos, como de hecho sucedió en *NE del deshielo* como *Todo fluye*, *La quinta esquina* o *El primer círculo*. Esto representaba claramente el reverso de toda la literatura fraguada con tanto esmero político en los hornos del *realismo socialista*.

I. CONTEXTO: LAS ESPERANZAS PERDIDAS

Iósif Stalin murió anciano en su *dacha* de Kúntsevo el 05 de marzo de 1953. Apenas ocurrido el deceso de quien tiranizó al pueblo soviético durante veinticinco años, diferentes personalidades otrora sumisas a la voluntad del Jefe empezaron a tramar cómo sería el *día después*, una disyuntiva que básicamente tenía dos posibilidades: continuismo o quiebre. Sin embargo, la decisión no fue tan difícil, pues tanto los miembros del Politburó como el Alto Mando del Ejército Rojo deseaban acabar con las constantes amenazas de purga que planeaban sobre ellos y, en consecuencia, poder disfrutar de unas cotas de poder hasta entonces restringidas por el amo ya fallecido. Esta intención quedaba manifiesta con el rápido arresto de Lavrenti Beria, quien dirigía la NKVD desde 1938 y tenía la intención de mantener su posición de poder merced al control de los órganos represivos. Beria representaba el continuismo del régimen estalinista en tanto que sistema articulado mediante la amenaza y el castigo a todos los estamentos que componían la estructura del Estado y la sociedad en general, por lo que su ejecución el 23 de diciembre de 1953 parecía anunciar el comienzo de una nueva era en la historia soviética. Sin embargo, según explica Robert Service, la eliminación del estalinista Beria se realizó, irónicamente, con la *clásica* fórmula estaliniana: Beria había sido sentenciado a muerte antes del juicio sumarial, bajo el absurdo cargo de ser espía británico, un crimen que

Yezhov y él mismo habían imputado miles de veces a otros condenados durante el Terror (Cf. 2000: 316).

Por su parte, algunos viejos dirigentes del Partido, entre los que destacaba Nikita Jruschov, consideraban que un conjunto moderado de reformas y aperturas atenuarían la impronta estaliniana y renovarían la imagen del sistema ante el pueblo y la comunidad internacional. Así, aunque los objetivos de la *nueva* URSS no difirieran mucho respecto a los del periodo anterior (sistema de Partido e ideología únicos; economía planificada; control de la administración pública y su personal; dominio soviético sobre Europa del Este y proyección del influjo comunista en la política internacional), sí se imponía la idea de una necesaria reestructuración en el modelo de control y regulación de toda la sociedad (Cf. Service, 2000: 313). Esto fue muy bien comprendido por Jruschov, para entonces secretario del Comité Central del Partido, cuya ambición lo impulsó a abrir un proceso de revisión del periodo recién concluido que le ofreciera cierta limitada información a un pueblo que pasaba, paulatinamente, de la perplejidad por la muerte del máximo líder a preguntar sobre la feroz represión, las purgas y los *gulags*. Jruschov sabía que quien fuera capaz de darle respuestas al pueblo sobre el pasado inmediato, obtendría el apoyo de todos los estamentos influyentes del régimen (burocracia, ejército, Partido), por lo que inició una aparente *desestalinización* del sistema denunciando los crímenes de su antiguo jefe en el XX Congreso del Partido Comunista. Jruschov señaló a Stalin como máximo responsable de toda la represión y las arbitrariedades judiciales a las que fueron sometidos los viejos militantes comunistas que se le oponían (sin apenas interesarse en la opresión al pueblo), de la corrupción burocrática del régimen o de la cultura belicista instaurada en la sociedad que había hecho de la URSS una potencia hostil a los ojos de la comunidad internacional (Cf. García de Cortázar, 458-459). Este hecho dio inicio a una nueva etapa del comunismo soviético, con un régimen que intentaba reingresar al concierto de las

naciones como un país amistoso, al tiempo que amagaba con flexibilizar las relaciones sociales dentro de sus fronteras. A esta nueva política se le bautizó con el nombre de *deshielo*. Según expone Helen von Ssachno,

(...) el concepto de “deshielo” designa dos tendencias que están en mutua mutación, depende recíprocamente la una de la otra: y hasta se condicionan una a otra: el anhelo de emancipación de la sociedad soviética, que, a no ser que nos remontemos al terror de las masas en tiempo de Stalin, ya no se deja regir por el reglamento de un despotismo totalitario a base de un solo Partido, y paralelo a él, el afán del Partido por interceptar este proceso de socavación y debilitamiento ideológico por medio de un alternar constante de concesiones y compromisos con decretos y reformas coactivas. Ambos procesos juntos producen aquel clima de intranquilidad que en la literatura se puede percibir con mucha mayor claridad que en otros campos, ya que en ella hacen su aparición, traducidos emocionalmente, lo irracional y lo pragmático, la comunicación y el cálculo, la oposición y la defensa ... (1968: 12).

Sin embargo, *deshielo* fue una denominación tomada del título de una novela escrita por Ilya Ehrenburg y publicada en 1954¹⁴⁸, cuya trama coral aborda la vida soviética en los años postreros del estalinismo según la premisa de que la condición humana (esto es, sentimientos, individualidad, albedrío) es tanto o más importante que los principios ideológicos que rigen la vida socialista, lo cual entraña una denuncia algo tibia pero evidente respecto a los años del Terror y a los indicios de una nueva oleada purgatoria que se fraguaba después de la Segunda Guerra Mundial. En consonancia con sus planes a corto plazo, el Partido autorizó la publicación de esta novela que disfrutó de una muy

¹⁴⁸ Al respecto, Wolfgang Kasack explica que “(...) the death of Stalin on 5 March 1953, by temporarily unsettling the Party and government leadership in the Soviet Union, gave both hope and certain possibilities of development to the liberal forces. The title of Il’ya Orenburg’s short novel *Ottepel’* 1954 (Eng. *The thaw*, 1955) gave its name to this period, whose distinct phases (and the corresponding frosty reactions) set the tone of cultural development until 1964 –that is to say until the fall of Khrushchev ...” (1989: 25). (“La muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953, al desestabilizar temporalmente la dirección del Partido y del gobierno en la Unión Soviética, dio esperanza y ciertas posibilidades de desarrollo a las fuerzas liberales. El título de la novela corta de Ilya Orenburg de 1954 *Ottepel’* [*El deshielo*, 1955] dio su nombre a este periodo, cuyas distintas fases (y sus correspondientes heladas reacciones) marcaron el tono del desarrollo cultural hasta 1964, es decir, hasta la caída de Jruschov.” Traducción propia).

positiva recepción entre escritores y lectores, quienes vieron en ella un claro desmarcaje respecto a la rígida prescripción oficial del *realismo socialista*, aún indiscutido. Así, y más allá de sus méritos literarios, *El deshielo (Ottepel)* causó gran influencia psicológica y cultural como piedra de toque para una reformulación estilística y temática de la literatura soviética, gracias al empuje de una nueva intelectualidad que buscaba iluminar —y, en última instancia, denunciar— el oscuro periodo recién concluido. Según Marc Slonim,

(...) los efectos del deceso de Stalin se sintieron casi en seguida; numerosos escritores, liberados de las cárceles y de los campos de concentración, volvieron a sus casas; la actitud de la censura se hizo menos rigurosa; en la prensa hicieron una tímida aparición ciertos temas prohibidos; las discusiones se encendían en las reuniones de escritores; por primera vez en muchos años, artistas bien conocidos hacían audaces declaraciones. “Los problemas de la creación no pueden resolverse con temas burocráticos”, declaró Aram Jachaturián, el compositor. Ehrenburg recordó a sus lectores, en el número de octubre de *Znamia (La Bandera)*, que en el arte las estadísticas no desempeñan el mismo papel que en la industria y que Chéjov y Gorki escribieron lo que querían y cuando querían sin el acicate de los funcionarios y de las Uniones de Escritores. De todas partes llegaban pruebas de la insatisfacción de los escritores con el estado de cosas y con la producción literaria del momento ... (1974: 358—359).

Así, para mediados de los años 50, en la sociedad soviética coexistían diversas corrientes que, según sus propias visiones de *clase*, demandaban al poder distensiones en las vías de la opinión y la creación. Dichas fuerzas sociales aspiraban a obtener respuestas sobre el pasado reciente y cuotas de libertad expresiva que les permitieran hablar y *escribir* sobre ello:

En la opinión pública soviética se pueden observar dos corrientes. La una procede de la élite intelectual y aspira a una emancipación espiritual, a una adaptación de la concepción del arte que podríamos llamar victoriana a las circunstancias modernas, de las que son tan imparcialmente esclavos en los campos de las ciencias naturales y de la técnica; a una ampliación de la visión del mundo, tan ideológicamente

limitada; a la liberación de las disciplinas humanísticas de la concepción doctrinal; al libre desarrollo del espíritu en ámbitos ajenos al Partido y al Estado; en suma, a una revisión de toda la situación espiritual. La otra proviene de la totalidad del pueblo y exige explicación sobre el pasado político y también, de una manera indirecta, cuentas sobre el presente político. En la literatura se unen ambas tendencias —imposible separar la una de la otra ... (Ssachno, 1968: 13).

Ambas corrientes, la intelectual y la popular, parecían generar el impulso social necesario para que el Partido se decidiera a desmontar definitivamente el rígido aparataje censor heredado del estalinismo y permitiera la libre expresión temática y poética, aceptando por fin que la crítica hacia aspectos negativos del sistema no equivalía, obligatoriamente, a ser un *enemigo* del socialismo¹⁴⁹. Sin embargo, como explica Helen von Ssachno, las fuerzas progresistas chocarían con la postura escéptica y conservadora de la dirigencia partidista, que no estaba ganada a la idea de una apertura total de las libertades artísticas. En medio se encontraba Jruschov quien, según hemos mencionado, estaba decidido a capitalizar el clima social antiestalinista para fortalecer su imagen de líder justiciero, mientras abandonaba furtivamente las vestiduras de su eficaz rol dentro del círculo íntimo de Stalin:

¹⁴⁹ Sobre las aspiraciones del gremio de escritores acerca del aperturismo a inicios del *deshielo*, Kasack cuenta que "(...) after a break of twenty years, a Writers' Congress was again organized in 1954, but only a few of the liberal-minded writers were allowed to speak. It was Veniamin Kaverin who most clearly expressed what, in the prevailing circumstances, were considered to be the minimal freedoms for literature. He depicts a literature of the future, in which "a writer's development is determined by strong and independent criticism"; "publishers fearlessly defend literary works" (against censorship); "personal relationships play not the slightest part"; and "no comment of any kind, be it ever so influential, can bar the way for a work; for the fate of a book represents the fate of a writer, and the fate of a writer must be treated with consideration and kindness ..." (Kasack, *Op. Cit.*: 26). ("Después de una pausa de veinte años, se organizó de nuevo un Congreso de Escritores en 1954, pero solo se le permitió hablar a unos pocos de los escritores con mentalidad liberal. Fue Veniamin Kaverin quien expresó con más claridad lo que, en las circunstancias imperantes, se consideraban las libertades mínimas para la literatura. Él describe una literatura del futuro, en la que 'el desarrollo de un escritor está determinado por una crítica fuerte e independiente'; 'los editores defienden sin miedo las obras literarias' {contra la censura}; 'las relaciones personales no juegan el más mínimo papel'; y 'ningún comentario de cualquier tipo, por muy influyente que sea, puede obstaculizar el camino para una obra; porque el destino de un libro representa el destino de un escritor, y el destino de un escritor debe tratarse con consideración y amabilidad'." Traducción propia).

Bajo la dirección robusta y pragmática de Jruschov, la exigencia de la élite intelectual siguió siendo para el Partido tan inconcebible como antes. La autonomía y libertad que, por motivos de autoconservación en el poder político, tuvo que conceder a las ciencias naturales, sobre todo la física, no las podía permitir a las ciencias del espíritu, y a las artes, respecto a su posibilidad de comunicación, si no quería ver en peligro su propio influjo sobre las masas. Otra cosa era el deseo del pueblo de revisión histórica. El afecto antiestaliniano del pueblo y de la “inteligencia” era un aliado demasiado valioso de Jruschov en su enfrentamiento con la ortodoxia del Partido como para que no fuesen posibles eventualmente ciertas alianzas tácticas —tales los casos de Yevtuschenko y Solzhenitzyn— con los representantes del liberalismo soviético o con aquella élite antiestaliniana que actuaba en segundo plano, y sobre cuya existencia apenas se sabe nada ... (Ssachno, *Op. Cit.*: 13-14).

Esta pugna de fuerzas resultó en una distensión calculada y, al final, obturada considerablemente por el régimen y el propio Jruschov, quienes vieron necesario el retorno a la censura para controlar la opinión pública y afianzar la hegemonía del Partido. El punto de inflexión se produjo en 1962, con la aparición de la novela *Un día en la vida de Iván Denísovich* escrita por el exprisionero del gulag Aleksandr Solzhenitsyn:

Published with the approval of Party leader Khrushchev, it was the first literary work to report honestly on a Russian prison camp, on its slave labour and on the arbitrary sentences. It was also, for its literary merit, proposed for the Lenin Prize in 1964. The success of the conservatives in blocking this choice marks the end of a period of false hopes ... (Kasack, 1989: 28—29)¹⁵⁰.

De esta manera, lo que en principio se presentaba como el relato de una jornada cotidiana para un preso del gulag, terminó detonando un verdadero revuelo en aquella sociedad ávida por leer, conocer y entender; la franqueza literaria de *Iván Denísovich* inició toda una tendencia de la narrativa rusa, que deseaba abrir las rejas del gulag para así construir al nuevo héroe literario, quien ya no sería el valiente soldado de origen

¹⁵⁰ “Publicada con la aprobación del líder del partido, Jruschov, fue la primera obra literaria en informar honestamente sobre un campo de prisioneros ruso, su trabajo esclavo y las sentencias arbitrarias. También, por su mérito literario, fue propuesto para el Premio Lenin en 1964. El éxito de los conservadores en bloquear esta elección marca el final de un período de falsas esperanzas.” Traducción propia.

proletario e hiperideologizado de la literatura oficial estalinista, sino “el hombre que sufre, la víctima, el humillado, el pisoteado en su dignidad humana” (Ssachno, *Op. Cit.*: 371). Ante este panorama, Jruschov tuvo miedo de perder el control y decidió desviar su actitud liberal condenando públicamente al nuevo subgénero novelístico¹⁵¹ que se estaba precipitando en la narrativa soviética¹⁵². Así, líder declaró el 08 de marzo de 1963 durante una exposición de arte en Moscú:

Quisiera tocar un problema que se relaciona con la forma de tratar en la literatura el periodo de culto a Stalin. Se dice que en las redacciones de las revistas y en las editoriales afluye un verdadero torrente de manuscritos sobre la vida que los hombres llevaban en el destierro, en las cárceles, en los campos de concentración. Repito una vez más: es este un tema muy peligroso y un asunto difícil. Cuanto menos responsables son con respecto al hoy y al mañana de nuestro país y del Partido, con tanto mayor afán se lanzan sobre este tema los amantes de “lo dudoso”, los que siempre están a la caza de sensacionalismos. Hay que obrar con prudencia. Si todos los escritores escribieran únicamente sobre este tema, ¿qué literatura sería ésta? ... (en Ssachno, *Op. Cit.*: 370—371).

Estas palabras de Jruschov anunciaban una reedición de la censura literaria al modo estalinista: allanamientos residenciales; confiscación o destrucción de manuscritos; restricciones para publicar (cuando no prohibición); intervención política de originales; ostracismo y descrédito oficiales acompañado de veto para aceptar reconocimientos y galardones internacionales. Estos métodos coercitivos fueron aplicados sobre notorios personajes de las letras rusas, entre quienes destacaron Vasili Grossman, Boris Pasternak,

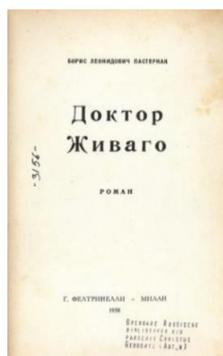
¹⁵¹ Este subgénero no sería la *NE*, sino uno que abordaría directamente la situación en los campos de concentración soviéticos y el cual podría denominarse sin problemas *Novela del Gulag*.

¹⁵² En tal sentido, Kasack comenta que “(...) the effort to free themselves from Stalinist dictatorial politics united a variety of tendencies in the land; at the end of the day however it was the fear of the leadership –that the admission of free critical expression in literature and art would open the door to criticism of the Party and of the system itself— that was to be decisive ...” (*Op. Cit.*: 25). (“El esfuerzo por liberarse de la política dictatorial estalinista unió una variedad de tendencias en el país; Al fin y al cabo, sin embargo, era el temor del liderazgo lo que iba a resultar decisivo: que la admisión de la libre expresión crítica en la literatura y el arte abriera la puerta a la crítica del Partido y del propio sistema.” Traducción propia).

Andréi Siniavski y Yuli Daniel (estos dos últimos, víctimas del infame juicio por supuesta “promoción de literatura antisoviética” fuera de la URSS). Contra Boris Pasternak se desató una verdadera campaña oficialista de repudio por su novela *El doctor Zhivago*¹⁵³, la cual desembocó en la prohibición de viajar a Estocolmo para recibir el premio Nobel de Literatura en 1958.¹⁵⁴.



40
Primera edición de *El deshielo*,
1954.



41
Edición de *Doctor Zhivago* en
tamizdat. Milán, 1958.



42
Primera edición de *Un día en la
vida de Iván Denisovich*, 1962.

¹⁵³ Sobre *Doctor Zhivago*, Wolfgang Kasack expone que “(...) after enduring forty years of repression, a great and independent poet [Pasternak] questioned anew the purpose and consequences of the Revolution; truthfully described the devastation of the country, the senseless killing, the calculated extermination of the upper classes; and described the via dolorosa trodden by a man who preserved his spiritual independence. In a complex treatment, rich in symbols, Pasternak relates the life of a doctor and poet from the beginning of the century until 1929. The significance of chance in the ordering of a life’s destiny is clarified in the ending, the epilogue, and the appendix of poems. Zhivago’s death from want of air is, finally, an indictment of intellectual suffocation; his survival in the minds of his friends and in his poems is a declaration of the primacy of spiritual and religious values ...” (*Op. Cit.*: 36) (“Luego de soportar cuarenta años de represión, un gran poeta independiente cuestionó nuevamente el propósito y las consecuencias de la Revolución; describió con veracidad la devastación del país, la matanza sin sentido, el exterminio calculado de las clases altas; y describió la vía dolorosa que transitó un hombre que conservó su independencia espiritual. En un tratamiento complejo, rico en símbolos, Pasternak relata la vida de un médico y poeta desde principios de siglo hasta 1929. El significado del azar en el ordenamiento del destino de una vida se aclara en el final, el epílogo y el apéndice de los poemas. La muerte de Zhivago por falta de aire es, finalmente, una acusación de asfixia intelectual; su supervivencia en la mente de sus amigos y en sus poemas es una declaración de la primacía de los valores espirituales y religiosos.” Traducción propia).

¹⁵⁴ De la campaña orquestada contra Pasternak fue testigo el notable escritor albanés Ismail Kadaré cuando estudiaba en el Instituto de Literatura Maksim Gorki de Moscú. En su libro *El ocaso de los dioses de la Estepa* (1978) escribió: “Veinticuatro horas más tarde [de la concesión del premio Nobel] la campaña contra Boris Pasternak proseguía en toda la URSS. En la radio, a partir de las cinco de la mañana y hasta la medianoche; las emisiones televisivas; en todos los periódicos y revistas, incluyendo las infantiles, abundaban los artículos y ataques contra el escritor renegado. Se publicaban o se transmitían sin descanso telegramas, cartas, protestas, declaraciones de obreros, de koljosianos, de unidades militares, de la intelectualidad creadora y en particular de los escritores [...] La mayor parte de los integrantes de nuestro curso habían enviado ya sus declaraciones y se mantenían a la espera de que fueran publicadas, incluyendo a Taburokov, quien aún creía que el premio Nobel era concedido por el gobierno americano en colaboración con los judíos de Nueva York; y Maskiavicius, quien la noche anterior me había dicho que Pasternak, aunque fuera un miserable, valía cien veces más que todo el resto de los desechos de la literatura soviética ...” (2009: 155).

Así, lo que parecía ser el albor de una reinención comunista de la sociedad y la literatura mediante cierta descompresión en las estructuras totalitarias soviéticas, derivó en un *forzoso* retorno a la prohibición y al estatismo, el cual sin embargo no hizo más que avivar el apetito de la sociedad por leer las obras proscritas pues, como se sabe, no hay mejor publicidad que la censura. Esto trajo consigo la proliferación en toda la URSS de las *samizdat* (en ruso, *autopublicación*), ediciones *piratas* de libros que se realizaban con o sin autorización del autor, y de las *tamizdat* (en ruso, *publicado-allá*), obras de autores rusos publicadas en el extranjero gracias a la exportación clandestina de los manuscritos. Sobre estos tipos de publicaciones, Kasack explica que

(...) the disillusion of the liberal forces found an outlet in the dissemination of creative and critical writings by means of transcription and duplication. From 1959/60 onwards these operated alongside the official censored press, and, under the Russian designation "samizdat" (self—publishing), became a permanent extemporary procedure, combated by officialdom but never eliminated. Alongside samizdat, there arose with Pasternak's Doktor Zhivago the practice of "tamizdat" (there—published), whereby works written in the Soviet Union were published abroad, either intentionally by the author or without his knowledge, since publication in their country of origin was imposible ... (*Op. Cit.*: 28).¹⁵⁵

¹⁵⁵ “La desilusión de las fuerzas liberales encontró una salida en la difusión de escritos creativos y críticos mediante la transcripción y la duplicación. Desde 1959/60 en adelante, estos operaron junto con la prensa oficial censurada y, bajo la denominación rusa ‘samizdat’ (autoedición), se convirtieron en un procedimiento externo permanente, combatido por la oficialidad, pero nunca eliminado. Junto al samizdat, con el Doctor Zhivago de Pasternak surgió la práctica del ‘tamizdat’ {publicado—allá}, mediante el cual las obras escritas en la Unión Soviética se publicaban en el extranjero, ya fuera intencionalmente por el autor o sin su conocimiento, ya que la publicación en su país de origen era imposible.” Traducción propia.

II. NOVELAS DEL ESTALINISMO EN EL DESHIELO

En este contexto de anhelos defraudados por una apertura política insinuada pero nunca materializada, nuevamente cuatro autores y cinco novelas pueden considerarse buenos ejemplos de *NE* al vincularse mediante la *genericidad* sin menoscabar sus respectivas particularidades estilísticas o temáticas.

La primera obra es *Vida y destino* (*Zhizn i Sudbá*), de Vasili Grossman (Berdychiv, Ucrania, 1905 - Moscú, 1964), escrita en 1959 pero publicada en Suiza hacia 1980 gracias a la labor clandestina que emprendieron varios amigos de Grossman: el poeta Semión Lipkin escondió el manuscrito original; el físico Andréi Sájarov fotografió cada página y el escritor Vladimir Voinóvich sacó las películas de la URSS. Previamente, la KGB había allanado la casa de Grossman, incautando todo el material relacionado con la escritura de la novela. *Vida y destino* se publicó en la URSS apenas en 1988, gracias a la política de *glásnost* de Gorbachov; al respecto, vale recordar las célebres palabras que, en 1962, le dijera Mijaíl Súslov (jefe ideológico del Politburó) a Grossman respecto a *Vida y destino*: "su novela le haría más daño a la Unión Soviética que *El Doctor Zhivago*; no se publicará en este país en, al menos, doscientos años" (Cf. Study Center Vassili Grossman: web). Por su parte, Hans van den Berg cuenta respecto al novelesco recorrido de *Vida y destino* que,

(...) en 1980, diez años después de la aparición en Occidente de *Todo fluye*, se conoció en Suiza la obra magna de Vasili Grossman: *Vida y destino* [...] Grossman entregó una copia de esta obra a dos de sus amigos íntimos, Semen Izraelevich Lipkin y Viaceslav Ivanovich Loboda. Lipkin encargó a Vladimir Voinóvich y a Andrei Sájarov y su esposa, Elena Bonner, hacer microfilms del manuscrito. A finales de los años setenta del siglo pasado, la austríaca Rosemarie Zigler, especialista en literatura eslava, logró hacer pasar estos filmes al filólogo Efim Etkind, un ruso emigrado, y éste, junto con un colega ruso, Simon Markish, reconstruyó la obra de Grossman a base de estos filmes, los mismos que

lastimosamente tuvieron considerables deficiencias. La obra fue editada en Lausanne, Suiza, por la editorial L'Age d'Homme, en 1980. Pronto se hicieron traducciones a otros idiomas. En Rusia la versión de Lausanne de *Vida y destino* fue reeditada en 1988, primero en la revista *Oktjabr* y después como libro en la editorial Knishnaya Palata. A finales de los años ochenta, la otra copia fue entregada a los herederos de Vasili Grossman por Vera Ivanovna Lobanova, la viuda de Viaceslav Ivanovich Loboda, y a base de este original se pudo editar en Moscú, en 1990, la obra completa ... (2010: 38-39).

Grossman, cronista y reportero del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial, estuvo en la lista negra de Stalin después del conflicto bélico, de la que fue “borrado” gracias a la muerte del dictador y al supuesto *deshielo* de Jruschov. Según sugieren Antony Beevor y Luba Vinogradova, a Stalin no le agradaba Grossman porque este

(...) nunca se plegó al culto a la personalidad del tirano. Stalin estaba conspicuamente ausente del periodismo de Grossman, y su única aparición en la ficción de este, escrita tras la muerte del tirano, consiste en una llamada telefónica de madrugada a Viktor Shtrum en *Vida y destino*, uno de los pasajes más siniestros y memorables de la novela ... (2012: 18).

Debido a esto, el *deshielo* resultó ser una gran desilusión para Grossman, cuyas esperanzas de libertad política y creativa se quebraron con la brutal censura que sufrió *Vida y destino*, concebida originalmente como la continuación de una gran novela patriótica titulada *Por una causa justa* que, publicada en 1952, enaltecía el talante ético y heroico del Ejército Rojo durante su enfrentamiento contra la Alemania nazi. Por su parte, *Vida y Destino* narra principalmente la historia de la familia Sháposhnikov, en particular de una de las hermanas, Liudmila, quien se ha casado en segundas nupcias (la primera fue con Abarchuk, confinado a un gulag) con el físico judío Victor Shtrum, cuya fascinación por las teorías de la Relatividad einsteinianas le acarrea el repudio de la comunidad científica oficial de la URSS, que le acusa de “individualista” y amigo de la

“ciencia no comunista”; esto obliga a Shtrum a firmar una retractación o *autocrítica* acusando a colegas inocentes y negando la ciencia en la cual cree. Esta es la trama principal en una novela que “(...) illustrates the basic inhumanity of totalitarian systems, while shifting the action back and forth between the Soviet Union under Stalin and Germany under Hitler ...”¹⁵⁶ en el contexto de la defensa de Stalingrado (Kasack, 1989: 73), lo que le ha valido una digna comparación con *La guerra y la paz* de León Tolstói.

Otra novela de Grossman, *Todo fluye* (*Vsio techiot*), se presenta como una típica *NE* postestalinista, en tanto que yuxtapone dos planos tiempo-espacio ficcionales evocando sucesos acaecidos durante el estalinismo en el *presente* del *deshielo* mediante personajes que intentan reconstruir su vida luego de la tragedia nacional y personal que representó la época recién concluida. Considerada el testamento literario de Grossman, *Todo fluye* se escribió originalmente entre 1956 y 1961, cuando el manuscrito fue confiscado por la KGB; entonces, el autor se arriesgó a reescribirla como pudo hasta 1963 (Cf. Kasack, 31), entregando luego el manuscrito a personas de su entera confianza quienes lograrían sacarlo clandestinamente de la URSS y preservarlo durante décadas. Mientras, por la Unión Soviética circulaba una versión reducida en *samizdat* que llegó hasta Alemania, donde la editorial rusa Posev la publicó en 1970 tal como estaba; Sin embargo, esa primera edición y las traducciones al alemán e inglés (ambas de 1972) estaban incompletas, y no sería hasta 1992 cuando se conoció la versión íntegra de *Todo fluye* gracias a la cuidadosa preservación del manuscrito original por parte de Ekatarina Vasilevna Zabolotskaya —viuda del poeta Nikolai Zabolotski—, a quien Grossman se lo había confiado: Vasilevna le entregó el texto al catedrático de la Universidad de Arizona John Garrard para que lo curara, resultando de ello su publicación en ruso y una

¹⁵⁶ “Ilustra la inhumanidad básica de los sistemas totalitarios, mientras cambia la acción de un lado a otro entre la Unión Soviética bajo Stalin y Alemania bajo Hitler.” Traducción propia.

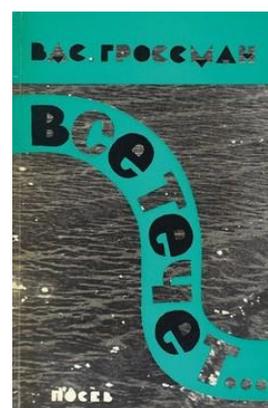
traducción al inglés. Así fue como el mundo literario pudo conocer esta obra póstuma de Grossman, que combina meditación ensayística y prosa lírica como vía literaria hacia la dilucidación del impacto moral ocasionado por el estalinismo sobre la vida de todos los soviéticos (Cf. Berg, 2010: 38). Fiel a su vocación reflexiva, *Todo fluye* se narra a través del personaje de Iván Grigoriévich, quien gracias a una amnistía ha salido del gulag donde permaneció treinta años luego de que un compañero de la universidad lo denunciara durante el Terror. Primero en Moscú, luego en Leningrado y finalmente en la campaña ucraniana, Grigoriévich se reencuentra con personas que marcaron su pasado y le ayudan a reconstruir la historia de aquellos años cuando ningún soviético (y así se manifiesta en los personajes) pudo escapar a los embates de la tiranía estaliniana. Especialmente impactantes resultan los pasajes del texto que recrean el *Holodomor*, con los cuales Grossman desea rememorar una tragedia planificada desde el Kremlin y nunca admitida oficialmente por el Partido.



Primera edición de *Vida y destino*. Lausana, 1980.



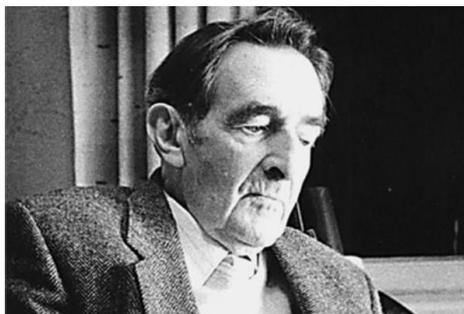
Vasili Grossman como cronista del Ejército Rojo en Berlín, 1945.



Primera edición en ruso de *Todo fluye*. Frankfurt, 1970.

Con una intención similar a *Todo fluye* se presenta otra novela, *La quinta esquina* (*Piatyi ugol*), de Izrail Moiseiévich Méter (Járkov, Ucrania, 1909 - San Petersburgo,

1996). Matemático autodidacta y docente sin título, Méttér intentó estudiar matemáticas a finales de los años 20 en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Járkov, lo cual no consiguió debido a su origen judío y pequeñoburgués (su padre poseyó una pequeña fábrica), en el marco de una política educativa que priorizaba a los estudiantes de procedencia obrera y campesina. A cambio, Méttér se convirtió en un prolífico autor de novelas y cuentos, valiéndole gran popularidad entre los lectores rusos durante al menos treinta años; no obstante, sería con *La quinta esquina* que Méttér (quien ya superaba los cincuenta años) aparecería en el concierto literario internacional. Escrita entre 1958 y 1967, su autor la escondió celosamente de la KGB, consciente de que el tan proclamado *deshielo* soviético había sido solo una ilusión. En 1964 apareció una versión reducida con el título *Katya*, un texto expurgado de todo contenido político y enfocado en los desventurados amores de ambos protagonistas, Boria y la inconstante Katya. Así, no sería sino hasta 1989, en el marco del *glásnost*, cuando *La quinta esquina* se publicaría íntegramente en la URSS. Tal como explica la crítica Mercedes Monmany esta novela, compuesta “(...) con unos cuantos pilares básicos de su propia y real biografía, vivida en una época llena de convulsiones ...” (2014: 204-205), narra en primera persona y en una sucesión de recuerdos deliberadamente desordenados el devenir de Boria —matemático judío autodidacta vetado para ingresar a la universidad debido a su ascendencia pequeñoburguesa— y la difícil relación amorosa que entabla con la joven Katya, cuyo padre médico es arrestado por la NKVD antes de que ella misma corriera idéntica suerte. Conjugando la vida privada de los personajes con la opresiva situación política, *La quinta esquina* constituye una amarga reflexión sobre la URSS estalinista, denunciando la acelerada erosión de los ideales que encumbraron a la Revolución y convirtieron al ideal del *paraíso socialista* en una realidad autárquica gobernada por el miedo y la complicidad criminal.



Izraïl Méttter

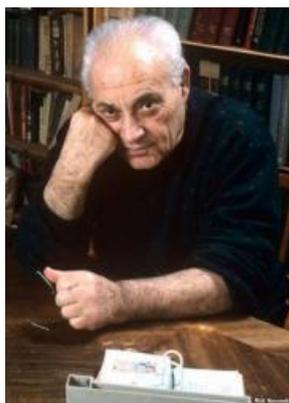
46

En cierta forma similar a *La quinta esquina* en cuanto a los avatares de un personaje joven quien debe enfrentarse a los obstáculos que imponen las estructuras totalitarias, se encuentra la tercera *NE*, *Los hijos del Arbat* (*Dieti Arbata*), del también judío Anatoli Ribakov (su verdadero apellido fue Aronov: Chernígov, Ucrania, 1911 - Nueva York, 1998) quien en 1933, siendo un estudiante universitario de veintidós años, fue arrestado y deportado durante tres años a un gulag de Siberia bajo el cargo de difundir propaganda contrarrevolucionaria. Como casi todos los exconvictos políticos, Ribakov tenía prohibido residenciarse en las capitales de provincia, iniciando por ello un largo peregrinaje que concluyó con su llamado a las filas del Ejército Rojo en 1941, cuando se movilizó masivamente al pueblo soviético para enfrentar la Operación Barbarroja que Hitler había desatado contra la URSS. Al acabar la guerra, el condecorado Ribakov se dedicó a trabajar como ingeniero en diversas obras públicas y a escribir novelas juveniles que se vendían muy bien y le otorgaban fama de escritor popular y apolítico¹⁵⁷; no obstante, desde 1966 y, de manera interrumpida, hasta 1987, Ribakov había estado

¹⁵⁷ Sin embargo, Ribakov también escribió obras cónsonas con la línea literaria del régimen estalinista. Entre ellas destacan *El puñal* (*Kinzhal*, 1948), una novela ambientada en la guerra civil posterior a la Revolución bolchevique y *Camioneros* (*Dal noboyshchiki*, 1950), una típica *novela de producción* (subgénero muy popular del realismo socialista) y que le valió al autor la obtención del Premio Stalin de literatura (Cf. Dés, 1989: 7).

escribiendo la que se considera la novela antiestalinista por antonomasia: *Los hijos del Arbat*, la cual nunca se animó a publicar —ni siquiera fuera de la URSS— y sí a ampliar constantemente. Aunque su escritura se inició en 1966 y, en sentido estricto, al margen del *deshielo*, esta obra participa del mismo impulso social, psicológico y moral que animó a la literatura del periodo 1956-1964 en el desentrañamiento del estalinismo. En 1966, Ribakov quiso publicar *Los hijos del Arbat* en la prestigiosa revista literaria soviética *Novy Mir (Mundo Nuevo)*, pero su célebre director, Alexander Tardovski, la encontró inapropiada políticamente por contener dos capítulos que describían directamente a Stalin, lo que frustró el compromiso de publicación; a esto, Ribakov respondió escribiendo casi un “segundo libro” referido al dictador georgiano. En 1978 vuelve a truncarse la posibilidad de publicar la novela —esta vez en la revista soviética *Octubre*— y Ribakov, intuyendo que los motivos eran de nuevo políticos, decidió añadirle a la obra una tercera parte, también relativa a Stalin. Así, no sería hasta 1987, de nuevo durante el *glásnost*, cuando *Los hijos del Arbat* pudo finalmente publicarse en la revista *Druzhiba Narodov (La amistad de los pueblos)* (Cf. Dés, 1989: 7-8). Esta novela, la primera de una tetralogía que incluye las novelas *El 35 y otros años (Tridtsat pyat let, 1989)*, *El Terror (Straj, 1990)* y *Polvo y cenizas (Praj i pepel, 1994)*, narra la caída en desgracia del joven Sasha Pankrátov, vecino del barrio moscovita de Arbat (lugar natal de Ribakov) detenido por la NKVD a pesar de ser un entusiasta miembro del Komsomol. Sasha reflexiona y se da cuenta de que sus camaradas de Partido habían malinterpretado deliberadamente algunas de sus bromas y comentarios, lo que sumado al viciado proceso judicial que se le aplicó (y que concluye con una sentencia a tres años de prisión en Siberia) le abre los ojos respecto a la verdadera naturaleza del régimen con el cual había simpatizado hasta entonces. Sin embargo, lo más impactante de esta novela radica en la trayectoria de Stalin como un personaje importante dentro de la trama;

(...) con él se completa el universo de la novela: se hacen las conexiones entre eventos y personas aparentemente distantes, se entrevé el mecanismo que mueve el otro universo, el real, y se entiende por qué el tirano necesita deshacerse de Sasha Pankrátov, a quien ni siquiera conoce y quien estaba dispuesto a dar su vida por Él y La Causa ... (Dés, 1989: 10-11).



Anatoli Ribakov

47



48

Primera edición íntegra en ruso de *Los hijos del Arbat*. Moscú, 1987.

Finalmente, y de nuevo abordando el problema del gulag —aunque desde un enfoque bien distinto al de *Iván Denísovich*—, se presenta *El primer círculo* (*V krughe pervom*), de Aleksandr Solzhenitsyn (Kislovodsk, Rusia, 1918 - Moscú, 2008), físico y matemático que servía como artillero en territorio prusiano durante la Segunda Guerra Mundial cuando, en 1945 (poco antes de la ofensiva final rusa contra Berlín), fue detenido y deportado bajo la acusación de opiniones antiestalinistas detectadas en su correspondencia. Solzhenitsyn cumplió una condena de destierro perpetuo y ocho años en diferentes gulags, uno de ellos denominado *sharashka*, tipo de campo donde eran confinados científicos de alto nivel (llamados *zeks*) con el objetivo de que desarrollaran diferentes proyectos de interés para el régimen que los tenía prisioneros. El conocimiento de esta clase de gulags le sirvió de materia a Solzhenitsyn para escribir *El primer círculo* en 1958. Como tantas otras obras del *deshielo*, el texto de esta novela experimentó brucas

transformaciones debido a la ya comentada abrupta imposición de la censura durante este periodo. El propio autor describe la travesía de su obra¹⁵⁸:

Esta novela fue empezada en el destierro, en Kok—Terek (Kazajstán meridional) en 1955. Su primera redacción (96 capítulos) se terminó en el pueblo de Miltsevo (región de Vladimir) en 1957, la segunda y la tercera en Riazán, en 1958 (todas fueron destruidas más tarde por razones impuestas por la clandestinidad). En 1962 se realizó la cuarta redacción, que el autor consideraba definitiva. Sin embargo, en 1963, después de la publicación de *Un día de la vida de Iván Denísovich* en *Novy Mir*, surgió la idea de la posibilidad de publicarla parcialmente, se eligieron algunos capítulos y se ofrecieron a A. T. Tvardovski. Esta idea condujo después a la total división de la novela en capítulos, a la exclusión de los que eran totalmente imposibles y a la dulcificación política de los restantes, y de esta manera se compuso una nueva variante de la novela (la quinta redacción, de 87 capítulos) en la que se cambiaba la línea argumental central: en lugar del argumento “atómico”, como era en realidad, se puso un argumento soviético ampliamente conocido en aquellos años, el de la “traición” de un médico que entregó un medicamento a Occidente. Bajo este aspecto, la novela fue examinada y aceptada por *Novy Mir* en junio de 1964, pero el intento de publicarla no tuvo éxito. En el verano de 1964 se emprendió un intento en sentido contrario (sexta redacción): profundizar y pulir los detalles de la variante de 87 capítulos. En otoño se envió a Occidente un microfilm de esa variante. En septiembre de 1965, la KGB secuestró los ejemplares de la variante “pública” (quinta redacción), con lo que quedó definitivamente bloqueada la publicación de la novela en la URSS. En 1967, esta variante encontró amplia difusión a través del samizdat. En 1968, la novela (sexta redacción) fue publicada en ruso por la editorial norteamericana Harper and Row. (De esta redacción se hicieron todas las traducciones a idiomas extranjeros). En verano de 1968 se llevó a cabo otra redacción (la séptima) con el texto completo y definitivo de la novela (96 capítulos). Este texto nunca fue difundido por el samizdat ni se ha editado en ningún libro aparte. Se publica por primera vez en *Obras completas*. Tanto la sharashka de Marfino como casi todos sus habitantes son retratos sacados del natural ... (2008: 745).

¹⁵⁸ Prólogo de Solzhenitsyn a la edición de 1968: “... Tal es el destino de los libros rusos actuales: aunque salgan a flote, pierden sus plumas. Así sucedió no hace mucho con *El maestro y Margarita* de Bulgákov: el agua trajo luego sus plumas. Y lo mismo con esta novela mía: para darle por lo menos una débil vida, para atreverme a mostrarla y a llevarla a la redacción, yo mismo la condensé y deformé o, más exactamente, la desmonté y volví a montarla de nuevo, y fue conocida bajo un determinado aspecto. Y, aunque ahora ya no hay modo de recuperarla ni corregirla, es auténtica. Por lo demás, al restaurarla, he perfeccionado algunas cosas: téngase en cuenta que entonces tenía yo cuarenta años y ahora cuento cincuenta. Escrita: 1955—1958. Deformada: 1964. Restaurada: 1968 ...” (2008: 13).

Así, la versión original de esta novela propone el argumento de un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS que telefona a la embajada de EE.UU. en una fría noche de diciembre de 1949, con el objetivo de avisarles a los estadounidenses sobre un peligroso complot atómico que el régimen soviético planea implementar contra el corazón mismo del país norteamericano; sin embargo, la conversación queda grabada y los servicios de inteligencia estalinistas le encargan a la Prisión Especial N° 1, la *sharashka* de Marfino, que acelere el perfeccionamiento de un dispositivo que permite identificar con claridad voces grabadas por teléfono. Así, y a través de un gran elenco de personajes y de las permanentes tensiones políticas y morales entre prisioneros de la *sharashka* que aún creen en los ideales comunistas y aquellos ya desengañados, *El primer círculo* —todo un *best-seller* en Europa y EE.UU. desde su aparición— expone la enorme red de chantaje, coerción y terror que el Estado policial estalinista extendió por toda la sociedad soviética. Acerca de *El primer círculo*, Wolfgang Kasack explica que

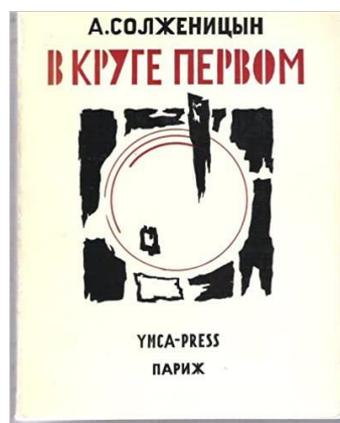
(...) the immediate action of the book is restricted to 24-27 December 1949, and takes place in a special prison for scientists, who are working on two projects of importance to State Security: the identification of a speaker by recording his voice, and electronically encoding a voice. By means of flashback Solzhenitsyn broadens the action to form a comprehensive picture of human enslavement over a period of more than twenty years. The work achieves diversity through each chapter being an autonomous entity (in the manner of epics), thus taking up an apparently inexhaustible number of themes. The cast of characters is very large, and the involvement of historical personalities (including Stalin) reinforces the links with reality —as do the allusions to historical events. Thus, piecemeal, is built up a mosaic of degrading and deathly labour camps. Solzhenitsyn conjures up two worlds, that of the prisoners and that of the free. The latter, however, living outside the barbed wire, prove themselves, in their thoughts and deeds, to be far less free than the prisoners. It is these who, from greater moral fibre, base decisions on their own conscience ... (1989: 69)¹⁵⁹.

¹⁵⁹ “La acción inmediata del libro está restringida al 24—27 de diciembre de 1949, y tiene lugar en una prisión especial para científicos, quienes están trabajando en dos proyectos de importancia para la Seguridad del Estado: la identificación de un hablante mediante su voz grabada y la codificación electrónica de una voz. Por medio del flashback, Solzhenitsyn amplía la acción para formar una imagen completa de la esclavitud humana durante un período de más de veinte años. La obra logra diversidad gracias a que cada capítulo es una entidad autónoma (a la manera de las epopeyas), retomando así un número aparentemente

Por su parte, el crítico Marc Slonim opinaba a mediados de los años 60 que “(...) la riqueza y la variedad del material contenido en *El primer círculo* es asombrosa, y su franqueza y pasión, la estricta fidelidad a los hechos y la hondura de una observación atenta [la convierten] en un documento histórico muy revelador de nuestro tiempo ...” (Op. Cit.: 408-409).



49
Aleksandr Solzhenitsyn durante
la Segunda Guerra Mundial.
1943.



50
Primera edición íntegra de *El primer círculo*. París, 1968.

inagotable de temas. El elenco de personajes es muy amplio y la participación de personalidades históricas (incluido Stalin) refuerza los vínculos con la realidad, al igual que las alusiones a eventos históricos. Así, poco a poco, se construye un mosaico de campos de trabajo degradantes y mortíferos. Solzhenitsyn evoca dos mundos, el de los prisioneros y el de los libres. Sin embargo, estos últimos, que viven fuera del alambre de púas demuestran, en sus pensamientos y acciones, ser mucho menos libres que los prisioneros. Son estos quienes, desde una mayor fibra moral, basan sus decisiones en su propia conciencia.” Traducción propia.

UNA CONCLUSIÓN: EL CORRELATO DEL TOTALITARISMO

En la universidad, en su círculo de estudios filosóficos, Iván mantenía violentas discusiones con los profesores de materialismo dialéctico. Las discusiones se prolongaron hasta que el grupo fue disuelto. Entonces, Iván intervino en el auditorio contra la dictadura: declaró que la libertad era un bien igual a la vida misma, que la restricción de la libertad mutilaba a los hombres igual que los golpes de hacha, que cortan dedos y orejas, y que la destrucción de la libertad equivalía al asesinato. Después de aquel discurso, fue expulsado de la universidad y deportado por tres años a la región de Semipalatinsk.

Todo fluye. Vasili Grossman, 1963.

En esta investigación nos hemos abocado a estudiar un grupo de novelas que, hasta ahora, y según hemos podido indagar, nunca ha sido abordado como un corpus vinculado entre sí desde perspectivas contextuales, ideológicas, poéticas o temáticas; esto, a pesar de que entre ellas existen insoslayables afinidades *extra* e *intra* literarias, siendo la más importante el hecho de que representan verdaderos alegatos críticos contra el totalitarismo, un fenómeno político que marcó decisivamente el rumbo del siglo XX y que aún vive latente incluso en el seno de las democracias globales aparentemente más sólidas.

Como quedó patente en el Capítulo Uno, el totalitarismo posee una esencialidad estructural capaz de superar las peculiaridades ideológicas o burocráticas de los países, regímenes y líderes que los llevan adelante, conformando así una fuerza activa cuyo impulso decisivo radica en su voluntad de poder *total*, una ambición que aspira a controlar todas las dimensiones individuales y colectivas de la condición humana. Así, lo totalitario va mucho más allá del simple ejercicio tiránico: es el sistema que colectiviza hábitos

físicos y mentales, que enseña la autoinhibición social, que petrifica la consciencia individual y el valor civil... en suma, que despersonaliza al sujeto y lo programa mediante el miedo y el padecimiento para convertirlo en una pieza más del engranaje. Sin importar si las directrices se giran en alemán, ruso o chino, o si en la bandera flameante se distingue una esvástica o la hoz y el martillo, esta vocación titánica y milenarista desconoció a la cultura humana según se había formado durante siglos; la consideraba mal diseñada, decadente, necesitada de una evolución rápida para cristalizar por fin el sueño ancestral de la utopía... en pocas palabras, la humanidad requería una *revolución* —da igual su signo— que no escatimara cadáveres y escombros en la construcción de la felicidad. ¿Qué vida humana sería más valiosa que una Edad Dorada? Hitler, Lenin, Mao, Fidel... ¿acaso no prometieron el Paraíso en la Tierra? Así como el árbol posee muchas ramas que de él se sostienen, el totalitarismo es uno, y de su tronco titánico han surgido diversos vástagos con sus particulares liturgias ideológicas y represivas. Solo hay diferencias circunstanciales entre el Holocausto nazi, el Gran Terror estalinista o la Gran Revolución Cultural de Mao, pues esencialmente son el mismo evento replicado en diferentes contextos persiguiendo el objetivo único de destruir al ser humano para redimir a la Humanidad.

Al igual que ha ocurrido con otros eventos de la historia, el totalitarismo halló en la literatura su reflejo crítico, en este caso a través de lo que hemos denominado la *Novela del Totalitarismo*, un subgénero novelístico formado por obras escritas y publicadas durante el siglo XX que recrean diferentes realidades totalitarias desde las experiencias personales de sus autores. Aunque entre estas novelas se evidencian indiscutibles rasgos comunes tales como la historicidad de la experiencia totalitaria recreada, el obstáculo de la censura, el sufrimiento del pueblo, la traición a las ideas y los hombres, la desindividuación programada o la condena que pende sobre cada habitante de las

sociedades totalitarias, es la *consciencia política* lo que las afianza genéricamente, al configurar el tipo de perspectiva manifiestamente política con el cual se produce la *textualización* ficcional de una materia derivada de la experiencia totalitaria vivida por los diferentes autores. Esto convierte a *lo político* en la cuestión central de estas novelas y, en consecuencia, también del subgénero, pues las contempla en calidad de impronta dirigida a formular una interpretación literaria de la realidad totalitaria. En este sentido, la noción de *genericidad* que formula Jean Marie Schaeffer resulta fundamental para la consideración genérica de la *NT*, al proponerla como una red dinámica e inclusiva de textos afines y *ejemplares* —no prescriptivos— que, en nuestro caso, se asimila a través del hilo conductor que representa la *consciencia política* (en última instancia, *totalitaria*). Finalmente, podemos constatar la *genericidad* de la *NT* apreciando el perfecto correlato sobre el totalitarismo que representan las síntesis de cada novela. Así, Lion Feuchtwanger propone en *Los hermanos Oppermann* que *la omnipotencia del totalitarismo puede incluso suprimir la identidad del individuo*; Klaus Mann describe en *Mefisto* el *exacerbado arribismo que el poder totalitario puede despertar entre propios y extraños*; en *Los que vivimos*, Ayn Rand manifiesta su *rebelión frente al colectivismo indiscriminado que el totalitarismo impone*; Czesław Miłosz manifiesta en *El poder cambia de manos* la tragedia que para un pueblo representa *estar a merced de dos titanes totalitarios que pugnan por esclavizarlo*; con *La broma*, Milan Kundera sugiere que *en los sistemas totalitarios las palabras, sobre todo las más inocuas, pueden destruir la vida de quien las pronuncia*; Herta Müller retrata en *Hoy hubiera preferido no encontrarme a mí misma* el *laberinto psicológico que se genera al vivir en una sociedad totalitaria*; en *El libro de un hombre solo*, Gao Xingjian muestra *la infinita soledad que se experimenta en un contexto totalitario donde todos deben vivir hacia adentro*; y, finalmente, Roberto

Ampuero relata en *Nuestros años verde olivo* la decepción que se produce al comprobar que *la utopía prometida ha degenerado en una vil distopía*.

Sin embargo, la profundización de nuestro estudio se centró en el caso de la *Novela del Totalitarismo* dedicada a recrear críticamente al régimen estaliniano durante los años 30, y a la cual hemos denominado *Novela del Estalinismo* al considerarla una variante de la *NT*. Para fundamentar el análisis de este subgénero, primero hemos constatado la naturaleza totalitaria del estalinismo, de la cual no queda ninguna duda independientemente de la opinión que pudiera tenerse respecto a aquel periodo de la historia soviética. De hecho, es probable que ni el propio Stalin tuviera mayores problemas con reconocer el carácter totalitario de su gobierno, puesto que tanto su actividad política como su vida personal se condujeron siempre de esa forma. En la segunda parte del Capítulo Uno, hemos aclarado suficientemente que la década de 1930 fue una de las más difíciles para el pueblo soviético en tiempos de paz: entonces, se implementaron dos Planes Quinquenales, se colectivizó forzosamente la tierra, ocurrió el Holodomor, se desató el Gran Terror, se realizaron los Procesos de Moscú y, como colofón final, Hitler traicionó el pacto Ribbentrop-Mólotov invadiendo la URSS y metiéndola en la Segunda Guerra Mundial. Detrás de todo esto, estuvo la voluntad del Gran Jefe.

De lo expuesto en los capítulos Dos y Tres, se deduce que la *NE* comparte rasgos generales con la *NT*, sobre todo en lo relativo a los temas principales. No obstante, la experiencia directa y el conocimiento de los cuatro autores del subgénero —Weil, Serge, Koestler y Chukóvskaia— con el estalinismo durante prácticamente el mismo periodo dotó a las *NE* de una *genericidad* bastante específica, afianzada por una *consciencia política* derivada de la reflexión de cada autor respecto a qué significaba el estalinismo para la Revolución que una vez iniciaran Lenin y Trotski. Así, los posicionamientos éticos

e ideológicos de dichos autores respecto a esa etapa de la historia soviética constituyen la dimensión *enunciativa*, cuya consecuencia directa es la dimensión *sintáctica* donde se establece la poética de cada novela; allí, el estalinismo como problema político y moral articula todos los aspectos de la ficción contemplados en las dimensiones *semántica* y *verbal* para completar la configuración de su significado y propósito esencial, es decir, de su *consciencia política*. Finalmente, la *genericidad* queda demostrada al comprobar que estas cinco novelas forman también un eficiente correlato adverso al estalinismo: Jiří Weil plantea en *Moscú—Frontera* que *el estalinismo es un Moloch colectivista negador de la individualidad en todas sus formas*. Victor Serge propone en *Medianoche en el siglo* que *el estalinismo encarna la traición a los verdaderos ideales revolucionarios*, mientras que en *El caso Tuláyev* lo presenta como *un estado de injusticia y opresión que debe ser reparado*. Por su parte, en *El cero y el infinito*, Arthur Koestler interpreta que *el estalinismo representa la forma más perfectamente cínica de opresión política y moral* y, finalmente, Lydia Chukóvskaja proyecta al estalinismo en *Sofía Petrovna* como *el gran negador de la esperanza vital*. Estas simples definiciones contienen el universo ideológico y literario de las *Novelas del Estalinismo*, mostrándonos que la consistencia de su *genericidad* se amalgama a través de unas afinidades ideológicas y poéticas cuyo sentido trasciende lo meramente literario.

Finalmente, el Corolario a nuestra investigación explica cuál fue la situación con el subgénero de la *NE* una vez fallecido Stalin. En tal sentido, lo expuesto concluye en que la aparente política *aperturista* iniciada por Nikita Jruschov en materia de opinión y literatura y conocida como *deshielo* no llegó a cristalizarse nunca, debido a que el régimen comprobó estar mucho más atado a las estructuras estalinistas de lo que pensaba; Así, toda una generación de escritores soviéticos, ávidos por retratar la sordidez del periodo anterior, quedó frustrada ante la restauración de métodos típicamente estalinianos como

la censura, el repudio público, el ostracismo y el exilio. De ese tiempo de falsos deshielos, surge una serie de novelas interesadas en abordar sobre todo el periodo estalinista de postguerra o, sencillamente, el presente postestaliniano, pero con miradas retrospectivas hacia el Terror y su duradero impacto en la vida de la gente común. Como en el caso de la *NE* de los años 30-40, estas novelas también construyen un correlato del estalinismo postrero e, incluso, de la posición moral vivida por los soviéticos durante la era Jruschov, pero adoptando perspectivas mucho más enfocadas en recrear la *memoria* que en formular denuncias o debates políticos. Así, en *Vida y destino*, Vasili Grossman nos advierte que *Hitler y Stalin comparten una sola esencia totalitaria*, mientras que en *Todo fluye* nos muestra *el naufragio moral de un exprisionero del gulag cuando busca las huellas de su desgracia*; Izrail Méttér describe en *La quinta esquina cuán doloroso es recordar en un país dividido entre quienes buscan saber y quienes prefieren olvidar*; en *Los hijos del Arbat*, Anatoli Ribakov denuncia *el triunfo de los arribistas sobre los verdaderos revolucionarios*; y finalmente, en *El primer círculo*, Aleksandr Solzhenitsyn nos propone la paradoja de la libertad en el estalinismo de postguerra, cuando *los prisioneros del gulag especializado, la sharashka, tenían más libertad que cualquier ciudadano soviético*.

Apreciadas en conjunto, las *NE* del periodo estalinista y del *deshielo*¹⁶⁰ forman un corpus ilustrativo del dramático viraje que significó el tránsito de la Revolución rusa a la Unión Soviética, esto es, el paso de una esperanza revolucionaria guiada por Lenin (quizá recubierta de un excesivo y benevolente romanticismo) al levantamiento de una titánica potencia socialista que se impone demoliendo a propios y extraños. Consecuentemente, la trascendental gravedad de dicho proceso generó que muchos intelectuales

¹⁶⁰ En la presente investigación no hemos incluido el análisis de, al menos, dos novelas escritas durante el *deshielo* que bien podrían considerarse *NE* según la noción de *genericidad*. Dichas obras son: *No solo de pan vive el hombre* (*Ne khlebom edinym*) de Vladímir Dudintsev, publicada en 1957 y *El silencio* (*Tishina*) de Yuri Bondarev, publicada en 1962. Ambas obras serán estudiadas en el marco de la ya mencionada investigación en curso sobre las *NE* en la era postestalinista.

desencantados y perseguidos vieran en la literatura el vehículo más efectivo para denunciar la sombra totalitaria, pues la libertad que ofrece la expresión poética permitía —y permite— recrear la realidad de manera persuasiva mediante una *conciencia política* que, en nuestro caso, ha configurado el sentido filosófico y el carácter urgente del subgénero *Novela del Estalinismo*.

REFERENCIAS

- AJMÁTOVA, A. (2000). *Réquiem y otros escritos (Requiem, 1963)*. Trad. José Manuel Prieto González. Editorial digital: Epublibre, 2017.
- ALEKSIÉVICH, S. (2017). *El fin del “Homo sovieticus” (Vremya sekond khend, 2013)*. Trad. Jorge Ferrer. Barcelona: Acantilado. 5ta reimpresión.
- AMIS, M. (2014). *Koba el Temible. La risa y los Veinte Millones (Koba the Dread: Laughter and the Twenty Million, 2002)*. Trad. Antonio Prometeo Moya. Editorial digital: Lectulandia.
- AMPUERO, R. (2012). *Nuestros años verde olivo*. Barcelona: De Bolsillo. Primera edición.
- APPLEBAUM, A. (2014). *El telón de acero. La destrucción de Europa del Este 1944—1956 (Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe, 1944—1956, 2012)*. Trad. Silvia Pons Pradilla. Barcelona: Debate. Primera edición.
- ARENDT, H. (2004). *Los orígenes del totalitarismo (The origins of the totalitarianism, 1951)*. Trad. Guillermo Solana Alonso. Madrid: Taurus. Cuarta edición.
- ARON, R. (1968). *Democracia y totalitarismo (Démocratie et totalitarisme, 1965)*. Trad. Ángel Viñas. Barcelona: Seix Barral. Primera edición.
- ASTURIAS, M. A. (1977). *Tres obras. Leyendas de Guatemala. El Alhajadito. El Señor Presidente*. Caracas: Ayacucho.
- BEEVOR, A. y VINOGRADOVA, L. (2012). *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941—1945 (A Writer at War. Vasily Grossman with the Red Army, 1941—1945, 2005)*. Trad. Juanmari Madariaga. Barcelona: Booket. Primera edición.
- BERG van den, H. (2010). “Vasili Grossman (1905—1964) y su novela *Todo fluye*” en *Revista Ciencia y Cultura*, Nº 25, pp. 37—71 [Consulta en línea: 2019, agosto 23]. Disponible: cienciaycultura.ucb.edu.bo/index.php/a/article/view/420/381
- BERLIN, I. (2009). *La mentalidad soviética. La cultura rusa bajo el comunismo (The Soviet Mind, 1949)*. Trad. Gemma Deza. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- _____ (2009). “La dialéctica artificial: el generalísimo Stalin y el arte del gobierno” (“The Artificial Dialectic: Generalissimo Stalin and the Art of Government”, 1952) en *La mentalidad soviética...*, Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, pp. 175—201.
- BEUTIN, W., EHLERT, K., EMMERICH, W., HOFFAKER, H., LUTZ, B., MEID, V., SCHNELL, R., STEIN, P. y STEPHAN, I. (1991). *Historia de la literatura alemana (Deutsche Literaturgeschichte, 1989)*. Trad. Manuel José González y Berit Balzer Haus. Madrid: Cátedra.
- BRADBURY, R. (2002). *Fahrenheit 451 (Fahrenheit 451, 1953)*. Trad. Francisco Abelenda. Barcelona: Minotauro. Quinta reimpresión.
- BRUNETEAU, B. (2009). *El siglo de los genocidios (Le Siècle des génocides: Violences, massacres et processus génocidaires de l’Arménie au Rwanda, 2004)*. Trad. Florencia Peyrou Tubert y Hugo García Fernández. Madrid: Alianza. Primera edición.
- BRUNOVÁ, M. (2011). “Konstruktionen und Darstellungen von Identitäten in Jíří Weils Roman *Moskva — hranice*” en *Texturen — Identitäten — Theorien. Ergebnisse des Arbeitstreffens des jungen forums Slavistische Literaturwissenschaft in Trier 2000*, pp. 273—286. Potsdam: Universitätsverlag Potsdam [Consulta en línea: 2020, junio 02]. Disponible: publishup.uni-potsdam.de/opus4-ubp/frontdoor/deliver/index/docId/5343/file/jfsl2010.pdf
- CAMUS, A. (2000). *El extranjero (L’Étranger, 1942)*. Trad. José Ángel Valente. Madrid: Alianza. Tercera reimpresión.
- CARPENTIER, A. (2006). *El recurso del método*. Madrid: Alianza. Tercera reimpresión.

- CARRIEDO CASTRO, P. (2007.1). “Consideraciones en torno al marxismo, la literatura y el realismo social” en *Nómadas, Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, N° 15, pp. 105—119. [Consulta en línea: 2020, mayo 15]. Disponible: <file:///E:/Data/Downloads/consideraciones—en—torno—al—marxismo—la—literatura—y—el—realismo—social.pdf>
- CHUKÓVSKAIA, L. (2014). *Sofia Petrovna, una ciudadana ejemplar (Sofya Petrovna, 1988)*. Trad. Marta Rebón. Madrid: Errata Naturae. Primera edición.
- _____ (2017). *Inmersión, un sendero en la nieve (Spusk pod vodu, 1988)*. Trad. Marta Rebón. Madrid: Errata Naturae. Primera edición.
- CLARK, T. (2001). *Arte y propaganda en el siglo XX. (Art and Propaganda in the Twentieth Century, 2000)*. Trad. Isabel Balsinde. Madrid: Akal.
- DÉS, M. (1989). “Los hijos de Stalin o el estudiante y el caudillo” en *Los hijos del Arbat*. Barcelona: Planeta. pp. 7—11.
- EBENSTEIN, W. (1965). *El totalitarismo. Nuevas perspectivas (Totalitarianism: New perspectives, 1962)*. Trad. Natalio Mazar. Barcelona: Paidós. Primera edición.
- FERNÁNDEZ COUCEIRO, E. (2005). “Preliminar” en *Moscú—Frontera*. Madrid: Oriente y Mediterráneo, pp. 7—10.
- FEUCHTWANGER, L. (2005). *Los hermanos Oppermann (Die Geschwister Oppermann, 1933)*. Trad. Carlos Fortea Gil. Madrid: Alianza. Tercera edición.
- FIGES, O. (2018). *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin (The whisperers: Private Life in Stalin's Russia, 2007)*. Trad. Mirta Rosenberg. Editorial digital: Epublibre.
- FOKIN, A. (2020). “La Oposición de Izquierda soviética y el hallazgo de los cuadernos de la cárcel de Verjneursk” en *La izquierda diario* (web), Semanario 02/05/20. [Consulta en línea: 2021, octubre 17]. Disponible: laizquierdadiario.com/Dossier—La—Oposicion—de—Izquierda—sovietica—y—el—hallazgo—de—los—cuadernos—de—la—carcel—de—Verjneursk
- FORTI, S. (2008). *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite (Il totalitarismo, 2001)*. Trad. María Pons Irazazábal. Barcelona: Herder.
- FRIESS, N., GANSCHOW, I., GRADINARI, I., y RUTZ M. [coord.] (2011). *Texturen—Identitäten—Theorien. Ergebnisse des Arbeitstreffens des Jungen Forums Slavistische Literaturwissenschaft in Trier 2010*. Potsdam: Universitätsverlag Potsdam. [Consulta en línea: 2020, junio 02]. Disponible: publishup.uni—potsdam.de/opus4—ubp/frontdoor/deliver/index/docId/5343/file/jfsl2010.pdf
- FROMM, E. (1981). *El miedo a la libertad (The fear of freedom, 1941)*. Trad. Gino Germani. Bogotá: Círculo de Lectores.
- FUENTES, C. (2008). “A modo de prólogo. Augusto Roa Bastos: el poder de la imaginación” en *Yo el supremo*. Barcelona: De Bolsillo, pp. 9—18.
- GALDÓN—RODRÍGUEZ, A. (2011). “Aparición y desarrollo del género distópico en la literatura inglesa. Análisis de las principales antiutopías” en *Prometeica, revista de Filosofía y Ciencias*. Año II, N° 4, pp. 22—43. [Consulta: 2018, agosto 21]. Disponible: [file:///E:/Data/Downloads/Dialnet—AparicionYDesarrolloDelGeneroDistopicoEnLaLiteratu—3657435%20\(4\).pdf](file:///E:/Data/Downloads/Dialnet—AparicionYDesarrolloDelGeneroDistopicoEnLaLiteratu—3657435%20(4).pdf)
- GAO, X. (2003). *El libro de un hombre solo (Yige ren de shengjing, 1999)*. Trad. Xin Fei y José Luis Sánchez. Barcelona: Del Bronce. Segunda edición.
- GARCÍA DE CORTÁZAR (2012). *Breve historia del siglo XX*. 1999. Barcelona: De Bolsillo.
- GARCÍA MÁRQUEZ (2008). *El otoño del patriarca (1975)*. Bogotá: Norma.
- GARRIDO GALLARDO, M. A. [comp.] (1988). *Teoría de los géneros literarios*. Madrid: Arco.

- GORKI, M. (2000). *La madre (Mat', 1907)*. S/t. Madrid: Edimat.
- GREEMAN, R. (1980). “El caso del camarada Tulayev de Victor Serge” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XXXIV, N° 11, s/p. [Consulta en línea: 2019, abril 08]. Disponible: revistadelauniversidad.mx/download/29129835—2dba—4255—973e—e01a3a7613a8?filename=11
- GROSSMAN, V. (2007). *Vida y destino (Zhizn i Sudbá, 1980)*. Trad. Marta Rebón. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- _____ (2010). *Todo fluye (Vsisio techiot, 1992)*. Trad. Marta Rebón. Barcelona: De Bolsillo.
- HOBBSAWM, E. (1998). *Historia del siglo XX (The Age of Extremes: the short twentieth century, 1914—1991, 1994)*. Trad. Carme Castells Auleda y Juan Faci. Buenos Aires: Crítica.
- HAYEK, F. (2011): *Camino de servidumbre (The road to Serfdom, 1944)*. Trad. José Vergara. Madrid: Alianza. Tercera edición.
- HUXLEY, A. (2001): *Un mundo feliz (A Brave New World, 1932)*. Trad. Ramón Hernández. Barcelona: De Bolsillo.
- IZQUIERDO, A. (2002). “Prólogo” en *Melmoth el errabundo*. Madrid: Valdemar, pp. 9—11.
- KRUTCHEV, N. (1957). *Los crímenes de Stalin. Texto del discurso final pronunciado por Nikita Krutchev en la sesión secreta del XX Congreso del Partido Comunista Ruso, celebrada en Moscú el 25 de Febrero de 1956*. S/t. París: La Batalla. [Consulta en línea: 2020, marzo 06]. Disponible: biblioteca.andalucia.coo.es:8080/intranet—tmpl/prog/local_repository/documents/15359_8347.pdf
- KADARÉ, I. (2009). *El ocaso de los dioses de la estepa (Muzgu i perëndive të stepës, 1978)*. Trad. Ramón Sánchez Lizarralde. Madrid: Alianza. Primera reimpresión.
- KAFKA, F. (1999) *Obras Completas (Gesammelte Werke)*. Trad. Joan Bosch Estrada, A. Laurent, Roberto R. Mahler, José Martín González y Jordi Rottner. Barcelona: Edicomunicación.
- KASACK, W. (1989). *Russian Literature 1945—1988 (Die russische Literatur 1945—1988, 1989)*. Trad. Carol Sandison. Múnich: Otto Sagner Verlag. [Consulta en línea: 2019, noviembre 11]. Disponible: library.oapen.org/bitstream/id/c08ccbc1—7f31—433b—88f4—34c99681fb89/1003647.pdf
- KOESTLER, A. (2014). *El cero y el infinito (Darkness at noon, 1940)*. Trad. Eugenia Serrano Balanyà. Barcelona: De Bolsillo. Cuarta edición.
- _____ (2015). *Memorias: Flecha en el azul & La escritura invisible (Arrow In The Blue: The First Volume Of An Autobiography, 1905—31 & The Invisible Writing: The Second Volume Of An Autobiography, 1932—40, 1952)*. Trad. J. R. Wilcock y Alberto Luis Bixio. Editor digital: Titivillus (ePub r1.0). Epublibre.
- KUNDERA, M. (1986). *La broma (Žert, 1967)*. Trad. Fernando de Valenzuela. Barcelona: Seix Barral. Tercera edición.
- LENIN (2009). *El Estado y la Revolución (Gosudarstvo i revolyutsiya, 1918)*. Trad. Grupo de Traductores de la Fundación Federico Engels. Madrid: Fundación Federico Engels. Segunda reimpresión.
- LEWIS, M. G. (1999). *El monje (The Monk, 1796)*. Trad. Francisco Torres Oliver. Madrid: Valdemar. Tercera edición.
- LIU, Z. (2003). “Epílogo” en *El libro de un hombre solo*. Barcelona: Del Bronce, pp. 533—540.

- MANETOVÁ, E. (2011). “Jiri Weil escapó en Moscú a la horca y durante la ocupación nazi vivió con la muerte en los talones”. *radio.cz* (web) [Consulta en línea: 2019, septiembre 05]. Disponible: radio.cz/es/rubrica/legados/jiri—weil—escapo—en—moscu—a—la—horca—y—durante—la—ocupacion—nazi—vivio—con—la—muerte—en—los—talones—1
- MANN, K. (2002). *Mefisto*. (*Mephisto*, 1936). Trad. Araceli Castro Martínez. Barcelona: Ave fénix—De Bolsillo. Segunda edición.
- MAQUIAVELO, N. (2008). *El Príncipe. La Mandrágora (Il Principe [1513] — La Mandragola [1518])*. Trad. Helena Puigdoménech. Madrid: Catedra. Décima edición.
- MATEO, F. y REBÓN, M. (2014). “La memoria mutilada del ciudadano soviético” en *Sofía Petrovna...* Madrid: Errata Naturae, pp. 175—187.
- _____ (2017) “Contra la tiranía” en *Inmersión...* Madrid: Errata Naturae, pp. 189—197.
- MATURIN, C. R. (2002). *Melmoth el errabundo (Melmoth the Wanderer, 1820)*. Trad. Francisco Torres Oliver. Madrid: Valdemar. Segunda edición.
- MÉTTER, I. (2009). *La quinta esquina (Piatyi ugol, 1993)*. Trad. Mercedes Monmany. Barcelona: Libros del Asteroide.
- MIŁOSZ, C. (1983). *El poder cambia de manos (Zdobycie władzy, 1953)*. Trad. Rafael Vázquez Zamora. Barcelona: Orbis.
- MONMANY, M. (2014). “Izraíl Méttter y la generación Stalin” en *La quinta esquina*. Barcelona: Libros del Asteroide, pp. 203—207.
- MÜLLER, H. (2010). *Hoy hubiera preferido no encontrarme a mí misma (Heute wär ich mir lieber nicht begegnet, 1997)*. Trad. Juan José del Solar. Madrid: Siruela.
- ORWELL, G. (2000). *1984 (Nineteen Eighty Four, 1949)*. Trad. Rafael Vázquez Zamora. Barcelona: Destino. Vigésimotercera edición.
- PASTERNAK, B. (1991). *El doctor Zhivago (Doktor Zivago, 1957)*. Trad. Fernando Gutiérrez y José María Bravo. Madrid: Cátedra.
- RAND, A. (1984). *Los que vivimos, I—II (We the living, 1936)*. Trad. Fernando Acevedo. Barcelona: Orbis.
- RAYFIELD, D. (2005). *Stalin y los verdugos (Stalin and the Hangmen, 2002)*. Trad. Amado Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage. México: Taurus. Primera edición en México.
- RIBAKOV, A. (1989). *Los hijos del Arbat (Dieti Arbata, 1987)*. Trad. Isabel Vicente. Barcelona: Planeta.
- ROA BASTOS, A. (2008). *Yo el Supremo (1974)*. Barcelona: De Bolsillo. Primera Edición.
- RODRÍGUEZ DE YURRE, G. (1962). *Totalitarismo y egolatría*. Madrid: Aguilar.
- SCHAEFFER, J. M. (1988). “Del texto al género. Notas sobre la problemática genérica” en *Teoría de los géneros literarios*. Madrid: Arco, pp. 155—182.
- SCHAPIRO, L. (1981). *El totalitarismo (Totalitarianism. Key Concepts in Political Science, 1972)*. Trad. Eduardo L. Suárez. México: Fondo de Cultura Económica. Primera edición.
- SCHLÖGEL, K. (2019). *Terror y Utopía. Moscú en 1937 (Terror und Traum, 2008)*. Trad. José Aníbal Campos. Editorial digital: Lectulandia.
- SERGE, V. (2011). *Memorias de un revolucionario (Memoires d'un revolutionnaire, 1901—1941, 1947)*. Trad. Tomás Segovia. Madrid: Veintisiete Letras.
- _____ (2013). *El caso Tuláyev (L'affaire Toulaév, 1947)*. Trad. David Huerta. Madrid: Capitán Swing. Primera edición.
- _____ (2016). *Medianoche en el siglo (S'il est minuit dans le siècle, 1941)*. Trad. Ramón García. Madrid: Alianza.

- _____ (s/f) “Puissance et limites du marxisme” en *La Bataille Socialiste* (web). [Consulta en línea: 2021, abril 17]. Disponible: bataillesocialiste.wordpress.com/documents—historiques/1939—03—puissance—et—limites—du—marxisme—serge/
- SERVICE, R. (2000). *Historia de Rusia en el siglo XX. (A History of Twentieth—Century Russia, 1998)*. Trad. Carles Mercadal Vidal. Barcelona: Crítica.
- _____ (2009). *Camaradas. Breve historia del comunismo (Comrades: A World History of Communism, 2007)*. Trad. Javier Guerrero. Barcelona: Ediciones B. Primera edición.
- SHIRER, W. (1962). *Auge y caída del III Reich, I y II (The rise and fall of the third Reich, 1960)*. Trad. Jesús López Pacheco y Mariano Orta Manzano. Barcelona: Luis de Caralt.
- SLONIM, M. (1974). *Escritores y problemas de la literatura soviética. 1917—1967 (Soviet Russian Literature. Writers and Problems, 1967)*. Trad. Aurora Bernárdez. Madrid: Alianza.
- SOLZHENITSYN, A. (1970). *Un día en la vida de Iván Denísovich (Odin den' Ivana Denisovicha, 1962)*. Trad. J. Ferrer Aleu. Barcelona: Plaza y Janés.
- _____ (2008). *El primer círculo (V krugé pervom, 1968)*. Trad. Josep María Güell. Barcelona: Tusquets. Segunda edición.
- _____ (2011). *Archipiélago Gulag I. Ensayo de investigación literaria (Arhipelag GULAG, 1973)*. Trad. Enrique Fernández Vernet, Josep María Güell. Barcelona: Tusquets. Cuarta edición.
- SONTAG, S. (2013). “Non éteint (El caso Victor Serge)” (“Non éteint”, 2004) en *El caso Tuláyev*. Madrid: Capitán Swing, pp. 7—31.
- SPANG, K. (1996). *Géneros literarios*. Madrid: Síntesis. Primera reimpresión.
- SSACHNO von, H. (1968). *Literatura soviética posterior a Stalin (Der Aufstand der Person: Sowjetliteratur seit Stalins Tod, 1965)*. Trad. Luis Alberto Martín Baró. Madrid: Guadarrama.
- STEPHAN, I. (1991). “Literatura en el Tercer Reich” en *Historia de la literatura alemana*. Madrid: Cátedra, pp. 369—455.
- STUDY CENTER VASILI GROSSMAN (2018) (web) [Consulta en línea: 2020, febrero 14]. Disponible: grossmanweb.eu/vasily—grossman/
- TAIBO, C. (2010). *Historia de la Unión Soviética, 1917—1991*. Madrid: Alianza.
- TODOROV, T. (1981). *Introducción a la literatura fantástica (Introduction a la littérature fantastique, 1970)*. Trad. Silvia Delpy. México: Premia.
- _____ (2010). *La experiencia totalitaria (L'expérience totalitaire: la signature humaine, 2009)*. Trad. Noemí Sobregués. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- TORRES OLIVER, F. (1999). “Introducción” en *El monje*. Madrid: Valdemar, pp. 9—16.
- TROTSKI, L. (2001). *La revolución traicionada. Qué es y adónde va la URSS (Predannaya revolyutsiya: Chto takoye SSSR i kuda on idet?, 1937)*. Trad. León Trotski. Madrid: Fundación Federico Engels. Segunda edición.
- VALLE—INCLÁN del, R. M. (2019). *Tirano Banderas. Novela de tierra caliente (1926)*. Editorial digital: Epublibre.
- VARGAS LLOSA, M. (2001). *La Fiesta del Chivo (2000)*. Madrid: Punto de Lectura. Segunda edición.
- _____ (2014). “Almas inflexibles” en *El cero y el infinito*. Barcelona: De Bolsillo, pp. 7—18.
- WEIL, J. (2005). *Moscú—Frontera (Moskva—Hranice, 1937)*. Trad. Eduardo Fernández Couceiro. Madrid: Oriente y Mediterráneo.

ZAMIATIN, E. (2010). *Nosotros* (*My*, 1924). Trad. Irina Bogdashevski. Buenos Aires: Miluno.
Primera edición.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

1. Jean—Marie Schaeffer. Imagen reproducida en: babelio.com [Disponible: babelio.com/auteur/Jean—Marie—Schaeffer/57326]. Consulta en línea: 22/01/2022.
2. Tzvetan Todorov. Imagen reproducida en: teopalacios.com [Disponible: teopalacios.com/tzvetan—todorov—la—literatura—fantastica/]. Consulta en línea: 22/01/2022.
3. Lion Feuchtwanger. Imagen reproducida en: juedische—allgemeine.de [Disponible: juedische—allgemeine.de/kultur/im—bett—mit—lion/www.poemas—del—alma.com]. Consulta en línea: 22/01/2022.
4. Primera edición de *Los hermanos Oppermann*. Imagen reproducida en: kuenste—im—exil.de [Disponible: kuenste—im—exil.de/KIE/Content/EN/Objects/feuchtwanger—geschwister—oppermann—en.html?single=1]. Consulta en línea: 22/01/2022.
5. Klaus Mann. Imagen reproducida en: wikipedia.org [Disponible: wikipedia.org/wiki/Klaus_Mann]. Consulta en línea: 22/01/2022.
6. Primera edición de *Mefisto*. Imagen reproducida en: wikipedia.org [Disponible: wikipedia.org/wiki/Mephisto_(novela)#/media/Archivo:Klaus_Mann_Mephisto_verkauft.jpg]. Consulta en línea: 22/01/2022.
7. Ayn Rand. Imagen reproducida en: planetadelibros.com.ve [Disponible: planetadelibros.com.ve/autor/ayn—rand/000051077]. Consulta en línea: 22/01/2022.
8. Primera edición de *Los que vivimos*. Imagen reproducida por: wikipedia.org [Disponible: wikipedia.org/wiki/We_the_Living]. Consulta en línea: 22/01/2022.
9. Czesław Miłosz. Imagen reproducida en: babelio.com [Disponible: babelio.com/auteur/Czeslaw—Milosz/16180/potos]. Consulta en línea: 22/01/2022.
10. Primera edición en polaco de *El poder cambia de manos*. Imagen reproducida en: archiwum.allegro.pl [Disponible: archiwum.allegro.pl/oferta/zdobycie—wladzy—milosz—il—paryz—1955—wawa—i7096211542.html]. Consulta en línea: 22/01/2022.
11. Milan Kundera en 1968. Imagen reproducida en: slovníkceskeliteratury.cz [Disponible: slovníkceskeliteratury.cz/showContent.jsp?docId=1265]. Consulta en línea: 22/01/2022.
12. Primera edición de *La broma*. Imagen reproducida en: antikavion.cz [Disponible: antikavion.cz/kniha/zert—milan—kundera—1968—245647]. Consulta en línea: 22/01/2022.
13. Herta Müller. Imagen reproducida en: britannica.com [Disponible: britannica.com/biography/Herta—Muller]. Consulta en línea: 23/01/2022.

14. Primera edición de *Hoy hubiera preferido no encontrarme a mí misma*. Imagen reproducida en: booklooker.de [Disponible: booklooker.de/B%C3%BCher/Herta-M%C3%BCller+Heute-w%C3%A4r-ich-mir-lieber-nicht-begegnet-Roman/id/A02jXbC401ZZO]. Consulta en línea: 23/01/2022.
15. Gao Xingjian. Imagen reproducida en: letralia.com [Disponible: letralia.com/ciudad/chiappe/08.htm]. Consulta en línea: 23/01/2022.
16. Primera edición de *El libro de un hombre solo*. Imagen reproducida en: dtieao.uab.cat [Disponible en: dtieao.uab.cat/txicc/lite/galeria/el-libro-de-un-hombre-solo/]. Consulta en línea: 23/01/2022.
17. Roberto Ampuero. Imagen reproducida en: cooperativa.cl [Disponible: cooperativa.cl/noticias/cultura/literatura/roberto-ampuero-el-ultimo-tango-de-salvador-allende-mira-lo-humano/2012-04-03/125357.html]. Consulta en línea: 23/01/2022.
18. Primera edición de *Nuestros años verde olivo*. Imagen reproducida en: in-cubadora.org [Disponible: in-cubadora.org/2019/11/15/roberto-ampuero-%C2%B7nuestros-anos-verde-olivo%C2%B7/]. Consulta en línea: 23/01/2022.
19. Stalin, Lenin y Trotski en los primeros tiempos revolucionarios. Imagen reproducida en: nuevarevista.net [Disponible: nuevarevista.net/vladimir-lenin-sin-piedad/lenin-stalin-revolucion-rusa/]. Consulta: 23/01/2022.
20. Grigori Zinóviev. Imagen reproducida en: revolucionrusa.net [Disponible: revolucionrusa.net/index.php/2-uncategorised/182-grigori-zinoviev-1833-1936]. Consulta en línea: 24/01/2022.
21. Lev Kámenev. Imagen reproducida en: alphahistory.com [Disponible: alphahistory.com/revoluci%C3%B3n-rusa/lev-kamenev/]. Consulta en línea: 24/01/2022.
22. Sergéi Kirov. Imagen reproducida en: quien241.rssing.com [Disponible: quien241.rssing.com/chan-63603767/all_p22.html]. Consulta en línea: 24/01/2022.
23. Andréi Vyshinski. Imagen reproducida en: globaldomainsnews.com [Disponible: globaldomainsnews.com/andrei-vyshinsky-the-mystery-of-the-death-of-the-chief-prosecutor-of-the-ussr]. Consulta en línea: 24/01/2022.
24. Nikolái Yézhov y Iósif Stalin. Imagen reproducida en: ajalugu.ohtuleht.ee [Disponible: ajalugu.ohtuleht.ee/1032607/verine-kaabus-aitas-stalinil-parteid-puhastada-ent-ka-talle-loodi-nuga-selga]. Consulta en línea: 24/01/2022.
25. Karl Rádek. Imagen reproducida en: marxists.org [Disponible: marxists.org/espanol/radek/index.htm]. Consulta en línea: 24/01/2022.

26. Gueorgui Piatákov. Imagen reproducida en: memoiresdeguerre.com [Disponible: memoiresdeguerre.com/article—piatakov—gueorgui—45552827.html]. Consulta en línea: 24/01/2022.

27. Nikolái Bujarin. Imagen reproducida en: wikipedia.org [Disponible: wikipedia.org/wiki/Nikol%C3%A1i_Bujarin#/media/Archivo:Bucharin.bra.jpg]. Consulta en línea: 24/01/2022.

28. Génrij Yagoda. Imagen reproducida en: forum.politz.com.br [Disponible: <https://forum.politz.com.br/ams/o—hitler—sovietico—guenrikh—yagoda—conheca—o—mais—carniceiro—depois—de—stalin.1319/>]. Consulta en línea: 24/01/2022.

29. Jiří Weil. Imagen reproducida en: alchetron.com [Disponible: alchetron.com/Ji%C5%99%C3%AD—Weil]. Consulta en línea: 26/01/2022.

30. Primera edición de *Moscú—Frontera*. Imagen reproducida en: twitter.com [Disponible: twitter.com/alexjzucker/status/1175829635902431232/photo/2]. Consulta en línea: 26/01/2022.

31. Victor Serge en 1937. Imagen reproducida en: wikipedia.org [Disponible: wikipedia.org/wiki/V%C3%ADctor_Serge#/media/Archivo:Victor_serge.jpg]. Consulta en línea: 26/01/2022.

32. Primera edición de *Medianoche en el siglo*. Imagen reproducida en: edition—originale.com [Disponible: edition—originale.com/fr/litterature/editions—originales/serge—sil—est—minuit—dans—le—sicle—1939—66841]. Consulta en línea: 26/01/2022.

33. Victor Serge en 1947. Imagen reproducida en: libcom.org [Disponible: libcom.org/library/interview—victor—serge—1947]. Consulta en línea: 26/01/2022.

34. Primera edición de *El caso Tuláyev*. Imagen reproducida en: amazon.com [Disponible: amazon.com/LAFFAIRE—TOULAEV—pseudonyme—Lvovitch—KIBALTCHITCH/dp/B00F4Q3HH8]. Consulta en línea: 26/01/2022.

35. Arthur Koestler en 1940. Imagen reproducida en: pinterest.es [Disponible: pinterest.es/pin/558164947551906691/]. Consulta en línea: 26/01/2022.

36. Primera edición de *El cero y el infinito*. Imagen reproducida en: raptisrarebooks.com [Disponible: raptisrarebooks.com/product/darkness—at—noon—arthur—koestler—first—edition—signed—1940/]. Consulta en línea: 26/01/2022.

37. Lydia Chukóvskaia hacia 1940. Imagen reproducida en: abretelibro.com [Disponible: abretelibro.com/foro/viewtopic.php?t=95958]. Consulta en línea: 26/01/2022.

38. Primera edición (parcial) de *Sofía Petrovna* con el título en ruso de “Casa desierta”. Imagen reproducida en: tamizdatproject.org [Disponible: tamizdatproject.org/en/works/deserted—house—1965]. Consulta en línea: 26/01/2022.

39. Primera edición íntegra de *Sofía Petrovna* con el título en inglés *The desert house* (1967) Imagen reproducida en: tamizdatproject.org [Disponible: tamizdatproject.org/ru/works/deserted—house—1967/]. Consulta en línea: 26/01/2022.
40. Primera edición de *El deshielo*. Imagen reproducida en: wikipedia.org [Disponible: [wikipedia.org/wiki/%D0%9E%D1%82%D1%82%D0%B5%D0%BF%D0%B5%D0%BB%D1%8C_\(%D0%BF%D0%BE%D0%B2%D0%B5%D1%81%D1%82%D1%8C\)](http://wikipedia.org/wiki/%D0%9E%D1%82%D1%82%D0%B5%D0%BF%D0%B5%D0%BB%D1%8C_(%D0%BF%D0%BE%D0%B2%D0%B5%D1%81%D1%82%D1%8C))]. Consulta en línea: 26/01/2022.
41. Edición de *Doctor Zhivago* en *tamizdat*. Imagen reproducida en: litfund.ru [Disponible: litfund.ru/auction/34/163/]. Consulta en línea: 26/01/2022.
42. Primera edición de *Un día en la vida de Iván Denísovich*. Imagen reproducida por: wikipedia.org [Disponible: wikipedia.org/wiki/%D0%9E%D0%B4%D0%B8%D0%BD_%D0%B4%D0%B5%D0%BD%D1%8C_%D0%98%D0%B2%D0%B0%D0%BD%D0%B0_%D0%94%D0%B5%D0%BD%D0%B8%D1%81%D0%BE%D0%B2%D0%B8%D1%87%D0%B0]. Consulta en línea: 26/01/2022.
43. Primera edición de *Vida y destino*. Imagen reproducida en: tamizdatproject.org [Disponible: tamizdatproject.org/ru/works/life—and—fate/]. Consulta en línea: 26/01/2022.
44. Vasili Grossman como cronista del Ejército Rojo en Berlín, 1945. Imagen reproducida en: arasyayincilik.com [Disponible: arasyayincilik.com/yazarlar/vasili—grossman/]. Consulta en línea: 26/01/2022.
45. Primera edición en ruso de *Todo fluye*. Imagen reproducida en: tamizdatproject.org [Disponible: tamizdatproject.org/ru/works/everything—flows/]. Consulta en línea: 26/01/2022.
46. Izraíl Méttér. Imagen reproducida en: lechaim.ru [Disponible: lechaim.ru/events/umnaya—kniga—izrailya—mettera/]. Consulta en línea: 26/01/2022.
47. Anatoli Ribakov. Imagen reproducida en: <https://1000kitap.com> [Disponible: 1000kitap.com/yazar/anatoli—ribakov/]. Consulta en línea: 26/01/2022.
48. Primera edición íntegra en ruso de *Los hijos del Arbat*. Moscú, 1987. Imagen reproducida en: litfund.ru [Disponible: litfund.ru/auction/257/349/]. Consulta en línea: 26/01/2022.
49. Aleksandr Solzhenitsyn durante la Segunda Guerra Mundial. 1943. Imagen reproducida en: mamm—mdf.ru [Disponible: mamm—mdf.ru/en/exhibitions/alexander—solzhenitsyn—and—his—time—in—photographs/]. Consulta en línea: 26/01/2022.

50. Primera edición íntegra de *El primer círculo*. París, 1968. Imagen reproducida en: amazon.com [Disponible: amazon.com/V—kruge—pervom—First—Circle/dp/B000LWM1WW]. Consulta en línea: 26/01/2022.